



**Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales**

**Maestría en Diseño y Gestión de Políticas y Programas Sociales**

**Tesis:**

**“Los jóvenes de 15 a 24 años residentes en hogares urbanos de Argentina: Cambios y continuidades en las condiciones laborales y educativas durante los períodos 1991-2001/2002-2011. Hacia una merma de la desigualdad”**

Alumna: Laura Saavedra

Director de Tesis: Dr. Eduardo Chávez Molina

Fecha de entrega de la Tesis: 9 de junio de 2014

*A Daniel Altieri, Matilde Grillo y Hugo Saavedra por el apoyo constante*

*Reconocimientos*

*A mi Director de tesis, Eduardo Chávez Molina, por su dedicación*

*A Alfredo Monza, por su asesoramiento metodológico*

*A Agustín Salvia, de quien tanto aprendí en actividades de docencia e investigación*

*A Fernando Jaime, por su apoyo y confianza*

## **Resumen**

Este trabajo evalúa las transformaciones y continuidades en el mundo laboral y educativo de los jóvenes de 15 a 24 años residentes en hogares urbanos argentinos, durante los períodos 1991-2001/2002-2011, haciendo especial hincapié en las distintas oportunidades que cuentan de acuerdo a la localización de clase de la familia de origen.

Para lo cual, se consideró que los cambios que siguieron al abandono de la convertibilidad, impactaron positivamente en una proporción considerable de hogares, y este proceso hizo posible la reapertura de algunos caminos de inserción laboral y educativa para muchos jóvenes, de acuerdo a las condiciones socio-económicas de los hogares en los que viven.

A través de un abordaje metodológico cuantitativo, se destacan, comparativamente, muchas mejoras en la situación laboral y educativa de los jóvenes en el período 2002-2011, especificadas por las condiciones familiares. Si bien no resultan suficientes para el problema de la integración social juvenil dada la gran heterogeneidad de los jóvenes por sus diferentes trayectorias y activos acumulados. Ante ello, se sugieren una serie de aportes para pensar lineamientos de política.

**Palabras claves:** jóvenes, trabajo, educación, hogares urbanos, oportunidades, Argentina.

## **Abstract**

This paper evaluates the changes and continuities in labor and educational world of youth aged 15 to 24 years living in Argentine urban households during periods 1991-2001/2002-2011, with special emphasis on the differential on opportunities that they have considering class of family origin.

We considered that the changes that followed the abandonment of convertibility had a positive impact on a substantial proportion of households, and that this process made it possible to reopen roads of job and educational insertion for many young people, according to socio-economic characteristics of the households in which they live.

With a quantitative methodological approach we remark the improvements in employment and educational status of young people in the period 2002-2011 for different family situations. This improvement seems insufficient considering the heterogeneity of youth social integration problem with different trajectories and assets. Therefore, we suggest approaches to policy guidelines in this matter.

**Key words:** young, work, education, urban households, opportunities, Argentina.

# Índice

<b>CAPÍTULO I: LOS JÓVENES URBANOS DE ARGENTINA EN EL NUEVO SIGLO: EL PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN.....</b>	<b>7</b>
LA PROBLEMÁTICA JUVENIL: EVOLUCIÓN DE LA SITUACIÓN LABORAL Y EDUCATIVA E INTERROGANTES .....	7
JUVENTUD - JUVENTUDES .....	10
IMPORTANCIA DE LA PROBLEMÁTICA EDUCATIVA Y LABORAL JUVENIL .....	12
SITUACIÓN JUVENIL EDUCATIVA Y LABORAL HOY .....	13
PRESENTACIÓN TEMÁTICA DEL TRABAJO .....	18
<b>CAPÍTULO II: OBJETIVOS, HIPÓTESIS Y ABORDAJE METODOLÓGICO.....</b>	<b>20</b>
OBJETIVOS.....	20
HIPÓTESIS .....	20
ABORDAJE METODOLÓGICO.....	23
<b>CAPÍTULO III: ABORDAJE TEÓRICO. ACTIVOS, VULNERABILIDAD Y ESTRUCTURA DE OPORTUNIDADES. Y CONSIDERACIONES ACERCA DE LA ESTRUCTURA SOCIAL .....</b>	<b>27</b>
VULNERABILIDAD Y MARGINALIDAD SOCIAL .....	28
ACTIVOS-CAPITALES Y ESTRUCTURA SOCIAL - ELEMENTO CONSTITUTIVO CENTRAL DE LOS MISMOS- .....	31
ESTRUCTURA DE OPORTUNIDADES .....	34
<b>CAPÍTULO IV: CONVERTIBILIDAD Y POST- CONVERTIBILIDAD: OPORTUNIDADES Y OBSTÁCULOS CONTEXTUALES .....</b>	<b>36</b>
CONTEXTO ECONÓMICO Y SU IMPACTO SOCIO-LABORAL EN ARGENTINA. ....	36
EL CAMPO DE LAS POLÍTICAS PÚBLICAS LABORALES.....	41
EL CAMPO DE LAS POLÍTICAS PÚBLICAS EDUCATIVAS .....	47
<b>CAPÍTULO V: CARACTERÍSTICAS DEMOGRÁFICAS, LABORALES Y EDUCATIVAS DE LOS JÓVENES URBANOS ARGENTINOS RESIDENTES EN HOGARES. PERÍODOS 1991-2001 Y 2002-2011.....</b>	<b>53</b>
QUÉ ATRIBUTOS DEMOGRÁFICOS LOS CARACTERIZAN? ESTUDIAN? TRABAJAN? .....	53
CONDICIÓN DE ACTIVIDAD Y ASISTENCIA EDUCATIVA DE LOS JÓVENES NO JEFES NI CÓNYUGES SEGÚN ATRIBUTOS INDIVIDUALES.....	58
CONDICIÓN DE ACTIVIDAD Y ASISTENCIA EDUCATIVA DE LOS JÓVENES NO JEFES NI CÓNYUGES SEGÚN ATRIBUTOS DE LOS HOGARES A LOS QUE PERTENECEN .....	63
<i>Cómo son los hogares en los que residen los jóvenes?</i> .....	63
<i>Condición de actividad (jóvenes no jefes ni cónyuges según atributos de los hogares en los que residen)</i> .....	66
<i>Condición de asistencia (jóvenes no jefes ni cónyuges según atributos de los hogares en los que residen)</i> .....	70
JÓVENES QUE NO ESTUDIAN: TRABAJAN O NO TRABAJAN? .....	75
<b>CAPÍTULO VI: FACTORES CONTEXTUALES, FAMILIARES E INDIVIDUALES ASOCIADOS A LOS CAMBIOS LABORALES Y EDUCATIVOS JUVENILES .....</b>	<b>80</b>
FACTORES ASOCIADOS A LA PROBABILIDAD DE ESTAR ACTIVOS POR PARTE DE LOS JÓVENES DE 15 A 24 AÑOS, NO JEFES NI CÓNYUGES, RESIDENTES EN HOGARES URBANOS AÑOS 1998 Y 2011 .....	80
FACTORES ASOCIADOS A LA PROBABILIDAD DE TRABAJAR POR PARTE DE LOS JÓVENES DE 15 A 24 AÑOS, NO JEFES NI CÓNYUGES, RESIDENTES EN HOGARES URBANOS AÑOS 1998 Y 2011.....	83
FACTORES ASOCIADOS A LA PROBABILIDAD DE ASISTIR POR PARTE DE LOS JÓVENES DE 15 A 24 AÑOS, NO JEFES NI CÓNYUGES, RESIDENTES EN HOGARES URBANOS. AÑOS 1998 Y 2011. ....	86
<b>CAPÍTULO VII: UNA APROXIMACIÓN A LA CALIDAD DE LA INSERCIÓN LABORAL Y EDUCATIVA DE LOS JÓVENES RESIDENTES EN HOGARES URBANOS .....</b>	<b>89</b>
LAS ACTIVIDADES CENTRALES DE LOS JÓVENES DE 15 A 24 AÑOS .....	89
ACCESO AL DIPLOMA DE NIVEL MEDIO (JÓVENES DE 19 A 24 AÑOS) Y SUPERIOR (JÓVENES DE 25 A 29 AÑOS).....	94
CARACTERÍSTICAS DEL EMPLEO DE LOS JÓVENES DE 15 A 24 AÑOS .....	100
<b>SÍNTESIS Y CONCLUSIONES.....</b>	<b>114</b>
EVOLUCIÓN DE LA SITUACIÓN SOCIO-ECONÓMICA DE LOS HOGARES CON JÓVENES .....	114
EVOLUCIÓN DE LA SITUACIÓN EDUCATIVA Y LABORAL DE LOS JÓVENES DE 15 A 24 AÑOS (NO JEFES NI CÓNYUGES) RESIDENTES EN HOGARES URBANOS .....	115
EVOLUCIÓN DE LA INCIDENCIA DE LAS CONDICIONES SOCIOECONÓMICA DE LOS HOGARES EN LA SITUACIÓN LABORAL Y EDUCATIVA JUVENIL (JÓVENES NO JEFES NI CÓNYUGES DE 15 A 24 AÑOS).....	118

EVOLUCIÓN DE LA CALIDAD LABORAL Y EDUCATIVA DE LOS JÓVENES: UNA APROXIMACIÓN.....	122
CONCLUSIÓN GENERAL Y APORTES PARA PENSAR LINEAMIENTOS DE POLÍTICAS .....	128
<b>ANEXO METODOLÓGICO.....</b>	<b>131</b>
<b>BIBLIOGRAFÍA.....</b>	<b>140</b>

## **Capítulo I: Los jóvenes urbanos de Argentina en el nuevo siglo: El problema de investigación.**

### **La problemática juvenil: evolución de la situación laboral y educativa e interrogantes**

Durante varias décadas, la Argentina fue un país que garantizó para amplios sectores de la población un proceso dinámico de movilidad social ascendente, especialmente en las clases medias y los sectores populares urbanos. En ese contexto, los niveles educación y las condiciones de trabajo a los que podían acceder los jóvenes constituían los principales factores asociados con aquel fenómeno (Auyero, 1993, Calvi, 2007, Jacinto, 2009, entre otros autores).

A mediados de los 70 la Argentina inicia un proceso de transformación estructural y de redefinición del rol regulatorio del Estado que se consolida con las reformas de los 90.

Ambos procesos, han repercutido de manera negativa sobre los balances económicos y ocupacionales de una gran mayoría de hogares de sectores populares y medios, obligando a los grupos domésticos de menores recursos a reforzar su función como agentes económicos directos, en tanto unidades de producción y de consumo. La proliferación de negocios informales de carácter familiar y el incremento de trabajadores secundarios son algunos indicadores de ello (Beccaria, 1994; Salvia, 1995; Lindenboim, 1996c, d; González, 2010; Molina Derteano y Robert, 2012).

Así también, los procesos de inclusión y de movilidad social enfrentaron en el transcurso de esta etapa condiciones no igualitarias de desarrollo, particularmente en términos de oportunidades de empleo y de ingresos obtenidos por las personas y los hogares como resultado de su esfuerzo (Salvia, Donza, y Phillip, 1997, Ariño, 2010). En este sentido, cabe resaltar que aquellas familias de sectores bajos y medios-bajos son las que más sufrieron inserciones laborales desfavorables y vieron reducirse sus ingresos en mayor medida. Mientras que, en el caso de las familias de sectores medios-altos y altos, si bien no estuvieron exentas de atravesar estos cambios laborales y de ingresos, se vieron afectadas con menor intensidad, centralmente, en el caso de las familias de nivel social alto (Beccaria y López, 1997; Mora Salas, 2008).

Los jóvenes no han estado ajenos a estas reconfiguraciones de las relaciones sociales y económicas dominantes como de los tradicionales caminos de integración e inclusión social de los distintos sectores. Es más, han sido uno de los grupos sociales más perjudicados de acuerdo a la literatura existente en el tema. Así, los jóvenes han pasado a ser el grupo etario con la tasa de desempleo más alta, de menores ingresos, menor permanencia y estabilidad en el mercado laboral y condiciones de contratación más precarias (Moreno y Goren, 1996; Salvia y Saavedra, 1997; Pérez, 2008; Molina Derteano y Robert, 2012)

A ello se suma la heterogeneidad social que los habita. Al respecto, existen al menos dos lógicas desde las cuales puede pensarse dicha heterogeneidad, la lógica de la diferencia (comúnmente de género, edad, etc.) y la lógica de la desigualdad (situación económico-social). Las cuales se superponen y plantean universos verdaderamente dispares en las distintas formas de “ser joven”, es decir, en las diferentes condiciones materiales que los conforman, en las identidades y representaciones que desarrollan, sus formas de expresarse, en otras cuestiones (Escobar Cajamarca y Mendoza, 2005).

Ahora bien, en el actual período 2002-2011, donde el Estado recupera su centralidad, acompañando a las instituciones de la sociedad y el mercado, en la definición de oportunidades, con el consecuente incremento de estructuras de oportunidades como fortalecimiento de las existentes, hubo una mejora

de las posibilidades de inserción -económicas, socio-laborales y educativas- de los hogares urbanos en Argentina; aunque en el actual contexto de heterogeneidad estructural las desigualdades sociales siguen siendo significativas (Chávez Molina, 2013). De este modo, los activos familiares en que se encuentran insertos los jóvenes les facilitaron, en gran medida, la apropiación o aprovechamiento de las estructuras de oportunidades que ofrece el medio para movilizar los recursos materiales y simbólicos que portan y convertirlos en activos (Saavedra, 2013).

Así, a partir de la reactivación económica dada luego de la crisis de 2001 mejoraron en alguna medida las perspectivas de inserción en el mercado laboral de los jóvenes, aunque la condición deteriorada de los jóvenes persiste (Jacinto, 2009). Además, las tasas de participación y ocupación son muchos más altas para jóvenes provenientes de hogares acomodados que para los de hogares con ingresos bajos, y lo opuesto vale para la tasa de desempleo (Weller, 2009).

A su vez, una tendencia que parece persistir, aún en períodos de crecimiento económico, es aquella relacionada a la baja calidad de las ocupaciones de los jóvenes. La mayor parte de las veces, en el largo itinerario de inserción ocupacional, los jóvenes se enfrentan en numerosas oportunidades con relaciones laborales precarias. Este tipo de relación laboral, se sostiene a partir de distintos tipos de figuras vinculadas al empleo temporal, a pasantías que encubren ocupaciones fijas, o contrataciones de carácter ilegal (Miranda, 2009; CEPAL, 2008; Jacinto, 2009, OIT, 2007). Es decir que, más allá de los cambios en las variables de inserción laboral de los jóvenes, generados por la coyuntura económica y laboral, se observan serios obstáculos para la inserción en empleos de calidad (Weller, 2009). Si bien cabe resaltar que no todos los jóvenes viven estas situaciones laborales, ya que los jóvenes de familias de nivel socioeconómico medio-alto o alto generalmente transitan trayectorias laborales ascendente, es decir, que conducen a la inserción en puestos de calidad (Maurizio, 2011).

Por su parte, durante la década de los 70 y los 80 el sistema educativo mostraba tres aspectos críticos sobresalientes: un menor grado de equidad, baja calidad en los servicios y escasa eficacia (Beccaria y Carciofi, 1996). Y si bien en el marco de las reformas educativas de los 90, se amplía la cobertura educativa, principalmente en lo que atañe a la educación básica ante la extensión de la obligatoriedad a 10 años de ese nivel de enseñanza, la expansión producida no significó una recuperación de los fenómenos de repitencia y abandono del sistema educativo, y en algunos casos habría profundizado la segmentación que caracterizó al sistema en las últimas dos décadas (Filmus y Miranda, 2000; Rosas y Cimillo, 2001).

Desde el 2003, el aumento de la inversión en educación, llegando en el año 2011 al 6,4% del Producto Bruto Interno, y una serie de políticas educativas traen aparejado en impacto cuantitativo y cualitativo en la educación. A título de mencionar algunas, a partir del año 2006, a través de la Ley Nacional de Educación, se establece la extensión de la obligatoriedad de la escuela secundaria. Otra de las políticas públicas educativas estatales, establecida en el año 2009, es la Asignación Universal por Hijo para la Protección Social, que está generando un fuerte impacto en el sistema escolar ya que han ingresado a la escuela un conjunto de adolescentes y jóvenes a quienes no se los estaba esperando (Kaplan, 2010).

En este contexto, se puede decir que no solo hay más adolescentes y jóvenes insertos en el sistema educativo sino que hay una tendencia general de mejora de la calidad educativa. Así, por ejemplo, de acuerdo a los resultados del operativo censal de evaluación de la calidad educativa de 2010, el 70% de los alumnos de 5° y 6° año obtuvieron resultados entre satisfactorios y destacados, en lengua, matemática y sociales; lo que da cuenta de una mejora respecto de los resultados alcanzados por los

alumnos en 2007.<sup>1</sup> Al respecto, cabe aclarar que en este trabajo se considera “una concepción ampliada de calidad educativa que entiende a la educación como un derecho y no como un privilegio de algunos pocos, siendo posible afirmar que otras dimensiones, además de la eficiencia y la eficacia, integran este concepto. Nociones tales como igualdad de oportunidades, inclusión educativa, respeto a la diversidad, justicia social, relevancia y pertinencia de los aprendizajes, están indisolublemente ligadas al concepto de calidad educativa. En ese marco, la evaluación de desempeños es sólo un indicador de la calidad educativa” (Res. N° 116/10 CFE).

Sin embargo, en América Latina, todavía no se ha logrado transformar al sistema educativo en un mecanismo potente de igualación de oportunidades, en parte porque un importante factor determinante de los logros y retornos educativos se encuentra en el clima y los ingresos disponibles en los hogares de origen. Además, muchas veces esta desigualdad se ve reflejada en una marcada segmentación y estratificación de la calidad y eficiencia del propio sistema de oferta educativa (CEPAL, 2010). Al respecto, Boudon (1983) señala que el valor de los certificados educativos está mediatizado no solo por la distribución de los diplomas sino también por los puestos de trabajo disponibles en distintos momentos. Estos argumentos cobran fuerza a la luz de las tendencias dadas desde mediados de los 70 hacia el desplazamiento de trabajadores con menores certificados educativos por aquellos con niveles superiores de enseñanza. De esta forma, nuevas preocupaciones fueron cobrando forma, tales como la inflación de credenciales, el credencialismo, la devaluación de las credenciales educativas y la sobre-educación (Carciofi, 1983; Maurizio, 2001; Groisman, 2003). Así en nuestro país hubo un cambio en el patrón educativo de la población excedente que no está asociado al cambio tecnológico sino vinculado al incremento de las credenciales educativas de la oferta laboral. De este modo, se produjo un aumento de la prerrogativa empresarial al solicitar mayores niveles de acreditación educativa para puestos de trabajo que anteriormente eran cubiertos por asalariados con menores niveles de educación (Maurizio, 2001).

Ahora bien, en el marco del viraje contextual –económico, político, institucional y cultural- que caracteriza al nuevo siglo, los interrogantes que guían este trabajo son: cuánto se ha modificado, desde una mirada comparativa con los 90, la participación de los jóvenes en los ámbitos laborales y educativos? Cuáles han sido los cambios y cuáles las continuidades? En qué medida la mejora en los balances socio-laborales y económicos de los hogares ha incidido en los caminos que recorren los jóvenes, en lo que hace a la participación en el mercado de trabajo y en el ámbito educativo? Cómo ha jugado la localización de clase de las familias en los comportamientos estratégicos<sup>2</sup> de los jóvenes?

En tal sentido, estudios específicos sobre quienes se focaliza nuestro trabajo -la “juventud”- plantean que la decisión de trabajar, estudiar o quedarse en el hogar por parte de los jóvenes, depende también de las estrategias de vida de sus familias, la que a su vez están acotadas por la clase social a la que pertenecen esos hogares (Moreno, Suárez y Binstock, 1994; Mychazsula, 1997, Corica, A. 2010; etc.). Además se ha encontrado que el apoyo familiar influye sobre las trayectorias laborales particularmente de dos modos: capital económico y provisión de red de relaciones sociales que permita al joven acceder a empleos menos precarios e inestables (Jacinto, 1995, Maurizio, 2011).

Al respecto, cabe decir que el concepto de clase social constituye en este trabajo una “estructura de opciones, posibilidades y capacidades compartidas”, generadas en determinado marco de relaciones sociales de producción y de mercado. Por ende, se toma la noción de “localización de clase” tal como

---

<sup>1</sup>Para una mayor especificidad remitirse al Operativo Nacional de Evaluación 2010 ANEXO III Resultados de Finalización de Secundaria ONE 2010. Total país, región y jurisdicciones.

<sup>2</sup> El comportamiento “estratégico” de los jóvenes es considerado en este estudio como una decisión tomada en el marco más amplio de las estrategias de vida y reproducción social que desarrollan los agentes individuales y sus hogares (Cortés-Cuellar, 1991).

se utiliza en los trabajos de Giddens (1979), Bourdieu (1988) y Bauman (1994). A su vez, se considera que si bien el tema planteado hace pertinente rescatar el concepto de clase social, se descarta toda noción que lo identifique como fuente única de patrones específicos de conducta, dado que las localizaciones de clase operan a través de tramas complejas de condicionamientos e interacciones sociales. De esta manera, tal como señalan Bendit y Stokes (2004), la situación de los jóvenes por ejemplo, en tanto uno de los colectivos desfavorecidos socialmente, es fruto de unas combinaciones espacio-temporales específicas de factores estructurales e individuales y de desafíos sociales (expectativas) procedentes de la sociedad. Estos últimos surgen del mercado laboral, así como de los sistemas educativos y de formación profesional. Complementariamente, se encuentran aquellos factores que surgen del sistema político, como es el caso de las definiciones político-administrativas del problema de la desventaja social, así como de las políticas y programas implementados en los ámbitos educativo, laboral o de bienestar.

Ahora bien, más allá del rumbo positivo que ha tenido el mercado de trabajo en algunas de sus variables claves, como ser la desocupación, el trabajo precario, entre otras, existen condiciones de contexto a nivel global en las últimas décadas, como los nuevos usos tecnológicos y las restricciones de calificación que presenta el mercado de trabajo, que afectan de manera especial a los jóvenes en todo el mundo (OIT, 2007, Weller, 2009, entre otros autores).

Adicionalmente, el proceso de creciente segmentación de los mercados de trabajo, incide en las condiciones de vida de los jóvenes reflejándose en un acceso diferencial a los distintos segmentos del mercado, según sus características personales y familiares. Distinguiéndose dos situaciones polares: 1) condiciones en las que el trabajo viabiliza la adquisición de competencias propicias para el desarrollo sociolaboral y personal; 2) condiciones en las que el trabajo y las dificultades para conseguirlo consolidan situaciones de mayor vulnerabilidad, potenciando en el futuro trayectorias personales de postergación social (Jacinto, 1995; Mychazsula, 1997; Maurizio, 2011).

El campo educativo, según se ha comentado, tampoco está exento de limitantes en materia de logros y retornos educativos. Específicamente, factores claves que inciden en los mismos, como la segmentación socio-económica de los hogares y de la oferta educativa, si bien han mejorado, continúan condicionando de diferentes modos las trayectorias juveniles.

Antes estos condicionantes, y en el marco de la línea de interrogantes planteados, este trabajo indaga asimismo las siguientes cuestiones juveniles: Cuáles son los tipos de puestos y condiciones de trabajo es a los que pueden acceder los jóvenes? Qué papel juega la localización de clase de la familia que forman parte en el tipo de inserción laboral que logran alcanzar los jóvenes? Cómo juegan las actuales estructuras de oportunidades en la calidad educativa que alcanzan los jóvenes?.

## **Juventud - Juventudes**

La juventud como categoría social se hace visible a partir del siglo XVIII ya que con anterioridad a este siglo, se pasaba de la niñez a la adultez. Así, por mucho tiempo, no se pensaba en Romeo y Julieta como dos adolescentes sino como dos adultos, tampoco se pensó en la figura de Cristo como alguien que lideró un movimiento social y religioso siendo un joven. Es en los siglos XVIII, XIX y XX donde la juventud adquiere un estatus político como agente promotor del cambio social y de nuevas corrientes del pensamiento. Desde el punto de vista sociológico, la juventud es una

construcción de habilitaciones (derechos, deberes, sanciones y premios no siempre instituidos en un cuerpo normativo) que las sociedades otorgan a sus miembros por su condición etaria. Aunque, no siempre esta habilitación ha permitido que los jóvenes sean sujetos de derecho (Catalano, 2009).

De acuerdo a la literatura existente en la materia, unas décadas atrás, y durante la vigencia de las sociedades de “pleno empleo”, los jóvenes eran “jóvenes” durante un período temporal más acotado, y tendían a transitar la juventud en trayectorias menos desiguales y más estructuradas. Primero se estudiaba, luego se conseguía un trabajo y posteriormente se formaba una “familia”. Durante la segunda mitad del siglo veinte, la juventud era considerada como un espacio temporal de *moratoria social* o espera que experimentaban algunos grupos sociales, ya que otros, los más pobres, pasaban de la condición de niños a la de adultos (sin vivir una “juventud”).

Sobre principios de siglo XXI, la situación social experimentó una fuerte transformación y la percepción sobre la juventud se modificó sustantivamente. Las transiciones hacia la adultez son más complejas por su extensión, su heterogeneidad y su menor estructuración. Los procesos de transición a la vida adulta se desarrollan de una forma no-lineal. Por ejemplo, los jóvenes en el transcurso de “su juventud” pueden encontrar un empleo y seguir viviendo en su casa familiar (porque no les alcanza para independizarse o porque prefieren vivir con sus padres), hacer una experiencia de mudanza, juntarse a vivir con un/a novio/a y volver a “la casita de los viejos”, transitar por diferentes trabajos o cambiar la orientación de sus estudios (Weller, 2009).

En virtud de esto en lugar de “juventud” y “transición” debería hablarse de “juventudes” y “transiciones” (Jacinto, 1999, Freytes Frey y Jacinto, 2004, Pérez, 2008, Chaves, 2009), ya que la población joven está atravesada por procesos de diferenciación social que se manifiestan en una multiplicidad de condiciones materiales y simbólicas de reproducción social.

En la actualidad, se define jóvenes al grupo social comprendido entre los 15 y los 29 años de edad (CEPAL-OIJ, 2004). Incluso, en algunos países alcanza hasta los 35 años de edad. Varios factores impulsan esta extensión que es más habitual en los jóvenes que habitan hogares de mayores ingresos. La prolongación de la esperanza de vida, combinada con oportunidades de continuar en niveles educativos superiores y con menores chances de alcanzar un puesto de trabajo con ingresos acordes a la manutención propia, van configurando estas nuevas formas de habitar la juventud. Las cuales también están relacionadas con el disfrute del tiempo libre, los consumos culturales y la experimentación (Abad, 2002).

En este trabajo se analizan centralmente los jóvenes de 15 a 24 años<sup>3</sup>, discriminando dos subgrupos: los entrantes al mercado laboral, entre 15 y 19 años, y los adultos jóvenes, de 20 a 24 años. Esta distinción no es algo menor, puesto que, como se observará más adelante, muestran comportamientos disímiles, a causa de la diferencia en la etapa del ciclo vital que atraviesan unos y otros. A su vez, se analizarán además los jóvenes de 19 a 24 años y de 25 a 29 años solo para indagar, a modo exploratorio, la conclusión de los ciclos educativos de nivel medio y superior con el fin de analizar la efectividad del sistema.<sup>4</sup>

Finalmente, es pertinente destacar que en los primeros años del siglo XXI, la juventud en la Argentina alcanza, como grupo poblacional, su mayor proporción histórica en el total de la población, ya que la evolución demográfica de la Argentina presenta tendencias consolidadas a aumentar la esperanza de

---

<sup>3</sup> El Convenio sobre la edad mínima de la OIT de 1973 establece los 15 años como límite mínimo de admisión al empleo, por debajo del cual se considera trabajo infantil.

<sup>4</sup> Para una mayor especificidad, remitirse al Capítulo II.

vida de la población en general (79,10 años para las mujeres y 71,60 años para los hombres, de acuerdo al CENSO, 2010) y a mantener bajos sus índices de natalidad (Catalano, 2009).

## **Importancia de la problemática educativa y laboral juvenil**

En principio, cabe destacar que las intervenciones con jóvenes se enfrentan hoy no sólo al deterioro del mundo del trabajo sino a fenómenos socio-culturales muy complejos, como por ejemplo la mayor segregación urbana, la violencia, la aparición de redes delictivas de gran escala vinculadas al narcotráfico que intentan captar jóvenes. Este panorama ha modificado la relación con lo laboral, que estaba teñida por la llamada “cultura del trabajo”, en la que la identidad laboral iba de la mano con la constitución de la identidad social de los individuos (Dubar, 1991). Algunos autores señalan que se viene produciendo una descentralización del lugar del trabajo en la constitución de las identidades sociales juveniles y este cambio se refleja en el hecho que algunos jóvenes manifiestan “escasa motivación por trabajar” (Pérez Islas, 2004; Jacinto, 2006). De este modo, se comienza a configurar un cambio en los ejes conceptuales a partir de los cuales se abordan los problemas de la inserción laboral de los jóvenes: de las “necesidades de capacitación” hacia las “disposiciones hacia el empleo” (Jacinto, 2009).

Ahora bien, por qué analizar a los jóvenes y su situación laboral y educativa? Ellos son un elemento clave para el desarrollo económico y social, presente y futuro, y las tensiones que atraviesan en el mundo laboral requieren abordarse permanentemente en pos de la inclusión de los mismos.

Específicamente, las actuales exigencias del mercado de trabajo, en especial de los sectores más modernos, ofrecen excelentes perspectivas para aquéllos con mejor calificación y excluyen a los que no están capacitados. Ello aumenta la probabilidad de mantener un círculo de reproducción intergeneracional de pobreza, pudiéndose ampliar la segmentación social como un mayor aislamiento de una parte de los jóvenes que serán futuros adultos. Asimismo, el empleo continúa siendo la base material principal de la inclusión social y, por lo tanto, la disponibilidad de empleos de calidad juega un papel clave para la cohesión social. Esto vale especialmente para los jóvenes, pues la inserción laboral productiva les permite integrarse de manera crecientemente autónoma a la sociedad (Weller, 2009).

Así también, la ampliación y el acceso a niveles escolares más elevados desempeñan un papel indiscutible en los procesos de movilidad y cohesión social y por ello profundizar en la cuestión educativa también resulta esencial. El conocimiento pasa a ser el componente fundamental, tanto para organizar la producción y el trabajo, como para las estrategias de desarrollo de cualquier país. Además, el sistema escolar fue concebido como una etapa para preparar a los jóvenes y adolescentes para la vida adulta en términos políticos –ciudadanía-.

En este marco, la problemática juvenil pasa a ser un tema relevante en el ámbito de las políticas públicas en el contexto Latinoamericano. Hoy día los discursos apuntan a la necesidad de que los jóvenes puedan acceder a una ciudadanía plena, en la que trayectorias de inserción educativa y laboral exitosas aseguren la cohesión social y contribuyan al desarrollo social y económico (CEPAL, 2008; OIT, 2007).

## **Situación juvenil educativa y laboral hoy**

Más allá de los cambios positivos en las variables de inserción laboral de los jóvenes, se observan serios obstáculos para la inserción en empleos de calidad (Weller, 2009). Lo que más distingue a los jóvenes de los adultos es el tipo de empleo al que acceden, ya que la mayoría de ellos trabaja en actividades informales, en las que frecuentemente la remuneración es menor que el salario mínimo y sin la cobertura de la seguridad social (OIT, 2007).

Sin embargo, mientras que la precariedad juvenil es un fenómeno virtualmente generalizable a toda la juventud, para algunos jóvenes esa precariedad resulta un tránsito hacia la estabilización y para otros puede transformarse en una condición permanente de relación con el mercado de trabajo (Jacinto, 2009). En base a las distintas teorías existentes, la precariedad juvenil podría asociarse a características personales, como el nivel educativo o el tipo de ocupación desempeñada, o también podría asociarse, como señalan Fernández, Maurizio y Monsalvo (2007), a un fenómeno de segregación ocupacional, de discriminación y desafiliación socio-institucional.

A su vez, las diferencias de edad, sexo y escolaridad influyen de forma significativa en la probabilidad de encontrar un empleo/ocupación, por tanto causan impacto sobre las tasas de desempleo de los jóvenes (Riquelme, 2001 Cacciamali, 2005, entre otros). Los más jóvenes y aquellos menos educados registran mayores tasas de desempleo, en virtud del menor capital humano incorporado y de la menor experiencia en el mercado de trabajo, que limitan sus oportunidades de ocupación. Las mujeres, a su vez, aportan mayores tasas de desempleo con relación a los hombres, debido a factores adicionales, entre los cuales se pueden mencionar: discriminación; menor disponibilidad para aceptar cualquier trabajo, especialización por género de determinadas ocupaciones, y necesidad de desempeñar múltiples funciones en el domicilio (Cacciamali, 2005; Goren, Saavedra, Fedi y Ponce, 2013). También el capital social que portan los jóvenes condiciona sus inserciones laborales. Así, los jóvenes provenientes de familias pobres, cuentan solo de redes de familiares y conocidos para el acceso al empleo y además, en un contexto de segregación territorial y pobreza, estas redes presentan un fuerte carácter local y no permiten el acceso al empleo de calidad, reproduciéndose condiciones de informalidad e inestabilidad laboral (Freytes, 2011). Mientras que los jóvenes provenientes de sectores medios y altos cuentan con redes más amplias y de diferentes calidades, lo cual permite que cuenten con mayores oportunidades para insertarse laboralmente.

Específicamente, en cuanto al título de nivel secundario, cabe decir, que cada vez protege menos a los jóvenes contra el desempleo, en particular en aquellos países con mayores niveles de inclusión y terminación del nivel como Argentina, Uruguay y Chile. Pero, aún en esos países, todavía los graduados del nivel secundario tienen mayores probabilidades de acceder a empleos no precarios y a mayores ingresos que sus coetáneos con menores niveles de calificación (SITEAL, 2007).

También cabe decir que, según Miranda (2009) la participación de los jóvenes plenos en el mercado laboral ha ido descendiendo durante las últimas décadas, a causa de una mayor permanencia en el sistema educativo, y en un contexto de menores oportunidades en el mercado laboral. Este proceso resulta estructural ya que ni situaciones de crisis –que podrían hacer que los jóvenes abandonen sus estudios para contribuir a los ingresos del hogar– ni situaciones de reactivación –que podrían estimular una mayor inserción laboral ante el surgimiento de nuevas oportunidades de trabajo– la han interrumpido.

Otra característica de los jóvenes es que sus trayectorias de inserción laboral atraviesan múltiples transiciones en las que se alternan períodos de desocupación, de empleos precarios, de inactividad, de

diversas formas de combinación entre educación y trabajo, etc. En las primeras búsquedas laborales, cuando consiguen empleo, los jóvenes se insertan casi siempre en tareas no calificadas y precarias. Sin embargo, los resultados de las búsquedas mejoran cuando hay una experiencia laboral previa, aunque el perfil de los puestos de trabajo no difiere demasiado. Además, la alta movilidad entre condiciones de actividad y entre empleos que caracteriza los primeros años de la vida activa, sugiere que, además de la situación del mercado laboral, hay una lógica endógena en las trayectorias donde juegan las subjetividades en torno al empleo, por ejemplo, salidas voluntarias; acceder a un empleo sin “buscarlo”(Jacinto y Chitarroni, 2010).

A su vez, las preferencias culturales de los jóvenes en contraposición a la cultura dominante -que marca las pautas exigidas por el mercado de trabajo-, resultan hoy también un punto de tensión al momento de insertarse al mercado laboral. Por desconocimiento o por la tensión con el entorno, es muy frecuente que los jóvenes no conozcan las actitudes, modalidades y formas de presentación valoradas por las empresas (Benigni, 2011).

Por el lado de la oferta, además de las distintas formas de capital que se reconocen como factores de impacto en el tipo de inserción, la situación socio-económica del hogar de procedencia constituye un factor clave en el grado de empleabilidad de los jóvenes y del tipo de empleo al que acceden (Weller, 2006).

Las causas de la problemática del trabajo juvenil, según algunas investigaciones, podrían estar más asociadas a las condiciones generales de la economía y del mercado de trabajo que a las características individuales de los jóvenes. La teoría de las segmentaciones<sup>5</sup> considera que la demanda de trabajo se articula en dos segmentos, uno estable y otro inestable, que movilizan respectivamente a los sectores fuertes y débiles de la fuerza de trabajo. Entre los primeros se encuentra la mayoría de los hombres adultos; entre los segundos, un porcentaje abrumador de jóvenes de ambos sexos. Las variables sexo y educación dejan de ser los discriminadores por excelencia en el mercado de trabajo, y ese lugar es ocupado por la variable edad (Benigni, 2011). Asimismo, desde una mirada explicativa de la demanda se sostiene que los problemas de empleo entre los jóvenes están asociados a condiciones macroeconómicas poco dinámicas y el acceso a empleos de calidad dependería entonces de una demanda selectiva sensible a los ciclos económicos, siendo los jóvenes los más perjudicados (Weller, 2003; OIT, 2004; CEPAL/OIJ, 2004).

En cuanto a la cuestión educativa, a mediados del siglo XX se inicia un proceso de mayor incorporación de jóvenes a la educación secundaria. Diversos estudios han sostenido que a partir de los años ochenta se extendió un fenómeno conocido como de “masificación”<sup>6</sup> (Braslavsky y Filmus, 1987) u “obligatoriedad subjetiva” (Jacinto, 2006) de la educación secundaria, en referencia al amplio crecimiento que experimentó la matrícula en el período democrático que se inició en el año 1983. Al respecto, es interesante advertir que durante los años ochenta, la matrícula secundaria se expandió aún en contextos económicamente recesivos, lo cual desafió aquellos postulados que sostenían una correlación positiva entre crecimiento económico y expansión educativa (Miranda, 2009).

Durante la década del noventa, el crecimiento de la matrícula continuó su marcha, sobre todo en aquellos tramos de la conocida EGB3 (hoy denominada secundaria básica). La educación secundaria alcanzó su mayor número de inscriptos en el año 2002, en el medio de una de las peores crisis

---

<sup>5</sup> Para una mayor especificidad acerca de la teoría de segmentación de los mercados remitirse a Piore 1975, Tokman 1996 y Salvia 2010

<sup>6</sup> Sin embargo, esta masificación continuaba sin alcanzar a los grupos de menores ingresos y capital educativo familiar, los cuales continuaban excluidos de la educación secundaria (Braslavsky y Filmus, 1987).

económicas de nuestro país. Sin embargo, a partir del período lectivo siguiente la matrícula de la educación secundaria común comienza a disminuir levemente unos años, y crece de nuevo a partir de la implementación de la Ley Nacional de Educación, como de otras políticas, centralmente, la Asignación Universal por Hijo para la Protección Social. Así, por ejemplo, el proceso de transformación de la oferta de nivel secundario iniciado en el año 2006 mostró en el 2009, un crecimiento del 2% del volumen total de la matrícula de este nivel. Implicó la incorporación de 68.734 nuevos estudiantes, aún teniendo en cuenta que algunos establecimientos, en el proceso de reordenamiento, cedieron los 7° años de estudio al nivel Primario (DINIECE, 2011).

Son varias las hipótesis que pueden dar sentido a esa disminución durante esos años. Se ha señalado que con la crisis que se inicia en el 2000, el sistema educativo funcionó como un espacio de contención social frente a la escasez de alternativas ocupacionales. Respecto de la recuperación, a partir del año 2003, se ha argumentado que las posibilidades ocupacionales podrían estar compitiendo con la escolarización de los jóvenes, que por cuestiones económicas o de otro orden, habrían ingresado a la actividad laboral. También, otra hipótesis está relacionada con factores endógenos al propio sistema educativo, ya que se considera que una importante proporción de jóvenes podrían haber optado por continuar sus estudios en el espacio de la educación de adultos, que presenta una oferta más flexible o atractiva, sobre todo para aquellos interesados en combinar la educación con la actividad laboral. De forma tal que, la pérdida de matrícula evidenciada en la educación común, puede haberse compensado por el importante crecimiento de los alumnos menores de 18 años en la educación de adultos durante esos años (DINIECE, 2007).

Un punto importante es aquel relacionado con la terminalidad, es decir, con la efectiva obtención del diploma del nivel medio. Al respecto, se ha destacado en los 90 que muchos jóvenes no obtenían el diploma, inclusive habiendo llegado al último año de la escuela secundaria (Filmus et al., 2001). Mientras que la información de los relevamientos educativos indica que en el ámbito nacional, durante el período 1997-2006, la proporción de egresados<sup>7</sup> presentó un leve crecimiento, sobre una tendencia relativamente estable (DINIECE, 2007), continuando esta mejora en el índice de egreso en el nivel secundario en los años siguientes (DINIECE, 2010). Sin embargo, la evolución comparada de la matrícula y los egresados indica que si bien ambos casos presentan una tendencia ascendente, el incremento de los egresados sigue resultando menor al incremento de la matrícula en el nivel educativo del nivel medio (DINIECE, 2007) Al respecto, cabe decir que la brecha entre el crecimiento de la matrícula y el número de egresados es la contracara de los fenómenos de retraso y abandono escolar.

Otro dato positivo de los últimos años es que ha mejorado el nivel de desempeño de los estudiantes de nivel secundario según los resultados de finalización de este nivel (DINIECE, 2010). En tres de las áreas evaluadas —Matemática, Ciencias Sociales y Ciencias Naturales—, disminuye entre 12 y 21 puntos porcentuales, la cantidad de estudiantes con rendimientos bajos con respecto al nivel de desempeño de 2007. El mayor porcentaje de estudiantes en todas las áreas, se concentra en el nivel de desempeño medio, lo que equivale a un rendimiento satisfactorio en la prueba. En Lengua hay un aumento de 5 puntos porcentuales de estudiantes con desempeño bajo, respecto del año 2007. No obstante esta área es la que presenta menor porcentaje de alumnos en el nivel bajo y también es el área que mayor porcentaje de alumnos presenta para el conjunto de rendimientos altos y medios (73,7%)<sup>8</sup>.

---

<sup>7</sup> Se considera alumno egresado al alumno que ha cumplido con los requisitos de acreditación de los aprendizajes correspondientes a un nivel completo de enseñanza. Es decir, que no adeuda ninguna materia, trabajo práctico u otro requisito. También alcanza esta condición cuando completa sus estudios a través de exámenes libres y de reválida, tomando como año de egreso la fecha del último examen aprobado (DINIECE, 2004).

<sup>8</sup> Para una mayor especificidad remitirse a Resultados Censo ONE (Operativo Nacional de Evaluación) 2010.

Además, ha sido destacada por las investigaciones, la mayor propensión de los jóvenes de sectores de nivel socioeconómico bajo a la continuidad educativa, señalando que las diferencias más significativas se hallan en las características de las carreras a las que los jóvenes acceden. Así, mientras los jóvenes de menores ingresos optan por la formación terciaria, los de mayores ingresos se vuelcan hacia los estudios de nivel universitario (Filmus et al., 2001).

Ahora bien, más allá de los logros educativos de los últimos años, persiste aún un significativo déficit en esta materia entre menores de 18 años de edad. Ya que prácticamente tres de cada diez jóvenes desarrollan tareas que los distancian de la escolaridad como actividad principal. Algunos combinan la educación con el trabajo y otros han abandonado la actividad educativa y no participan del mercado laboral. Todos ellos se encuentran en un terreno de vulnerabilidad asociado a la condición social que viven (Miranda, 2009) y muy probablemente algunos de quienes no estudian ni trabajan, pertenecientes a los hogares de menores recursos, linden o se encuentren en la marginalidad.

La participación en la educación como actividad principal está mucho más acentuada entre los jóvenes de familias de mayores recursos económicos, ya que la carga de actividades extra-escolares (ya sean laborales o domésticas) es mayor entre los jóvenes que habitan en hogares de menores recursos.<sup>9</sup> Estas actividades están relacionadas con el cuidado del hogar y de hermanos menores, la ayuda en los emprendimientos productivos familiares, o el trabajo fuera del hogar. Mientras que las actividades de los jóvenes de familias de mayores recursos implican también la realización de algunas tareas domésticas, y/o el desarrollo de prácticas educativas– laborales (pasantías) de baja carga horaria y amplia disposición vocacional (Miranda, 2007). Sin embargo, a partir de los 25 años en nuestro país la relación con el sistema educativo es más distante, más allá de las especificidades propias a cada grupo social. Los estudios continúan siendo importantes, pero se agregan los ambientes laborales y las nuevas experiencias vinculadas ahora a la mayoría de edad y además el vínculo con el mercado de trabajo es intenso, permaneciendo en actividad la mayoría de los jóvenes de este grupo de edad (Miranda, 2011).

En lo que hace a las vivencias de la experiencia escolar, existen escolaridades de “distinta intensidad” en función del grupo social de origen de los estudiantes. Así, mientras la experiencia escolar de los alumnos de sectores socioeconómicos altos es intensa y deja una fuerte marca subjetiva, propiciando ello trayectorias laborales ascendentes y de calidad, la experiencia escolar de los jóvenes pobres es de “baja intensidad” y muchas veces no otorga una experiencia subjetiva diferencial, dificultando sus trayectorias laborales (Duschastzky y Corea 2002; Kessler, 2004). En el caso de los jóvenes provenientes de familias de bajos recursos, Jacinto y Millenar (2011) consideran que, si suman al título secundario los dispositivos de formación para (o en el trabajo), centralmente pasantías y orientación con inserción, cuentan con más y mejores oportunidades de inserción laboral, que el título secundario no les brinda por sí sólo, en el marco de la devaluación de credenciales educativas.

También, los estudios han intentado dar cuenta de la articulación de nuevas y viejas desigualdades en el ámbito escolar (Dussel y Southwell, 2004), en la medida en que, a las “viejas” desigualdades de clase del capitalismo industrial, se han sumado “nuevas” desigualdades más móviles, flexibles y dinámicas, como, por ejemplo, las asociadas al género, los aspectos regionales, el acceso a las prestaciones sociales y financieras, entre otras (Fitoussi y Rosanvallon, 1997).

Además, cabe resaltar que las tensiones existentes en materia laboral y educativa, se enmarcan en un contexto de capitales sociales en cambio que no siempre favorecen la inclusión social. Específicamente, el debilitamiento de la familia como ámbito primario de socialización para brindar el

---

<sup>9</sup> Ya en los 90 muchas investigaciones han señalado que en los sectores urbanos pobres el trabajo se superpone o, incluso, desplaza a la actividad escolar durante la temprana adolescencia (Macri, M. y Van Kemenade, S, 1993; Feldman, 1995; Moreno y Goren, 1996).

apoyo material y motivacional que requieren los jóvenes, en parte como consecuencia de cambios importantes en la configuración de las mismas, a raíz de la extensión del divorcio, segundas y terceras uniones, hogares monoparentales, con jefatura femenina, entre otros cambios. Asimismo, entran en juego, la erosión de lazos comunitarios, los procesos de desintegración de redes barriales, la segregación espacial (Kaztman, 2001).

Sin embargo, en los últimos años cobra fuerza la participación juvenil, a través de acciones colectivas, y con una impronta de trabajo solidario en y con la comunidad local en la vida cotidiana, que hace posible fortalecer, en cierta medida, el capital social y simbólico con que cuentan los jóvenes. Ya que este proceso torna factible habilitar nuevamente la interacción entre adolescentes y jóvenes de distintos estratos sociales. Lo que permite a los jóvenes más vulnerables interactuar con otros posibles modelos de rol, ampliando sus posibilidades de acceso a los patrones normativos de la sociedad global y sus conocimientos sobre el acceso a los servicios en general<sup>10</sup>.

Por último, se sabe que en nuestro país se asistió a un proceso de creciente segmentación social de los circuitos educativos, difícil de revertir, y que conlleva distintas calidades educativas. Este proceso de segmentación se pone de manifiesto en la división entre escuela pública y privada como al interior de la educación pública mediante la creciente segregación residencial y el empobrecimiento de amplios sectores medios que pasaron de la educación privada a la pública. Siendo posible distinguir colegios públicos a los que acceden sectores medios y medios altos y colegios para los sectores medios bajos y bajos.<sup>11</sup> Si bien, en los últimos años se abren nuevas estructuras de oportunidades a través del accionar estatal en materia educativa<sup>12</sup> que apuntan a mermar las brechas que atraviesan los circuitos educativos.

De este modo, los avances existentes hasta el momento ponen de manifiesto que, cuando las condiciones estructurales se modifican habilitando mayores estructuras de oportunidades, los jóvenes pueden fortalecer e incrementar sus activos laborales y educativos. Si bien persisten dificultades y desigualdades en la temática, que habilitan dar continuidad a las investigaciones y al desarrollo de políticas públicas en torno a los jóvenes de hoy.

---

<sup>10</sup> Al respecto, los trabajos de Bonaldi (2006), Vázquez (2007), Vázquez y Vommaro (2008), Piccotto y Vommaro (2007), entre otros, analizan la importancia que ha tenido, desde la crisis de 2001, la participación de los jóvenes en espacios organizativos, fuertemente atravesados por la búsqueda de alternativas que les permitan no sólo dar expresión a sus demandas políticas, sino satisfacer sus necesidades materiales básicas, a partir de una situación de fuerte precarización y/o exclusión laboral. A su vez, si bien escasos los estudios que indagan la relación directa de los jóvenes con la política institucionalizada en los distintos niveles de implementación estatal, en el trabajo de Vázquez y Vommaro (2008) se plantea que desde la asunción como presidente de Néstor Kirchner (2003-2007), se observa una paulatina pero fuerte reactivación del protagonismo juvenil que, a diferencia de la década anterior, se produce en gran medida a través de las vías tradicionales de implicación pública y política. En esta línea, algunos de los trabajos enfatizan el impacto a nivel subjetivo que tales prácticas producen en los jóvenes, promoviendo una modalidad incipiente de construcción de una ciudadanía protagonista, basada especialmente en la posibilidad de pensarse a sí mismos como sujetos capaces y competentes para participar en estos espacios asociativos a nivel local (Bonvillani et al, 2010).

<sup>11</sup> Históricamente la clase trabajadora buscó utilizar la educación como medio de movilidad social. Mientras las escuelas estaban pobladas de estudiantes de clase media, los de clase trabajadora lograban socializarse en ese medio, pero cuando pasan a ser mayoría inundan el entorno educativo de sus propios valores y normas (Piore, 1975).

<sup>12</sup> Al respecto, remitirse al Capítulo IV de este trabajo, Ítem Políticas Educativas.

## **Presentación temática del trabajo**

A partir de esta presentación inicial acerca del estado de la situación educativa y laboral de los jóvenes en Argentina como de los interrogantes claves que guían el trabajo, se procura dar cuenta de diferentes aspectos de la problemática de los jóvenes residentes en hogares urbanos, desde una mirada comparativa, durante los períodos 1990-2001 y 2002-2011. Para ello a continuación se detallan los capítulos en los cuales se ha organizado el presente trabajo.

En el primer capítulo se ha realizado una evolución general de la situación laboral y educativa juvenil en Argentina, considerando lo que acontece hoy día en esta temática, y aquellos interrogantes que ameritan ser investigados. También, se ha desarrollado la importancia de abordar actualmente este tema y algunas consideraciones teóricas en torno a la noción de juventud.

En el segundo capítulo se desarrolla el diseño de investigación que conlleva este trabajo.

En el capítulo tres se aborda el marco conceptual que sirve de base para analizar y reflexionar en torno a la situación educativa y laboral de los jóvenes. Centralmente se aborda el enfoque teórico de activos, vulnerabilidad y estructura de oportunidades, como algunas consideraciones y nociones base de enfoques que centran su atención en la relación educación, empleo y vulnerabilidad social, incorporando la estructura social como elemento central en el análisis.

En el capítulo cuatro se avanza sobre una reseña del marco contextual durante los períodos de convertibilidad (1991-2001) y post-convertibilidad (2002-2011), con el fin de visualizar los patrones más generales de la estructura de oportunidades durante esos dos momentos socio-históricos y agregar algunos elementos a la comprensión de la problemática juvenil abordada. Específicamente, esta reseña se centra en el contexto económico y su impacto socio-laboral en Argentina, el campo de las políticas públicas laborales y el campo de las políticas públicas educativas.

En el capítulo cinco se analizan en primer lugar los atributos demográficos, laborales y educativos básicos de los jóvenes de 15 a 24 años<sup>13</sup> residentes en hogares urbanos durante los períodos indagados. Luego, se profundiza en la condición de actividad y asistencia educativa de estos jóvenes según sus atributos individuales claves. Finalmente, para ambos períodos, se hace hincapié en cómo son los hogares en los que residen y se especifica la evolución de la condición de actividad y asistencia educativa de ellos de acuerdo a los atributos de sus familias.

En el capítulo seis se identifican con mayor precisión un conjunto de factores individuales y familiares que pueden estar interviniendo en la estructuración de los comportamientos laborales y educativos de los jóvenes de 15 a 24 años residentes en hogares urbanos de Argentina. Específicamente, los comportamientos analizados en este caso refieren a la condición de actividad (probabilidad de estar activos y de trabajar) como a la asistencia educativa juvenil (probabilidad de asistir a la educación formal).

En el capítulo siete se realiza una aproximación, exploratoria y descriptiva, de la evolución de la estructura de oportunidades para los jóvenes de 15 a 24 años y su efecto en la calidad de la inserción laboral y educativa. Concretamente, se analizan las actividades centrales de los jóvenes para alcanzar cierto nivel de inclusión social, el acceso al diploma de nivel medio y superior (en este aspecto,

---

<sup>13</sup> En este capítulo como en el capítulo seis se analizan los jóvenes no jefes ni cónyuges ni servicio doméstico, para una mayor especificidad remitirse al capítulo dos.

específicamente la evolución de la población de 19 a 24 años que ha alcanzado el secundario completo y la evolución de la población de 25 a 29 años que ha finalizado el nivel superior universitario completo) y las características básicas del empleo juvenil. Estos aspectos se indagan en función de variables claves que, históricamente como a lo largo de este trabajo, marcan diferencias significativas en las inserciones laborales y educativas de los jóvenes, como son los grupos etarios a los que pertenecen, el sexo, sexo de la jefatura de los hogares a los que pertenecen y el nivel de ingresos familiar.

Por último, en las conclusiones se resumen los principales hallazgos en torno a la evolución de la situación socio-económica de los hogares urbanos con jóvenes y de la situación educativa y laboral de los jóvenes residentes en esos hogares como de la incidencia de las condiciones socioeconómica de los hogares en la situación juvenil. Luego se presenta una sistematización de los hallazgos encontrados en base a la aproximación realizada en torno a la evolución de la calidad laboral y educativa de los jóvenes. Finalmente, se desarrollan conclusiones generales y algunos aportes para pensar lineamientos de políticas públicas.

## **Capítulo II: Objetivos, hipótesis y abordaje metodológico**

### **Objetivos**

Este trabajo tiene por finalidad aportar al diagnóstico, objetivación y comprensión de las problemáticas propias de los jóvenes de 15 a 24 años residentes en hogares urbanos argentinos en materia de trabajo y educación en el nuevo siglo. Ello es crucial dado que si bien los cambios contextuales acaecidos en los últimos años, impactaron positivamente en las condiciones sociales y económicas de muchas familias argentinas como en las trayectorias que recorren los jóvenes, también hay limitantes de contexto que inciden en ellos, dificultando muchas veces, sus caminos laborales y educativos.

Para lo cual, el presente trabajo se plantea como objetivo general:

Evaluar las transformaciones y continuidades en el mundo laboral y educativo de los jóvenes de 15 a 24 años residentes en hogares urbanos argentinos, haciendo especial hincapié en las distintas oportunidades que cuenta esta población de acuerdo a la localización de clase de la familia de origen.

A su vez, como objetivos específicos se plantea:

Analizar y sistematizar los principales diagnósticos -nacionales e internacionales- en materia laboral y educativa de los jóvenes urbanos

Evaluar y sistematizar los enfoques teóricos claves que hacen a la comprensión del mundo juvenil en las dimensiones estudiadas

Describir y analizar los atributos sociodemográficos, laborales y educativos de los jóvenes urbanos, durante los períodos 1991-2001/2002-2011, como su relación con las características socioeconómicas de las familias de origen

Identificar y evaluar la incidencia específica de las variaciones de factores individuales y familiares en la evolución de la condición de actividad y la asistencia educativa de los jóvenes urbanos argentinos

Explorar, describir y analizar la calidad de la inserción laboral y educativa los jóvenes según atributos individuales y características socioeconómicas básicas familiares que marcan diferenciales en la temática

Sistematizar las principales conclusiones a las que arriba este trabajo en una mirada integral de la problemática laboral y educativa de los jóvenes residentes en hogares urbanos argentinos

### **Hipótesis**

Resulta conocido que la crisis de los 80 y los cambios económicos políticos y culturales de los 90 repercutieron de manera negativa, en materia de trabajo e ingresos principalmente, para una gran

mayoría de los hogares, y este proceso obstruyó los caminos de movilidad ascendente de los jóvenes, principalmente de menores recursos, acentuándose las desigualdades sociales como las posibilidades de caer en la vulnerabilidad y marginalidad social para esta cohorte etaria. Los jóvenes desocupados, excluidos (aquellos que no estudian ni trabajan ni son amas de casa), la precariedad laboral juvenil, entre otras, se tornaron categorías analíticas muy visibles en diversos ámbitos (como ser: académicos, medios masivos de comunicación) ante la envergadura que comenzó a tener la problemática de la inclusión social juvenil.

Es vasta la literatura en la temática que reconoce el deterioro ocurrido en las condiciones sociales, educativas y laborales de los jóvenes durante la década del noventa en la Argentina (Sidicaro y Tenti Fanfani, 1998; Konterllniky y Jacinto, 1996; Contartese y Gómez, 1998; Salvia, y Saavedra, 1997, Salvia y Tuñón, 2003<sup>a</sup>, Mora Salas, 2008 entre otros). Asimismo, algunas investigaciones dieron cuenta de la relación directa existente entre los procesos de crisis del sistema educativo y del mercado laboral y el deterioro de las capacidades de integración de los jóvenes en el ámbito de la vida adulta, independientemente del mayor nivel educativo que va alcanzando esta cohorte etaria (Filmus, y Miranda, 2000; Salvia y Miranda, 2000; Rosas y Cimillo, 2001).

Ahora bien, el deterioro de la situación social del país llega a un punto extremo en el marco de la crisis del 2001. En ese crítico contexto, se resuelve desde la esfera gubernamental aplicar la devaluación de la moneda en el año 2002. Esta medida, no sólo significó el fin del régimen de convertibilidad sino también el agotamiento de un patrón basado en la especulación financiera, la apertura externa y la reprimarización productiva. Desde ese momento y, más aún, desde las políticas implementadas a partir de 2003, se observan cambios en la economía argentina que conllevan un nuevo patrón de crecimiento, el cual determinó una abrupta alteración en el funcionamiento del mercado de trabajo con respecto a su comportamiento desde mediados de los años setenta. El cambio en el patrón de crecimiento se verificó, en parte, en los elevados niveles de creación de puestos de trabajo, en el incremento de la tasa de asalarización así como en la tendencia claramente descendente que viene presentando el empleo no registrado desde mediados de 2004 (Arceo, Monsalvo y Wainer, 2007).

Más allá de la mejora de algunos indicadores laborales cabe decir que hubo un deterioro del salario real con la devaluación y que comenzó a recuperarse hacia finales del 2003. Los mismos fueron impulsados fundamentalmente por la política oficial de ingresos, básicamente: los incrementos de suma fija en los sueldos del sector privado y las subas del salario mínimo, que se articularon con un cierto dinamismo en materia de negociaciones colectivas en diferentes sectores económicos.

Así, a través de la revitalización del accionar estatal, centralmente desde 2003, en sus distintas esferas (estrategias económicas, políticas laborales, nuevas iniciativas en políticas sociales y educativas, entre otras) se visualizan mejoras no solo en indicadores laborales claves sino también en materia social (como ser la pobreza y la indigencia) y distributiva (Kostzer, Perrot y Villafañe, 2005).

La redistribución, según Calvi y Cimillo, (2010) se manifestó en forma temprana en la política social, con la implementación, en 2002, del Plan Jefes y Jefas de Hogar, y más tardíamente, en la política de ingresos, con las progresivas actualizaciones del salario mínimo y el haber jubilatorio mínimo. A su vez, los autores también señalan que las medidas destinadas a contener la inflación parecen haber contribuido progresivamente a saldar la brecha entre las dispersiones de los ingresos nominales y reales de los hogares, brecha abierta por el efecto de la devaluación sobre los precios internos.

En el marco de los cambios que siguieron al abandono de la convertibilidad, y considerando la hipótesis reconocida acerca de que el patrón de crecimiento, el contexto macroeconómico y su

impacto en el mercado de trabajo así como el contexto político, institucional y cultural que caracteriza a un país condicionan las posibilidades de inserción -económicas, socio-laborales y educativas- de los hogares y personas que lo conforman. En este trabajo se sostiene que las transformaciones acontecidas en el nuevo siglo en Argentina impactaron positivamente en una proporción considerable de hogares, y este proceso hizo posible la reapertura de algunos caminos de inserción laboral y educativa para muchos jóvenes, disminuyendo sus posibilidades de caer en la vulnerabilidad y en la marginalidad social. Si bien, las oportunidades de acceso e inserción en el mercado laboral como en el sistema educativo que logran los jóvenes están asociados significativamente a la localización de clase de la familia de origen.

Ello tiene fundamento, siguiendo a Bauman (1994), entre otros autores, en el hecho que las capacidades de elegir en libertad están distribuidas de manera desigual, ya que en el nivel de la acción como de la subjetividad del actor, la clase social importante en un sentido específico, si uno se remite a la desigualdad social en tanto diferenciación de oportunidades y posibilidades de elegir. Bauman considera que el proceso de socialización es un vehículo de clasificación y diferenciación de derechos y deberes que cristalizan identidades, aunque más que clasificar identidades lo que se diferencia es el grado de elegir entre identidades.

Así es de suponer que los jóvenes pertenecientes a hogares de estratos medios y altos tienen más y mejores canales de acceso y de inserción en los ámbitos laborales y educativos -formales e informales-<sup>14</sup> con respecto a los jóvenes que integran los hogares de los estratos más bajos de la sociedad, si bien esta brecha ha menguado comparativamente con los 90. Siguiendo esta línea de supuestos, cabe esperar que en las actuales condiciones de contexto a nivel global, como los actuales usos tecnológicos y las restricciones de calificación laboral y el proceso de segmentación creciente que acontece en los distintas esferas de la vida en sociedad -laboral, social, educativa, residencial-, las calificaciones laborales y educativas obtenidas por los jóvenes continúen variando significativamente según el nivel socioeconómico de la familia de origen. En el caso de las calificaciones alcanzadas pareciera ser que las condiciones familiares tienen un peso sustancialmente clave y más allá de un contexto positivo y favorable para que los jóvenes logren realizarse a nivel laboral y educativo, las mismas, muchas veces, tornan más difícil, cuando no imposible, estas realizaciones juveniles que permiten un pasaje al mundo adulto más inclusivo socialmente.

A su vez, se conjetura que en los estratos más bajos de la sociedad, la educación formal es una condición necesaria - no siempre suficiente- (o aumenta las posibilidades) para alcanzar una inserción laboral “relativamente plena” e ingresos suficientes que permitan a las familias cierto nivel de bienestar social y cierta movilidad social ascendente. Aunque, las posibilidades de movilidad social son menores si se compara con los años dorados de la movilidad social, en los tiempos en que “M’Hijo El Dotor” era posible. Mientras que en el polo opuesto, en los estratos más altos de la sociedad, el pasaje por la educación formal si bien constituye generalmente una condición importante para la obtención de un trabajo e ingresos decentes, para varios de estos jóvenes puede no ser tan necesaria. Estos supuestos no se contraponen a la hipótesis ampliamente legitimada que considera a la educación en tanto elemento central para mejorar la inserción socio-laboral juvenil, más bien busca especificarla.

---

<sup>14</sup> Si bien este trabajo se limitará a indagar el ámbito formal en lo que atañe a la dimensión educativa.

## Abordaje metodológico

Esta investigación se centra en el estudio de los cambios y continuidades en las condiciones educativas y laborales de los jóvenes de 15 a 24 años, luego del abandono del régimen de convertibilidad y en el marco de un nuevo contexto macroeconómico, laboral, político, institucional y cultural. Para lo cual, se toman como punto de referencia analítica y contextual, los siguientes años:

1998: Es utilizado como parámetro de comparación para evaluar el impacto sobre las condiciones de laborales y educativas de los jóvenes del proceso económico 1991-2001. El año 1998 refleja el estado de situación socioeconómica del último ciclo de crecimiento económico que presenta un régimen de convertibilidad ya en su plenitud.

A partir de este año se inició la prolongada recesión que puso al desnudo las fragilidades del régimen de convertibilidad y prefiguró su crisis, que sobrevendría al finalizar 2001.

2003: Señala el fin de la crisis socio-institucional de 2001 y el comienzo de un nuevo modelo de organización económica y social del país en la década del 2000, que se inicia con la devaluación de la moneda en 2002 y continúa perfilándose, centralmente, con las políticas gubernamentales que se aplican desde 2003.

2006: Manifiesta la plena consolidación de una fase de crecimiento acelerado de la economía, que constituyó el contexto en torno del cual los principales indicadores sociolaborales experimentaron una ostensible mejoría, y la equidad distributiva no fue la excepción.

2011: Indica un nuevo ciclo de crecimiento económico y del empleo afianzado, luego de la fase contractiva iniciada en el cuarto trimestre de 2008 en el marco del crack financiero global 2008/09. Un ciclo de crecimiento que muestra sus primeros comportamientos positivos a partir del cuarto trimestre de 2009.

Por su parte, cabe aclarar que los jóvenes que se abordan en este trabajo son los jóvenes residentes en hogares urbanos de Argentina. Para ello, se consideraron los jóvenes ni jefes ni cónyuges ni servicio doméstico, con el fin de enfocar la mirada en los jóvenes hijos centralmente, dado que interesa ver las posibles relaciones entre las condiciones educativas y laborales de los jóvenes y la familia de origen.

Para analizar los cambios y continuidades en las condiciones educativas y laborales de los jóvenes residentes en hogares urbanos de Argentina, en primer lugar se realiza un estado de situación de la población de 15 a 24 años, considerando los dos momentos cruciales de la vida de esta cohorte etaria, de 15 a 19 años, que son los entrantes al mercado laboral, y de 20 a 24 años, que son los adultos jóvenes.

Para lo cual, se desarrolla una caracterización de los jóvenes según tramos de edad, para los períodos 1991-2001/2002-2011, a través de los siguientes indicadores:

*Sexo, Posición en el hogar* (Hijos/Otros componentes): Permiten una caracterización socio-demográfica de las personas

*Asistencia educativa y máximo nivel de instrucción alcanzado*: Con estas variables se busca caracterizar a las personas en función de sus atributos educacionales.

*Asistencia educativa* categorizada en: 1) Asiste; 2) Asistió; 3) Nunca asistió

*Nivel de instrucción alcanzado*, categorizado en: 1) Hasta PI (primario incompleto); 2) PC/SI (primario completo / secundario incompleto); 3) SC (secundario completo); 4) S-UI/S-UC (superior o universitario incompleto/superior o universitario completo).

*Condición de actividad*: Indica la proporción de la población total que busca trabajo y lo encuentra (empleados), la proporción de la población total que busca trabajo y no lo encuentra (desempleados), y la proporción de la población total que no participa en la actividad económica, es decir, que se encuentra inactiva.

En segundo lugar, con el fin de observar como se fue conformando a lo largo del tiempo en estudio las posibles relaciones entre las condiciones educativas y laborales de los jóvenes y la familia de origen, se analiza la evolución de la condición de actividad y asistencia educativa de estos jóvenes (no jefes ni cónyuges ni servicio doméstico) según sus atributos individuales y familiares claves, y se hace hincapié en cómo son los hogares en los que residen

Al respecto, cabe mencionar que los atributos de los hogares con jóvenes- hogares donde no hay jóvenes jefes ni cónyuges ni servicio doméstico- que se estudian son:

- *Sexo del jefe de hogar*: Esta variable no sólo es un atributo sociodemográfico sino que, también, da cuenta de la representación de un tipo económico y cultural de hogar: 1) Jefe Varón; 2) Jefe Mujer

- *Tamaño del hogar*: Hace referencia al número total de personas que residen habitualmente en el hogar. Esta variable es una característica socio-demográfica de los hogares que refleja, en gran medida, la situación socioeconómica de los mismos. Queda definida en escala métrica.

- *Nivel de instrucción principal del hogar*: Esta variable busca considerar el clima educativo del hogar a partir del máximo nivel de instrucción alcanzado más alto entre el jefe y el cónyuge. En el caso de aquellos hogares que presentan jefe solamente se tiene en cuenta el nivel de instrucción del mismo. También es usada como indicador indirecto y aproximado del nivel socioeconómico de las familias. Esta decisión tiene sustento en otras investigaciones que sostienen: “El nivel de instrucción formal alcanzado por las personas es uno de los factores que más incide en las probabilidades que tienen de conseguir trabajo así como en la determinación de las características de los puestos laborales a los que acceden. Por lo tanto, se utiliza el nivel de instrucción alcanzado fundamentalmente como indicador indirecto y aproximado del nivel socioeconómico de las familias, sobre la base del reconocimiento de la correlación existente entre el nivel educativo de sus miembros y su posicionamiento en la estructura social” (Beccaria y López, 1997).

Quedó categorizada en: 1) Hasta PI (primario incompleto); 2) PC/SI (primario completo/secundario incompleto); 3) SC (secundario completo); 4) S-UI/S-UC (superior o universitario incompleto/superior o universitario completo).

- *Nivel de ingresos del hogar*: Esta variable busca una caracterización socio-económica de los hogares en términos de estratos de ingresos. Se utiliza el indicador quintil de ingreso per cápita familiar de la EPH que neutraliza el tamaño de los hogares. Quedó categorizada en: 1) Hogares en el primer y segundo quintil; 2) Hogares en el tercer y cuarto quintil y 3) Hogares en el quinto quintil

También, es significativo mencionar que los hogares que presentan ingresos nulos se consideran en la respectiva construcción, dado que esta situación representa una condición objetiva para los hogares. Mientras que se descartan aquellos hogares en los cuales al menos uno de los miembros no responde.

*-Calificación de la tarea principal del hogar:* Esta variable busca considerar posición socio-ocupacional del hogar a partir de la calificación de la tarea más alta entre el jefe y el cónyuge. En el caso de aquellos hogares que presentan jefe solamente se tiene en cuenta la calificación del mismo. Quedó categorizada en: 1) Calificación Profesional, 2) Otra calificación (calificación técnica u operativa) 3) No calificada.

A su vez, se busca especificar la mirada en torno a la asistencia educativa y la participación en el mercado de trabajo (acotada a la probabilidad de estar activos como de trabajar) de estos jóvenes, buscando determinar los factores –individuales y familiares mencionados- que intervienen en la explicación de estos fenómenos mediante modelos multivariados –regresión logística- y cuáles son los cambios que se producen en dichos factores a lo largo del tiempo indagado.

Por último, para ver como ha evolucionado la estructura de oportunidades de los jóvenes y su efecto en la calidad de la inserción laboral y educativa se realiza una aproximación de ambas dimensiones de manera exploratoria y descriptiva. En este caso particular, por cuestiones de representatividad estadística para algunos de los aspectos indagados, se consideraron todos los jóvenes de 15 a 24 años, es decir, sin excluir jefes, cónyuges y servicio doméstico. De todos modos, estos jóvenes representan una pequeña proporción, aproximadamente un 13% en el total de jóvenes, en los períodos analizados.

En principio, se analizan las *actividades centrales de los jóvenes* para alcanzar cierto nivel de inclusión social, las cuales quedaron categorizadas en: Sólo estudia, Estudia y busca trabajo, Estudia y trabaja, Sólo trabaja, No estudia ni trabaja. Estas actividades se analizan por grupo etario, sexo, sexo del jefe de hogares y nivel de ingreso del hogar, variables que marcan diferenciales en la temática.

Para una aproximación más específica al análisis de la desigualdad en la calidad educativa se busca comprobar la evolución de las diferencias en el *acceso al diploma* por parte de jóvenes provenientes de hogares de distintos sectores. Para ello se analiza como ha evolucionado la población de 19 a 24 años que ha alcanzado el secundario completo según sector social de pertenencia. Así como también se evalúa la evolución de la población de 25 a 29 años que ha finalizado el nivel superior o universitario completo.

Luego, para un acercamiento al estudio de la desigualdad en la calidad de la inserción laboral, se lleva a cabo un análisis bivariado y multivariado, durante el transcurso de los momentos estudiados, de ciertos atributos que hacen a la calidad laboral que presentan los jóvenes ocupados, mostrando su relación con atributos individuales y familiares que dan cuenta de diferenciales en el tema (grupo etario, sexo, sexo del jefe de hogar y nivel de ingreso del hogar).

Los atributos de los jóvenes ocupados son:

*Intensidad de la tarea:* Esta variable define a los ocupados según la cantidad de horas que trabajan. Quedó categorizada en: 1) Sub-ocupados demandantes (trabajan menos de 35 horas por causas involuntarias y están dispuestos a trabajar más horas, estando en la búsqueda de otra ocupación; 2) Ocupados plenos: ocupados que trabajan un lapso considerado “socialmente normal”, entre 35 y 45 horas semanales; 3) Sobre-ocupados (ocupados que trabajan un lapso mayor al considerado “socialmente normal”, más de 45 horas semanales) y 4) Ocupado que no trabajó en la semana de referencia.

*-Precarización laboral:* Esta variable define a los ocupados asalariados en función de la posesión de jubilación y tipo de contratación. Son ocupados no precarios, quienes tienen jubilación y contrato permanente, mientras que son ocupados precarios quienes tienen contrato temporario o no tienen jubilación o ambas situaciones.

-*Informalidad laboral*: Esta variable permite dar cuenta del sector económico en el que se insertan los trabajadores. Queda categorizada en: 1) Formal, 2) Informal y 3) Servicio Doméstico.

-*Calificación de la tarea*: Quedó categorizada en: 1) Calificación Profesional, 2) Otra calificación (calificación técnica u operativa) y 3) No calificados.

Específicamente, para el análisis de la información se trabaja con técnicas estadísticas descriptivas y explicativas o asociativas, principalmente análisis porcentual de tablas de contingencia divariadas y multivariadas y regresión logística. Este último tipo de estudio multivariado gana poder explicativo y complejidad al utilizar modelos estadísticos que incorporan aspectos individuales y familiares como determinantes de la posibilidad de trabajar y asistir al sistema educativo por parte de los jóvenes.

La fuente de información que se trabaja es secundaria: Encuesta Permanente de Hogares para el Total Aglomerados Urbanos. Concretamente, se trabaja con las bases correspondientes al segundo semestre de los años 1998 (para este año onda octubre), 2003, 2006 y 2011. Por último, para procesar la información y construir las variables necesarias se utiliza el Paquete Estadístico para Ciencias Sociales (SPSSWIN).

### Capítulo III: Abordaje teórico. Activos, vulnerabilidad y estructura de oportunidades. Y consideraciones acerca de la estructura social

En este capítulo se aborda el marco conceptual que sirve de base para analizar y reflexionar en torno a la situación educativa y laboral de los jóvenes.

Centralmente se aborda el enfoque teórico de activos, vulnerabilidad y estructura de oportunidades desarrollado en gran medida por Moser –centrando en la relación activos-vulnerabilidad- (1998), retomado por Katzman et al. (1999); Filgueira (1998, 2001), Katzman (2000, 2001), entre otros, y por autores que remarcan la importancia de las políticas públicas en el marco de las estructuras de oportunidades, como ser Pizarro (2001) y Wormald, Cereda y Ugalde, (2002). También, se abordan algunas consideraciones y nociones base de enfoques que centran su atención en la relación educación, empleo y vulnerabilidad social, incorporando la estructura social como elemento central en el análisis.

Una de las hipótesis significativas del trabajo sostiene que actualmente hay más y mejores oportunidades educativas, principalmente, como laborales para los jóvenes en comparación con los 90, y ello disminuye las posibilidades de caer en la vulnerabilidad y en la marginalidad social para este grupo. También se hace hincapié en el hecho que estas posibilidades no resultan ser las mismas para todos los jóvenes, ellas varían según la procedencia social de la familia de origen.

El enfoque de activos, vulnerabilidad y estructura de oportunidades (AVEO) pone el énfasis en el desajuste entre los activos y la estructura de oportunidades que configuran el mercado, el Estado y la comunidad (Filgueira 2001 y 1998; Katzman *et al.* 1999), lo que permitiría “captar mejor la dinámica de reproducción de los sistemas de desigualdad social, de los fenómenos de vulnerabilidad y pobreza, al mismo tiempo que ofrece un instrumental analítico más potente para la acción” (Katzman *et al.* 1999). En particular, el concepto de vulnerabilidad hace su aporte en tanto escapa a la dicotomía pobre-no pobre<sup>15</sup>, proponiendo la idea de configuraciones vulnerables (susceptibles de movilidad social descendente, o poco proclives a mejorar su condición), las cuales pueden encontrarse en sectores pobres y no pobres<sup>16</sup>. Esta definición contiene tanto la idea de exposición al riesgo como la idea de la capacidad de cada actor (hogares, personas, etc.) para enfrentarlo (Moser, 1998). Por ejemplo, los jóvenes con secundario incompleto, mayores de 18 años, desocupados o con ocupaciones laborales, precarias o no precarias, sin calificación, como los jóvenes pobres y no pobres con secundario completo de 20 a 29 años, con itinerarios laborales caracterizados por inserciones ocupacionales precarias y sin calificación, constituyen grupos juveniles vulnerables, si se piensa el fenómeno del bienestar social desde esta perspectiva.

---

<sup>15</sup> Si bien los debates sobre la medición de la pobreza exceden el marco de la presente tesis, es importante señalar que en el contexto de los mismos se enfrentaron dos enfoques alternativos y polarizados: a) el enfoque convencional, objetivo, que identifica ingreso y consumo como las mejores *proxy* para la pobreza, medida a través de encuestas en hogares, con muestras grandes, aleatorias; b) el enfoque subjetivo, que considera reduccionista al anterior por ser incapaz de abarcar las realidades complejas y diversas en las que los pobres viven, y utiliza indicadores múltiples y subjetivos de la pobreza. La superación de esta dicotomía entre los dos enfoques descriptos es una de las causas que explican el surgimiento de la noción de vulnerabilidad. (Moser 1998)

<sup>16</sup> La noción de vulnerabilidad no es nueva y tradicionalmente ha sido empleada como sinónimo de pobreza, marginalidad o deprivación. Sin embargo, su significado apeló más al sentido común que a una definición conceptual más acabada. Cuando se aplican denominaciones diferentes para significar una misma cosa, o cuando un mismo concepto es usado para denominar diferentes cosas, es más lo que confunden que lo que aclaran (Filgueira, 2001).

De esta manera, “la vulnerabilidad a la exclusión social o a la pobreza pasa a ser considerada como un producto tanto de la composición del portafolio de activos de los hogares –que incluye la posesión y la capacidad de control o movilización de recursos materiales o simbólicos que permiten al individuo desenvolverse en la sociedad- como de las cambiantes características de las estructuras de oportunidades de acceso al bienestar asociadas al funcionamiento del Estado, del mercado y de la comunidad” (Katzman 2002: 24). Es decir que la noción de vulnerabilidad intenta no limitarse a la carencia de recursos materiales para satisfacer las necesidades mínimas del hogar, como lo hace la pobreza, porque con esa mirada restrictiva se deja de lado una cuestión central: “las consecuencias que tiene el funcionamiento del sistema económico y social sobre las oportunidades de integración al empleo y al bienestar social de los diferentes segmentos sociales” (Wormald *et al.* 2002: 134).

En síntesis, este esquema conceptual resulta apropiado para reflexionar acerca de las condiciones educativas y laborales de los jóvenes dado que enfatiza la importancia de referirse a los activos en el contexto de patrones de movilidad e integración social que brindan las estructuras de oportunidades, al considerar que los recursos con los que cuentan las personas y sus hogares no pueden ser analizados con independencia de la estructura de oportunidades a las que tienen acceso.

Específicamente, este tipo de análisis permite indagar en torno a los activos educativos y laborales de los jóvenes en los períodos 1991-2001 y 2002-2011, considerando dos momentos históricos bien distintos en cuanto a la estructura de oportunidades y a las condiciones de acceso a las cadenas de movilidad e integración social generadas. En el primer período indicado, el mercado resulta central habiendo un debilitamiento y / o achicamiento de las estructuras de oportunidades existentes, mientras que en el segundo período el estado recupera su centralidad, acompañando a las instituciones de la sociedad y el mercado, en la definición de oportunidades, con el consecuente incremento de estructuras de oportunidades como fortalecimiento de las existentes.

## **Vulnerabilidad y Marginalidad Social**

Conceptualmente la "vulnerabilidad social"<sup>17</sup> es entendida como una configuración particular, negativa, resultante de la intersección de dos conjuntos; uno, definido a nivel "macro –estructural-" relativo a la estructura de oportunidades y otro definido a nivel "micro", referido a la disponibilidad y capacidad de movilización de los activos de los actores. Es posible afirmar que la diferencia entre estos dos conjuntos radica en el hecho que los individuos directamente no controlan o no pueden incidir en los patrones más generales de la estructura de oportunidades mientras el segundo conjunto, relativo a los activos, depende de los individuos (Filgueira, 2001).

Ahora bien, hay casos en que la estructura de oportunidades no está “dada” independientemente de la acción individual. Tal es el caso del capital social, fruto de un activo (a nivel individual) y de una comunidad de individuos (estructura de oportunidades a nivel agregado). Es decir que hay estructuras de oportunidades que son enteramente independientes de la acción individual y otras que no lo son. En

---

<sup>17</sup> El concepto de vulnerabilidad presenta diferentes corrientes de pensamiento. Por ejemplo, se lo utiliza a modo de una “vulnerabilidad fabricada”, en la cual las prácticas sociales son constantemente re-examinadas y reformuladas, para dar cuenta de situaciones cotidianas que se viven en la sociedad moderna, caracterizada por inseguridad, incertidumbre y desprotección en numerosas esferas (Giddens (1995 a y b), Sennett (2000), entre otros. Ha sido tradicionalmente empleada como sinónimo de pobreza, marginalidad o deprivación, según se mencionó anteriormente. Se usa además para referirse al debate sobre la protección social, entre otros abordajes teóricos. En este trabajo se lo utiliza en el marco del enfoque AVEO.

suma, el concepto de estructura de oportunidades refiere a recursos que el individuo no controla y no incide o lo hace en forma indirecta, vía estructuras intermedias, compartida con otros miembros<sup>18</sup>, mientras que el concepto de activos refiere a consecuencias directas de su acción que inciden sobre sus características o recursos individuales.

Específicamente, si bien la "vulnerabilidad social" cristaliza en situaciones estables que caracterizan a ciertas categorías sociales que comparten una misma condición (por ejemplo, pobres), enfatiza el carácter dinámico dado por los procesos de construcción o destrucción de vulnerabilidades. Más que un concepto estático, significa una suerte de predisposición o condición latente proclive a una movilidad descendente o por lo menos, una manifiesta dificultad de los individuos o de los hogares para sostener posiciones sociales conquistadas en un momento anterior (Filgueira, 2001 y Katzman *et al.* 1999). Y en los casos en que la situación de movilidad descendente de los individuos se torna persistente y se agudiza, tienen altas probabilidades de caer en la marginalidad social.

Al respecto, si bien no es el propósito de este trabajo profundizar en las líneas de pensamiento acerca de la marginalidad social, cabe realizar un sucinto recorrido teórico del mismo ya que tal como señalaba Quijano (1976) constituye un concepto referido a uno de los problemas estructurales más importantes de la actual sociedad en América Latina.

Hacia la década del 60, el término marginalidad comienza a ser utilizado en América Latina como un concepto dentro de las ciencias sociales para dar cuenta de los efectos heterogéneos y desiguales de los procesos de industrialización y desarrollo. La emergencia de esta noción se desarrolla en el campo de disputa de dos paradigmas en conflicto, dando lugar a dos grandes vertientes interpretativas: la idea de marginalidad social o cultural desarrollada en el marco de la teoría de la modernización –que prevaleció en la década del 50-, y la noción de marginalidad económica elaborada por la teoría de la dependencia (Delfino, 2012). Dentro de la primera perspectiva se pueden incluir las producciones del centro chileno de investigación y acción social, Desarrollo Social para América Latina (DESAL 1969), encabezado por el sacerdote jesuita Roger Vekemans (1970) y la obra del sociólogo Gino Germani (1969,1970). Desde el enfoque de la dependencia se formula la cuestión de la marginalidad con un nuevo contenido. En la caracterización de la problemática se recurre al instrumental teórico marxista, se hace a partir de la acumulación capitalista en la región, lo que implica pasarla del plano individual y de sus rasgos socio-sicológicos al de la estructura social. Son los planteos de Nun (1969c), Quijano (1976), Cardoso (1971) los que establecen las principales reformulaciones para la marginalidad.

Hacia fines de la década del 90, América Latina transitaba procesos de fuerte reestructuración social producto de transformaciones decisivas en la matriz productiva y en el mercado de trabajo como en cambios producidos en la estructura y en las formas de intervención del Estado. El carácter estructural del desempleo, la masificación del subempleo y la “inseguridad endémica” se tornan muy presentes en la población (Beck, 2007). En este contexto, se reabre el debate sobre la marginalidad que se da, fundamentalmente, en dos líneas de pensamiento. Por un lado se discute la aplicabilidad en América Latina de las nociones de “nuevo régimen de marginalidad” o “marginalidad avanzada” desarrolladas por Loïc Wacquant (2001) para caracterizar las realidades norteamericana y francesa contemporáneas (retomando nociones claves en torno a la crisis de la sociedad salarial planteada por Castel (1997), en las cuales se enfatiza que las desigualdades creadas por el capitalismo avanzado no son un “efecto indeseado” o una rémora del pasado que tenderá a desaparecer con el crecimiento económico. Por el contrario, los regímenes urbanos producidos por el capitalismo avanzado y las políticas públicas que

---

<sup>18</sup> Por ejemplo, la acción de los individuos puede incidir en un sistema democrático en la elección de las autoridades que adoptarán a su vez decisiones que lo involucran, pero se trata de una incidencia mediatizada por complejos procesos de delegación de poder compartidos por la decisión de otros ciudadanos

lo acompañan crean las nuevas desigualdades urbanas. Por el otro lado, se desarrolla una revalorización de la vertiente económica-estructural de la marginalidad latinoamericana. Al respecto, puede mencionarse a José Nun (1999), Cortés (2006), Cingolani (2009), Agustín Salvia (2010) como los autores más representativos de la segunda discusión. Esta mirada se ha centrado –en términos generales– en tres aspectos: la capacidad explicativa de la noción para describir los fenómenos contemporáneos, la posibilidad que brinda para describir fenómenos heterogéneos y de largo plazo, y, finalmente, su utilidad para dar cuenta del problema político de la gestión de los excedentes poblacionales, permitiendo apreciar cuáles son las diversas maneras que tienen los Estados y las sociedades de abordar la disfuncionalidad: entre lógicas redistributivas, políticas de asistencia y criminalización de los problemas sociales. Sin embargo, y a diferencia de la forma en que se estructuró el debate en la década del 60, estas dos líneas no son contrapuestas, sino que presentan una serie de puntos de contacto (Delfino, 2012).

Por último, en el marco de antecedentes de la primera línea de pensamiento, un rol clave en el uso de la expresión marginalidad en la actualidad, como del concepto de vulnerabilidad, corresponde a Castel (1997). De acuerdo a este autor, las situaciones marginales se ubican al final de un doble proceso: de desencanche en relación al trabajo y en relación a la inserción relacional. Y si se analiza a los jóvenes se puede pensar que las situaciones marginales incluyen el final de un tercer proceso: el abandono escolar.

Al respecto, Castel define tres zonas, de integración, de vulnerabilidad y de marginalidad social en función de dos ejes, el trabajo y la inserción en soportes relacionales. Y plantea que: “esquemmatizando mucho distinguimos tres valores en cada uno de los ejes: trabajo estable-trabajo precario- no trabajo e inserción relacional fuerte-fragilidad relacional-aislamiento social. Acoplando esos valores de dos en dos se obtienen tres zonas, a saber la zona de integración (trabajo estable y fuerte inscripción relacional, que a menudo van juntos), la zona de vulnerabilidad (trabajo precario y fragilidad de los soportes relacionales), y la zona de marginalidad que prefiero llamar zona de desafiliación para marcar bien la amplitud del doble desencanche: ausencia de trabajo y aislamiento relacional”.

Ahora bien, para un análisis de la situación de integración, vulnerabilidad y marginalidad juvenil es pertinente incluir un tercer eje: la educación. Y se puede pensar, en relación a este eje y también esquematizando mucho, que aquellos jóvenes que se encuentran insertos en el sistema educativo, cursando sin inconvenientes de rendimiento escolar/abandono/etc. y están cursando el ciclo acorde a su edad, se encuentran en la zona de integración. Mientras que los jóvenes que transitan el sistema educativo con ciertas dificultades de rendimiento escolar/abandono/ repitencia /etc. se encuentran en la zona de vulnerabilidad y quienes terminan abandonando el sistema educativo se encuentran en la zona de marginalidad.

Por último, se puede decir que, según Castel (1997), marginalidad y vulnerabilidad son fenómenos que deben ser comprendidos desde un horizonte más amplio en el que señala la precariedad del lazo social en las sociedades contemporáneas y la pérdida de poder integrador del Estado a partir de la crisis de la sociedad salarial. Y en el actual contexto argentino, signado por una cierta recuperación del poder integrador del Estado, resulta significativo analizar las especificidades propias de los jóvenes en materia laboral y educativa, desde una mirada comparativa con los 90, haciendo énfasis en aquellas regularidades que perduran y los cambios dados en función del nuevo momento socio-económico que transita el país.

## **Activos-Capitales y Estructura Social - elemento constitutivo central de los mismos-**

El primer componente de la "vulnerabilidad social", los activos, refiere a la posesión, control o movilización de recursos materiales y simbólicos que permiten al individuo desenvolverse en la sociedad (Filguera, 1998, 2001). Capital financiero, experiencia laboral, nivel educativo, composición y atributos de la familia, participación en redes y capital físico, son atributos que ejemplifican algunos de esos recursos.

Cabe aclarar que los recursos con que cuentan las personas y los hogares se convierten en activos o capital en la medida que son utilizados para apropiarse / aprovechar la estructura de oportunidades que ofrece el medio a través del mercado, el estado o la sociedad.

Este abordaje acerca de los recursos que pueden movilizar los hogares o los individuos, no los circunscribe a la noción de capital en términos exclusivamente económicos o monetarios, y además examina los activos de acuerdo a su lógica interna de interdependencia y reproducción (Filgueira, 2001). Este enfoque resulta interesante ya que la dimensión económica pura jamás brinda la información necesaria como para decidir quien es vulnerable y quien no lo es, quien es pobre y quien no lo es.

Asimismo, esta mirada es apropiada en las sociedades actuales en las que además del capital económico<sup>19</sup>, el capital humano, y por ende la educación formal –en tanto uno de sus componentes esenciales-, se ha tornado uno de los principales activos de las personas.

En cuanto al capital humano, fue formulado originalmente por miembros de la Escuela de Chicago, especialmente por Gary Becker en los años setenta. Este enfoque teórico señala la importancia económica del capital humano para la determinación de la productividad agregada y del precio del trabajo y si bien pone especial énfasis en la educación, la definición es más amplia. Por ejemplo, invertir en capital humano significa cuidar la salud, dedicar tiempo a la búsqueda un mejor empleo, emigrar para aprovechar mejores oportunidades de empleo e, incluso, poder optar por trabajos mal remunerados pero con un elevado potencial de aprendizaje (Becker, 1983). De acuerdo al mismo, la inserción laboral depende de las diferencias entre los trabajadores en cuanto a nivel de calificación, educación y experiencia laboral alcanzada y ello depende de las decisiones de inversión de tiempo y dinero, tomadas por los individuos.

Este enfoque no considera la estructura social como elemento central en la conceptualización del capital humano. Por tal motivo, se prefiere optar por las nociones de capitales desarrolladas por Bourdieu (2005), que plantea que el capital cultural puede existir bajo las siguientes formas:

- En estado incorporado, es decir, bajo la forma de disposiciones durables (habitus<sup>20</sup>), relacionadas con determinado tipo de conocimientos, valores, habilidades, destrezas, aptitudes, etc.

---

<sup>19</sup> Según Bourdieu, si bien el tipo de capital más importante es el que se juega en cada campo de juego y en un momento específico, en sociedades como la nuestra, el capital económico constituye la especie dominante, en relación con las otras variedades de capital (Gutierrez, 1994).

<sup>20</sup> De acuerdo a Bourdieu, habitus, son sistemas de disposiciones incorporados por los agentes a lo largo de su trayectoria social, específicamente constituye un sistema de esquemas de percepción y apreciación, estructuras cognitivas y evaluativas que se adquieren a través de la experiencia duradera de una posición del mundo social (Gutierrez, 1994).

- En estado objetivado, bajo la forma de bienes culturales, cuadros, libros, diccionarios, instrumentos, etc.
- En estado institucionalizado, que constituye una forma de objetivación, como lo son los diferentes títulos escolares.

La mayor parte de las propiedades del capital cultural se encuentran en estado incorporado en los agentes sociales y el proceso de consumo de los bienes culturales se encuentra asociado justamente a la posibilidad de hacerlo con cierto cúmulo de capital cultural, previamente adquirido o en estado de adquisición; lo cual, depende en gran medida, del capital económico.

En cuanto al capital social, según Bourdieu constituye “...conjunto de los recursos actuales o potenciales que están ligados a la posesión de una red durable de relaciones más o menos institucionalizadas de interconocimiento y de interreconocimiento; o en otros términos a la pertenencia a un grupo, como conjunto de agentes que no sólo están dotados de propiedades comunes sino que también están unidos por lazos permanentes y útiles” (Gutierrez, 1994).

De esto modo, “la red de relaciones es el producto de estrategias de inversión social conscientes o inconscientes orientadas hacia la institución o la reproducción de relaciones sociales directamente utilizables, a corto o largo plazo, es decir, hacia la transformación de relaciones contingentes, como las relaciones de vecinazgo, de trabajo e incluso de parentesco, en relaciones a la vez necesarias y electivas, que implican obligaciones durables subjetivamente sentidas o institucionalmente garantizadas” (Gutierrez, 1994).

Al respecto, se aclara que en todas las sociedades una parte de los activos se transmiten mediante las redes familiares, a través de la posición social objetiva de estas, de sus atributos en materia de socialización, de sus estilos de vida y de sus relaciones sociales, de manera que la acumulación de esos recursos en una generación define las condiciones de partida para la acumulación en la siguiente.

En torno al capital social, hay dos perspectivas en términos generales, una línea teórica que lo considera como una alternativa al desarrollo social de los sectores populares que buscan solucionar sus problemas en función de sus vínculos y redes sociales (Razeto, 1986; Banco Mundial, 2001) y otra línea que relativiza el valor y el sentido de tales vínculos sociales en contextos desfavorables o particulares (Portes y Landolt, 1996; Stiglitz, 2002).<sup>21</sup> Desde esta perspectiva también hay quienes sostienen que el creciente aislamiento y el debilitamiento de las redes y los lazos sociales entre los sectores marginados, favorecen la conformación de una “subcultura” que va dando sustento a los elementos más disruptivos de la pobreza (Kaztman (2001). Por ejemplo, según este autor, el aislamiento social merma las posibilidades de vincularse con personas que están en condiciones de proveer trabajos o información y contactos sobre empleos.

Ambas líneas de investigación resultan apropiadas a la hora de analizar la evolución de las posibilidades juveniles de caer en la vulnerabilidad social, en función de la localización de clase en la que se encuentran. Considerando que si bien es importante el empoderamiento social de los sectores populares en tanto estrategia de desarrollo y resolución de sus problemáticas, no es menos importante el compartir con otras clases experiencias que alimentan el portafolio de activos de los mismos, centralmente el capital cultural en estado incorporado, viabilizando mayores y mejores oportunidades económicas y laborales.

---

<sup>21</sup> El capital social puede tener efectos negativos, como lo mencionan Portes y Landolt (1996). Ejemplos de ello son los grupos de limpieza étnica, algunas tribus urbanas, las mafias y todas aquellas redes sociales que afectan la movilidad social de sus miembros o que operan como una fuerza para reprimir las libertades de sus miembros o de otros grupos.

En lo que atañe al capital simbólico, “... trataría entonces de una especie de capital que juega sobreañadido de prestigio, legitimidad, autoridad, reconocimiento, a los otros capitales, principios de distinción y diferenciación que se ponen en juego frente a los demás agentes del campo, que se agregarían a la posición que se tiene por el manejo del capital específico que se disputa en ese campo” (Gutierrez, 1994).

En este trabajo, si bien no se mide el capital social y el capital simbólico que portan los jóvenes, se realizan algunas inferencias teóricas en torno a los mismos, en función de la localización en la estructura social de la familia de origen y de las inserciones laborales y educativas de los jóvenes, en el marco de literatura especializada en la temática.

Específicamente, se busca comprender la dinámica actual de la formación, uso y reproducción de los activos laborales y educativos de los jóvenes. En lo que refiere a los activos educativos, se analiza puntualmente el capital cultural en estado institucionalizado.

Asimismo, se consideran para el análisis ciertas líneas de pensamiento que plantean autores como Blaug (1983), Bowles y Gintis (1983, 1985), quienes sostienen que sin igualación de los recursos de la familia de origen el sistema educativo funciona como un mecanismo de estratificación. Al respecto, Blaug (1983) explica que los activos posteriores a los adquiridos en la primera infancia, como por ejemplo, la calidad educativa, si bien producen efectos en los ingresos no representan un instrumento adecuado para igualar oportunidades.

Por tal motivo, es indispensable considerar la localización de clase de la familia de origen en el análisis de la situación educativa y laboral juvenil. Al respecto, según se menciona en los capítulos anteriores, en este trabajo el concepto de clase social constituye una “estructura de opciones, posibilidades y capacidades compartidas”, generadas en determinado marco de relaciones sociales de producción y de mercado. Por ende, se toma la noción de “localización de clase” tal como se utiliza en los trabajos de Giddens (1979), Bourdieu (1988) y Bauman (1994). Ahondando en esta temática, Bauman (1994) sostiene que las capacidades de elegir en libertad están distribuidas de manera desigual, ya que en el nivel de la acción como de la subjetividad del actor, la clase social importa en un sentido específico, si uno se remite a la desigualdad social en tanto diferenciación de oportunidades y posibilidades de elegir. Bauman considera que el proceso de socialización es un vehículo de clasificación y diferenciación de derechos y deberes que cristalizan identidades, aunque más que clasificar identidades lo que se diferencia es el grado de elegir entre identidades.

A su vez, si bien el tema planteado hace pertinente rescatar el concepto de clase social, se lo desecha como fuente única de patrones específicos de conducta. Las localizaciones de clase operan a través de una serie de interacciones sociales.

Por ejemplo, algunos autores sostienen que lo relevante para determinar la inequidad de una sociedad no es tanto la desigualdad en el nivel educativo alcanzado, sino en las oportunidades para generar dicho capital. Así, Bourdieu y Passeron (2003) señalan que si bien las posibilidades educativas de los jóvenes se encuentran desigualmente repartidas entre los estudiantes provenientes de medios diferentes, sin que la desigualdad de ingresos alcance para explicar las diferencias. Para los jóvenes provenientes de sectores más desfavorecidos, la educación sigue siendo el único camino de acceso a la cultura.

## Estructura de Oportunidades

El segundo componente de la vulnerabilidad social, está referido a la estructura de oportunidades que provienen del mercado, del estado y de la sociedad<sup>22</sup>. Dicha estructura de oportunidades varía según la sociedad, cultura y tiempo histórico.

El concepto de “estructura” hace referencia a los múltiples canales de acceso a las oportunidades, que se relacionan entre sí, por lo que el acceso a determinados bienes, servicios y actividades posibilita la adquisición de recursos que facilitan el acceso a otras oportunidades. Así, esta construcción conceptual busca vincular la situación microsocial, que desde esta perspectiva son los activos con los que cuentan los hogares / personas / grupos sociales para mejorar sus condiciones de vida, con la situación macrosocial, que es la estructura de oportunidades disponible (Filgueira, 2001).

Concretamente, el Estado, el mercado y la sociedad contribuyen mediante dos funciones, una facilita un uso más eficiente de los recursos que ya dispone el hogar y la otra provee nuevos activos o regenera aquellos agotados. Un ejemplo de la primera función son las guarderías infantiles, cuya utilización permite aprovechar mejor los recursos humanos del hogar con respecto a la meta de mejoramiento de la situación de bienestar. El ejemplo más claro de la segunda función es la provisión de oportunidades de educación gratuita por el Estado.

El mercado como uno de los principales asignadores de recursos ha sido por excelencia la estructura de oportunidades considerada tradicionalmente. De esta manera, crisis o crecimiento económico, recesión, cambio tecnológico y transformaciones de la estructura productiva, son factores que modifican la estructura del mercado e inciden sobre las posibilidades de los individuos y hogares.

Las instituciones del Estado, de acuerdo a la matriz institucional de cada país, juegan un papel crucial en la conformación de las oportunidades, las cuales a través de su impacto directo e indirecto, inciden sobre la estructura de oportunidades. “Por una parte, los diferentes regímenes de welfare con su potencial efecto distributivo inciden en las oportunidades mediante procesos de transferencia entre sectores y grupos que se canalizan en el ofrecimiento de bienes y servicios, ya sea en forma universalista o selectiva (educación, salud pública, sistemas de guarderías, programas alimentarios, protección al desempleo, etc.). Por otra parte, las regulaciones en materia de la legislación del mercado de trabajo así como políticas de empleo, privatización, reducción del sector público, y otras políticas de apertura económica, aranceles, tipo de cambio, y tributos, son ejemplos de cómo puede variar desde el Estado la estructura de oportunidades” (Filgueira, 2001).

Por último, en lo que atañe a las instituciones -relaciones sociales-, se encuentran las diferentes formas de acción colectiva, la comunidad y la familia, tendencias demográficas y, en general, cambios en las instituciones primordiales de la sociedad. Asimismo, todas las formas de acción vinculadas a la esfera política deberían ser consideradas como parte de la estructura de oportunidades. Sindicatos, corporaciones empresariales, movimientos sociales, los partidos políticos, abren o cierran posibilidades.

---

<sup>22</sup> Un desarrollo más amplio sobre las tres instituciones mercado, estado y sociedad, se encuentra en el libro coordinado por Kaztman, R., “Activos y Estructura de Oportunidades: estudio sobre las raíces de la vulnerabilidad social en Uruguay”, R. Kaztman y C.H. Filgueira, "Introducción", PNUD-CEPAL, Montevideo, 1999.

Ahora bien, cabe mencionar que se producen condiciones de vulnerabilidad social cuando los recursos y la estructura de oportunidades dejan de coincidir en alguna medida, sea porque los recursos con los que cuentan los hogares, personas o grupos son insuficientes o poco adecuados para aprovechar la estructura de oportunidades que existe en un medio y momento determinado. Asimismo, muchas veces sucede que los cambios en los requerimientos de acceso de la estructura de oportunidades son más rápidos que lo que los hogares o segmentos poblacionales pueden producir en cuanto a los recursos necesarios para aprovechar dicha estructura de oportunidades (Katzman, 2000, 2001; Katzman y Filgueira, 1999).

Estas líneas conceptuales son indispensables a la hora de analizar en qué medida el Estado, el mercado y la sociedad han facilitado un uso más eficiente de los recursos de los hogares y jóvenes que residen en ellos, y específicamente, son claves para indagar en que medida han hecho posible la generación o regeneración de activos juveniles en materia educativa y laboral, durante los períodos 1991-2001/2002-2011.

## Capítulo IV: Convertibilidad y Post- convertibilidad: Oportunidades y obstáculos contextuales

### Contexto económico y su impacto socio-laboral en Argentina.

En los 90 se consolida el cambio de rumbo instaurado por la dictadura militar de 1976, que instaura un régimen de acumulación denominado como “aperturista con hegemonía financiera” o de “valorización financiera” (Santarcangelo, 2011).

A partir de 1989, después de una década de inestabilidad macroeconómica, cobró impulso un proceso de transformación económica en la Argentina a partir de la Ley de Reforma del Estado y la Ley de Emergencia Económica. Ambas leyes permitieron implementar las reformas estructurales propuestas por el denominado Consenso de Washington.<sup>23</sup> La primera brindó el marco normativo para el agudo proceso de privatización de un gran número de empresas públicas (como compañías de teléfono, aviación comercial, ferrocarriles, complejos siderúrgicos, rutas, puertos y empresas petroquímicas). Mientras que la Ley de Emergencia Económica suspendió los regímenes de promoción industrial, regional y de exportaciones y las preferencias que beneficiaban a las manufacturas nacionales en las compras del estado, al mismo tiempo que se autorizaron los licenciamientos de empleados públicos y se puso fin a los esquemas salariales de privilegio en la administración.

La estabilización de la economía se logró en 1991, cuando se puso en marcha un programa de estabilización en el marco de un régimen de convertibilidad.<sup>24</sup> En este marco, se logra profundizar la reestructuración del sistema económico a través de tres medidas de reformas: la apertura comercial, las privatizaciones y la desregulación de los mercados; y de una política sectorial explícita: un régimen administrativo especial de reconversión de la industria automotriz.

La desregulación de los mercados, la apertura comercial y la reducción de aranceles de importación – en un contexto de apreciación cambiaria- generaron el cierre de numerosas pequeñas y medianas empresas, a la vez que promovían la reestructuración de aquellas firmas más concentradas. Ambas respuestas implicaron efectos regresivos en el campo social, tal como se desprende de los datos que muestran la evolución del desempleo, subempleo, la precariedad laboral, la informalidad laboral, la pobreza, la concentración de capital y la distribución del ingreso a lo largo de la década (Altimir y Beccaria, 1999; Azpiazu, 1994, 1999; Damill, Frenkel, y Maurizio, 2003).

Sin embargo, algunos grandes grupos financieros resultaron fuertemente beneficiados por esta política. De ahí el consistente apoyo que tuvieron las políticas de reformas por parte de los principales agentes económicos (Basualdo, 2000). Específicamente, la “desregulación” de los mercados, o re-regulación posibilitó que las grandes empresas conserven posiciones de privilegio, mono u oligopólicas, que les permitieron obtener ganancias extraordinarias, como en el caso del mercado energético y del sector de telecomunicaciones, entre otros (Azpiazu, 1999).

---

<sup>23</sup> Son diez recomendaciones de política económica elaboradas por los organismos internacionales de crédito que por un lado procuran la estabilización macroeconómica y por otro persiguen una reforma estructural del modelo económico y social.

<sup>24</sup> El régimen de convertibilidad establecido en abril de 1991 creó una moneda convertible en una relación de 1 peso = 1 dólar y prohibió cualquier emisión monetaria sin el respaldo de divisas en las reservas del Banco Central.

De este modo, la retirada del Estado de distintos órdenes de intervención, que se instaura en 1976 y se termina de consolidar en los 90, configuró un escenario en el que el bienestar de la población tendió a estar gobernado casi con exclusividad por los avatares del mercado.

Como resultado, el país experimentó crecientes dificultades para la generación de empleo, una creciente desarticulación del entramado productivo, un crecimiento exponencial en los niveles de endeudamiento del país y de fuga de capitales, e incrementos (sobretudo a partir de mediados de los años noventa) de las tasas de desempleo, subempleo y de población viviendo en condiciones de pobreza que culminaron con la mayor crisis económica, social y política en el año 2001. El país tuvo cinco presidentes en once días y a partir del abandono de la convertibilidad, el default de buena parte de la deuda externa, y apoyado fuertemente en el crecimiento de las exportaciones (favorecidas por el tipo de cambio), Argentina comenzó a experimentar rápidamente signos de recuperación económica (Santarcángelo, 2011).

Esta recuperación, se profundiza desde el 2003, comenzando una nueva etapa a partir de la cual se postuló la existencia de un nuevo modelo de industrialización que, a partir del crecimiento del mercado interno, revierte los niveles de desocupación y la baja productividad de la industria.

Dicha recuperación se explica por los cambios en los precios relativos (producto de las variaciones en el tipo de cambio), por un contexto internacional muy favorable en donde los precios de los principales productos agropecuarios alcanzaron récords históricos al igual que algunos productos industriales de bajo valor agregado, el desarrollo del mercado interno, pero fundamentalmente por una drástica caída del salario (del orden del 25%) y mayor aún del costo salarial (del orden del 50%). Estas transformaciones favorecieron el aumento en la producción de bienes que paulatinamente fueron dando lugar a una nueva dinámica de crecimiento, en donde los motores y sectores que lo movilizaron fueron muy distintos a los que dinamizaban el crecimiento durante los años noventa (vinculado al sector financiero y de servicios no transables). Esta nueva dinámica de crecimiento está sostenida en la industria manufacturera y en la producción de bienes, fundamentalmente la construcción, y ha mantenido repercusiones muy positivas en materia de empleo (Santarcángelo, 2010, Aronskind, 2012, entre otros autores).

Los salarios reales recién comenzaron a recuperarse hacia finales del 2003, impulsados fundamentalmente por la política oficial de ingresos. Básicamente, los incrementos de suma fija en los sueldos del sector privado y las subas del salario mínimo, que se articularon con un cierto dinamismo de las negociaciones colectivas en diferentes sectores económicos, ante la recuperación de las convenciones colectivas de trabajo como instrumento de negociación salarial.

Se puede afirmar que el nuevo patrón de crecimiento ha modificado el comportamiento del mercado laboral generando mucho más empleo que su predecesor, dado que el sector productivo, antes neto expulsor de mano de obra, generó en los últimos años una importante cantidad de puestos de trabajo, mientras que en el resto de las actividades no se produjeron tendencias negativas que contrarresten este efecto (Santarcángelo, 2011).

La dinámica sectorial presenta en la postconvertibilidad una tendencia a la creación de empleos en actividades intensivas en mano de obra. El ritmo de crecimiento del empleo industrial fue sobresaliente, todos los sectores reflejaron una tendencia positiva. Aproximadamente el 70% de los nuevos puestos de trabajo fue explicado por la industria, construcción, comercio y servicios financieros. Esta característica hizo que la recuperación del empleo fuese extendida en los diferentes niveles de calificación, aunque siempre con una mayor intensidad en los más bajos (primaria completa o menor), dado que la construcción creció significativamente en este período. Ello es una nueva

tendencia ya que en anteriores periodos de recuperación la generación de empleo estuvo sesgada hacia los más calificados (Maurizio, 2011).<sup>25</sup>

Sin embargo, la creación de puestos de trabajo, al igual que el crecimiento del mercado interno y la expansión de la industria, encuentra un freno en los bajos salarios necesarios para garantizar altas tasas de ganancias de los sectores exportadores. La inflación constituye en este sentido, una de las precondiciones de la acumulación pos-convertibilidad, al disminuir rápidamente los salarios reales y mantenerlos a un nivel de crecimiento menor que el de la productividad, lo que genera una “transferencia considerable de ingresos desde los trabajadores hacia los empresarios” (Ortiz y Schorr, 2009, Félix, 2008, Aspiazú y Schorr 2010, entre otros). Al respecto, según Jaccoud et al. (2010), para el total de la economía el salario real a partir del primer semestre de 2003 comienza a recuperarse, hasta ubicarse en el primer semestre de 2010 en un nivel apenas menor que el segundo semestre de 1995, si bien mejora sustancialmente en comparación con los valores del mismo en la crisis de la convertibilidad (entre el primer semestre de 2001 y el segundo se produjo una caída del salario real de un 35%, registrándose los valores más bajos de todo el período).

Estas políticas públicas junto con la aplicación de otras políticas sociales complementarias (como el Plan Nacional de Deporte, el Programa Nacional de Cuidadores Domiciliarios o el Plan de Abordaje integral AHÍ, entre otras) han reforzado el impacto positivo del nuevo esquema macroeconómico sobre los principales indicadores sociales. En efecto, desde 2003 en adelante, se verifica un quiebre de tendencia en todos y cada uno de los indicadores comúnmente examinados en los estudios de pobreza, indigencia y distribución del ingreso (Kostzer, Perrot y Villafañe, 2005).

También hay una mejora en la calidad de los empleos en el marco del nuevo patrón de crecimiento, si bien esta dimensión no mejora radicalmente.

Específicamente, en los años posteriores a la devaluación de 2002 caen los asalariados subocupados en una gran proporción, en pocos años se logra bajar a un solo dígito la tasa de subocupación al igual que la tasa de desocupación -lo que implica una mejora en términos de calidad del empleo-; aunque también se expanden los niveles de sobreocupación (este subuniverso, en el primer semestre de 2010 está 30% arriba en relación al segundo semestre de 1995), lo que constituye a un deterioro en la calidad de esos empleos, debido a que la excesiva cantidad de horas trabajadas impide que el trabajador goce de las horas necesarias de descanso para permitir su normal reproducción (Jaccoud et al., 2011).

A su vez, hubo una reducción marcada en la incidencia del empleo informal en línea con la evolución favorable de la economía, entre el 2004 y el 2010. Sin embargo, el conjunto de trabajadores informales se ubicaba todavía en 2010 en torno al 45% de la fuerza de trabajo ocupada (Beccaria, y Groisman, 2009)<sup>26</sup>.

En cuanto a los puestos de trabajo precarios hubo cambios ciertos sustantivos en comparación con lo evidenciado en la década del noventa. Los puestos de asalariados registrados crecieron 46% entre 2003 y 2008, mientras que los asalariados no registrados sólo crecieron 15%, a su vez los no

---

<sup>25</sup> Para una revisión de este tema ver también Beccaria y Gonzales (2006).

<sup>26</sup> La definición empleada en dicho trabajo es: asalariados no registrados en establecimientos de hasta 5 ocupados, asalariados no registrados en establecimientos de más de 5 ocupados y trabajadores por cuenta propia no profesionales. Asimismo, los autores demuestran que la reducción fue más intensa para estos últimos y menos marcada al interior de los establecimientos más grandes. Y consideran que tal comportamiento justifica plantear la hipótesis de un núcleo duro de informalidad en nuestro país que no estaría concentrado exclusivamente por aquellos trabajadores de pequeños establecimientos y autoempleados sino que también incluye a trabajadores que se desempeñan en establecimientos de más de 5 ocupados, en particular en firmas que ocupan de 6 a 40 trabajadores.

asalariados (independientes, cuentapropistas y patrones) crecieron apenas 8%. Estas cifras evidencian un proceso de expansión del empleo formal, instalando una dinámica de incorporación de trabajadores precarios y desocupados a empleos registrados (Trujillo y Villafañe, 2011). Asimismo, si bien hubo un aumento del salario real, éste fue relativamente mayor para los asalariados no registrados y para los trabajadores con menor calificación. (Maurizio et al, 2010). Sin embargo, cabe remarcar que en el primer semestre de 2010, los trabajadores precarizados superan el 30% de los asalariados totales, siendo 6% mayor que la participación registrada en el segundo semestre de 1995 (Jaccoud et al., 2011)<sup>27</sup>.

En lo que atañe a la dinámica de la distribución del ingreso, la misma ha evolucionado positivamente según la literatura en la materia. De acuerdo a Santarcángelo (2011)<sup>28</sup>, a partir de la recuperación económica y la mejora en los indicadores laborales durante el período de la postconvertibilidad, la participación del salario en el producto se recupera de manera sustantiva para cerrar en el 2010 con valores similares a los registrados durante mediados de los años noventa. En cuanto a la percepción de ingresos entre el 10% más rico de la población y el 50% más pobre, si bien a comienzos de los ochenta ambos segmentos de la población percibían magnitudes similares del producto, la década del noventa supone un quiebre de esta tendencia, que se va consolidando al avanzar la década y alcanza su máximo durante la crisis del 2001 en donde el 10% más rico de la población percibe el 37% del producto generado, en tanto que el 50% más pobre de la población se queda con el 18% del producto. Desde el abandono de la convertibilidad esta tendencia regresiva se revierte y para el año 2009 se alcanza una percepción del 32% y 21% para el 10% más rico y el 50% más pobre respectivamente.

En lo que atañe al nivel de polarización de los ingresos, el cociente entre la masa de ingresos percibidos por el 10% más rico de la población en relación al 10% más pobre, exhibe una tendencia creciente desde comienzos de los años ochenta hasta 2002; ha pasado de ser 13 veces en 1980, a 28 veces en mayo de 1999 y a 46.6 veces en mayo de 2002. Si bien con el abandono de la convertibilidad y el default de la deuda externa se advierte una reversión de la tendencia, se registra una leve mejora, pasando a 21.9 veces en 2010.

Por último, en cuanto a la evolución del coeficiente de Gini<sup>29</sup>, durante la convertibilidad el índice de Gini de los ingresos familiares de origen laboral pasó entre 1992 y 2001 de 0,4003 a 0,4426 puntos, en el Gran Buenos Aires. Posteriormente, durante la fase de reactivación y post convertibilidad (2003-2010), el coeficiente de Gini de ingresos familiares de origen laboral pasó de 0,4199 a 0,3984, en el Gran Buenos Aires, evidenciándose menor desigualdad en este período (Salvia y Vera, 2011).

Al respecto, Salvia y Vera (2011) señalan que el aumento de la polarización social en la distribución del ingreso familiar durante la fase de convertibilidad se explica por el comportamiento

---

<sup>27</sup> Jaccoud et al. (2011) en este trabajo considera precarios a quienes no perciben aportes jubilatorios, y menciona que esta considerando como trabajadores protegidos a quienes están contratados bajo la forma de monotributistas. Sin embargo, agrega, la carga de los aportes, en este tipo de contrataciones, recae en su totalidad sobre el trabajador, por lo que se cuestiona el hecho de que se traten de empleos no precarios. Asimismo, la proporción de este tipo de asalariados en el sector público suele ser elevada, aunque no se puede identificar con exactitud, dado que la EPH no capta completamente este fenómeno.

<sup>28</sup> Santarcángelo (2011) considera que hay cuatro variables claves para analizar la evolución de la distribución del ingreso: participación del salario en el producto, la percepción de ingresos entre el 10% más rico de la población y el 50% más pobre, la polarización en el nivel de ingresos y el coeficiente de Gini. Aquí se menciona una breve síntesis de algunos de sus resultados, para una mayor especificidad remitirse a su trabajo.

<sup>29</sup> El coeficiente de Gini, constituye uno de los métodos más utilizados para medir el nivel de concentración de ingresos. El valor de dicho coeficiente puede oscilar entre 0 (distribución perfectamente equitativa) y 1 (distribución perfectamente inequitativa) y comúnmente se representa mediante la curva de Lorenz, que es una medida gráfica que une pares de frecuencia relativas acumuladas de ingresos y de población.

“proinequidad” de los sectores privado formal y público modernizado, y esto a pesar del papel “compensatorio” que tuvieron los sectores informales y cuasi-informales tradicionales, en especial, el comportamiento de los empleos cuenta propia de subsistencia. A su vez, entre los años 2003 y 2010 si bien se evidencia un incremento generalizado de las masas de ingreso de los distintos sectores y categorías económico-ocupacionales, es el sector asalariado formal el que evidenció un aumento de su volumen de ingresos de mayor intensidad (los mismos se volvieron más “pro-inequidad”, no pudiendo incluir a los excedentes de fuerza de trabajo a la dinámica de acumulación primaria). Durante la fase de post convertibilidad, la mejora distributiva provino principalmente de los ingresos salariales generados en el sector informal. De este modo, las desigualdades existentes continuarían estando explicadas por la persistente heterogeneidad económica-ocupacional durante la fase post convertibilidad. Según estos autores, la disminución que se exhibe en la desigualdad de ingresos se genera –en mayor parte– por mecanismos “compensadores” vinculados a estrategias de supervivencia desarrolladas por lo hogares y por las políticas sociales implementadas.

Por ejemplo, son sumamente importantes las políticas anticrisis implementadas con el fin de preservar el empleo de calidad y los ingresos de la población. Dentro de las medidas adoptadas se resalta: la recuperación del sistema previsional por parte del Estado; el estímulo a la demanda interna a través del gasto y la inversión pública (infraestructura, viviendas y escuelas); las líneas de crédito para reactivar el consumo; el financiamiento a las Pequeñas y Medianas Empresas (PyME); los incentivos impositivos para la regularización y protección del empleo; la creación de un mecanismo institucionalizado, ley de Movilidad Previsional, para el incremento de los haberes de jubilaciones y pensiones y finalmente la Asignación Universal por Hijo a partir de diciembre de 2009, medidas de trascienden la coyuntura de crisis (Rial, 2009). Al respecto, la OIT (2010) ha reconocido las medidas “discrecionales de estímulo fiscal” que implementó Argentina para afrontar la crisis, impidiendo de esta forma una caída del crecimiento de la economía y evitando así que el desempleo aumentara en demasía. El organismo resaltó que los países que aumentaron el gasto público y ampliaron sus sistemas de protección social con la aplicación de políticas anticíclicas, sufrieron un impacto menor derivado de la crisis, tanto en las variables macroeconómicas como del empleo, y por ende, de la pobreza y la desigualdad.

También, es oportuno señalar que desde 2003 en nuestro país se advierte una reconfiguración de las políticas sociales destinadas a la población en situación de pobreza, con nuevos énfasis en el apoyo a las familias, en la incidencia territorial y en el desarrollo de proyectos productivos de distinta índole, que apuntan a un modelo de inclusión fundado en el trabajo. Las líneas de acción en el marco de este “enfoque productivo” son variadas, por ejemplo, los emprendimientos socio-productivos del Plan “Manos a la Obra” hasta la organización de cooperativas para la ejecución de obras de infraestructura local del Programa “Ingreso Social con Trabajo, entre otras (Freytes, 2011).

En síntesis, las fuentes de ingresos de los hogares argentinos han experimentado cambios muy positivos en respuesta a la transformación del régimen macroeconómico e institucional del mercado de trabajo como de la política social, durante la última década. De hecho, el informe del Banco Mundial (2013), señala que Argentina y Brasil son los países en los que la equidad distributiva hace el mayor aporte en América Latina. Así también, cabe resaltar que los cambios en la distribución de los ingresos per cápita de los hogares están asociados a la cantidad y calidad de los recursos que los hogares posean para generar dichos ingresos (personas en edad de trabajar, participación en el

mercado de trabajo, volumen de activos fijos y financieros, etc.), su capacidad para movilizarlos y las remuneraciones que puedan obtener por ellos (Altimir y Beccaria, 1999)<sup>30</sup>.

## **El Campo de las Políticas Públicas Laborales**

### **Durante 1991-2001**

En la década del 90, para consolidar el proceso de reestructuración económica e integración al mercado mundial, se requería avanzar hacia otros campos de las relaciones sociales y de las políticas públicas (Cortés y Marshall, 1999). Bajo la crítica al Estado, el Banco Mundial, el FMI y el BID acompañaron sus préstamos con programas dirigidos a reorientar el gasto público social imponiendo la necesidad de reformar los programas de seguridad social, de educación y la legislación laboral.

De este modo, las transformaciones económicas que signan la década van acompañadas de un conjunto de reformas laborales que impactan, en su mayoría, negativamente en las condiciones ocupacionales de gran parte de la población argentina, y con mayor intensidad en el caso de los jóvenes.

La reforma laboral, estuvo principalmente orientada a disminuir los niveles de protección del empleo y negociación colectiva, al bajar los costos de contratación y despido de trabajadores, a la vez que fomentar la desregulación del mercado laboral.

En 1991 se sancionó la Ley Nacional de Empleo (n. 24.013), la cual entre otros instrumentos introdujo diferentes modalidades promovidas de contratación laboral. A partir de aquí cambia el carácter legal del empleo temporario, ampliándose el universo potencial de trabajadores que podían contratarse bajo formas más flexibles, sobre todo para los jóvenes. Entre estos contratos promovidos se encontraban: (a) contratos por tiempo determinado como medida de fomento del empleo, (b) por lanzamiento de una nueva actividad, (c) “prácticas laborales” para jóvenes y (d) “trabajo formación”. Al tiempo que se mantuvieron las figuras de (e) “trabajo eventual” y (f) “trabajo por temporada”. Por otro lado, esta ley disminuyó los aportes patronales para estos “contratos promovidos”, y puso un tope a las indemnizaciones. Por último, introdujo un artículo donde se reglamenta las agencias de empleo temporal<sup>31</sup> o eventual como la posibilidad de terciarización y subcontratación (decretos 342/92 y 951/99)<sup>32</sup>.

---

<sup>30</sup> Si bien la dinámica de la desigualdad y los factores asociados a ella han sido ampliamente explorados en Argentina. Para estudios profundos del tema véase Altimir y Beccaria (1999); Altimir, Beccaria y Gonzalez Rosada (2002); Maurizio (2009a); Gasparini y Cruces (2009); entre otros.

<sup>31</sup> Desde comienzos de los años 80 se ha reglamentado en nuestro país el funcionamiento de las empresas llamadas “de servicios eventuales”. Las mismas obtuvieron la autorización para ofrecer normalmente personal a las empresas para cubrir de manera temporaria el reemplazo de algún trabajador ausente, hacer frente a picos de trabajo ocasionales o a necesidades extraordinarias y transitorias que significan tareas ajenas a su giro normal y habitual. Pero con el correr del tiempo sus funciones no se limitaron a proveer personal para hacer frente a necesidades transitorias de las empresas sino que, en su mayor parte, los trabajadores provistos por ellas se destinaron a cubrir puestos de trabajo de carácter permanente del establecimiento y que pasan a formar parte del plantel regular (Neffa, 2008).

<sup>32</sup> Para una mayor especificidad remitirse a Adamini y Longo, 2011.

Cuatro años más tarde se sancionaron dos nuevas leyes que ampliaron la flexibilidad laboral: la “Ley de Fomento del Empleo” (24.465) y la “Ley PyME” (24.467). La primera incorporó el período de prueba, el “contrato a tiempo parcial” y el “contrato de aprendizaje”, profundizando el sistema de contrataciones promovidas y reduciendo aún más las contribuciones patronales en estos contratos. La segunda, eximió a las PYMES del pago de las indemnizaciones para los contratos promovidos, y para el caso de los contratos permanentes agregaba la posibilidad de modificar los montos indemnizatorios por Convención Colectiva (Adamini y Longo, 2011).

Si bien los cambios más significativos de este período fueron aquellos que se llevaron a cabo en el derecho individual (Neffa, Battistini, Panigo y Pérez, 1999), en materia de derecho colectivo, el centro de las reformas estuvo puesto en la habilitación para el tratamiento de determinados temas laborales (modalidades de contratación flexible, cambios organizacionales, etc.); la disponibilidad de algunas materias, pasa a ser motivo de tratamiento en convenios de menor nivel que la rama o la actividad (vacaciones, aguinaldo, indemnizaciones, etc.); o la anulación de la ultractividad, vigente desde 1953 (Ley N° 14.250).

A su vez, en el marco del proceso de flexibilización laboral, en 1992 se crea el “Sistema nacional de pasantías universitarias” por medio del decreto 340/92. La figura de pasantía no reconocía ningún tipo de relación laboral entre el pasante y el organismo público o privado donde ésta se estuviera realizando. En el plano discursivo el énfasis estaba puesto en el objetivo formativo que estas prácticas pudieran tener. Las pasantías eran concebidas como prácticas voluntarias y gratuitas, en donde el pago de la “asignación estímulo” o viáticos por parte de los empleadores, era opcional. Su duración máxima se estipuló en cuatro años, con una actividad diaria mínima de dos horas y máxima de ocho horas<sup>33</sup> (Adamini y Longo, 2011).

Las pasantías en sí mismas constituyen una forma de precarización laboral encubierta, que oculta bajo su figura de “práctica formativa” una verdadera relación laboral, sin los seguros sociales, protecciones y pagos correspondientes a la misma. El hecho de que el sistema legal ignore el vínculo laboral implícito en las pasantías, lleva a considerar esta situación como una forma de precarización laboral consentida formal y legalmente (Neffa, 2005; Beccaria y Lopez, 1997; Montes Cató, 2004).

Durante la década fueron también importantes las reformas del sistema previsional y del sistema de prevención y atención a los riesgos del trabajo (Seguro Laboral); así como la desregulación de la seguridad social. En todos los casos, las reformas buscaron introducir en forma parcial o total al sector privado en estas áreas, con transferencia a las empresas prestatarias de los fondos sociales correspondientes. Así, en este marco quedó abiertamente descuidado el Sistema Nacional de la Seguridad Social.

La reforma previsional de 1994, aprobada por Ley 24.240, se basó en tres instrumentos fundamentales: la reducción de las contribuciones patronales al régimen, la absorción de las cajas jubilatorias provinciales por parte del sistema nacional y la creación de un sistema de cuentas de capitalización privadas corporizado en las Administradoras de Fondos de Jubilaciones y Pensiones

---

<sup>33</sup> Posteriormente a su creación, el sistema de pasantías sufrió modificaciones, referidas fundamentalmente a los plazos y asignaciones. En 1999, a través de la sanción de la Ley 25.165, se limitó la duración de la pasantía a un mínimo de dos meses y un máximo de un año, con una actividad semanal no mayor a los cinco días, en cuyo transcurso el pasante cumplía jornadas de hasta cuatro horas de labor, y se le reconoció un estímulo obligatorio a las tareas. Esta modificación en el plazo tuvo una contramarcha en el año 2000, cuando se volvió a estipular una duración máxima de cuatro años y seis horas de trabajo diario (Artículo 7 del Decreto 487/00). Para luego ser modificada nuevamente en el año 2001, a través del Decreto Nacional 1.227, estableciendo un plazo de duración de la pasantía mínimo de tres meses y máximo de dos años.

(AFJP), coexistente con el sistema de reparto de carácter público. Cabe señalar que estas acciones significaron una fuerte transferencia de fondos públicos al sector privado.

En 1996, a través de la Ley 24.557, se creó un sistema de Aseguradoras de Riesgos de Trabajo (ART) a cargo de manejar los fondos aportados en concepto de un seguro obligatorio. Dichos fondos, al igual que los de la AFJP, constituyen un mercado de capitales y una actividad de alta rentabilidad a la que muy pocos actores económicos han podido acceder.

En el año 1998, se sancionó la “Ley de Reforma Laboral” (N° 25.013) que modificó las anteriores leyes al derogar las “modalidades promovidas” por las leyes del '91 y '95, y redujo el período de prueba a 1 mes, ampliable a 6 meses por Convención Colectiva. Sin embargo, introdujo el “contrato de aprendizaje” (artículo 1) y el sistema de pasantías laborales (artículo 2), nuevas modalidades que posibilitaban la utilización de contratos por tiempo determinado, con bajos costos (Adamini y Longo, 2011).

Por último, en 1999, bajo el gobierno de la Alianza, se aprobó una nueva reforma laboral (Ley 25.250), popularmente conocida como Ley Banelco, la cual planteó una mayor reducción de las contribuciones patronales, una nueva extensión para el período de prueba y otras medidas de flexibilización contractual. Esta norma también logró introducir aspectos relegados por las iniciativas anteriores: la descentralización de la negociación paritaria y el fin de la ultractividad<sup>34</sup> de los Convenios Colectivos (principal fuente de poder de veto para los sindicatos hasta ese momento).

Por otro lado, el desempleo, concebido como efecto del proceso de modernización, fue atendido mediante programas de capacitación laboral y de programas sociales de empleo transitorio focalizados. En particular, se destacó en materia de capacitación el programa denominado “Proyecto Joven”, que tuvo como objetivo central mejorar las posibilidades de inserción laboral de los jóvenes sin formación o especialización adecuada para el trabajo, brindándoles capacitación para ocupaciones que demandaba el sector productivo y ofreciéndoles la oportunidad de realizar una práctica laboral en ámbitos empresariales

Estos programas, quedaron a merced –como le ocurrió a toda la política social- de las necesidades de sostenimiento y legitimación de un programa en materia económica que al mismo tiempo hacía imposible un desarrollo social con equidad (Gerchunoff y Torre, 1996; Cortés y Marshall, 1999).

En síntesis, la legislación laboral de los años '90, en consonancia con el esquema neoliberal, buscaba liberalizar el movimiento de la fuerza de trabajo por medio de leyes que habilitaron la existencia de contratos temporales, tareas subcontratadas, períodos de prueba prolongados y formas de contrato laboral encubiertas, como son las pasantías y becas de trabajo. Así, este conjunto de políticas hicieron su aporte en el descenso de los balances económicos y ocupacionales de la población, desembocando en la crisis del 2001.

---

<sup>34</sup> La ultractividad refiere al beneficio de la inalterada vigencia que mantienen los Convenios Colectivos hasta tanto las partes no estén de acuerdo en abrir una nueva negociación. Esta norma permite al sindicalismo no negociar en condiciones que supone serán perjudiciales en relación a los derechos adquiridos por los trabajadores. Por otra parte, la preeminencia de las instituciones de tercer grado impide la negociación dentro de la fábrica a menos que el sindicato titular del Convenio la autorice y participe a través de sus delegados. Para poner fin a estas prerrogativas, la Ley 25.250 estableció la obligación a la negociación de todos los convenios en un plazo menor a dos años.

## Durante 2002-2011

Luego de la crisis de 2001, comienzan a implementarse un conjunto de reformas laborales, con el transcurso de los años, que impactarán positivamente en las condiciones de trabajo y de vida de la población argentina y, por ende, de los jóvenes.

Durante el período de transición ubicado entre el año 2002 al mes de Mayo de 2003 se tomaron algunas medidas tendientes a preservar el empleo y paliar la crítica situación social existente. En ese contexto, cabe mencionar, el Plan Jefes y Jefas de Hogar Desocupados (PJJHD) implementado en el año 2002 por el Gobierno Nacional de Argentina; el cual, estableció una transferencia monetaria de \$150 mensuales a los jefes de hogar que se encontraran desempleados y tuviesen a cargo menores de 18 años.<sup>35</sup>

Mediante el Decreto 392/03 se recalifica como “remunerativa” a una asignación de \$ 200 que los trabajadores percibían en aquella época como “no remunerativa”. Su impacto individual incrementó otros rubros calculados sobre los rubros “remunerativo”, tales como el pago de horas extraordinarias; vacaciones; indemnizaciones, etc. También, tuvo un efecto positivo en relación a la negociación colectiva, ya que se trató de un incremento remunerativo fijo para todos los empleados por igual, lo cual implicó un solapamiento parcial de ingresos entre distintas categorías de los convenios colectivos. Ello otorgó fuerza para la negociación y renegociación colectiva tendiente a mantener la diferencia porcentual entre las categorías de convenio

Tras una década de no haber sido convocado, en el año 2003 se convoca al Consejo del Salario. A partir de esta fecha, el Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social de la Nación (MTEySS) convoca a dicho Consejo de manera anual. Así, la convocatoria anual durante casi una década ha acompañado el proceso de desarrollo negocial y la actualización permanente del salario<sup>36</sup>. En esta política oficial de ingresos también cabe resaltar los incrementos de suma fija en los sueldos del sector privado.

Durante el mes de Marzo de 2004 se sanciona y publica la Ley 25.877 denominada de “Reordenamiento Laboral” que tuvo por objetivo un reacondicionamiento de gran parte de las normas laborales vigentes. Así, derogó la Ley 25.250 (Ley Banelco), junto a disposiciones “flexibilizadoras” de las Leyes 24.467 y 25.013; restableció la indemnización por despido en un sueldo por año trabajado, o fracción mayor a 3 meses, calculado sobre la mejor remuneración normal y habitual devengada; estableció una indemnización mínima de un sueldo; limitó el período de prueba a 3 meses improrrogables junto a la obligación del empleador de preavisar sobre la extinción del vínculo bajo pena de abonar indemnización sustitutiva y restableció el sistema de ultra-actividad de los convenios colectivos<sup>37</sup>.

---

<sup>35</sup> Para un mayor detalle sobre las características y evaluaciones del programa remitirse a Galasso y Ravallion (2004), CELS (2003), Golbert (2006), entre otros.

<sup>36</sup> En Argentina el salario mínimo, vital y móvil (SMVM) es un derecho constitucional, cuya determinación se realiza mediante un organismo tripartito denominado Consejo Nacional del Empleo, la Productividad y el Salario Mínimo, Vital y Móvil. Dicho Consejo se integra mediante representantes del sector sindical, empresario y del Estado Nacional. Este instrumento, tanto por el valor protectorio como por su forma de determinación constituye una herramienta que consolida los principios de protección y diálogo social.

<sup>37</sup> Sin embargo, existen diversas críticas en relación a algunas omisiones de la ley. Por ejemplo, la nueva normativa establece un mínimo de indemnización de un mes, y no de dos meses como lo hacían la normativa previa a la sanción de la

En relación al derecho colectivo, esta ley garantizó el mantenimiento de la vigencia de los derechos del trabajador ante la falta de renovación del convenio colectivo como la relativa paridad de los actores colectivos para renegociar la norma convencional, y garantizó condiciones de trabajo y salariales mínimas e independientes para toda la actividad por convenio. Asimismo, restableció la aplicación del principio de norma más favorable al trabajador, para el caso de concurrencia o conflictos entre normas de convenios colectivos aplicables, y reemplazó la reglamentación de la huelga en servicios esenciales conforme a los criterios adoptados por la OIT.

En abril del 2006 se modificó la Ley de Concursos y Quiebras, mediante la Ley 26.086, restableciendo la competencia de los Jueces del Trabajo para resolver las controversias laborales contra empresas en concurso o quiebra. También, en abril de 2006 se sancionó la Ley N° 26.088 mediante la cual se le restituyó al trabajador que fuera víctima de una modificación unilateral y perjudicial de sus condiciones de trabajo, la posibilidad de reclamar el mantenimiento de las condiciones pactadas. Esta ley vuelve a otorgar al trabajador dos opciones: hacer juicio reclamando la indemnización o la restitución de las condiciones alteradas.

Por otro lado, mediante la Ley 26.341 -diciembre 2007- se dispuso la incorporación gradual y escalonada del valor de los tickets a la remuneración.

En junio de 2008 se sancionó la Ley 26.390 –sobre prohibición del trabajo infantil y protección del trabajo adolescente- que entre otras cosas adecuó nuestra legislación a las pautas internacionales en materia de trabajo de menores, y se eleva la edad mínima de admisión al empleo a dieciséis (16) años.

En noviembre de 2008, por Ley 24.625 se dejó sin efecto el sistema creado para el lucro de las Administradoras de Fondos de Jubilación y Pensión (A. F. J. P.). Restableciendo el régimen previsional público y de reparto en base al sistema de solidaridad. A fines de 2008, la Ley 26.428 (art. 9 L. C. T.) restableció en torno a los supuestos de duda sobre la apreciación de la prueba en los casos concretos, que en esa situación los jueces se decidirán en el sentido más favorable al trabajador.

A su vez, en diciembre del 2008 se dió un cambio crucial en el sistema de pasantías al aprobarse una nueva ley para su regulación (Ley 26.427). Entre las principales modificaciones que esta ley implica se incluye la fijación de la asignación estímulo en relación al salario básico del convenio colectivo del lugar de trabajo, la reducción del plazo máximo laboral a 4 horas diarias y un año de duración (con la posibilidad de renovación por 6 meses), el otorgamiento de obra social y de protecciones legales para el pasante en caso de incumplimiento del contrato. Algunos autores, como Panigo y Neffa (2009), consideran que esta ley constituye un avance significativo en el camino de la des-precarización de las condiciones de trabajo que afectan principalmente a los jóvenes que recién inician su trayectoria laboral.

En Enero de 2009 entró en vigencia la Ley 26.474 que establece sanciones para el empleador que viole el régimen de jornada para contratos de trabajo a tiempo parcial (que es aquel cuya jornada que no supere las 2/3 partes de la jornada diaria o semanal habitual de la actividad), estableciendo que si la jornada pactada o la efectivamente cumplida supera esa proporción, el empleador deberá abonar la remuneración correspondiente a un trabajador de jornada completa.

En junio de 2009, retomando los debates instalados por el Frente Nacional contra la pobreza, por decreto 1602/09 se establece la Asignación Universal por Hijo (AUH), cuyos beneficios se fueron

---

“Ley Banelco”, lo cual hace que “en la práctica, en algunos casos, las indemnizaciones de los trabajadores se vean reducidas” (CENDA, 2004:5, citado por Adamini y Longo, 2011).

ampliando y expandiendo por sucesivas normas –decretos 1388/10, 446/11, entre otros-. Se trata de una política que otorga una prestación no contributiva a los sectores desempleados y a los empleados precarios similar a la que reciben los hijos de los trabajadores formales. Quedan excluidos del beneficio los trabajadores del sector informal que perciben ingresos mensuales que superen al Salario Mínimo Vital y Móvil vigente. Específicamente, es una política de ampliación de las asignaciones familiares contributivas, hacia los menores que se encontraban desprotegidos porque sus padres o tutores se encontraban excluidos del mercado de trabajo formal. A diferencia de los planes y programas asistenciales de las décadas anteriores, la AUH se integra dentro del conjunto de las políticas de seguridad social. Un aspecto destacado de la AUH en el caso argentino es su magnitud, ya que supera tanto en términos relativos como en prestación por hogar a todos los restantes programas de transferencias condicionadas de ingreso de la región en América Latina (Agis et. al., 2010).

Durante el 2010, el Congreso prohibió tomar el Salario, Mínimo, Vital y Móvil (SMVM) como base para las negociaciones colectivas. Además, en ese mismo año por Ley 26.597 incluyó a todo trabajador en los límites de la jornada máxima legal, dejando exceptuados solo a directores y gerentes.

Otros logros en materia de derecho laboral, es el Estatuto del Peón Rural, sancionado a través de la Ley 26.727 en el año 2011, que afecta a un sector muy vulnerable de trabajadores en el que todavía existe un alto porcentaje de trabajo no registrado.

También durante este período, se destaca la recomposición del Sistema de Seguridad Social<sup>38</sup> que se inicia en 2005 cuando las jubilaciones y pensiones cobraron importancia en tanto mecanismo de protección social que se ha extendido a los más vulnerables. La puesta en vigencia de la Ley 25.994, Art. 6 y el Decreto del 1454/05, que caducaron el 30 de abril de 2007, permitieron que personas en edad jubilatoria (mujeres a los 60 años y varones a los 65 años), que carecían de años de aportes formales, pudieran acceder a una prestación previsional. Por su parte, el Decreto 1454/05 permitió por primera vez a los autónomos con problemas de regularización de deudas de aportes, poder inscribirse en un plan de regularización de deudas anteriores a 1994, que les permitió acceder al beneficio previsional. Otra de las decisiones de mayor envergadura fue la re-estatización del sistema jubilatorio a fines de 2008, poniendo fin al sistema de capitalización individual administrado por empresas privadas que funcionó desde los 90<sup>39</sup>. Por último, cabe mencionar a la Ley de Movilidad de las Prestaciones del Régimen Previsional Público, sancionada el 01/10/2008, que establece que las jubilaciones y pensiones deberán ser ajustadas dos veces por año (una en marzo y otra en septiembre) según una fórmula en la que interviene, entre otras variables, la evolución de los salarios (Trujillo y Villafañe, 2011).

Todas las reformas de este período, aplicadas en la normativa laboral, resultan un avance significativo en relación al marco legislativo vigente en los '90 pero, sin embargo, se mantienen aspectos normativos que continúan legalizando la utilización flexible de la fuerza de trabajo. Por ejemplo, la modificación de la Ley de Contrato de Trabajo del año 2004, si bien deroga algunos artículos profundamente regresivos de la “Ley Banelco”, no cuestiona aspectos fundamentales que posibilitan la flexibilización del trabajo. En particular, algunas de las modificaciones progresivas de esta ley, como la reducción del período de prueba, se disuelven por la supervivencia y profundización de la

---

<sup>38</sup> Para un mayor detalle sobre la Recomposición del Sistema de Seguridad Social remitirse a Arcidiacono (2011), Groisman (2011), entre otros.

<sup>39</sup> A partir del 1° de enero de 2009 entró en vigencia el Sistema Integrado Previsional Argentino (SIPA), el cual es financiado a través de un sistema solidario de reparto, garantizando a los afiliados y beneficiarios del Régimen de Capitalización, idéntica cobertura y tratamiento que la brindada por el Régimen de Reparto.

terciarización y subcontratación del trabajo como una práctica común en las grandes empresas (Adamini y Longo, 2011).

## **El Campo de las Políticas Públicas Educativas**

Las reformas de la década del '90 tuvieron por objeto acompañar a las reformas económicas y laborales, a la vez que adecuar el sistema educativo a las demandas de mayor calidad y actualización a las nuevas condiciones tecnológicas. Entre las principales bases que orientaron la transformación se encuentran: la Ley de Transferencia de servicios educativos de nivel medio y superior no universitario (n. 24.049, sancionada en 1991 y promulgada en 1992) mediante la cual se transfirieron las instituciones de dependencia nacional hacia las provincias y la Ciudad de Buenos Aires; la Ley Federal de Educación (LFE) (n. 24.195, 1993) que fue la primera ley nacional que abarcó todo el sistema educativo y el Pacto Federal educativo (suscripto en 1994 y convertido en Ley n. 24.856 en 1997) como herramienta para concertar federalmente las acciones y los recursos para la implementación de la LFE. También se sancionó la Ley de Educación Superior (n. 24.521, 1995) que plasma un modelo de estado evaluador asociado a la lógica de mercado y se modificó, en la Reforma Constitucional de 1994, la cláusula acerca de las leyes de organización y de base del sistema educativo que debe sancionar el Congreso, que incluye juntos los principios de gratuidad y equidad (art. 75, inc. 19).

La LFE estableció la extensión de la obligatoriedad a 10 años, desde los 5 años, abarcando el último del Nivel Inicial y los 9 años de la Educación General Básica (EGB). En función de la misma se definieron Contenidos Básicos Comunes y se implementó un Sistema Nacional de Evaluación de la Calidad. También se establecieron mecanismos de acreditación y evaluación de las instituciones de educación superior. Asimismo, se garantizaba la gratuidad y la asistencialidad focalizada en niños y adolescentes de familias carenciadas y se establecían contenidos curriculares básicos comunes para todo el país. Una de las políticas relevantes de la década del 90 es el Plan Social Educativo<sup>40</sup> (PSE), que garantizaba la educación de quienes más lo necesitan, aunque no tenía la amplitud que implicaría una política social integral. El PSE operó centralizadamente, ya que la definición de prioridades y líneas de acción se hicieron en el nivel nacional, mientras que las provincias se limitaron a seleccionar las escuelas que debían entrar a los distintos programas que lo componían perdiendo soberanía en la definición de la política hacia sus escuelas (Gluz, 2009), a la vez que las escuelas perdían autonomía en definir sus propios proyectos, los cuales quedaron condicionados a las directivas del programa acerca del destino de los recursos (Duschastzky y Redondo, 2000). Además, se descentralizó el nivel medio pasando su administración a los gobiernos provinciales. La transferencia incluyó el presupuesto y el personal, pero se estableció la garantía que el Estado Nacional concurriría en ayuda de las jurisdicciones que no pudieran o tuvieran problemas para afrontar los costos. Sin embargo, el proceso de descentralización educativa fue más bien una transferencia de gastos que una descentralización de funciones y un rediseño curricular adecuado a las demandas regionales.<sup>41</sup>

---

<sup>40</sup> El PSE funcionó desde 1993 hasta 1999 e incluyó entre sus iniciativas: infraestructura escolar; material didáctico, útiles escolares, estímulo a las iniciativas escolares y becas para estudiantes cuyas condiciones económicas ponían en riesgo la continuidad de los estudios.

<sup>41</sup> Filmus y Miranda (2000), entre otros especialistas, señalan que el eje central de la nueva estructura del sistema educativo se constituyó en torno del objetivo de reducir los gastos del presupuesto nacional, transfiriendo las erogaciones a los gobiernos provinciales o municipales o descargando una parte de la inversión educativa en los aportes de

Las reformas comenzaron a tener –recién durante la segunda parte de la década del noventa- efectos positivos en cuanto a una ampliación de la cobertura educativa en todos los niveles de la enseñanza. Sin embargo, la importante expansión de la matrícula educativa, en un contexto de recursos escasos, generó una profundización de los procesos de segmentación del sistema educativo, con su correlato en la creación de redes de acceso a calidades educativas diferentes; incluso no significó una recuperación de los fenómenos de repitencia y abandono del sistema educativo (Filmus y Miranda, 2000; Rosas y Cimillo, 2001).

A su vez, cabe mencionar que la implementación de la reforma de los '90 redefinió el rol docente del Estado, trasladó la responsabilidad a las jurisdicciones a la par que re-centralizó mecanismos de control en manos del gobierno nacional; profundizó las diferencias entre las jurisdicciones y las tendencias a la fragmentación del sistema; agudizó los irresueltos problemas del federalismo; deslegitimó el saber de los docentes frente al saber de los expertos y colocó a los estudiantes en condición de pobreza en el lugar de sujetos asistidos (Feldfeber y Gluz, 2011).

A partir del 2003 se produce un giro en la política educativa y su correlato legislativo acompañando el nuevo rumbo económico, socio político y laboral. Desde ese año la inversión en educación se ha ido incrementando y se torna significativa para apuntalar las mejoras educativas que requiere la población argentina en su conjunto. A continuación se describe la base legislativa central que caracteriza al período post-convertibilidad hasta el año analizado en el presente trabajo.

Ley de Garantía del salario docente y 180 días de clase (n. 25.864, año 2003). Fija un ciclo lectivo anual mínimo de 180 días efectivos de clase, para los establecimientos educativos de todo el país y estipula que en caso de incumplimiento, los gobiernos provinciales deberán adoptar las medidas necesarias a fin de compensar los días de clase perdidos. Contempla la posibilidad de asistencia financiera del Poder Ejecutivo Nacional para las jurisdicciones provinciales que no pudieran saldar las deudas salariales del personal docente, con el fin de garantizar la continuidad de la actividad educativa.

Ley del Fondo Nacional de Incentivo Docente (n. 25.919, año 2004), que prorrogó por el término de 5 años o hasta la aprobación de una Ley de Financiamiento Educativo Integral el fondo creado en 1988 para otorgar aumentos salariales a través de una suma fija para todos los docentes del país, luego de que la Confederación de Trabajadores de la Educación de la Republica Argentina (CTERA) lograra mediante la protesta en la “carpa blanca” nacionalizar la discusión sobre el financiamiento educativo.

Ley de Educación Técnico Profesional (n. 26.058, año 2005), que regula y ordena la Educación Técnico Profesional en el nivel medio y superior no universitario y la Formación Profesional. Se propone entre sus objetivos “estructurar una política nacional y federal, integral, jerarquizada y armónica en la consolidación de la Educación Técnico Profesional”, área que fue totalmente relegada en la LFE. Al respecto, la educación técnica, de larga historia en nuestro país, fue subsumida dentro del nivel polimodal perdiendo su especificidad en términos formativos.

Ley de Financiamiento Educativo (n. 26.075, año 2005), que estableció el incremento de la inversión en educación, ciencia y tecnología en forma progresiva, hasta alcanzar en el año 2010 una participación del 6% en el PBI en función de objetivos establecidos como destino de las inversiones. La Ley buscó incrementar la participación relativa de la Nación en el presupuesto consolidado destinado a educación. Además, en el marco de esta Ley creó el Programa Nacional de Compensación

---

organizaciones privadas y en las familias. También, Cortés y Marshal, 1999) mencionan que hubo resistencia gubernamental a otorgar los fondos necesarios para la descentralización y reconversión del sistema.

Salarial Docente, para contribuir a compensar las desigualdades en el salario inicial docente en aquellas provincias en las cuales se evalúe que, a pesar del esfuerzo financiero y de las mejoras de la eficiencia en la asignación de los recursos, no resulte posible superar dichas desigualdades.

Ley Nacional de Educación Sexual Integral (n. 26.150, año 2006), que establece que todos los estudiantes “tienen derecho a recibir educación sexual integral en los establecimientos educativos públicos, de gestión estatal y privada de las jurisdicciones nacional, provincial, de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y municipal”.

Ley de Educación Nacional (n. 26.206, año 2006). La derogación de la LFE y su sustitución por una nueva Ley de Educación Nacional (LNE) constituyó un acto simbólico de cambio del rumbo y una expresión en el campo educativo del quiebre del consenso reformista de los '90. Sin embargo, la ley evidencia tanto elementos de ruptura como continuidades con lo establecido en la reforma de la década de los '90 (Feldfeber y Gluz, 2011).

Entre los principales cambios, la LNE modifica nuevamente la estructura de niveles y ciclos que había sido reformada con la LFE e implementada de modo dispar en cada una de las provincias. Vuelve a los niveles de educación primaria y secundaria (en lugar de la Educación General Básica y el Polimodal) pero sin lograr unificar la duración de cada uno de estos dos niveles. Específicamente, mientras algunas provincias cuentan con una educación primaria de 6 años y una secundaria de igual duración, como por ejemplo la provincia de Buenos Aires; otras, tienen una escuela primaria de 7 años y una secundaria de 5 años, como por ejemplo Sante Fe y la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Lo cual, genera dificultades en la equiparación entre las trayectorias escolares de los estudiantes de estas jurisdicciones.

En lo que respecta a las políticas de formación docente, la LEN creó el Instituto Nacional de Formación Docente (INFP) como organismo regulador nacional responsable de impulsar políticas de fortalecimiento que articule los niveles nacional, jurisdiccional e institucional. Cuenta con el asesoramiento de un Consejo Consultivo integrado por representantes del Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología, del CFE, del Consejo de Universidades, del sector gremial, de la educación de gestión privada y del ámbito académico. Se extendió a cuatro años la duración de la formación inicial y se estableció la capacitación gratuita como obligación del Estado hacia el sistema público de educación.

En cuanto a la cuestión del federalismo, si bien el conjunto de las leyes sancionadas en el período incluyen en mayor o menor medida aspectos relativos a la gestión federal de la educación dotando de un mayor protagonismo al Estado nacional en lo relativo a la direccionalidad de la política educativa y, a los intentos de integración del sistema, persisten los problemas vinculados con la articulación de las políticas nacionales y jurisdiccionales para garantizar el derecho a la educación. Problema que trasciende el campo educativo y se vincula, entre otras cuestiones, con el Régimen de Coparticipación Federal de Impuestos. Hay que recordar que, la federalización del sistema de la década de los '90 no significó su democratización ni la superación de las desigualdades entre las jurisdicciones (Feldfeber y Gluz, 2011).

Sin desconocer que se trata de un sistema federal, la LEN creó el Consejo Federal de Educación (CFE) que reemplazó al Consejo Federal de Cultura y Educación. Al igual que el anterior Consejo es el organismo de concertación, acuerdo y coordinación de la política educativa nacional, que debe asegurar la unidad y articulación del Sistema Educativo Nacional. Está presidido por el Ministro de Educación e integrado por las autoridades responsables de la conducción educativa de cada jurisdicción y tres representantes del Consejo de Universidades. A diferencia de lo que sucedía anteriormente, la ley estableció que las resoluciones del CFE serán de cumplimiento obligatorio,

cuando la asamblea así lo disponga, de acuerdo con la reglamentación que la misma establezca para estos casos.

En cuanto a las políticas hacia los sectores más vulnerables, se establecieron políticas centradas en la inclusión y de inspiración universal, como ser becas estudiantiles destinadas a la población no escolarizada para que reingrese al sistema junto con propuestas institucionales de acompañamiento a través del Programa Nacional de Inclusión Escolar y sus componentes “Volver a estudiar” y “Todos a la escuela”. No obstante, junto con estas nuevas becas se mantuvieron las becas del PSE de carácter focalizado y meritocrático, destinadas a un cupo de estudiantes en condición de vulnerabilidad.

También se encuentran las políticas de formación profesional que, tanto desde ámbitos educativos como laborales, han dado nuevo impulso y recursos a este nivel, y comienza a observarse la consolidación de algunos centros de referencia de alta calidad, en particular respecto a algunos sectores de actividad (Jacinto y Millenar, 2011).<sup>42</sup>

Otro cambio, que se expresó en el Programa Integral para la Igualdad Educativa (PIIE) y en otras políticas como en las de formación docente, fue la construcción, aún incipiente, de una dinámica de trabajo más federal frente a las intervenciones directas sobre las provincias o sobre las escuelas típicas de los años ‘90. Uno de los propósitos del PIIE fue fortalecer el acompañamiento al trabajo que venían desarrollando las jurisdicciones de modo de no imponer un único esquema de trabajo<sup>43</sup>.

Al poco tiempo de asumir Cristina Fernández de Kichner (asume en diciembre de 2007) creó el Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva, cuya misión es “orientar la ciencia, la tecnología y la innovación al fortalecimiento de un nuevo modelo productivo que genere mayor inclusión social y mejore la competitividad de la economía Argentina”.

En el año 2008 se sancionó la Ley n. 26.241 que transformó en política de Estado el Programa de repatriación y vinculación con científicos argentinos que residen en el exterior (Raíces). También en ese año se crea el Plan de Finalización de Estudios Primarios y Secundarios FinEs, centralmente está dirigido a personas mayores de 18 años, que hayan terminado de cursar sus estudios secundarios y adeuden materias, tanto del sistema de gestión estatal como del privado y de cualquier jurisdicción.

A fines del 2009, retomando los debates instalados por el Frente Nacional contra la pobreza, la presidenta estableció por decreto del PEN (n. 1.602/09) la Asignación Universal por Hijo (AUH)<sup>44</sup>. La AUH esta sujeta a condicionalidades sanitarias y educativas: los beneficiarios deben presentar los certificados requeridos de vacunación y asistencia escolar que se vuelcan en una libreta específica, sujeta a estrictas normas de seguridad y que permiten el seguimiento de la trayectoria escolar de cada hijo de beneficiario. A diferencia del salario familiar que perciben los trabajadores formales, esta forma de seguimiento entra en contradicción con los principios de corte más universal que se pretenden establecer y corre el riesgo de instalar a los beneficiarios en una relación de tutela y estigmatización más afín al asistencialismo neoliberal que a los derechos ciudadanos. De este modo, acceso a la asignación familiar e inclusión escolar se articulan, aunque aun tensionados entre la lógica del derecho y la asistencia social, a través de mecanismos de control a los beneficiarios (Feldfeber y Gluz, 2011).

---

<sup>42</sup> Se trata en general de un sector marginal del sistema educativo, sin relación con el resto de las modalidades, caracterizado históricamente por la falta de recursos, la escasa capacitación de sus docentes y que ha ofrecido generalmente cursos de oficios de bajo nivel de calificación que no requerían el título de nivel secundario (Jacinto, 1999).

<sup>43</sup> Para una mayor especificidad sobre el tema remitirse a Gluz, 2009.

<sup>44</sup> Para una caracterización de la AUH ver en el presente capítulo el ítem 1.2 El Campo de las Políticas Públicas Laborales.

A diferencia de lo que acontecía en los planes asistenciales anteriores, en los que el cumplimiento de la condicionalidad educativa era responsabilidad de los beneficiarios, se establece una mesa interministerial de la que participa el Ministerio de Educación, que se compromete a garantizar los procesos necesarios para que puedan cumplir con dicha condicionalidad. En este sentido, el CFE en diciembre de 2009 resolvió que “las autoridades educativas elaboraran una agenda de trabajo para generar las medidas pedagógicas y socioeducativas que posibiliten que todos los niños y jóvenes cumplan la educación obligatoria y, a la vez, logren una experiencia escolar valiosa que les permita el ejercicio pleno de su ciudadanía y el acceso a los bienes culturales disponibles” (Resolución n. 89/09).

En 2009, las políticas educativas desarrolladas por el Ministerio de Educación, van a enfatizar la inclusión de los sectores excluidos del sistema para cumplir con la obligatoriedad escolar establecida en la LEN. En esta línea se inscriben además de la AUH y el Pan FinEs anteriormente descriptos, las políticas para la escuela secundaria obligatoria y el desarrollo de un programa de inclusión digital a través del programa “Conectar-Igualdad”. El programa Conectar Igualdad, tiende a la inclusión digital a través de la entrega de netbooks a cada alumno y docente de educación secundaria de escuela pública, educación especial y de Institutos de Formación Docente; junto con el desarrollo de contenidos digitales que se utilicen en propuestas didácticas. Esta medida es visualizada como un medio para democratizar el acceso al conocimiento.

En mayo del 2009 el CFE aprobó el Plan Nacional de Educación Obligatoria. Al año siguiente se lanza el Plan de Mejora Institucional para la Educación Secundaria, para reformas de las condiciones materiales, edilicias, tecnológicas, pedagógicas, institucionales y desarrollo de nuevos planes curriculares, con el propósito de mejorar la calidad de la enseñanza y acompañar las trayectorias pedagógicas de los estudiantes.

En lo que respecta a la implementación de Ley de Educación Sexual Integral, a partir de la aprobación de los Lineamientos Curriculares en el año 2008, se creó en el ámbito del Ministerio de Educación el Programa Nacional de Educación Sexual Integral, en la actual coyuntura signada por fuertes debates con los sectores más conservadores que se oponen al tratamiento de estos contenidos en las aulas.

En cuanto a las políticas en materia de educación superior, los trabajos de Chiroleu (2006) y Suasnabar (2005) señalan que a pesar de ciertos avances, como por ejemplo el incremento del presupuesto en ciencia y tecnología, hay una inercia o continuidad de la agenda de los '90 y una ausencia de una política integral en esta materia. Sin embargo, siguiendo a González (2011), desde 2003 a la actualidad se ha mostrado un cambio en las políticas educativas que podría caracterizarse por una mayor intervención estatal en el funcionamiento del sistema de educación superior y por un incremento y fortalecimiento de las funciones ejecutivas que despliega el CPRES (Consejos de Planificación Regional de la Educación Superior, que tienen su origen en el marco de la LFE) en relación con las actividades de tutela previa. Los tres ejes sobre los que actúa el CEPRES en este período son: la articulación, la coordinación y la planificación del sistema. En el primer punto, destaca que se implementó un programa de articulación entre universidad y escuela media, con el objetivo del mejoramiento de la calidad de la escuela y de contribuir al pasaje de los estudiantes para garantizar el acceso y la permanencia. En el ámbito de la planificación, en el 2007 se activó la Comisión de Evaluación Permanente, con el objetivo de analizar y recomendar apertura de sedes, subsedes y extensiones.

Asimismo, se continuó con la política de expansión y fortalecimiento de universidades nacionales. Durante 1989-2009 se inauguraron 19 universidades nacionales, entre las cuales adquieren relevancia aquellas organizadas en la Red de Universidades Nacionales del Conurbano Bonaerense

(RUNCOB)<sup>45</sup>. La ubicación geográfica de las instituciones en los grandes centros urbanos, le está dando presencia al gobierno nacional en ámbitos con demandas sociales y culturales históricas no satisfechas. En dicho contexto, es interesante remarcar la alta tasa de crecimiento de la matrícula de alumnos de dichas instituciones. Otro dato importante, es que dichas instituciones tienen un componente social de marcado contenido popular; esta característica se expresa en la tendencia a inscribirse de estudiantes de primera generación universitaria. Por ejemplo, el 77% de los alumnos de la UNAJ que se inscribieron en el año 2012 es de primera generación universitaria (RUNCOB, Envío N 4, 2012).

Sin embargo, el sistema universitario local, al igual que el regional y mundial, forma parte de un proceso de masificación del ingreso que coexiste con una tendencia estructural clave: altas tasas de deserción que, en el caso argentino, se concentra en primer año. La deserción en “educación superior, en el marco de la masificación, entraña una desigualdad aguda ya que afecta en especial a alumnos de franjas socioeconómicas desfavorecidas. Aunque, actualmente hay experiencias institucionales interesantes que enfrentan esta problemática con tutorías, seminarios en primer año, becas, entre otras acciones (Ezcurra, 2011).

De esta forma, se puede decir que a partir de 2003 se avanza en materia de política educativa hacia una construcción de una sociedad más justa y democrática, acompañando al nuevo rumbo económico, a las condiciones de acceso al mercado laboral, las formas de exclusión ligadas al género, entre otras cuestiones.

---

<sup>45</sup> Universidad Nacional de Lanús; Universidad Nacional de Avellaneda; Universidad Nacional de Quilmes; Universidad Nacional Arturo Jauretche; Universidad Nacional de La Matanza; Universidad Nacional de Tres de Febrero; Universidad Nacional de General Sarmiento; Universidad Nacional de José C. Paz; Universidad Nacional de General San Martín; Universidad Nacional de Moreno; Universidad Nacional de Lujan

## **Capítulo V: Características demográficas, laborales y educativas de los jóvenes urbanos argentinos residentes en hogares. Períodos 1991-2001 y 2002-2011**

Aquí se presentan en primer lugar los atributos demográficos, laborales y educativos básicos de los jóvenes residentes en hogares urbanos durante los períodos de convertibilidad 1991-2001 y post convertibilidad 2002-2011, haciendo un breve análisis de la evolución de los jóvenes de 15 a 24 años en general, pero luego observar de lleno los jóvenes no jefes ni cónyuges, que son prácticamente los jóvenes hijos. Posteriormente, se profundiza en la condición de actividad y asistencia educativa de estos jóvenes según sus atributos individuales claves. Finalmente, para ambos períodos, se hace hincapié en cómo son los hogares en los que residen y se especifica la evolución de la condición de actividad y asistencia educativa de ellos de acuerdo a los atributos de sus familias.

### **Qué atributos demográficos los caracterizan? Estudian? Trabajan?**

Desde mediados de la década de 1980 en Iberoamérica como en América Latina hay una tendencia decreciente de la cantidad de jóvenes (CEPAL; CELADE; OIJ, 2008)<sup>46</sup>. Sin embargo, la estructura demográfica de la Argentina cuenta con cohortes poblacionales de edad relativamente más numerosas a lo esperado. Este fenómeno ha sido resultado de comportamientos migratorios y reproductivos de la población, cuyo origen se remonta a principios y mediados del Siglo XX (Torrado, 1993; Salvia y Miranda, 2000; Alegre, 2001).

Si bien este proceso ha tenido repercusiones poblacionales en distintos grupos poblacionales dependiendo del momento histórico, el fenómeno alcanzó su máxima expresión en los nacimientos ocurridos en la década del setenta (1970-1980); generándose a mediados de la década del ochenta una cohorte más numerosa de niños y adolescentes de hasta 14 años, y, por lo tanto, diez años después -a mediados de los años noventa-, una cohorte más numerosa de jóvenes de entre 15 y 24 años. Asimismo, se da un crecimiento poblacional diferenciado dependiendo del subgrupo de edad, creciendo más el peso relativo de los jóvenes de 20 a 24 años que los jóvenes de 15 a 19 años (Salvia y Miranda, 2000). Estos cambios de tendencia no son más que la consecuencia del corrimiento natural que va experimentando la cohorte demográfica más numerosa con el correr de los años. Frente a lo cual, cabe inferir, a partir de fines de la década del noventa y hasta fines de la primera década del nuevo milenio, una traslación creciente de los diferenciales demográficos sobre la población de entre 25 y 34 años, así como también una caída del peso poblacional relativo de la próxima generación de jóvenes de entre 15 a 24 años, debido al efecto del fenómeno demográfico descrito como a la caída de la tasa de fecundidad y/o postergación de la nupcialidad y la reproducción registrada en las mujeres jóvenes de nuestra sociedad a partir de los años ochenta (Salvia y Tuñón, 2003b).

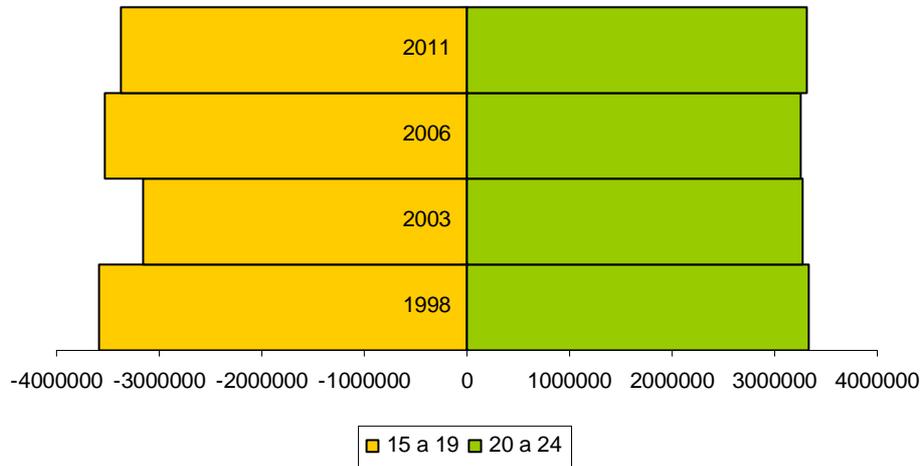
En el gráfico 5.1 se aprecia que entre punta y punta de los momentos analizados, los jóvenes de 15 a 24 años han mermado levemente en ambos rangos de edad, siendo más notable este proceso en el caso de los jóvenes de 15 a 19 años. De este modo, el grupo de 20 a 24 años va adquiriendo un mayor peso relativo que los jóvenes de 15 a 19 años. Mientras que los jóvenes adolescentes pasaron de un 51, 8%

---

<sup>46</sup> Entre 1950 y mediados de los años sesenta, la participación relativa de los jóvenes en la población iberoamericana disminuyó ligeramente, y aumentó desde entonces hasta mediados de la década de 1980, cuando alcanzó valores cercanos al 30%. A partir de ahí vuelve a reducirse de manera sostenida, proyectándose hasta 2050 una participación juvenil inferior al 20%

en 1998 a un 50,4% en 2011, los jóvenes de 20 a 24 años pasaron de un 48,2% en 1998 a un 49,6% en 2011(Cuadro 5.1).

**Gráfico 5.1. Evolución de la población joven de 15 a 24 años según rango de edad por año**



Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC.  
Total Aglomerados Urbanos. Ondas: Octubre 1998 - 2º Semestre 2003, 2006, 2011

**Cuadro 5.1. Evolución de la población joven de 15 a 24 años según rango de edad por año. En porcentajes.**

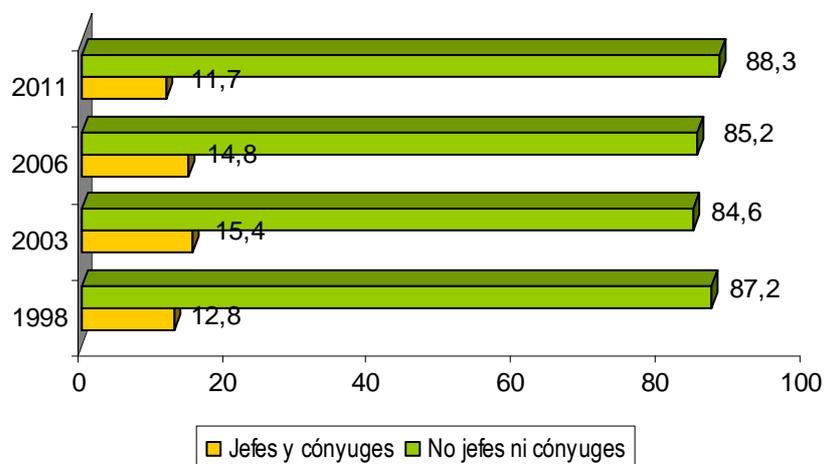
	1998	2003	2006	2011
<b>15 y 19 años</b>	51,8%	49,1%	52,0%	50,4%
<b>20 y 24 años</b>	48,2%	50,9%	48,0%	49,6%

<b>Total jóvenes 15 a 24 años</b>	1998	2003	2006	2011
	6.935.095	6.420.343	6.798.064	6.675.826

Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC.  
Total Aglomerados Urbanos. Ondas: Octubre 1998 - 2º Semestre 2003, 2006, 2011

Ahora bien, los jóvenes analizados en este trabajo son aquellos que no son jefes, ni cónyuges, ni servicio doméstico. Son la mayoría de los jóvenes, representaban el 87,2% en 1998 y en 2011 representan el 88,3%. El recorte de estudio a esta población juvenil permite detectar con mayor precisión la influencia de los factores socioeconómicos familiares en las características laborales y educativas inherentes a los jóvenes urbanos argentinos, en ambos períodos indagados. Como puede apreciarse en el gráfico 5.2 la gran mayoría son ni jefes ni cónyuges en función de su posición en el hogar.

**Grafico 5.2. Evolución de los jóvenes de 15 a 24 años según posición en el hogar. En porcentajes**



Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC.  
Total Aglomerados Urbanos. Ondas: Octubre 1998 - 2º Semestre 2003, 2006, 2011

A su vez, los jóvenes (ni jefes, ni cónyuges, ni servicio doméstico) no son solamente hijos, aunque casi el 90% de ellos si los son, habiendo siempre más jóvenes hijos en el grupo etario de 15 a 19 años. Asimismo, aproximadamente el 50% de otros componentes son hermanos y nietos, los cuáles cumplen un rol similar a nivel de los hogares (Cuadro 5.2.).

**Cuadro 5.2. Evolución de la población joven, no jefes ni cónyuges, según posición en el hogar. En porcentajes.**

Posición en el hogar	1998			2003			2006			2011		
	15 a 19 años	20 y 24 años	Total	15 y 19 años	20 y 24 años	Total	15 y 19 años	20 y 24 años	Total	15 y 19 años	20 y 24 años	Total
Hijos	89,9%	83,0%	87,0%	89,4%	88,1%	88,8%	91,1%	88,7%	90,1%	88,9%	86,9%	88,1%
Otros componentes	10,1%	17,0%	13,0%	10,6%	11,9%	11,2%	8,9%	11,3%	9,9%	11,1%	13,1%	11,9%
<b>Total</b>	<b>100,0%</b>											

Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC. Total Aglomerados Urbanos. Ondas: Octubre 1998 - 2º Semestre 2003, 2006, 2011.  
Población entre 15 y 24 años, excluyendo jefes de hogar, cónyuges y servicio doméstico

En cuanto a la evolución por sexo de estos jóvenes, más allá del rango de edad, se mantiene una tendencia estable de proporciones similares, habiendo un poco más de mujeres jóvenes que varones jóvenes, como es de esperar ya que desde 1974 comienza a crecer el porcentaje relativo de mujeres en Argentina y continúa en evolución.

**Cuadro 5.3. Evolución de los jóvenes no jefes ni cónyuges según rangos de edad en función del sexo. En porcentajes.**

Sexo	1998			2003			2006			2011		
	15 y 19 años	20 y 24 años	Total	15 y 19 años	20 y 24 años	Total	15 y 19 años	20 y 24 años	Total	15 y 19 años	20 y 24 años	Total
Varón	50,3%	49,3%	49,8%	51,2%	47,2%	49,2%	49,6%	47,7%	48,7%	49,8%	49,7%	49,8%
Mujer	49,7%	50,7%	50,2%	48,8%	52,8%	50,8%	50,4%	52,3%	51,3%	50,2%	50,3%	50,2%
<b>Total</b>	<b>100,0%</b>											

Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC. Total Aglomerados Urbanos. Ondas: Octubre 1998 - 2º Semestre 2003, 2006, 2011. Población entre 15 y 24 años, excluyendo jefes de hogar, cónyuges y servicio doméstico

Con el transcurso de los años aumentó la participación educativa de los jóvenes y se expande el período que los jóvenes destinan a la formación, si bien continúan asistiendo en mayor proporción los jóvenes adolescentes que los jóvenes adultos, y esta brecha se acentuó en los últimos años (hay un incremento de 7.4 p. p en el caso de los jóvenes adolescentes de 2011 en comparación con 1998 y solo 0.8 p. p. en el caso de los jóvenes adultos). Así, hoy asisten 76,8% de jóvenes adolescentes cuando en 1998 asistían el 69,8%, mientras que los jóvenes de 20 a 24 años pasan del 40,3% al 41,1%. Esta tendencia es, en gran medida, el resultado de la combinación de la sanción de la Ley de Educación Nacional que estipula la obligatoriedad de la secundaria a partir del año 2006, la aplicación de controles sobre el trabajo infantil y la implementación de la Asignación Universal por Hijo sobre finales de 2009. Estos hechos hicieron posible un proceso de acceso a derechos que aún se encuentra en evolución.

**Cuadro 5.4. Evolución de la asistencia educativa de los jóvenes no jefes ni cónyuges según rangos de edad. En porcentajes.**

Asistencia educativa	1998			2003			2006			2011		
	15 y 19 años	20 y 24 años	Total	15 y 19 años	20 y 24 años	Total	15 y 19 años	20 y 24 años	Total	15 y 19 años	20 y 24 años	Total
Asiste	69,4%	40,3%	57,0%	72,9%	38,6%	58,2%	72,7%	38,3%	58,8%	76,8%	41,1%	61,1%
Asistió	30,3%	59,2%	42,6%	26,8%	61,2%	41,6%	27,1%	61,5%	41,0%	23,1%	58,8%	38,7%
Nunca Asistió	0,3%	0,5%	0,4%	0,2%	0,2%	0,2%	0,2%	0,3%	0,2%	0,2%	0,1%	0,2%
<b>Total</b>	<b>100,0%</b>											

Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC. Total Aglomerados Urbanos. Ondas: Octubre 1998 - 2º Semestre 2003, 2006, 2011. Población entre 15 y 24 años, excluyendo jefes de hogar, cónyuges y servicio doméstico.

Sin bien, es importante el aumento de la asistencia educativa de los jóvenes, otro logro no menor es que estos jóvenes terminen sus estudios y no los abandonen y además puedan hacerlo en tiempo y forma.

Desde una mirada comparativa con los 90, se puede apreciar el incremento porcentual de jóvenes con secundario completo, pasando de 9,6 % en 1998 a 14,1% en el 2003, manteniéndose luego

relativamente estable esa proporción. Y entre 1998 y 2011 prácticamente se duplica el porcentaje de jóvenes entre 15 y 19 años con ese nivel, pasando del 3,9% al 6,5%. Ello da cuenta del hecho que hay más jóvenes que alcanzan los estudios secundarios en tiempo y forma, ya que debería terminarse teóricamente entre los 17, 18 y 19 años (19 años, en el caso de seguir un estudio técnico).

El aumento de jóvenes de 20 a 24 años que finalizan el secundario (1998: 17,4% y 2011:24,6%) no deja de ser rescatable ya que muy probablemente ellos habrían abandonado el estudio y decidieron retomarlo y finalizarlo, y esta credencial es el requisito base para acceder a empleos de calidad.

Por último, aumenta levemente los jóvenes que se encuentran con superior/universitaria incompleta o completa entre 1998 (22,5%) y 2011 (23,3), con un incremento de 1 p. p. para los jóvenes adolescentes, que pasan del 9,7% al 10,6%.

**Cuadro 5.5. Evolución del nivel educativo de los jóvenes no jefes ni cónyuges según rangos de edad. En porcentajes.**

Nivel educativo	1998			2003			2006			2011		
	15 y 19 años	20 y 24 años	Total	15 y 19 años	20 y 24 años	Total	15 y 19 años	20 y 24 años	Total	15 y 19 años	20 y 24 años	Total
Hasta PI	4,8%	2,6%	3,9%	6,0%	4,8%	5,5%	5,4%	3,9%	4,8%	4,2%	4,0%	4,1%
PC SI	81,6%	40,2%	64,1%	76,0%	34,2%	58,0%	77,9%	30,0%	58,6%	78,7%	31,8%	58,2%
SC	3,9%	17,4%	9,6%	7,4%	22,8%	14,1%	7,0%	25,0%	14,3%	6,5%	24,6%	14,4%
S/UI S/UC	9,7%	39,8%	22,5%	10,6%	38,1%	22,5%	9,7%	41,1%	22,4%	10,6%	39,6%	23,3%
<b>Total</b>	<b>100,0%</b>											

Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC. Total Aglomerados Urbanos. Ondas: Octubre 1998 - 2º Semestre 2003, 2006, 2011. Población entre 15 y 24 años, excluyendo jefes de hogar, cónyuges y servicio doméstico.

En cuanto a la condición de actividad de los jóvenes, en términos generales hay menos jóvenes que buscan un trabajo, conjuntamente con el aumento de la asistencia educativa (la inactividad pasa del 55,9% en 1998 a 61,3% en 2011). Al respecto, cabe recordar que el acceso, permanencia y culminación de la secundaria es considerada hace ya varios años por los jóvenes y sus familias como necesaria (Jacinto, 2006). Y la menor búsqueda de trabajo es mucho más acentuada en los jóvenes adolescentes (los inactivos representan el 73,2% en 1998 y el 80,8% en 2011) que en los jóvenes adultos (los inactivos representan el 32,5% en 1998 y el 36,3% en 2011).

Por su parte, los jóvenes empleados merman durante la crisis, pasando de 32,8% en 1998 a 29,0% en 2003, y luego se incrementan levemente a un 30,6% en 2011, siendo menor el porcentaje de jóvenes empleados en relación a los 90. Mientras que los jóvenes desempleados aumentan durante la crisis, pasando de 11,3% en 1998 a 17,1% en 2003, y luego merman a menos de un dígito en 2011, representando el 8,1%.

De todos modos, en Argentina, después de años de sostenido crecimiento económico y mejoras en materia laboral, el desempleo entre los jóvenes continúa siendo una problemática crucial, ya que en el segundo trimestre de 2011, la tasa de desocupación de los jóvenes argentinos es del 17,9%.

Y la edad es un factor clave que incide en las posibilidades de conseguir un empleo, siendo los jóvenes adultos los que más se encuentran empleados comparativamente (53,6% entre 20 y 24 años y 17,4% entre 15 y 19 años, en 1998 y 52,3% y 13,6% respectivamente en 2011)

**Cuadro 5.6. Evolución de la condición de actividad de los jóvenes no jefes ni cónyuges según rangos de edad. En porcentajes.**

Condición de actividad	1998			2003			2006			2011		
	15 y 19 años	20 y 24 años	Total	15 y 19 años	20 y 24 años	Total	15 y 19 años	20 y 24 años	Total	15 y 19 años	20 y 24 años	Total
Empleados	17,4%	53,6%	32,8%	14,1%	48,6%	29,0%	17,6%	53,2%	31,9%	13,6%	52,3%	30,6%
Desempleados	9,4%	13,9%	11,3%	12,1%	23,7%	17,1%	8,1%	15,0%	10,9%	5,6%	11,4%	8,1%
Inactivo	73,2%	32,5%	55,9%	73,7%	27,7%	53,9%	74,4%	31,8%	57,2%	80,8%	36,3%	61,3%
<b>Total</b>	<b>100,0%</b>											

Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC. Total Aglomerados Urbanos. Ondas: Octubre 1998 - 2º Semestre 2003, 2006, 2011. Población entre 15 y 24 años, excluyendo jefes de hogar, cónyuges y servicio doméstico.

De esta manera, en el período 2002-2011, la combinación de políticas educativas y laborales hicieron factible un proceso de acceso a derechos que aún se encuentra en evolución. Desde una mirada relativa con los 90, hay más jóvenes que asisten a la educación formal y se expande el período que los jóvenes destinan a la formación. Además, hay más jóvenes que terminan el secundario y más jóvenes que lo terminan en tiempo y forma. Y en cuanto a la condición de actividad de este grupo, si bien bajó el desempleo juvenil con respecto a los 90, la tasa de desocupación de los jóvenes argentinos es del 17,9% (2ª semestre, 2011) y muchos jóvenes se han volcado a la inactividad, decidiendo varios de ellos continuar con la escolarización.

### **Condición de actividad y asistencia educativa de los jóvenes no jefes ni cónyuges según atributos individuales**

Si bien durante la última década la participación económica de las mujeres en el mercado de trabajo continuó en ascenso y hay una mayor feminización de la fuerza de trabajo ocupada (PNUD; 2011), en el caso de los jóvenes se mantiene la proporción de empleados por sexo, 37,7% los varones y 23,1% las mujeres, habiendo mermado en 2 p. p. para ambos grupos en comparación con los 90. El desempleo bajó, habiendo 8,8% de jóvenes varones desempleados y 7,4% de jóvenes mujeres desempleadas, mermando esta brecha a 1,4 p. p., cuando en 1998 era de 2.2 p. p. (había 12,4% y 10,2% respectivamente).

En lo que respecta a la inactividad laboral, continúa habiendo más mujeres inactivas (69,6%) que varones (53,5%), aunque entre 1998 y 2011 ha mermado levemente la proporción relativa de las mujeres que no buscan trabajo (en 1998 había una diferencia de 17.1 p. p. –puntos porcentuales- y en 2011 la diferencia es de 16.1 p.), ante el mayor incremento de la inactividad de los jóvenes varones.

**Cuadro 5.7. Evolución de la condición de actividad de los jóvenes de 15 a 24 años, no jefes ni cónyuges, según sexo. En porcentajes.**

Condición de actividad	1998			2003			2006			2011		
	Varón	Mujer	Total									
Empleados	40,0%	25,1%	32,8%	34,8%	22,7%	29,0%	38,4%	25,2%	31,9%	37,7%	23,1%	30,6%
Desempleados	12,4%	10,2%	11,3%	17,3%	16,9%	17,1%	10,8%	10,9%	10,9%	8,8%	7,4%	8,1%
Inactivo	47,6%	64,7%	55,9%	47,9%	60,4%	53,9%	50,7%	63,9%	57,2%	53,5%	69,6%	61,3%
<b>Total</b>	<b>100,0%</b>											

Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC. Total Aglomerados Urbanos. Ondas: Octubre 1998 - 2º Semestre 2003, 2006, 2011. Población entre 15 y 24 años, excluyendo jefes de hogar, cónyuges y servicio doméstico.

A lo largo de los períodos estudiados, alrededor del 80% de los jóvenes que asisten a establecimientos educativos son inactivos al igual que aquellos que nunca asistieron. Este último grupo juvenil, la situación que transita probablemente linde con la marginalidad, al no participar en ninguno de los dos carriles de la vida que les permite ir hacia una ciudadanía más plena.

En cambio, los jóvenes que asistieron si son activos en mayor medida y a partir de la recuperación económica logran tener mayores probabilidades de estar insertos en un empleo en comparación con el 2003 –año en que comienza a salirse de la crisis socio-institucional-, siendo la proporción similar a la de fines de los 90 (2011:55,8% de jóvenes que asistieron empleados y 1998: 56,2%).

**Cuadro 5.8. Evolución de la condición de actividad de los jóvenes de 15 a 24 años, no jefes ni cónyuges, según asistencia educativa. En porcentajes.**

Condición de actividad	1998			2003			2006			2011		
	Asiste	Asistió	N Asistió									
Empleados	15,4%	56,2%	15,9%	15,1%	48,5%	13,2%	16,9%	53,7%	3,9%	14,6%	55,8%	15,6%
Desempleados	4,3%	20,7%	2,7%	10,8%	26,0%	2,1%	5,1%	19,2%	1,2%	4,6%	13,7%	0,0%
Inactivos	80,3%	23,1%	81,4%	74,1%	25,5%	84,7%	78,1%	27,1%	94,9%	80,8%	30,5%	84,4%
<b>Total</b>	<b>100,0%</b>											

Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC. Total Aglomerados Urbanos. Ondas: Octubre 1998 - 2º Semestre 2003, 2006, 2011. Población entre 15 y 24 años, excluyendo jefes de hogar, cónyuges y servicio doméstico.

Sin embargo, viendo que son considerables los porcentajes de jóvenes que asistieron o nunca asistieron y que se encuentran desempleados o inactivos, se ahonda en la relación estudio y trabajo, según sean jóvenes adolescentes de 15 a 19 años o jóvenes adultos de 20 a 24 años. Especificando luego, si buscan o no trabajo quienes no estudian y no trabajan.

Del total de jóvenes de 15 a 19 años, tanto en 1998 como en 2011, la mayoría estudia y no trabaja, aumentando esta tendencia con el transcurso de los años (1998:63,4% y 2011:70,5%). Y entre 1998 y 2011 ha bajado el porcentaje de adolescentes que no estudian y no trabajan, pasando de 18,7% a 15,3% (diferencia p. p. 3.4).

En el caso de los jóvenes de 20 a 24 años, aproximadamente el 40% estudia y cada vez son más los que se encuentran en esta condición (35,9% en 1998 y 40,7% en 2011), de los cuales alrededor de un 13 % trabaja en ambos años analizados, habiendo así más jóvenes adultos que estudian y trabajan que adolescentes en esta situación (1998:4,5% y 2011:5,2%). A su vez, hay más jóvenes adultos que no estudian y no trabajan en comparación con los adolescentes, siendo positivo que en 2011 también bajó el porcentaje de estos jóvenes respecto de 1998, pasando de un 24,2% a un 21,1% (diferencia p. p. de 3.1).

De este modo, si bien continúa siendo considerable el porcentaje de jóvenes de 15 a 19 años como de 20 a 24 años que no estudian y no trabajan, en ambos casos, bajaron los jóvenes en esta condición de vulnerabilidad en relación a 1998, con una diferencia p. p. de 3.4 y 3.1 respectivamente.

**Cuadro 5.9. Evolución de los jóvenes no jefes ni cónyuges según estudio y trabajo por rangos de edad. En porcentajes**

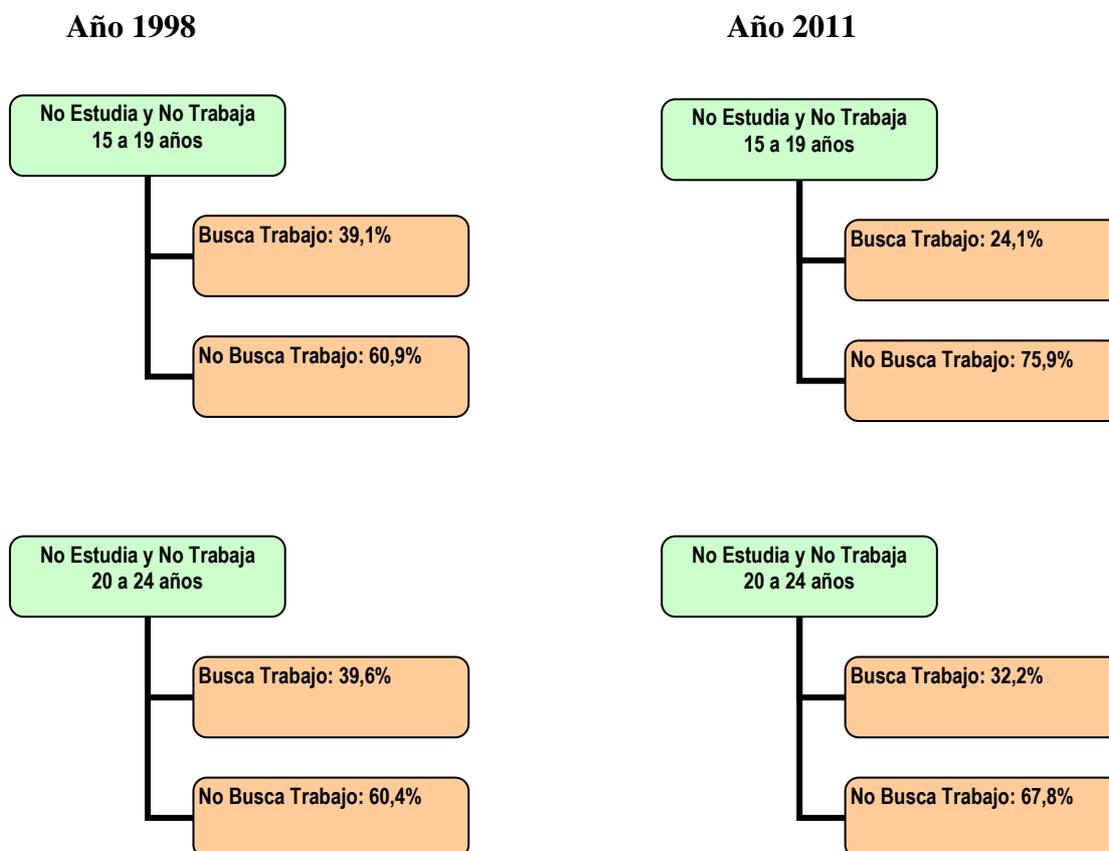
<b>Año 1998</b>		
<b>15 a 19 años</b>	Trabaja	No Trabaja
Estudia	4,5	63,4
No Estudia	13,5	18,7
<b>20 a 24 años</b>	Trabaja	No Trabaja
Estudia	12,6	23,3
No Estudia	39,8	24,2
<b>Año 2011</b>		
<b>15 a 19 años</b>	Trabaja	No Trabaja
Estudia	5,2	70,5
No Estudia	9,0	15,3
<b>20 a 24 años</b>	Trabaja	No Trabaja
Estudia	13,5	27,2
No Estudia	38,2	21,1

Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC.  
Total Aglomerados Urbanos. Ondas: Octubre 1998 - 2º Semestre 2011.  
Población entre 15 y 24 años, excluyendo jefes de hogar, cónyuges y servicio doméstico.

Ahora bien, en el caso de los jóvenes adolescentes que no estudian y no trabajan, la mayoría no busca trabajo en ambos años analizados y aumentó el porcentaje de los que no buscan trabajo en 2011 con respecto a 1998, pasando de un 60,9% a un 75,9%. Lo mismo ocurre con los jóvenes de 20 a 24 años, la mayoría no busca trabajo y aumentó el porcentaje de los que no buscan un empleo en 2011 con respecto a 1998, pasando de un 60,4 a un 67,8%, aunque este incremento es menor en comparación con los jóvenes adolescentes (incremento de 15 p. p. para los adolescentes y de 7.4 p. p. para los jóvenes adultos).

De esta manera, si bien bajó el porcentaje de jóvenes que no estudian y no trabajan en ambos rangos de edad, persiste un grupo considerable en esta condición, de los cuales muchos están expuestos a una mayor vulnerabilidad ante el incremento de los que no buscan un empleo.

**Diagrama 5.1. Jóvenes no jefes ni cónyuges, que no estudian ni trabajan, según búsqueda laboral por rangos de edad. Años 1998 y 2011. En porcentajes**



Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC.  
 Total Aglomerados Urbanos. Ondas: Octubre 1998 - 2º Semestre 2011.  
 Población entre 15 y 24 años, excluyendo jefes de hogar, cónyuges y servicio doméstico

Por otro lado, continuando con la relación estudio y trabajo, son los jóvenes con secundario completo quienes tienen mayores probabilidades de encontrarse empleados, frente a aquellos que no lo poseen, tal como sostienen investigaciones en la temática, y ello se da tanto en la década del 90 como en el nuevo siglo. Así alrededor de un 60% de estos jóvenes tienen una ocupación, a excepción del año 2003 donde los jóvenes con secundario completo rondan en un 50%, ante los efectos sociales de la crisis.

A su vez, en el actual período de recuperación socioeconómica, mermaron levemente las desigualdades existentes para conseguir un trabajo a la hora de buscarlo entre los jóvenes con más bajo nivel de instrucción (PI/PC-SI) y los jóvenes con más nivel de instrucción (SC/S/UI-S/UC). El hecho más destacable es la merma de la brecha con respecto al desempleo de los jóvenes con hasta PI y los jóvenes con UI-UC, ya que en 1998 había una diferencia de 10.1 p. p. en cuanto a jóvenes desempleados con hasta PI respecto de jóvenes desempleados con S/UI-S/UC y en el año 2011 esa diferencia pasa a ser de -2.8 p. p., ante la baja significativa del desempleo para los jóvenes de menor nivel educativo, que pasan del 18% al 6,3% (los jóvenes con mayor nivel educativo pasan del 7,9% al 9,0%).

En este proceso incide significativamente el fenómeno juvenil de inclinarse hacia la inactividad ante los problemas de empleo a los que se enfrentan, en pos de avanzar hacia la formación educativa. Al

respecto, la inactividad aumentó en todos los grupos juveniles educativos (hasta PI, PC-SI y SC) en 10 p. p. entre 1998 y 2011, a excepción de los jóvenes con S/UI-S/UC, para quienes se incrementó en 2 p. p.

**Cuadro 5.10. Evolución de la condición de actividad de los jóvenes de 15 a 24 años, no jefes ni cónyuges, según nivel educativo. En porcentajes.**

Condición de actividad	1998				2003				2006				2011			
	Hasta PI	PC SI	SC	S/UI S/UC	Hasta PI	PC SI	SC	S/UI S/UC	Hasta PI	PC SI	SC	UI UC	Hasta PI	PC SI	SC	S/UI S/UC
Empleados	27,5%	27,2%	62,9%	36,7%	20,0%	23,2%	49,6%	33,4%	30,0%	24,0%	56,7%	37,4%	29,9%	22,5%	58,4%	33,6%
Desempleados	18,0%	10,7%	20,9%	7,9%	17,3%	13,3%	28,9%	19,6%	10,7%	8,2%	21,8%	10,9%	6,3%	6,2%	15,0%	9,0%
Inactivo	54,6%	62,1%	16,2%	55,4%	62,7%	63,5%	21,5%	47,0%	59,3%	67,9%	21,5%	51,7%	63,8%	71,4%	26,6%	57,4%
<b>Total</b>	<b>100%</b>															

Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC. Total Aglomerados Urbanos. Ondas: Octubre 1998 - 2º Semestre 2003, 2006, 2011. Población entre 15 y 24 años, excluyendo jefes de hogar, cónyuges y servicio doméstico.

Los logros de las mujeres argentinas en materia educativa han sido destacables, ya que no solo han equiparado sino también superado los logros de los varones. La tasa bruta de matriculación en el nivel medio ha mantenido su tendencia ascendente desde 1980 y según la tasa de matriculación combinada, que toma en cuenta los distintos niveles educativos, las mujeres superan a los varones en todas las jurisdicciones, sin excepción, en el año 2009; también los varones se encuentran en desventaja con respecto a las mujeres en lo que atañe al atraso escolar o sobreedad, en casi todas las jurisdicciones, independientemente del nivel educativo (PNUD, 2011). Este proceso se refleja, en parte, en el siguiente cuadro, que permite dar cuenta del avance en la asistencia educativa de las jóvenes mujeres con respecto a los jóvenes varones, con una diferencia a favor de las mujeres de 10 p. p. en ambos períodos analizados (1998 y 2011).

**Cuadro 5.11. Evolución de la asistencia educativa de los jóvenes de 15 a 24 años, no jefes ni cónyuges, según sexo. En porcentajes.**

Asistencia educativa	1998			2003			2006			2011		
	Varón	Mujer	Total									
Asiste actualmente	52,4%	62,0%	57,0%	55,2%	61,4%	58,2%	55,5%	62,2%	58,8%	56,3%	66,2%	61,1%
No asiste pero asistió	47,1%	37,7%	42,6%	44,7%	38,3%	41,6%	44,3%	37,6%	41,0%	43,6%	33,6%	38,7%
Nunca Asistió	0,5%	0,3%	0,4%	0,1%	0,3%	0,2%	0,2%	0,2%	0,2%	0,1%	0,2%	0,2%
<b>Total</b>	<b>100,0%</b>											

Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC. Total Aglomerados Urbanos. Ondas: Octubre 1998 - 2º Semestre 2003, 2006, 2011. Población entre 15 y 24 años, excluyendo jefes de hogar, cónyuges y servicio doméstico.

De este modo, al analizar la condición de actividad y asistencia educativa de los jóvenes no jefes ni cónyuges según sus atributos individuales, se resalta nuevamente el incremento de la inactividad ante el fenómeno juvenil de inclinarse hacia esa condición por los problemas de empleo a los que se enfrentan, en pos de avanzar hacia la formación educativa; cada vez son más los jóvenes que estudian. Al respecto, alrededor del 80% de los jóvenes que asisten a establecimientos educativos son inactivos al igual que aquellos que nunca asistieron. Este último grupo juvenil, la situación que transita probablemente linde con la marginalidad, al no participar en ninguno de los dos carriles de la vida que les permite ir hacia una ciudadanía más plena.

A su vez, si bien bajó en 2011 el porcentaje de jóvenes que no estudian (asistieron o nunca asistieron) y no trabajan en relación a 1998, con una diferencia p. p. de 3.4 para los jóvenes adolescentes y de 3.1 para los jóvenes de 20 a 24 años, persiste un grupo considerable en esta condición (15,3% -15 a 19 años- y 21,1% -20 a 24 años), de los cuales muchos están expuestos a una mayor vulnerabilidad ante el incremento de los que no buscan un empleo (incremento de 15 p. p. en los adolescentes y de 7.4 p. p. en los jóvenes adultos, en 2011 respecto de 1998).

Por otro lado, es importante el avance de los jóvenes en estudios formales ya que el secundario es una base clave para obtener un empleo. Son los jóvenes que poseen secundario completo quienes tienen mayores probabilidades de encontrarse empleados, frente a aquellos que no lo poseen, y ello se da tanto en la década del 90 como en el nuevo siglo. Así alrededor de un 60% de estos jóvenes tienen una ocupación.

Por último, los diferenciales por sexo continúan siendo significativos, siguen habiendo más mujeres inactivas (69,6%) que varones (53,5%), y ellas asisten más que los varones a la educación formal, con una diferencia a favor de las mujeres de 10 p. p. en ambos períodos analizados (1998 y 2011).

### **Condición de actividad y asistencia educativa de los jóvenes no jefes ni cónyuges según atributos de los hogares a los que pertenecen**

#### **Cómo son los hogares en los que residen los jóvenes?**

La posesión y movilización de recursos materiales y simbólicos que los jóvenes portan no es ajena a los atributos de los hogares a los que pertenecen. Los activos familiares hacen a la estructura social en la cual se encuentran insertos estos jóvenes y moldean sus experiencias de vida, facilitando o dificultando la apropiación o aprovechamiento de las estructuras de oportunidades que ofrece el medio a través del mercado, el estado o la sociedad, para convertir sus recursos en activos.

Por ello, es importante indagar en torno a los atributos de los hogares a los que pertenecen estos jóvenes y cómo juegan en la condición de actividad y asistencia educativa de los mismos, en dos momentos históricos bien distintos, según se ha mencionado en este trabajo: 1991-2001 el mercado es central en la definición de oportunidades y 2002-2011 el estado recupera su centralidad, acompañando a las instituciones de la sociedad y el mercado, en la definición de oportunidades.

En lo que atañe al tamaño medio de los hogares donde residen los jóvenes, el mismo se ha mantenido estable a lo largo de los períodos analizados en términos generales. Ello es congruente con la evolución demográfica de la Argentina que presenta una tendencia consolidada a mantener bajos sus índices de natalidad (Catalano, 2009).

**Cuadro 5.12. Evolución del tamaño de los hogares con al menos un joven residente**

	1998	2003	2006	2011
<b>Media de tamaño del hogar</b>	4,69	4,89	4,77	4,70

Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC. Total Aglomerados Urbanos.  
Ondas: Octubre 1998 - 2° Semestre 2003, 2006, 2011.

En cuanto a la jefatura de hogar, si bien continúa predominando la jefatura masculina, cada vez hay más jóvenes que residen en hogares con jefatura femenina, ya que aumenta en todos los años considerados, pasando el porcentaje de estos hogares del 24,6% en 1998 al 33,6% en 2011. Ello se corresponde con lo que acontece al respecto a nivel general, ya que hay más mujeres que se declaran jefas de acuerdo a datos del Censo 2010<sup>47</sup>. Mientras que en el 2001 existían 2.787.961 mujeres que se declaraban jefas, en la actualidad esa cifra creció a 4.157.041, pasaron del 27,7% al 34,2% los hogares con jefatura femenina. Y estas jefas de hogar ya no son sólo aquellas personas separadas o viudas que viven solas o con sus hijos a cargo, ya que se ha incrementado la jefatura femenina en los hogares nucleares completos como en casos en los que la mujer tiene pareja. El aumento de la declaración en la jefatura femenina en estos hogares donde hay un cónyuge podría deberse por un lado a una mayor equiparación en las relaciones de pareja; por otro lado a una mejor posición de las mujeres en el mundo laboral (INDEC, 2012).

**Cuadro 5.13. Evolución de los hogares con al menos un joven residente según sexo del jefe de hogar. En porcentajes.**

<b>Sexo del jefe de hogar</b>	1998	2003	2006	2011
Varón	75,4%	69,8%	69,1%	66,4%
Mujer	24,6%	30,2%	30,9%	33,6%
<b>Total</b>	<b>100,0%</b>	<b>100,0%</b>	<b>100,0%</b>	<b>100,0%</b>

Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC. Total Aglomerados Urbanos.  
Ondas: Octubre 1998 - 2° Semestre 2003, 2006, 2011.

El cuadro 5.14 pone de manifiesto que durante el período de la crisis, la mayoría de los jefes y/o cónyuges de hogar han concentrado sus esfuerzos en tratar de mantener los ingresos familiares y no en aumentar sus niveles educativos, incluso es muy probable que quienes se encontraban realizando estudios universitarios, varios los hayan abandonado (el % de jefes y/o cónyuges con UI-UC pasa de 22.1% en 1998 a 19.8% en 2003). En cambio, durante el período de recuperación institucional y socioeconómica ha disminuido comparativamente (con los años 1998 y 2003) el porcentaje de hogares que poseen como máximo nivel de instrucción hasta primaria incompleta y primaria completa-secundaria incompleta y aumentaron los hogares con secundaria completa (diferencia de 5 p. p. entre 1998 y 2011) y universitaria incompleta-universitaria completa (diferencia de 5.9 p. p. entre 1998 y 2011). Este proceso es sumamente positivo ya que, de acuerdo a las investigaciones en la temática, la educación de los padres ejerce un efecto directo tanto en la salud y educación como en otros aspectos de la vida de sus hijos. Si bien todavía un 42,9% de los hogares en que residen estos jóvenes tienen como máximo nivel educativo PC-SI y un 6,8% hasta PI.

<sup>47</sup> Asimismo, cabe aclarar que los hogares encabezados por una mujer viene creciendo de manera notable desde 1974 (Federico, 1998).

**Cuadro 5.14. Evolución de los hogares con al menos un joven residente según máximo nivel educativo del hogar. En porcentajes.**

Máximo nivel de instrucción del hogar	1998	2003	2006	2011
Hasta PI	11,6%	13,0%	9,8%	6,8%
PC SI	49,0%	48,4%	46,4%	42,9%
SC	17,3%	18,8%	20,0%	22,3%
UI UC	22,1%	19,8%	23,8%	28,0%
<b>Total</b>	<b>100,0%</b>	<b>100,0%</b>	<b>100,0%</b>	<b>100,0%</b>

Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC. Total Aglomerados Urbanos.  
Ondas: Octubre 1998 - 2º Semestre 2003, 2006, 2011.

Además, una gran proporción de hogares con jóvenes tienen calificación técnica u operativa (otra calificación) como máxima calificación laboral y esta proporción ha aumentado comparativamente con los 90 (pasando del 58.1% al 66,6%.- otra calificación- entre 1998 y 2011 respectivamente). Los hogares con máxima calificación laboral permanecen durante la crisis y vuelven a aumentar en el período 2002-2011, aunque son menos proporcionalmente que en 1998 (con una diferencia de -3.6 p. p.), pasando del 9,2% al 5,6%. Mientras que los hogares con inserción laboral no calificada se incrementan durante el período crítico para luego descender con los años -1998 (32,7%) y 2003 (33,6%)-, pasando al 27,8% en 2011. Ello tiene relación muy probablemente con el hecho que varios jefes y/o cónyuges de hogar con hasta primaria incompleta han decidido avanzar en sus estudios, mermando, por ende, los hogares con bajo nivel educativo y permitiéndoles mejores inserciones ocupacionales.

Esta evolución de los hogares en los que residen los jóvenes se condice con la nueva tendencia existente en materia de recuperación del empleo “la extensión del mismo en los diferentes niveles de calificación”, ya que en anteriores periodos de recuperación la generación de empleo estuvo sesgada hacia los más calificados (Maurizio et al., 2010). Al respecto, aproximadamente el 70% de los nuevos puestos de trabajo fue explicado por la industria, construcción, comercio y servicios financieros (Maurizio, 2009a).

**Cuadro 5.15. Evolución de los hogares con al menos un joven residente según máxima calificación laboral en el hogar. En porcentajes.**

Máxima calificación del hogar	1998	2003	2006	2011
Profesional	9,2%	4,9%	5,9%	5,6%
Otra calificación *	58,1%	61,5%	62,9%	66,6%
No calificada	32,7%	33,6%	31,2%	27,8%
<b>Total</b>	<b>100,0%</b>	<b>100,0%</b>	<b>100,0%</b>	<b>100,0%</b>

Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC. Total Aglomerados Urbanos.  
Ondas: Octubre 1998 - 2º Semestre 2003, 2006, 2011. \*Calificación técnica u operativa

De acuerdo a las investigaciones en la temática, la distribución del ingreso no ha cambiado significativamente en el período 2002-2011 en comparación con los 90 (Santarcángelo 2011; Salvia y Vera, 2011, Chávez Molina, 2013, entre otros). Durante la fase de crecimiento post devaluación, la heterogeneidad de la estructura productiva y la segmentación del mercado de trabajo continúan explicando una parte importante de los niveles de desigualdad persistentes, más allá que ésta se haya

mantenido o disminuido ligeramente, según Salvia y Vera (2011). Los hogares donde residen los jóvenes urbanos argentinos no se encuentran ajenos a este proceso.

Es conocido que durante toda la década de los noventa hubo un empeoramiento distributivo y ello se agudiza durante la crisis del modelo de convertibilidad. En el caso de los hogares habitados por jóvenes, se observa que en el 2003, como saldo de la crisis, aumenta significativamente el porcentaje de hogares de los dos primeros quintiles (46.4% en 1998 y 58.1% en 2003), disminuyendo la proporción de hogares de los quintiles 3 y 4 (39.6% en 1998 y 32.5% en 2003) como del quintil 5 (14% en 1998 y 9.3% en 2003). Al final del período 2002-2011 se observa que han mermado los hogares de ingresos relativos más bajos (quintiles 1 y 2) y se han acrecentado los hogares con ingresos relativos medios (quintiles 3 y 4) en comparación con el año 2003, mientras que el porcentaje de hogares con ingresos más altos (quintil 5) prácticamente se mantiene luego de la crisis hasta 2011. Sin embargo, los hogares de los dos primeros quintiles son más en términos porcentuales que en 1998 (diferencia de 9.9 p. p.) y los hogares del segundo grupo de quintiles (3 y 4) son menos que en 1998 (diferencia de -4.4 p. p.).

**Cuadro 5.16. Evolución de los hogares con al menos un joven residente según nivel de ingresos del hogar. En porcentajes.**

Nivel de ingresos	1998	2003	2006	2011
Quintiles 1 y 2	46,4%	58,1%	57,9%	56,3%
Quintiles 3 y 4	39,6%	32,5%	32,2%	35,2%
Quintil 5	14,0%	9,3%	9,9%	8,5%
<b>Total</b>	<b>100,0%</b>	<b>100,0%</b>	<b>100,0%</b>	<b>100,0%</b>

Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC. Total Aglomerados Urbanos.  
Ondas: Octubre 1998 - 2º Semestre 2003, 2006, 2011.

Como saldo positivo en torno a las características de los hogares en que habitan los jóvenes urbanos argentinos, se puede mencionar el aumento de hogares con máxima calificación laboral técnica u operativa y la disminución de hogares no calificados, como el incremento de hogares con secundaria completa y universitaria incompleta-universitaria completa, entre punta y punta de los períodos analizados. Estos procesos son importantes dado que el mayor bienestar de los hogares en que habitan los jóvenes les permitiría a ellos moverse con mayores márgenes de libertad y con mayores oportunidades en lo que atañe a sus caminos laborales y educativos. Sin embargo, más allá de estas mejoras en los hogares, el nivel de ingresos de los mismos si bien han evolucionado positivamente en comparación con el momento de crisis socio-institucional que vivió Argentina, pareciera ser que no han variado sustancialmente con respecto a 1998.

### **Condición de actividad (jóvenes no jefes ni cónyuges según atributos de los hogares en los que residen)**

En ambos períodos analizados hay más jóvenes inactivos en aquellos hogares donde el jefe es varón (diferencia de 6 p. p. en 1998 y de 7 p. p. en 2011), es decir, que esta brecha se mantiene. Además, se insertan en mayor medida en un empleo aquellos que residen en hogares donde la jefatura le corresponde a una mujer, habiendo en estos hogares un 34,5% de jóvenes empleados mientras que hay un 28,6% de jóvenes empleados en los hogares con jefatura masculina, en el año 2011. En cuanto a los jóvenes que residen en hogares con jefatura femenina, muy probablemente tengan menos margen

de libertad para conseguir un trabajo, ya que si bien las diferencias históricas en las inserciones laborales de las mujeres, en comparación con los varones, han mermado, todavía persisten.

**Cuadro 5.17. Evolución de la condición de actividad de los jóvenes de 15 a 24 años, no jefes ni cónyuges, según sexo del jefe de hogar. En porcentajes.**

Condición de actividad	1998			2003			2006			2011		
	Varón	Mujer	Total									
Empleados	31,9%	35,6%	32,8%	28,1%	31,1%	29,0%	29,8%	36,7%	31,9%	28,6%	34,5%	30,6%
Desempleados	10,8%	13,1%	11,3%	17,0%	17,5%	17,1%	10,5%	11,6%	10,9%	7,7%	8,9%	8,1%
Inactivos	57,3%	51,3%	55,9%	54,9%	51,4%	53,9%	59,7%	51,7%	57,2%	63,7%	56,7%	61,3%
<b>Total</b>	<b>100,0%</b>											

Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC. Total Aglomerados Urbanos.

Ondas: Octubre 1998 - 2º Semestre 2003, 2006, 2011. Población entre 15 y 24 años, excluyendo jefes de hogar, cónyuges y servicio doméstico.

Una característica que persiste es que a medida que aumenta el máximo nivel educativo del hogar aumenta el porcentaje de jóvenes que no buscan un trabajo ya que probablemente prefieren tener como actividad central el estudio, ante las problemáticas ocupacionales existentes, y pueden optar por esa condición en mayor medida. También, hay más jóvenes residentes en hogares de bajo nivel de instrucción que optan por la inactividad y muchos de ellos se abocan al estudio formal (incremento de 7.7 p. p. en el caso de los jóvenes inactivos de hogares con hasta PI en 2011, en comparación con 1998; de 4.4 p. p. para jóvenes inactivos de hogares con PC-SI, de 5.3 para jóvenes inactivos de hogares con SC, y 1.3 para jóvenes inactivos de hogares con UI-UC). Al respecto, cabe reiterar que la opción por la inactividad está enmarcada en la escasa demanda de empleo juvenil, que se visualiza en el siguiente cuadro en los porcentajes de jóvenes empleados según máximo nivel educativo del hogar. Los cuales, prácticamente no han variado en el 2011 en función de 1998.

Ahora bien, en el momento de crisis, los jóvenes que más pudieron continuar sin buscar una ocupación son aquellos que residían en hogares con máximo nivel educativo universitario incompleto-completo (67.9% en 1998 y 67.1% en 2003), ya que en los restantes casos merma el porcentaje de jóvenes inactivos. Además, en el momento de la crisis, el desempleo juvenil golpea más a quienes residen en hogares con menor nivel de instrucción (2003: 21,8% y 18,1% jóvenes desempleados de hogares con hasta PI y PC-SI respectivamente). Siendo ellos quienes posteriormente más bajan el porcentaje de desempleados, llegando al 8,2% y 9,6% en el año 2011. Los jóvenes desempleados de hogares con SC y UI-UC tienen una baja de 1 p. p. y actualmente hay un 7,9% y 5,6% en esa condición en esos hogares.

De este modo, en el período 2002-2011, no solo ha mermado el desempleo juvenil sino que también disminuyó la desigualdad en torno a las probabilidades de conseguir un empleo en función del nivel educativo del hogar, ya que en 1998 había una diferencia de 10.5 p. p. de jóvenes desempleados residentes en hogares con máximo nivel de instrucción hasta primario incompleto con respecto a los jóvenes desempleados residentes en hogares con máximo nivel de instrucción universitario incompleto-completo y esa diferencia relativa se mantiene en 2003 siendo de 10.9 p. p. y baja en los siguientes años a 7 p. p. en 2006 y a 2.6 p. p. en 2011.

**Cuadro 5.18. Evolución de la condición de actividad de los jóvenes de 15 a 24 años, no jefes ni cónyuges, según máximo nivel educativo del hogar En porcentajes.**

Condición de actividad	1998				2003				2006				2011			
	Hasta PI	PC SI	SC	UI UC	Hasta PI	PC SI	SC	UI UC	Hasta PI	PC SI	SC	UI UC	Hasta PI	PC SI	SC	UI UC
Empleados	37,0%	35,3%	31,1%	25,8%	34,0%	31,2%	26,5%	22,1%	39,1%	34,4%	29,1%	26,1%	38,0%	34,1%	26,9%	25,2%
Desempleados	16,8%	12,9%	8,9%	6,3%	21,8%	18,1%	17,5%	10,9%	14,2%	12,1%	10,4%	7,2%	8,2%	9,6%	7,9%	5,6%
Inactivos	46,2%	51,8%	60,0%	67,9%	44,1%	50,7%	56,0%	67,1%	46,7%	53,5%	60,5%	66,7%	53,7%	56,2%	65,3%	69,2%
<b>Total</b>	<b>100%</b>															

Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC. Total Aglomerados Urbanos. Ondas: Octubre 1998 - 2º Semestre 2003, 2006, 2011. Población entre 15 y 24 años, excluyendo jefes de hogar, cónyuges y servicio doméstico.

Se ha observado que en términos generales hay menos jóvenes que buscan un trabajo, conjuntamente con el aumento de la asistencia educativa y, en comparación con los 90, el aumento de jóvenes inactivos se da en los hogares cuyas inserciones ocupacionales centrales son no calificadas (incremento de 6.8 p. p. entre 1998 y 2011) y en los hogares con inserciones ocupacionales con calificaciones técnicas u operativas (aumento de 6.3 p. p. entre 1998 y 2011). Así, en el actual período de revitalización de las funciones del estado, hay más jóvenes residentes en hogares no calificados o con calificaciones técnicas u operativas que han podido optar por la asistencia educativa como actividad central.

Por otro lado, son los jóvenes que residen en hogares con máxima calificación ocupacional técnica u operativa (otra calificación) o no calificada quienes se encuentran más desempleados, aunque hacia los últimos años del período post devaluación analizado, los jóvenes que residen en hogares con máxima calificación profesional ya no se encuentran con una ventaja relativa, ya que el porcentaje de jóvenes desempleados es similar más allá de las máximas calificaciones ocupacionales de los hogares (8,5% jóvenes desempleados residentes en hogares con calificación profesional; 7,4% jóvenes desempleados residentes en hogares con otra calificación; 8,6% jóvenes desempleados residentes en hogares no calificados).

**Cuadro 5.19. Evolución de la condición de actividad de los jóvenes de 15 a 24 años, no jefes ni cónyuges, según máxima calificación laboral del hogar. En porcentajes.**

Condición de actividad	1998			2003			2006			2011		
	Profesional	*Otra calificación	No calificada									
Empleados	28,6%	31,6%	35,2%	23,6%	29,3%	29,1%	26,6%	30,2%	33,3%	25,1%	29,1%	32,1%
Desempleados	4,3%	11,1%	12,3%	9,3%	15,3%	20,4%	7,4%	10,2%	11,3%	8,5%	7,4%	8,6%
Inactivos	67,1%	57,2%	52,5%	67,1%	55,4%	50,5%	66,0%	59,7%	55,4%	66,4%	63,5%	59,3%
<b>Total</b>	<b>100%</b>	<b>100%</b>	<b>100%</b>									

Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC. Total Aglomerados Urbanos. Ondas: Octubre 1998 - 2º Semestre 2003, 2006, 2011. Población entre 15 y 24 años, excluyendo jefes de hogar, cónyuges y servicio doméstico. \*Calificación técnica u operativa

A su vez, desde una mirada comparativa con los 90 el aumento de las inactividad juvenil se concentra en los jóvenes que residen en hogares del primer grupo de quintiles (1 y 2) principalmente como del segundo grupo de quintiles (3 y 4), con una diferencia de 8.1 p. p. y de 2.2 p. p. respectivamente, entre 1998 y 2011.

El incremento de la inactividad en estos jóvenes presenta como contratara una merma de las brechas de jóvenes desempleados por nivel de ingresos de los hogares en los que residen. Así, por ejemplo, hay una diferencia de 12.3 p. p. entre los jóvenes desempleados residentes en hogares de los quintiles 1 y 2 y los jóvenes desempleados residentes en hogares del quintil 5 en 1998, mientras que en el año 2011 la diferencia es de 3.7 p. p. entre los jóvenes desempleados residentes en hogares de los dos primeros quintiles y los jóvenes desempleados residentes en hogares del quintil 5.

En el período de crisis, que se refleja en el cuadro 5.20 en los resultados del año 2003, es claro que hay más jóvenes que abandonan la inactividad para buscar un empleo y hay más jóvenes desempleados, en todos los hogares, más allá del nivel de ingreso de los mismos. Si bien el mayor porcentaje de jóvenes desempleados se observa en los hogares del primer grupo de quintiles (1 y 2), principalmente, como del segundo grupo de quintiles (3 y 4).

En cuanto al porcentaje de jóvenes empleados, se amplía levemente la brecha por nivel de ingresos de sus hogares ya que, con respecto a 1998, bajan un 1.8 p. p. los jóvenes empleados de hogares de los quintiles 1 y 2 en 2011, se mantiene el porcentaje de jóvenes empleados de hogares de los quintiles 3 y 4 y se incrementa en 3.2 p. p. en el caso de los jóvenes de hogares del quintil 5.

**Cuadro 5.20. Evolución de la condición de actividad de los jóvenes de 15 a 24 años, no jefes ni cónyuges, según nivel de ingresos del hogar. En porcentajes.**

Condición de actividad	1998			2003			2006			2011		
	Quintiles 1 y 2	Quintiles 3 y 4	Quintil 5	Quintiles 1 y 2	Quintiles 3 y 4	Quintil 5	Quintiles 1 y 2	Quintiles 3 y 4	Quintil 5	Quintiles 1 y 2	Quintiles 3 y 4	Quintil 5
Empleados	27,0%	38,3%	38,6%	25,1%	35,5%	34,9%	28,3%	37,7%	37,8%	25,2%	38,0%	41,8%
Desempleados	15,5%	8,5%	3,2%	19,6%	14,1%	8,9%	12,5%	9,0%	5,3%	9,2%	6,6%	5,5%
Inactivos	57,5%	53,2%	58,2%	55,2%	50,4%	56,3%	59,2%	53,2%	56,9%	65,6%	55,4%	52,6%
<b>Total</b>	<b>100%</b>	<b>100%</b>	<b>100%</b>									

Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC. Total Aglomerados Urbanos. Ondas: Octubre 1998 - 2º Semestre 2003, 2006, 2011. Población entre 15 y 24 años, excluyendo jefes de hogar, cónyuges y servicio doméstico.

Ahora bien, dado el acrecentamiento de la inactividad de los jóvenes entre punta y punta de los momentos analizados, a excepción de los jóvenes de hogares del 5º quintil, a continuación se analiza que proporción de ellos estudian y qué proporción no, de acuerdo al grupo de quintil en el que se ubiquen los hogares en los que residen.

**Cuadro 5.21. Evolución de la asistencia educativa de los jóvenes inactivos, no jefe ni cónyuges, según nivel de ingresos del hogar. En porcentajes.**

<b>1998</b>	<b>Quintiles 1 y 2</b>	<b>Quintiles 3 y 4</b>	<b>Quintil 5</b>
Estudia	66,1	84,3	94,9
No Estudia	33,9	15,7	5,1
<b>2011</b>	<b>Quintiles 1 y 2</b>	<b>Quintiles 3 y 4</b>	<b>Quintil 5</b>
Estudia	73,8	84,1	95,2
No Estudia	26,2	15,9	4,8

Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC. Total Aglomerados Urbanos.  
Ondas: Octubre 1998 - 2º Semestre 2011.  
Población entre 15 y 24 años, excluyendo jefes de hogar, cónyuges y servicio doméstico.

A partir del cuadro 5.21 se observa que hay más jóvenes inactivos residentes en los hogares de los quintiles más bajos de ingresos (1 y 2) que estudian entre punta y punta de los períodos analizados, con una diferencia de 7.7 p. p. En el caso de los jóvenes inactivos residentes en los hogares de los quintiles de ingresos medios (3 y 4) se mantiene el porcentaje de los jóvenes que estudian y los que no estudian, al igual que los jóvenes inactivos de hogares del 5ª quintil de ingresos.

De esta forma, en el actual momento donde las funciones del estado han vuelto a ocupar un lugar vital, hay más jóvenes residentes en hogares de bajo nivel de instrucción, en hogares no calificados o con calificaciones técnicas u operativas como en hogares de los quintiles de ingresos 1 y 2, que se inclinaron por la inactividad y se abocan al estudio formal como actividad central. Además, en ambos períodos analizados hay más jóvenes inactivos en aquellos hogares donde el jefe es varón, manteniéndose esa brecha por la jefatura del hogar en los que residen.

Esta inclinación juvenil por la inactividad y el estudio es fruto de las problemáticas de empleo que padecen. Asimismo, en términos generales el desempleo juvenil ha mermado centralmente como contracara de la inactividad, y las brechas de jóvenes desempleados también mermaron en función del nivel educativo del hogar, de la calificación ocupacional del hogar y del nivel de ingresos de estos.

### **Condición de asistencia (jóvenes no jefes ni cónyuges según atributos de los hogares en los que residen)**

En cuanto a la asistencia educativa de los jóvenes, el aumento de la misma se da centralmente en el caso de los jóvenes que residen en hogares cuya jefatura del hogar es masculina (pasando del 58.7% en 1998 a 64.0% en 2011), ampliándose la brecha existente con respecto a los jóvenes que residen en hogares con jefatura femenina. En estos hogares, hubo un crecimiento de la asistencia en el período de crisis (pasando del 51.4% en 1998 al 55.3% en 2003) y luego prácticamente se mantiene ese porcentaje.

**Cuadro 5.22. Evolución de la asistencia educativa de los jóvenes de 15 a 24 años, no jefes ni cónyuges, según sexo del jefe del hogar . En porcentajes.**

Asistencia educativa	1998		2003		2006		2011	
	Varón	Mujer	Varón	Mujer	Varón	Mujer	Varón	Mujer
Asiste	58,7%	51,4%	59,4%	55,3%	61,3%	53,2%	64,0%	55,4%
Asistió	40,8%	48,3%	40,4%	44,5%	38,6%	46,4%	35,9%	44,4%
Nunca Asistió	0,5%	0,2%	0,2%	0,2%	0,2%	0,4%	0,1%	0,2%
<b>Total</b>	<b>100%</b>							

Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC. Total Aglomerados Urbanos. Ondas: Octubre 1998 - 2° Semestre 2003, 2006, 2011. Población entre 15 y 24 años, excluyendo jefes de hogar, cónyuges y servicio doméstico.

Como es sabido por las investigaciones en la temática, a medida que aumenta el máximo nivel de instrucción del hogar aumenta la asistencia educativa por parte de los jóvenes, y en este cuadro se observa este fenómeno para ambos períodos en estudio. A su vez, el incremento de la asistencia educativa de los jóvenes en el período de crisis, se da centralmente en aquellos que residen en hogares con un nivel educativo bajo (máximo nivel hasta PI o PC-SI). También, en los años siguientes, en comparación con los 90, el aumento porcentual de jóvenes que asisten se da principalmente en quienes residen en hogares con un nivel educativo bajo (máximo nivel hasta PI o PC-SI). Estos jóvenes pasan de un 33,1% y 48,9% en 1998 a un 37% y 50,7% respectivamente en el año 2011, mientras que los jóvenes residentes en hogares con SC pasan de un 68,0% en 1998 a un 66,5% en 2011 y los jóvenes de hogares con UI-UC pasan de un 80,8% en 1998 a un 81,7% en 2011.

**Cuadro 5.23. Evolución de la asistencia educativa de los jóvenes de 15 a 24 años, no jefes ni cónyuges, según máximo nivel educativo del hogar. En porcentajes.**

Asistencia educativa	1998				2003				2006				2011			
	Hasta PI	PC SI	SC	UI UC	Hasta PI	PC SI	SC	UI UC	Hasta PI	PC SI	SC	UI UC	Hasta PI	PC SI	SC	UI UC
Asiste	33,1%	48,9%	68,0%	80,8%	38,0%	51,5%	66,1%	82,4%	37,0%	49,3%	66,5%	81,6%	37,0%	50,7%	66,5%	81,7%
Asistió	65,8%	50,8%	31,4%	19,0%	61,6%	48,3%	33,9%	17,5%	62,4%	50,4%	33,5%	18,3%	62,5%	49,1%	33,4%	18,3%
Nunca Asistió	1,0%	0,3%	0,6%	0,2%	0,4%	0,3%	0,0%	0,1%	0,6%	0,3%	0,0%	0,1%	0,6%	0,2%	0,0%	0,0%
<b>Total</b>	<b>100%</b>															

Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC. Total Aglomerados Urbanos. Ondas: Octubre 1998 - 2° Semestre 2003, 2006, 2011. Población entre 15 y 24 años, excluyendo jefes de hogar, cónyuges y servicio doméstico.

De este modo, a medida que es menor el nivel educativo del hogar de los jóvenes no jefes ni cónyuges aumenta la asistencia educativa de dichos jóvenes entre 1998 y 2011, a excepción de los jóvenes de hogares con SC, en los cuales la asistencia educativa ha mermado con una diferencia punto porcentual de -1.5 (Cuadro 5.24).

**Cuadro 5.24. Diferencia punto porcentual de asistencia educativa de los jóvenes de 15 a 24 años, no jefes ni cónyuges, según máximo nivel educativo del hogar. Años 1998 y 2011.**

Asiste	Hasta PI	PC SI	SC	UI UC
	+3.9	+1.8	-1.5	+0.9

Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC. Total Aglomerados Urbanos. Ondas: Octubre 1998 - 2º Semestre 2011.

Población entre 15 y 24 años, excluyendo jefes de hogar, cónyuges y servicio doméstico.

A su vez, a medida que aumenta la máxima calificación ocupacional del hogar aumenta la asistencia educativa por parte de los jóvenes que residen en ellos y este proceso se mantiene en todos los años de referencia analizados.

Ahora bien, hay un incremento porcentual continuo de la asistencia principalmente en los jóvenes que residen en hogares que tienen calificaciones ocupacionales técnicas u operativas (otra calificación), pasando del 59.6% en 1998 al 65.6% en 2011. También aumenta de modo significativo, en comparación con los 90, la asistencia educativa de los jóvenes que residen en hogares con inserciones ocupacionales no calificadas (con una diferencia de 3.6 p. p. en 2011 respecto de 1998), representando el 53,9% en 2011.

En cuanto a los jóvenes residentes en hogares con máxima calificación ocupacional profesional, el porcentaje de los que asisten prácticamente se mantiene entre punta y punta de los períodos analizados.

**Cuadro 5.25. Evolución de la asistencia educativa de los jóvenes de 15 a 24 años, no jefes ni cónyuges, según máxima calificación del hogar del hogar. En porcentajes.**

Asistencia educativa	1998			2003			2006			2011		
	Profesional	*Otra calificación	No calificada									
Asiste	81,6%	59,6%	50,3%	82,7%	62,3%	50,5%	82,5%	63,3%	52,8%	81,8%	65,6%	53,9%
Asistió	18,3%	40,1%	49,4%	17,3%	37,5%	49,4%	17,3%	36,5%	47,1%	18,2%	34,3%	45,9%
Nunca Asistió	0,1%	0,4%	0,2%	0,0%	0,2%	0,1%	0,2%	0,2%	0,1%	0,1%	0,1%	0,2%
<b>Total</b>	<b>100%</b>	<b>100%</b>	<b>100%</b>									

Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC. Total Aglomerados Urbanos. Ondas: Octubre 1998 - 2º Semestre 2003, 2006, 2011. Población entre 15 y 24 años, excluyendo jefes de hogar, cónyuges y servicio doméstico. \*Calificación técnica u operativa

Una vez más se observa que la asistencia educativa continúa en alza en el momento de la crisis, preferentemente en los hogares del primer grupo de quintiles (1 y 2) y del segundo grupo de quintiles (3 y 4). Mientras que los jóvenes que viven en hogares con mejores ingresos (quintil 5) mantienen el alto porcentaje de asistencia (1998 y 2003: 75.4%).

En los años posteriores, continúa, de modo significativo, el incremento de jóvenes que asisten a la educación formal, siendo los jóvenes que residen en hogares de los quintiles 1 y 2 quienes presentan el mayor aumento con respecto a los 90 (diferencia de 8.6 p. p. en 2011 respecto de 1998), le siguen los jóvenes que residen en hogares del quintil 5 (diferencia de 4.4 p. p. en 2011 respecto de 1998) y luego los jóvenes residentes en hogares de los quintiles 3 y 4, con una diferencia de 1.8 p. p. en 2011 en comparación con 1998. De esto modo, merma la brecha de asistencia por nivel de ingresos del hogar, asistiendo actualmente un 58,3% de jóvenes de hogares del primer grupo de quintiles, un 62,

3% de jóvenes de hogares del segundo grupo de quintiles (3 y 4) y un 79,8% de jóvenes de hogares del quintil 5.

En el caso de los jóvenes que residen en hogares de los quintiles 3 y 4, cabe mencionar que el aumento de la asistencia educativa se dio con más fuerza en los primeros años de recuperación económica del período 2002-2011, ya que hay una diferencia porcentual positiva de 4.2 p. p. en 2006 respecto de 1998. Cabe decir que es en esos años donde hay más jóvenes (de 15 a 19 años como de 20 a 24 años) con secundario completo (pasando de 3.9% en 1998 a 7% en 2006 para los jóvenes de 15 a 19 años y de 17.4% en 1998 a 25% en 2006 para los jóvenes de 20 a 24 años).

**Cuadro 5.26. Evolución de la asistencia educativa de los jóvenes de 15 a 24 años, no jefes ni cónyuges, según nivel de ingresos del hogar. En porcentajes.**

Asistencia educativa	1998			2003			2006			2011		
	Quintiles 1 y 2	Quintiles 3 y 4	Quintil 5	Quintiles 1 y 2	Quintiles 3 y 4	Quintil 5	Quintiles 1 y 2	Quintiles 3 y 4	Quintil 5	Quintiles 1 y 2	Quintiles 3 y 4	Quintil 5
Asiste	49,7%	60,5%	75,4%	53,6%	63,1%	75,4%	53,1%	64,7%	78,4%	58,3%	62,3%	79,8%
Asistió	49,6%	39,4%	24,5%	46,2%	36,9%	24,6%	46,6%	35,1%	21,5%	41,5%	37,7%	20,2%
Nunca Asistió	0,7%	0,2%	0,1%	0,3%	0,1%	0,0%	0,3%	0,2%	0,0%	0,2%	0,0%	0,0%
<b>Total</b>	<b>100%</b>	<b>100%</b>	<b>100%</b>									

Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC. Total Aglomerados Urbanos. Ondas: Octubre 1998 - 2º Semestre 2003, 2006, 2011. Población entre 15 y 24 años, excluyendo jefes de hogar, cónyuges y servicio doméstico.

A su vez, es importante especificar en qué nivel educativo se encuentran tanto los jóvenes que asisten como aquellos jóvenes que no asisten, según rangos de edad.

La mayoría de los jóvenes de 15 a 19 años que asisten se encuentran en la categoría PC-SI, mientras que la mayoría de los jóvenes de 20 a 24 años que asisten se encuentran en la categoría S/UI S/UC. Al respecto, cabe recordar que el primer tramo de edad se corresponde teóricamente con el tránsito por el secundario en gran medida, si bien los últimos años (17,18 y 19 años) competen a la terminalidad del mismo y comienzo de estudios posteriores, y el segundo tramo de edad se corresponde con el tránsito por la universidad o el terciario.

Específicamente, en 2011 con respecto a 1998, hubo un incremento de los jóvenes de 15 a 19 años que asisten y que se encuentran en la universidad (pasando de 13,8% a 30,7% en la categoría UI -UC), mermando el porcentual de jóvenes que se encuentran en el secundario o terminando el primario (pasando de 83,8% a 66,2% en la categoría PC -SI), ante la mayor asistencia y continuidad de estudios. En el caso de los jóvenes de 20 a 24 años que asisten, en 2011 respecto de 1998 aumentó en 2.1 p. p. la asistencia en el terciario o la universidad (1998: 82,9% UI UC y 2011: 85,0% UI UC).

En cuanto a los jóvenes que abandonaron sus estudios, los adolescentes en su mayoría poseen primaria completa o secundario incompleta y le siguen los que tienen secundaria completa, aumentando en 2011 los que terminaron el secundario en 14.1 p. p. (1998:12,1% y 2011: 26,2%) y mermando los que tienen primaria completa o secundaria incompleta en 11 p. p. (1998:75,4% y 2011:64,4%). También, en 2011 mermaron los que tienen primaria incompleta en 3 p. p.

Por su parte, los jóvenes de 20 a 24 años que abandonaron los estudios, también en su mayoría poseen primaria completa o secundario incompleta y le siguen los que tienen secundaria completa,

aumentando en 2011 los que terminaron el secundario en 15.5 p. p. (1998: 25,2% y 2011: 40,7) y mermando los que tienen primaria completa o secundaria incompleta en 14.5 p. p. (1998:58,7% y 2011: 44,2%). En el caso de estos jóvenes adultos hay un porcentaje considerable en el terciario o la universidad, que aumentó levemente en 2011 (1998:10,8% y 2011: 11,5%).

**Cuadro 5.27. Evolución de la asistencia educativa de los jóvenes no jefes ni cónyuges según nivel educativo alcanzado por rangos de edad. Años 1998 y 2011. En porcentajes.**

Año 1998					
15 y 19 años	Hasta PI	PC SI	SC	S/UI S/UC	Total
Asiste	2,4	83,8	0,0	13,8	100,0
No asiste	10,6	75,4	12,1	1,9	100,0
20 y 24 años	Hasta PI	PC SI	SC	UI UC	Total
Asiste	0,4	16,7	0,0	82,9	100,0
No asiste	5,2	58,7	25,2	10,8	100,0
Año 2011					
15 y 19 años	Hasta PI	PC SI	SC	S/UI S/UC	Total
Asiste	3,1	66,2	0,0	30,7	100,0
No asiste	7,6	64,4	26,2	1,8	100,0
20 y 24 años	Hasta PI	PC SI	SC	UI UC	Total
Asiste	0,8	14,1	0,0	85,0	100,0
No asiste	3,7	44,2	40,7	11,5	100,0

Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC. Total Aglomerados Urbanos.

Onda: Octubre 1998. 2º Semestre 2011. Población entre 15 y 24 años, excluyendo jefes de hogar, cónyuges y servicio doméstico.

A modo de síntesis de este apartado, es claro que, en ambos períodos analizados, a medida que aumenta el máximo nivel de instrucción del hogar, como la calificación ocupacional y el nivel de ingresos de los hogares, aumenta la asistencia educativa por parte de los jóvenes. Pero un dato sumamente positivo, es el aumento porcentual significativo de jóvenes que asisten en el período 2002-2011 en relación a los 90, pertenecientes a hogares con un nivel educativo bajo (máximo nivel hasta PI o PC-SI), con calificaciones ocupacionales técnicas u operativas (otra calificación) y no calificados como a hogares del primer (1 y 2) y segundo (3 y 4) grupo de quintiles.

Sin embargo, no acontece lo mismo al analizar qué pasa con la asistencia de los jóvenes según la jefatura de hogar. El aumento de la misma se da centralmente en el caso de los jóvenes que residen en hogares cuya jefatura del hogar es masculina, ampliándose la brecha existente con respecto a los jóvenes que residen en hogares con jefatura femenina.

Finalmente, el aumento de la asistencia educativa en el período 2002 -2011 en los a los 90, se traduce en un incremento de los jóvenes de 15 a 19 años que asisten, terminaron el secundario y se encuentran en el terciario o la universidad (S/UI S/UC: pasando de 13,8% en 1998 a 30,7% en 2011), como un incremento de los jóvenes de 20 a 24 años que asisten y están en el terciario o la universidad (1998: 82,9% S/UI S/UC y 2011: 85,0% S/UI S/UC). Asimismo, tuvo su impacto en los jóvenes que no continúan estudiando, aumentando en 2011 los jóvenes adolescentes que no estudian que terminaron el secundario en 14.1 p. p. y mermando los que tienen primaria completa/ secundaria incompleta en 11 p. p. En el caso de los jóvenes de 20 a 24 años que no estudian, aumentan en 2011 los que terminaron el secundario en 15.5 p. p., merman los que tienen primaria completa o secundaria incompleta en 14.5 p. p., y hay un porcentaje que está en el terciario o la universidad, que aumentó levemente (1998:10,8% y 2011: 11,5%).

## **Jóvenes que no estudian: Trabajan o no trabajan?**

En este ítem se ahonda en los jóvenes que no estudian entre punta y punta de los períodos analizados, 1998 y 2011. Específicamente, se indaga si trabajan o no, de acuerdo a cuanto avanzaron en sus estudios al momento del abandono escolar, según sean jóvenes adolescentes o jóvenes adultos, como también según el nivel socioeconómico de los hogares en los que residen.

En términos generales, tanto en 1998 como en 2011, cuanto más avanzaron en los estudios los jóvenes que abandonaron la escolaridad tienen más probabilidades de trabajar, siendo los que más no trabajan los que no terminaron el primario y el secundario. A su vez, en todos los casos, para un mismo nivel educativo trabajan más los jóvenes de 20 a 24 años con respecto a los jóvenes de 15 a 19 años.

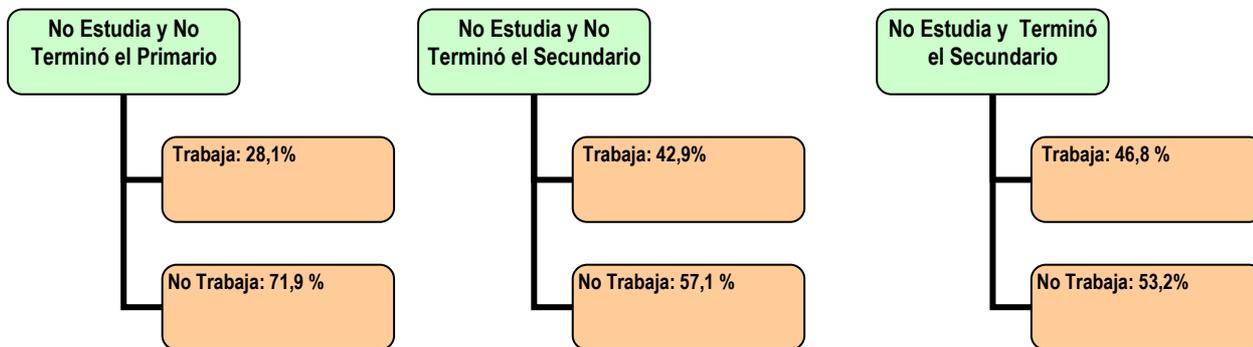
Así, en 1998 los jóvenes de 15 a 19 años que no estudian y terminaron el secundario trabajaban el 46,8%, mientras que aquellos que no estudian y no terminaron el primario trabajaban solo el 28,1% y los que no terminaron el secundario el 42,9%. Para esta cohorte etaria en el año 2011 prácticamente se equiparan las probabilidades de trabajar de acuerdo al avance en sus estudios, siendo una excepción a la tendencia mencionada, dado que se incrementan significativamente, con respecto a 1998, los jóvenes que no estudian, no terminaron el primario y trabajan (36,9%), ante el aumento del empleo no calificado, y disminuyen los jóvenes no estudiantes que trabajan y no terminaron el secundario como aquellos que lo terminaron. De estos últimos, trabajan el 37,6% y el 35,5% respectivamente.

En el caso de los jóvenes de 20 a 24 años que no estudian y terminaron el secundario, en 1998 trabajaban el 69,8%, mientras que los que no terminaron el secundario trabajaban el 58,7% y los que no terminaron el primario el 49,1%. En 2011 para este grupo etario de jóvenes no estudiantes se mantiene esta tendencia de mayor probabilidad de trabajar cuanto más avanzaron en sus estudios. En cuanto a los que terminaron el secundario trabajan un 67,4 %, los que no terminaron el secundario trabajan un 62,5% y los que no terminaron el primario trabajan un 50,8%. De este modo, cabe decir además que, con respecto a 1998, hay más jóvenes no estudiantes que no terminaron el secundario que trabajan. Mientras que para los que no terminaron el primario como para los que terminaron el secundario prácticamente se mantienen la proporción de jóvenes que trabajan en relación a los 90.

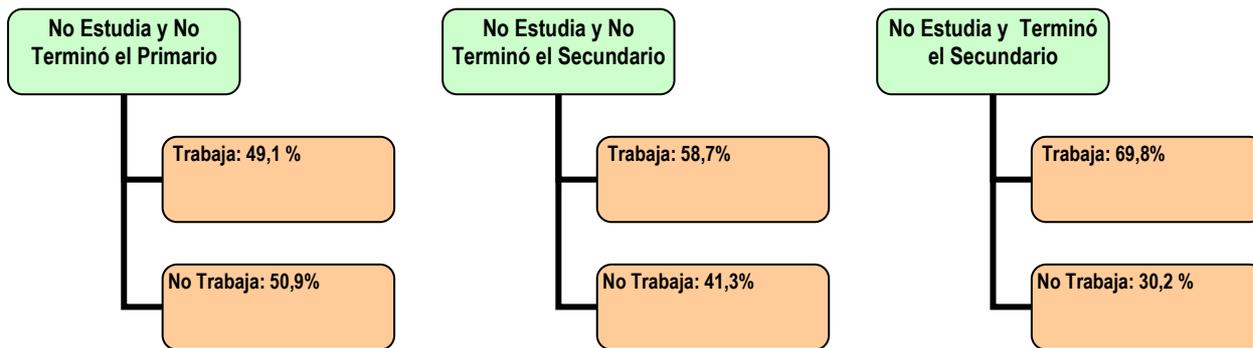
Diagrama 5.2. Jóvenes que no estudian por grado de avance en circuito educativo formal, según trabajan o no por rangos de edad. Años 1998 y 2011. En porcentajes.

**Año 1998**

**Jóvenes no jefes ni cónyuges de 15 a 19 años**

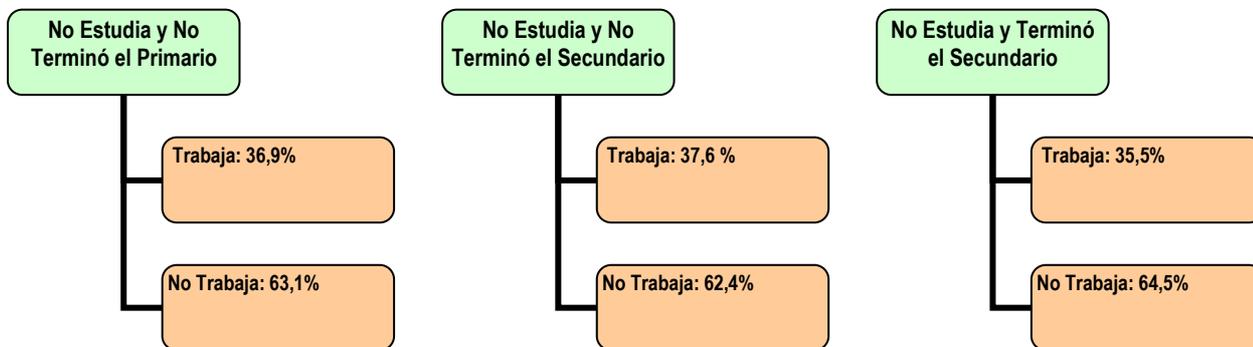


**Jóvenes no jefes ni cónyuges de 20 a 24 años**

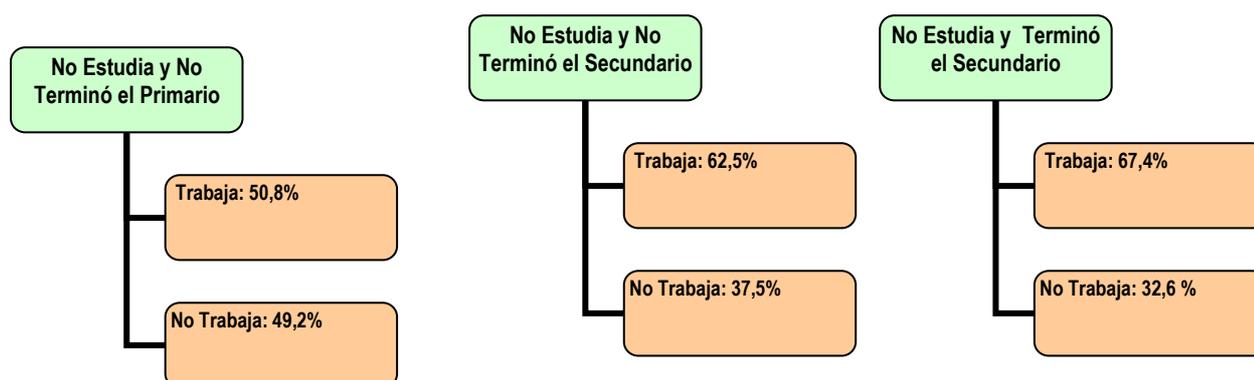


**Año 2011**

**Jóvenes no jefes ni cónyuges de 15 a 19 años**



### Jóvenes no jefes ni cónyuges de 20 a 24 años



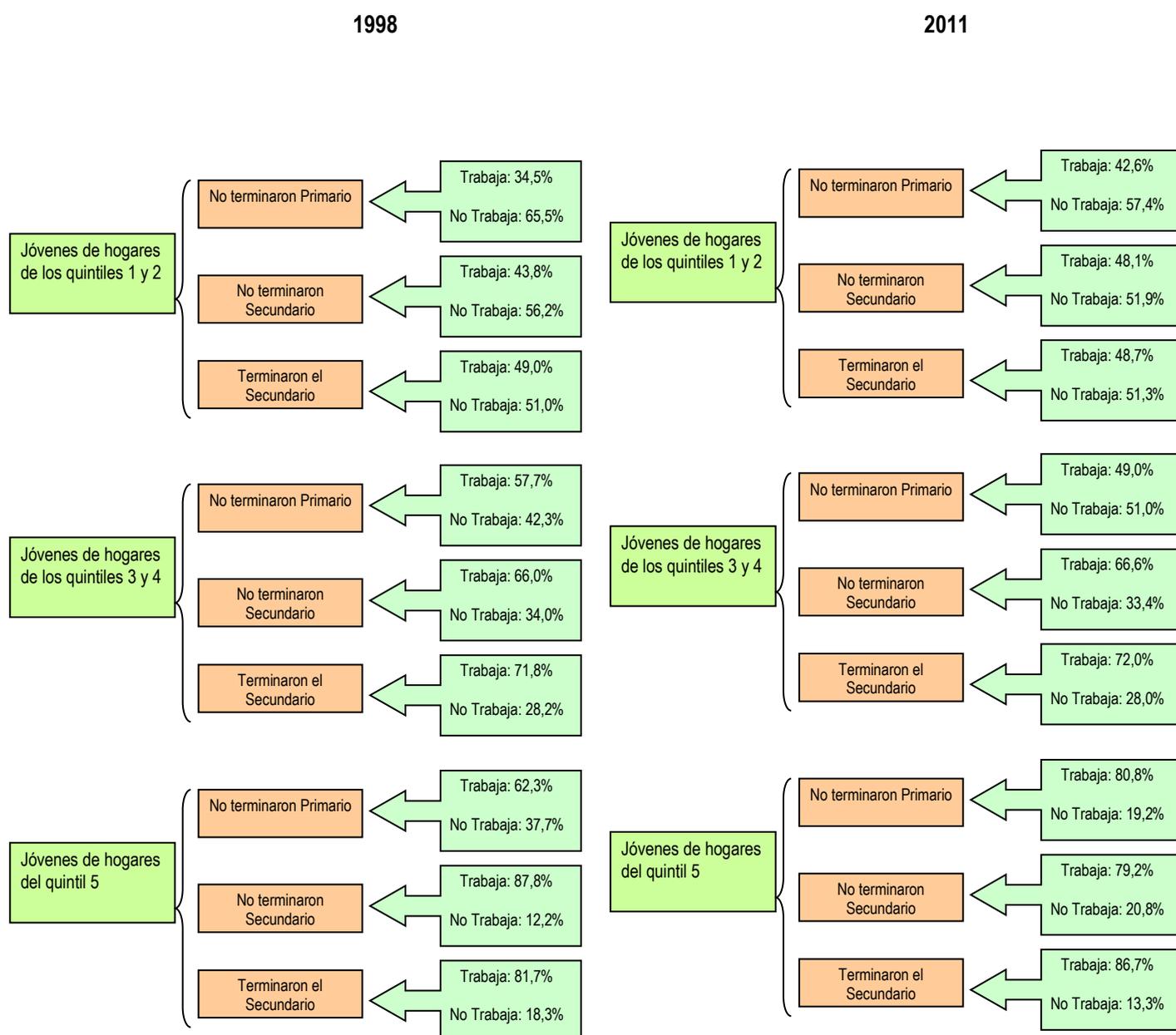
Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC. Total Aglomerados Urbanos. Onda: Octubre 1998. 2° Semestre 2011. Población entre 15 y 24 años, excluyendo jefes de hogar, cónyuges y servicio doméstico.

Ahondando en los jóvenes que no estudian según nivel socioeconómico de los hogares en los que residen, en el siguiente gráfico se refleja nuevamente que a medida que tienen un mayor nivel educativo se encuentran trabajando en mayor proporción, tanto en 1998 como en 2011. Así, los que más se encuentran no trabajando son los jóvenes que no terminaron el primario y los que más se encuentran trabajando son los jóvenes que terminaron el secundario, siguiéndoles quienes no terminaron el secundario.

Ahora bien, en 2011 esta brecha se achicó para los jóvenes del grupo de hogares de los primeros dos quintiles, dado que aumentó el porcentaje de jóvenes que no estudian y no terminaron el primario o no terminaron el secundario, que trabajan. Los mismos pasan de un 34,5% en 1998 a un 42,6% en 2011 y de un 43,8% a un 48,1% respectivamente, casi igualándose el porcentaje de jóvenes no estudiantes que terminaron el secundario y trabajan (2011:48,7%). Asimismo, aumentó significativamente el porcentaje de jóvenes no estudiantes que no terminaron el primario y trabajan, pertenecientes al grupo de hogares del 5<sup>a</sup> quintil, pasando de un 62,3% en 1998 a un 80,8% en 2011, menguando esta brecha también en este caso. Equiparándose estos jóvenes en las probabilidades de trabajar a los jóvenes que no terminaron el secundario y trabajan, que pasan de un 88,8% en 1998 a un 79,2% en 2011. Aunque al aumentar el porcentual de los jóvenes no estudiantes que terminaron el secundario y trabajan (1998:81,7% y 2011: 86,7%), son los jóvenes que terminaron el secundario de este grupo de hogares los que más trabajan.

A su vez, el hecho de trabajar o no por parte de los jóvenes que no estudian, varía significativamente de acuerdo al quintil de ingreso al que pertenezcan los hogares en que residen los jóvenes. Así, en el año 2011, de los jóvenes no estudiantes que no terminaron el primario, trabajan el 42,6% los que pertenecen al grupo de hogares de los quintiles 1 y 2, mientras que los que pertenecen al grupo de hogares de los quintiles 3 y 4, trabajan un 49, 0% y los que pertenecen al grupo de hogares del 5<sup>o</sup> quintil, trabajan un 80,8%. Por su parte, de los jóvenes no estudiantes que no terminaron el secundario, trabajan el 48,1% los que pertenecen al grupo de hogares de los quintiles 1 y 2, mientras que los que pertenecen al grupo de hogares de los quintiles 3 y 4, trabajan un 66, 6% y los que pertenecen al grupo de hogares del 5<sup>o</sup> quintil, trabajan un 79,2%. Por último, de los jóvenes no estudiantes que terminaron el secundario, trabajan el 48,7% los que pertenecen al grupo de hogares de los quintiles 1 y 2, mientras que los que pertenecen al grupo de hogares de los quintiles 3 y 4, trabajan un 72,0% y los que pertenecen al grupo de hogares del 5<sup>o</sup> quintil, trabajan un 86,7%.

Diagrama 5.3. Jóvenes no jefes ni cónyuges de 15 a 24 años que no estudian



Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC. Total Aglomerados Urbanos. Ondas: Octubre 1998 - 2º Semestre 2011. Población entre 15 y 24 años, excluyendo jefes de hogar, cónyuges y servicio doméstico.

A modo de cierre de este apartado, es apropiado resaltar que, cuanto más avanzaron en los estudios los jóvenes que abandonaron la escolaridad tienen más probabilidades de trabajar, siendo los que más no trabajan los que no terminaron el primario y el secundario y los que más trabajan los que terminaron el secundario, y la edad también incide en el hecho de trabajar o no, dado que para un mismo nivel educativo trabajan más los jóvenes de 20 a 24 años con respecto a los jóvenes de 15 a 19 años.

Asimismo, se resalta que el hecho de trabajar o no por parte de los jóvenes que no estudian, varía significativamente también de acuerdo al quintil de ingreso al que pertenezcan los hogares en que residen los jóvenes. Así, de los jóvenes no estudiantes, los más vulnerables son los jóvenes que residen en hogares del primer grupo de quintiles (1 y 2), dado que son los que tienen más

probabilidades de no trabajar, y, por ende, de ser jóvenes que no estudian y no trabajan, incluso habiendo terminado el secundario. Al respecto, en ambos períodos analizados el 51% de los jóvenes no estudiantes que terminaron el secundario y pertenecen al grupo de hogares de los dos primeros quintiles, no trabajan.

## **Capítulo VI: Factores contextuales, familiares e individuales asociados a los cambios laborales y educativos juveniles**

En los comportamientos laborales y educativos de los jóvenes que se abordan en este trabajo intervienen varios factores condicionándolo. Por lo cual, deben ser analizados a través de un modelo de efectos e interacciones múltiples. Es decir, que para el marco conceptual que se formula resulta especialmente apropiado el procedimiento estadístico de regresión logística, en tanto técnica que permite analizar con mayor claridad la asociación de ciertos factores con estos comportamientos manteniendo constante el efecto de otras características. Esta consideración teórica tiene relación directa con una exigencia metodológica relevante para el análisis estadístico. Ya que si se conduce el análisis variable a variable, como frecuentemente se hace, se corre el riesgo de atribuir a una de las variables lo que es efecto del conjunto de variables (Bourdieu, 1988), encubriéndose el sistema complejo de las relaciones que constituyen el verdadero principio de fuerza del que dan cuenta las relaciones originales (Salvia, 1993).

Por tanto, en función de identificar con mayor precisión un conjunto de factores individuales y familiares que pueden estar interviniendo en la estructuración de dichos comportamientos, se busca ajustar a los datos de cada período analizado modelos adecuados que permitan dar cuenta de los principales atributos observables asociados tanto a la condición de actividad (probabilidad de estar activos y de trabajar) como a la asistencia educativa juvenil. Las variables explicativas incluidas en los modelos son las que se han definido y analizado a lo largo del trabajo.

Las mediciones que se utilizan para la aplicación de los modelos corresponden a los años 1998 y 2011. El primer año, es utilizado como parámetro de comparación para evaluar el impacto sobre las condiciones de laborales y educativas de los jóvenes -no jefes ni cónyuges de 15 a 24 años- del proceso económico 1991-1999, mientras que el 2011, permite evaluar el impacto sobre estas condiciones juveniles del período post-devaluación de recuperación económica y socio-institucional.

### **Factores asociados a la probabilidad de estar activos por parte de los jóvenes de 15 a 24 años, no jefes ni cónyuges, residentes en hogares urbanos Años 1998 y 2011**

En comparación con quienes tienen PI los jóvenes con PC-SI tienen un 68% más de probabilidades de buscar un trabajo en 1998 y en el 2011 esa probabilidad pasa a un 78%. Y cuanto más aumenta el nivel educativo aumenta más esa probabilidad, siempre desde una mirada relativa en función de los jóvenes con menor nivel educativo. Muy probablemente varios de quienes se encuentran en el grupo juvenil con hasta PI transitan una situación de alta vulnerabilidad, al no solo contar con un bajo nivel educativo sino también que esta condición limita sus posibilidades de encontrar un empleo y ello genera cierto desaliento que los aleja de una búsqueda laboral.

Para quienes cuentan con SC o S/UI-S/UC merma la probabilidad de búsqueda laboral en el 2011 en comparación con la década anterior. Este proceso también se observa en los modelos con la variable asistencia educativa. Al respecto, quienes asistían en 1998 tenían un 93% menos de probabilidad de estar activos con respecto a quienes asistieron o nunca asistieron y en el 2011 esa menor probabilidad se mantiene rondando en un 90%.

Al analizar como interviene el sexo en las posibilidades de buscar un trabajo, se observa que en 1998 las jóvenes mujeres tenían un 60% menos de probabilidades de buscar un trabajo que los jóvenes varones y en 2011 esas probabilidades pasan a un 57% menos, lo cual se condice con la mayor participación económica de las mujeres con el paso de los años.

A su vez, es sabido que la opción o necesidad de buscar un trabajo se acrecienta significativamente al pasar de la adolescencia a una juventud adulta y este proceso se observa en ambos períodos analizados.

En lo que atañe a la incidencia de la situación demográfica y socioeconómica de los hogares en los que residen los jóvenes en las probabilidades de buscar un trabajo por parte de ellos, el nivel de ingresos del hogar es un factor clave. Con respecto a los jóvenes residentes en hogares de ingresos más bajos (quintiles 1 y 2), los jóvenes residentes en hogares de los quintiles 3 y 4 y del quintil 5 tienen en 54% y 78% -respectivamente- más de probabilidades de estar activos en la década de los 90, y esas probabilidades se acrecientan mucho más en el año 2011. Este proceso se explica en parte por el aumento considerable de la asistencia a la educación formal de los jóvenes residentes en hogares de ingresos más bajos (son quienes han tenido el mayor aumento con respecto a los 90 –con una diferencia de 8.6 p. p. en 2011 respecto de 1998, tal como se menciona en el capítulo anterior) y el aumento de la inactividad en los mismos.

Por su parte, el sexo del jefe de hogar también juega su papel. Los jóvenes que residen en hogares con jefatura femenina se encuentran con un 24% más de probabilidades de estar activos en 1998 y con un 28% más de probabilidades en 2011.

En cuanto al nivel educativo del hogar, en comparación con los jóvenes que residen en hogares con máximo nivel educativo SC, los jóvenes residentes en hogares con un nivel educativo más alto UI-UC tienen en ambos períodos menos chances de estar activos (44% menos en 1998 y 2011). Mientras que cuando residen en hogares con un nivel educativo menor (hasta PI; PC-SI) tienen en ambos períodos casi iguales posibilidades (Hasta PI) o un 27% menos de chances (PC-SI).

Con respecto a los jóvenes residentes en hogares con calificación ocupacional profesional, los jóvenes residentes en hogares con calificaciones técnicas u operativas tenían un 30% más de probabilidades de estar activos y los jóvenes de hogares no calificados en sus ocupaciones un 51% más probabilidades en 1998; estas probabilidades bajan a un 17% y 19% respectivamente para el 2011. Estos hechos tienen su correspondencia con lo observado en el capítulo anterior en la temática: a saber, hay menos jóvenes residentes en hogares con inserciones ocupacionales no calificadas o con calificaciones técnicas-operativas, que buscan un trabajo y más jóvenes que asisten a la educación formal en comparación con los 90.

**Factor de cambio en la razón de probabilidades de estar activos por parte de los jóvenes no jefes ni cónyuges  
Total Aglomerados urbanos, 1998 y 2011\*.**

<b>Variables en la ecuación</b>	<b>Exp(B)<sup>48</sup>1998</b>	<b>Exp(B)2011</b>
Nivel educativo		
Nivel educativo (PC SI)	1,678	1,776
Nivel educativo (SC)	2,852	2,330
Nivel educativo (S/UI S/UC)	4,998	4,670
Máximo nivel de instrucción del hogar		
Máximo nivel de instrucción del hogar (PI)	0,953	1,114
Máximo nivel de instrucción del hogar (PC SI)	0,733	0,732
Máximo nivel de instrucción del hogar (S/UI S/UC)	0,563	0,558
Nivel de ingresos del hogar		
Nivel de ingresos del hogar (quintiles 3 y 4)	1,539	1,804
Nivel de ingresos del hogar (quintil 5)	1,777	2,638
Máxima Calificación laboral del hogar		
Máxima Calificación laboral del hogar (Otra Calif. **)	1,306	1,173
Máxima Calificación laboral del hogar (No Calif.)	1,513	1,192
Asistencia Educativa (Asiste)	0,071	0,110
Sexo (Mujer)	0,401	0,434
Sexo del jefe de hogar (Mujer)	1,241	1,279
Tamaño del hogar	1,013	1,004
Rango de edad (20-24)	3,391	3,597

Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC.

Total Aglomerados Urbanos. Ondas: Octubre 1998- 2º Semestre 2011

\*Las variables y categorías son estadísticamente significativas en los modelos obtenidos ( $p < 0,05$ ).

\*\*Calificación técnica u operativa

De este modo, si bien todos los factores puestos en juego en los modelos hacen su aporte en la condición de búsqueda laboral de los jóvenes residentes en hogares urbanos, interesa resaltar algunos cambios considerables de la incidencia de los mismos.

El sexo del jefe de hogar sigue siendo en el 2011 un factor determinante en la decisión de buscar un trabajo por parte de los jóvenes. Esto se manifiesta en la mayor búsqueda laboral relativa de los jóvenes que residen en hogares con jefatura femenina, cuya mayor probabilidad pasó de un 24 % en 1998 a un 28% en 2011.

En 2011, en relación a 1998, se han acrecentado las diferencias en cuanto a la búsqueda de un trabajo por los jóvenes en función del nivel de ingresos del hogar en que residen. En la actualidad hay más jóvenes residentes en hogares del segundo grupo de quintiles de ingreso (3 y 4) y del quintil 5 que buscan un trabajo, en comparación con los jóvenes residentes en hogares de ingresos más bajos (quintiles 1 y 2). Ello se explica en parte por el aumento considerable de la asistencia a la educación formal de los jóvenes residentes en hogares de ingresos más bajos y el incremento de la inactividad en los mismos.

Un dato problemático que se extiende con el correr de los años son los jóvenes con primaria incompleta, muchos de ellos continúan con bajas probabilidades de estar activos, formando parte de ese núcleo duro vulnerable, aquellos que no estudian ni trabajan

<sup>48</sup> Exp ( $\beta$ ) es el factor de cambio en la probabilidad de pasar de una categoría de la variable dependiente (Condición de actividad = inactivos) a la otra categoría (Condición de actividad = activos) cuando la variable independiente tiene un cambio de una unidad.

Asimismo, hay menos jóvenes residentes en hogares con inserciones ocupacionales no calificadas o con calificaciones técnicas-operativas que buscan un trabajo y más de ellos asisten a la educación formal en comparación con los 90. Específicamente, en 2011 estos jóvenes de hogares no calificados o con calificaciones técnicas-operativas tienen solo un 19% y 17 % más de posibilidades de estar activos con respecto a los jóvenes de hogares con calificación profesional cuando en 1998 tenían un 51% y 30% más de probabilidades.

De lo mencionado se desprende que el fenómeno de aumento de la retención educativa como contracara de la inactividad ante el deficiente comportamiento de la demanda de empleo durante las últimas décadas, señalado por investigaciones en la temática, se da en gran medida en jóvenes de hogares de ingresos más bajos (quintiles 1 y 2) y con inserciones ocupacionales no calificadas o con calificaciones técnicas-operativas.

### **Factores asociados a la probabilidad de trabajar por parte de los jóvenes de 15 a 24 años, no jefes ni cónyuges, residentes en hogares urbanos Años 1998 y 2011.**

En los 90 la desocupación era moneda corriente en los jóvenes y las posibilidades de conseguir un trabajo eran muy desiguales en función del nivel educativo que poseían. Con respecto a los jóvenes con hasta PI, los jóvenes con PC-SI tenían un 44% más de chances de obtener un trabajo, los jóvenes con SC tenían un 49% más de chances y los jóvenes con S/UI-S/UC tenían un 69% más de posibilidades. Mientras que en el período posterior, la desocupación ha dejado de ser un problema crucial ante la creación de puestos de trabajo y ello posibilita que varios jóvenes que buscan un empleo puedan obtenerlo (si bien en este grupo la desocupación sigue siendo considerable), mermando las desigualdades al respecto según el nivel educativo. En 2011 todos ellos tienen prácticamente posibilidades similares, incluso los jóvenes con SC o con S/UI-S/UC tienen solo un 10% más de probabilidades con respecto a los jóvenes de menor nivel educativo.

También, se achicó la brecha por sexo para conseguir un empleo. Las mujeres tenían un 32% menos de probabilidades de conseguir una ocupación a la hora de buscarla en 1998 y en 2011 tienen un 23% menos de posibilidades que los varones.

En cuanto a la asistencia a la educación formal, en 1998 quienes asistían tenían un 15 % más de conseguir un empleo si lo buscaban, manteniéndose esta situación para el año 2011.

La edad es un factor importante para conseguir una ocupación cuando se la busca y con el transcurso de los años se ha tornado más significativa aún. En 1998, los jóvenes de 20-24 años tenían un 52% de posibilidades de encontrar una ocupación con respecto a los jóvenes de 15-19 años, mientras que en el año 2011 los jóvenes adultos tienen un 99% más de posibilidades.

En lo que atañe a la incidencia de las características de los hogares en los que residen, el nivel de ingresos de los mismos continúa siendo un factor considerable que moldea las posibilidades de obtener una ocupación por parte de los jóvenes cuando la buscan. A medida que aumenta el nivel de ingreso del hogar aumenta la probabilidad de conseguir un trabajo del joven residente en el respectivo hogar. Sin embargo, determina menos que en la década de los 90 (las razones de momio bajan en 2011, con respecto a 1998).

En el período actual de post devaluación los jóvenes residentes en hogares con máxima calificación ocupacional técnica-operativa o no calificados duplican prácticamente las posibilidades de encontrar

un empleo a la hora de buscarlo, frente a los jóvenes que residen en hogares con máxima calificación ocupacional profesional, cuando en 1998 tenían menos chances relativa de estar ocupados (razón de momio de 0,71 y 0,90 respectivamente). Este proceso, probablemente se explica en parte por el hecho que la recuperación del empleo si bien fue extendida en los diferentes niveles de calificación, se da con una mayor intensidad en los puestos de calificación más bajos, cuando en anteriores periodos de recuperación la generación de empleo estuvo sesgada hacia los más calificados (Maurizio et al. 2010)

De acuerdo al máximo nivel de instrucción del hogar, los jóvenes que residen en hogares con máximo nivel de instrucción hasta PI como PC-SI son quienes siempre tienen menos chances de encontrar una ocupación a la hora de buscarla. Estos jóvenes, con respecto a los jóvenes que residen en hogares con máximo nivel de instrucción SC y UI-UC, tienen un 45% y 25% menos de posibilidades respectivamente en 1998. Mientras que en 2011 tienen un 38% menos de posibilidades y un 28% menos respectivamente. Ello implica que los jóvenes residentes en hogares con bajo nivel de instrucción (PI) tienen en la actualidad mayores probabilidades de encontrar una ocupación con respecto a los 90, mientras que en el caso de los jóvenes de hogares con solo PC-SI siguen teniendo menos posibilidades e incluso un poco menos que en los 90.

En cuanto al tamaño del hogar, a medida que hay un miembro más en el hogar se incrementa en 15% en 1998 y en un 20% en 2011 la posibilidades de estar ocupado por parte de los jóvenes residentes en hogares que buscan una ocupación.

Por último, los jóvenes que residen en hogares donde la jefatura del hogar le compete a una mujer, tenían un 10% más de probabilidades de estar ocupados en 1998 y en el 2011 esas probabilidades pasan a un 19%. Al respecto, cabe recordar que son estos jóvenes quienes buscan una ocupación en mayor medida si se los compara con los jóvenes residentes en hogares con jefatura masculina, muy probablemente porque presentan mayores necesidades para salir a trabajar. Y en un contexto socio-económico en el que hay una oferta laboral considerable, estos jóvenes se insertan en una ocupación más fácilmente y por ende aumentan sus posibilidades relativas de trabajar.

**Factor de cambio en la razón de probabilidades de trabajar  
por parte de los jóvenes no jefes ni cónyuges  
Total Aglomerados urbanos, 1998 y 2011\*.**

<b>Variables en la ecuación</b>	<b>Exp(B) 1998</b>	<b>Exp(B)2011</b>
Nivel educativo		
Nivel educativo (PC SI)	1,444	0,917
Nivel educativo (SC)	1,494	1,080
Nivel educativo (S/UI S/UC)	1,694	1,108
Máximo nivel de instrucción del hogar		
Máximo nivel de instrucción del hogar (PI)	0,547	0,616
Máximo nivel de instrucción del hogar (PC SI)	0,752	0,716
Máximo nivel de instrucción del hogar (UI UC)	0,977	0,841
Nivel de ingresos del hogar		
Nivel de ingresos del hogar (quintiles 3 y 4)	3,312	2,932
Nivel de ingresos del hogar (quintil 5)	16,458	4,504
Máxima Calificación laboral del hogar		
Máxima Calificación laboral del hogar (Otra Calif. **)	0,710	2,134
Máxima Calificación laboral del hogar (No Calif.)	0,904	2,111
Asistencia Educativa (Asiste)	1,151	1,125
Sexo (Mujer)	0,676	0,775
Sexo del jefe de hogar (Mujer)	1,100	1,189
Tamaño del hogar	1,153	1,197
Rango de edad (20-24)	1,522	1,992

Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC.

Total Aglomerados Urbanos. Ondas: Octubre 1998- 2º Semestre 2011

\*Las variables y categorías son estadísticamente significativas en los modelos obtenidos ( $p < 0,05$ ).

\*\*Calificación técnica u operativa

A modo de síntesis, se puede acotar que si bien a medida que aumenta el nivel de instrucción se acrecientan las posibilidades de conseguir un trabajo a la hora de buscarlo, ha mermado esta desigualdad dado que la recuperación del empleo fue extendida en los diferentes niveles de calificación, y con una mayor intensidad en los más bajos según Mauricio (2009).

También, se achicó la brecha por sexo para conseguir un empleo. En cambio, en el 2011 la edad incide más que en 1990 a la hora de conseguir una ocupación, siendo los jóvenes de 20 a 24 años quienes más consiguen una ocupación a la hora de buscarla.

Por su parte, el nivel de ingresos del hogar en que residen los jóvenes determina menos que en los 90 la posibilidad de conseguir una ocupación. Lo mismo ocurre con el nivel educativo del hogar en que habitan y la calificación ocupacional de estos hogares. Los jóvenes residentes en hogares con muy bajo nivel de instrucción tienen en la actualidad mayores probabilidades de encontrar una ocupación con respecto a los 90, mientras que en el caso de los jóvenes de hogares con PC-SI siguen teniendo menos posibilidades e incluso un poco menos que en los 90, pasando de un 25% a un 28% menos de probabilidades, en comparación con los jóvenes de hogares con SC o UI-UC.

A su vez, los jóvenes de hogares con máxima calificación ocupacional técnica-operativa o no calificados duplican prácticamente las posibilidades de encontrar un empleo a la hora de buscarlo, frente a los jóvenes que residen en hogares con máxima calificación ocupacional profesional, cuando en los 90 sucedía lo contrario.

En cuanto al sexo de la jefatura de hogar, continúa incidiendo en el mismo sentido y con mayor intensidad, los jóvenes que residen en hogares donde la jefatura del hogar le compete a una mujer,

tenían un 10% más de probabilidades de estar ocupados en 1998 y en el 2011 esas probabilidades pasan a un 19%.

### **Factores asociados a la probabilidad de asistir por parte de los jóvenes de 15 a 24 años, no jefes no cónyuges, residentes en hogares urbanos. Años 1998 y 2011.**

En cuanto a los factores individuales que inciden en la asistencia educativa juvenil, en ambos períodos estudiados, la inactividad aumenta significativamente las probabilidades de los jóvenes de asistir a la educación formal, en comparación con los jóvenes que tienen una ocupación, tal como lo señalan investigaciones en la temática. Específicamente, ya se ha mencionado en este trabajo el incremento de la asistencia educativa como contracara de la inactividad en las últimas décadas. A su vez, un joven desempleado tiene un 20% menos de chances de asistir, frente a los jóvenes empleados.

Por su parte, las jóvenes mujeres residentes en hogares tenían en 1998 un 53% más de probabilidades de asistir en comparación con los jóvenes varones y en el 2011 dicha probabilidad pasa a un 55%. Ello es coherente, como se ha mencionado en el capítulo V, con la tendencia ascendente desde 1980 que registran las mujeres argentinas en materia de asistencia educativa, llegando a superar a los varones en todos los niveles educativos y en todas las jurisdicciones del país en el 2009 (PNUD; 2011).

En el caso de los jóvenes adultos, siempre cuentan con muchas menos probabilidades de asistir que los jóvenes adolescentes (aproximadamente un 90% menos de probabilidades en ambos años de referencia).

Con respecto a los factores familiares que inciden en la asistencia juvenil, el nivel de instrucción del hogar constituye una variable clave. A medida que aumenta el nivel de instrucción del hogar aumentan las probabilidades de asistencia educativa por parte de los jóvenes. Así, en 1998 los jóvenes residentes en hogares con máximo nivel de instrucción PC-SI tenían un 64% más de probabilidades de asistencia con respecto a los jóvenes residentes en hogares con máximo nivel de instrucción PI, mientras que los jóvenes residentes en hogares con máximo nivel de instrucción SC o con UI-UC prácticamente triplican y quintuplican esas probabilidades respectivamente, en función con la categoría de comparación mencionada. Estas diferencias merman un poco en el año 2011, dado el aumento de la asistencia educativa de jóvenes residentes en hogares con bajo nivel educativo con respecto a la década del 90 (la razón de momio baja para las tres categorías inherentes a máximo nivel de instrucción del hogar).

También, a medida que aumenta el nivel de ingreso de los hogares en que residen los jóvenes aumentan sus probabilidades de asistencia a la educación formal en ambos períodos analizados. Ahora bien, un dato positivo es que esta desigualdad en el acceso educativo ha mermado en los últimos años, dado que cada vez hay más jóvenes residentes en hogares de nivel de ingresos más bajos que asisten a la educación formal. Así, mientras en 1998 los jóvenes residentes en hogares del segundo grupo de quintiles (3 y 4) tenían un 16% más de posibilidades de asistir y los jóvenes de hogares del quintil 5 un 65% más de posibilidades de asistir y en el 2011 esas probabilidades rondan en un 10% y 31% respectivamente.

En cuanto a la máxima calificación ocupacional de los hogares en que residen los jóvenes, en 1998 los jóvenes pertenecientes a hogares con calificaciones técnicas-operativas o no calificados tenían un 38% menos de chances de asistir con respecto a los jóvenes pertenecientes a hogares con calificación profesional. Mientras que para el año 2011, esa probabilidad pasa a un 14% menos de chances de

asistir para los jóvenes de hogares con calificación técnica-operativa y a un 22% para los jóvenes de hogares no calificados. Es decir que merman las desigualdades en cuanto a la asistencia educativa, dado que los jóvenes de hogares que cuentan con empleos no calificados o con otra calificación no profesional cada vez asisten más a la educación formal.

En lo referente al tamaño del hogar, a medida que hay un miembro más en el hogar disminuyen las probabilidades de asistencia educativa aproximadamente en un 10% para ambos períodos analizados.

Finalmente, en lo que atañe al sexo de la jefatura del hogar, los jóvenes que residen en hogares con jefatura femenina, en 1998 tenían un 30% menos de probabilidades de asistir a la educación formal y para el 2011 esa probabilidad merma levemente, siendo del 27% menos.

**Factor de cambio en la razón de probabilidades de asistir  
por parte de los jóvenes no jefes ni cónyuges  
Total Aglomerados urbanos, 1998 y 2011\*.**

Variables en la ecuación	Exp(B) 1998	Exp(B)2011
Condición de Actividad		
Desempleado	0,801	0,799
Inactivo	16,001	16,110
Máximo nivel de instrucción del hogar <sup>49</sup>		
Máximo nivel de instrucción del hogar (PC SI)	1,645	1,524
Máximo nivel de instrucción del hogar (SC)	3,982	3,395
Máximo nivel de instrucción del hogar (UI UC)	5,654	4,865
Nivel de ingresos del hogar		
Nivel de ingresos del hogar (quintiles 3 y 4)	1,165	1,090
Nivel de ingresos del hogar (quintil 5)	1,650	1,311
Máxima Calificación laboral del hogar		
Máxima Calificación laboral del hogar (Otra Calif. **)	0,611	0,863
Máxima Calificación laboral del hogar (No Calif.)	0,617	0,779
Sexo (Mujer)	1,535	1,552
Sexo del jefe de hogar (Mujer)	0,697	0,728
Tamaño del hogar	0,898	0,882
Rango de edad (20-24)	0,113	0,072

Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC.

Total Aglomerados Urbanos. Ondas: Octubre 1998- 2º Semestre 2011

\*Las variables y categorías son estadísticamente significativas en los modelos obtenidos ( $p < 0,05$ ).

\*\* Calificación técnica u operativa

Resumiendo, cabe remarcar que los jóvenes que no buscan trabajo tienen muchísimas más probabilidades de asistir a la educación formal en relación a quienes buscan y no encuentran o están empleados. Aunque quienes se encuentran desempleados tienen un 20% menos de chances de asistir, frente a los que están empleados.

Asimismo, continúa la mayor asistencia a la educación formal por parte de las mujeres en relación a los varones (pasando sus mayores posibilidades del 53% al 55%). Y los jóvenes adultos siempre cuentan con muchas menos probabilidades de asistir que los jóvenes adolescentes (aproximadamente un 90% menos de probabilidades en ambos años de referencia).

Por último, en el período de recuperación socio-económica e institucional, ha mermado la brecha de los jóvenes por asistencia educativa en función de las variables de hogar que reflejan el nivel socio-

<sup>49</sup> En estos dos modelos la categoría de comparación en cuanto a máximo nivel de instrucción del hogar es PI para un análisis más claro de su incidencia en la asistencia educativa juvenil.

económico de los hogares en los que residen. Ello es factible ante el aumento de la asistencia educativa de jóvenes residentes en hogares con bajo nivel de instrucción (PI/PC-SI), con ingresos más bajos (quintiles 1 y 2) y que cuentan con empleos no calificados o con otra calificación no profesional, en relación a la década del 90. En cuanto a la jefatura del hogar, los jóvenes que residen en hogares con jefatura femenina, en 1998 tenían un 30% menos de probabilidades de asistir a la educación formal y para el 2011 esa probabilidad también merma pero levemente al 27% menos.

## **Capítulo VII: Una aproximación a la calidad de la inserción laboral y educativa de los jóvenes residentes en hogares urbanos**

En este capítulo se realiza una aproximación, exploratoria y descriptiva, de la evolución de la estructura de oportunidades para los jóvenes y su efecto en la calidad de la inserción laboral y educativa.

Para ello, se analizan las actividades centrales de los jóvenes para alcanzar cierto nivel de inclusión social, el acceso al diploma de nivel medio y superior (en este aspecto, específicamente la evolución de la población de 19 a 24 años que ha alcanzado el secundario completo y la evolución de la población de 25 a 29 años que ha finalizado el nivel superior universitario completo) y las características básicas del empleo juvenil. Estos aspectos se indagan en función de variables claves que, históricamente como a lo largo de este trabajo, marcan diferenciales significativos en las inserciones laborales y educativas de los jóvenes, como son los grupos etarios a los que pertenecen, el sexo, sexo de la jefatura del hogar y otra variable clave que hace a la localización de clase de los hogares como es el nivel de ingreso familiar.

### **Las actividades centrales de los jóvenes de 15 a 24 años**

En el período 2002-2011 aumenta con respecto a los 90 la proporción de jóvenes solamente estudian (casi 5 p. p. de diferencia), disminuyendo aquellos que solo buscan trabajo o que solo trabajan (menos 3 p. p. en ambas situaciones). También se acrecentó, levemente el porcentaje (diferencia de 1 p. p.) de jóvenes que estudian y trabajan en el 2011 en relación a 1998, pasando del 8,4% al 9,3%.

De este modo, continúa la tendencia juvenil de abocarse solamente a estudiar. Los jóvenes que desarrollan esta actividad representan el 46,3%. Asimismo, hay otro grupo importante de jóvenes que solo trabajan (23,5% en 2011).

El aumento de los jóvenes que solamente estudian se da en mayor medida en los adolescentes (pasando del 61,3% en 1998 al 68,6% en 2011), mientras que los jóvenes adultos que solo estudian pasan del 20,8% al 23,7%. Además, la disminución de jóvenes que solo buscan trabajo o trabajan como actividad central se da en mayor medida en los jóvenes adolescentes.

En el momento de la crisis es claro que merma el porcentaje de jóvenes que solo estudian y se acrecienta el porcentaje de los que solo buscan trabajo, principalmente en el caso de los jóvenes adultos, y quienes únicamente trabajan disminuyen del 26,2% al 24,0%, probablemente golpeados por la desocupación

Por su parte, quienes estudian y buscan trabajo si bien se duplican durante la crisis, luego merman los jóvenes que combinan estas actividades, manteniéndose una proporción similar a la de los 90 (año 2011:2,7%).

Más allá de estas tendencias positivas en cuanto a las actividades centrales de los jóvenes, aquellos que no estudian ni trabajan se mantienen estables en términos porcentuales (13%) desde una mirada relativa.

El grupo de los que no estudian ni trabajan es preocupante. Observando en retrospectiva el itinerario que les ha tocado vivir, estos jóvenes nacieron en la década de los 90's, período de cambios muy fuertes especialmente en el mercado de trabajo, en el cual muchos jóvenes actuales vieron a sus padres

perder sus empleos, pasar angustias laborales, tener que acostumbrarse al hecho de que los trabajos duran poco, entre otras cuestiones.

**Cuadro 7.1. Evolución de la condición de actividad de los jóvenes de 15 a 24 años según rango de edad. En porcentajes.**

Condición de actividad	1998			2003			2006			2011		
	15 y 19 años	20 y 24 años	Total	15 y 19 años	20 y 24 años	Total	15 y 19 años	20 y 24 años	Total	15 y 19 años	20 y 24 años	Total
Sólo estudia	61,3%	20,8%	41,8%	61,4%	17,6%	39,1%	62,4%	19,9%	42,0%	68,6%	23,7%	46,3%
Estudia y busca trabajo	2,1%	2,5%	2,3%	4,1%	7,1%	5,6%	2,4%	3,6%	3,0%	1,9%	3,5%	2,7%
Estudia y trabaja	4,5%	12,6%	8,4%	5,9%	11,1%	8,5%	6,6%	13,2%	9,8%	5,2%	13,5%	9,3%
Sólo trabaja	13,5%	39,8%	26,2%	9,0%	38,5%	24,0%	11,6%	38,8%	24,7%	9,0%	38,2%	23,5%
Sólo busca trabajo	7,3%	9,6%	8,4%	8,1%	12,0%	10,1%	5,8%	9,9%	7,8%	3,7%	6,8%	5,2%
No estudia ni trabaja	11,4%	14,6%	13,0%	11,5%	13,7%	12,6%	11,2%	14,6%	12,8%	11,6%	14,3%	13,0%
<b>Total</b>	<b>100,0%</b>											

Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC. Total Aglomerados Urbanos.  
Ondas: Octubre 1998 - 2º Semestre 2003, 2006, 2011.

Profundizando entre punta y punta de los períodos analizados en los jóvenes inactivos, aquellos que no participan en la actividad económica, en el cuadro 7.2 se observa que la mayoría de estos jóvenes estudian tanto en 1998 como en 2011, aumentando en casi 2 p. p. los que se dedican al estudio en 2011 respecto a los 90. Este incremento se da en mayor medida en los jóvenes inactivos de 20 a 24 años con una diferencia de 3.6 p. p., pasando del 58,8% en 1998 al 62,4% en 2011. Mientras que los jóvenes de 15 a 19 años que estudian aumentan en 1.2 p. p., pasando del 84,3% al 85,5%.

Sin embargo, los jóvenes inactivos que no estudian constituyen un grupo considerable, que ha bajado levemente de un 23,7% en 1998 a un 21,9 en 2011. Y al analizarlos por rangos de edad, son más los jóvenes inactivos que no estudian de 20 a 24 años, que los jóvenes inactivos de 15 a 19 años que no estudian. Estos jóvenes pasan de un 41,2% a un 37,6% y de un 15,7% a un 14,5% respectivamente. Es decir, que la baja ha sido más significativa en los jóvenes inactivos adultos, con un diferencia de 3.6 p. p., mientras que los jóvenes adolescentes bajaron en 1.2 p. p.

**Cuadro 7.2. Evolución del estudio de los jóvenes inactivos de 15 a 24 años según rangos de edad. En porcentajes**

Estudio	1998			2011		
	15 y 19 años	20 y 24 años	Total	15 y 19 años	20 y 24 años	Total
Estudian	84,3	58,8	76,3	85,5	62,4	78,1
No estudian	15,7	41,2	23,7	14,5	37,6	21,9
<b>Total</b>	<b>100,0</b>	<b>100,0</b>	<b>100,0</b>	<b>100,0</b>	<b>100,0</b>	<b>100,0</b>

Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC. Total Aglomerados Urbanos.  
Ondas: Octubre 1998 - 2º Semestre 2011

En el marco de las tendencias mencionadas, se encuentran algunas especificaciones en función del sexo. Según puede apreciarse en el siguiente cuadro, el aumento de los jóvenes que solo estudian continúa siendo mayor en el caso de las mujeres (pasando la diferencia p. p. de 6.2 en 1998 a 7.6 en 2011). Si bien hay un incremento considerable de varones que solo estudian (38,7% en 1998 y 42,5% en 2011).

También, aumentan las jóvenes mujeres que estudian y trabajan (7.7% en 1998 a 9.2% en 2011), mientras que la proporción de varones en esta categoría se mantiene en comparación con los 90.

La disminución de los jóvenes que solo buscan trabajo es más acentuada en los varones (diferencia de 4 p. p. entre 1998 y 2011, mientras que en las mujeres es de 2.3).

En lo que respecta al núcleo duro de jóvenes que no estudian ni trabajan, hay menos jóvenes mujeres que se encuentran en esta categoría (-2 p. p.) y más jóvenes varones (2 p. p.) en relación a los 90. Así, en 2011 el 17,7% son mujeres y el 8,1% son varones.

**Cuadro 7.3. Evolución de la condición de actividad de los jóvenes de 15 a 24 años según sexo. En porcentajes.**

Condición de actividad	1998			2003			2006			2011		
	Varón	Mujer	Total									
Sólo estudia	38,7%	44,9%	41,8%	37,6%	40,5%	39,1%	39,7%	44,2%	42,0%	42,5%	50,1%	46,3%
Estudia y busca trabajo	2,1%	2,4%	2,3%	5,8%	5,5%	5,6%	2,7%	3,2%	3,0%	2,8%	2,7%	2,7%
Estudia y trabaja	9,1%	7,7%	8,4%	9,5%	7,6%	8,5%	10,1%	9,4%	9,8%	9,4%	9,2%	9,3%
Sólo trabaja	34,4%	18,0%	26,2%	29,6%	18,7%	24,0%	32,8%	17,0%	24,7%	31,5%	15,5%	23,5%
Sólo busca trabajo	9,8%	7,1%	8,4%	10,2%	10,0%	10,1%	7,5%	8,0%	7,8%	5,7%	4,8%	5,2%
No estudia ni trabaja	6,0%	19,9%	13,0%	7,4%	17,7%	12,6%	7,1%	18,2%	12,8%	8,1%	17,7%	13,0%
<b>Total</b>	<b>100,0%</b>											

Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC. Total Aglomerados Urbanos.  
Ondas: Octubre 1998 - 2º Semestre 2003, 2006, 2011

Al analizar las actividades centrales de los jóvenes según sexo de la jefatura de hogar, se observa que no solo se mantiene la tendencia que haya más jóvenes que solo estudian en hogares con jefatura masculina, sino que esta tendencia se ha acentuado levemente en relación a los 90 (en el caso de los jóvenes residentes en hogares con jefatura masculina hay una diferencia incremental de 5 p. p. entre 1998 y 2011 y para quienes residen en hogares con jefatura femenina la diferencia es de 4 p. p.).

También aumentaron los jóvenes que estudian y trabajan de los hogares con jefatura masculina (diferencia de 1p.p. entre 1998 y 2011) y mermaron un poco en esta categoría los jóvenes residentes en hogares con jefatura femenina (diferencia de casi -1 p. p. entre 1998 y 2011).

En cuanto al porcentaje de jóvenes que solo trabajan, si bien en los 90 era similar según sexo del jefe de hogar, rondando en un 26%, en 2006 y 2011 hay más los jóvenes que solo trabajan en los hogares con jefatura femenina (con una diferencia de 4,4 p. p. más para los jóvenes residentes en hogares con jefatura femenina).

**Cuadro 7.4. Evolución de la condición de actividad de los jóvenes de 15 a 24 años según sexo del jefe de hogar. En porcentajes.**

Condición de actividad	1998			2003			2006			2011		
	Varón	Mujer	Total									
Sólo estudia	42,5%	39,3%	41,8%	38,7%	40,0%	39,1%	42,4%	41,1%	42,0%	47,6%	43,7%	46,3%
Estudia y busca trabajo	2,1%	2,7%	2,3%	5,7%	5,4%	5,6%	2,7%	3,5%	3,0%	2,6%	2,9%	2,7%
Estudia y trabaja	8,0%	9,9%	8,4%	7,9%	10,0%	8,5%	9,4%	10,6%	9,8%	9,3%	9,2%	9,3%
Sólo trabaja	26,1%	26,4%	26,2%	24,4%	23,3%	24,0%	24,1%	25,9%	24,7%	22,0%	26,4%	23,5%
Sólo busca trabajo	8,1%	9,6%	8,4%	9,7%	10,9%	10,1%	7,8%	7,7%	7,8%	5,0%	5,8%	5,2%
No estudia ni trabaja	13,2%	12,2%	13,0%	13,6%	10,4%	12,6%	13,5%	11,2%	12,8%	13,4%	12,0%	13,0%
<b>Total</b>	<b>100,0%</b>											

Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC. Total Aglomerados Urbanos.  
Ondas: Octubre 1998 - 2º Semestre 2003, 2006, 2011.

Por otro lado, en el actual período socio-institucional hay más jóvenes de hogares de los dos primeros quintiles que solo estudian, igualándose las oportunidades de dedicarse a ello según nivel socioeconómico. Para el año 2011 casi no hay diferencias porcentuales de los jóvenes que se abocan únicamente al estudio en función de esta variable de hogar (47,4% de hogares de los primeros dos quintiles, 45,0% de hogares del segundo grupo de quintiles (3 y 4) y 43,8% de hogares del quintil 5), mientras que en 1998 había una diferencia a favor de los jóvenes de hogares del segundo grupo de quintiles (3 y 4) de 6,2 p. p. y de 14,2 p. p a favor de los jóvenes de hogares del quintil 5, desde una mirada relativa con los jóvenes de hogares de los primeros dos quintiles (1 y 2). Así, en 1998 solo se dedicaban a estudiar un 37,6% de jóvenes de los quintiles 1 y 2, un 43,8% de jóvenes de hogares de los quintiles 3 y 4 y un 51,8% de jóvenes de hogares del quintil 5.

Un dato interesante es que si bien medida que aumenta el nivel de ingresos de los hogares aumentan las probabilidades de estos jóvenes de estudiar y trabajar (y este fenómeno se da en los dos períodos bajo análisis), a partir del 2003 se incrementa la proporción de jóvenes de hogares del quintil 5 que estudian y trabajan, pasando de un 19,1% en 1998 a un 27,2% en 2011. Mientras que los jóvenes que estudian y trabajan de hogares de los dos primeros quintiles, pasan de un 4,0% a 5,2% y los jóvenes que estudian y trabajan de hogares de los quintiles 3 y 4 pasan de 10,6% a 12,5%.

A su vez, merman considerablemente los jóvenes de hogares de los quintiles 1 y 2 que solo buscan trabajo a partir del año 2006.

En cuanto al núcleo duro de jóvenes que no estudian ni trabajan, continúan perteneciendo a los hogares de los dos primeros quintiles (1 y 2) principalmente y en menor medida a los hogares de los quintiles 3 y 4 (2011: 16,9% y 8,5% respectivamente), si bien la brecha ha menguado levemente a favor de los jóvenes de familias de los dos primeros quintiles.

**Cuadro 7.5. Evolución de la condición de actividad de los jóvenes de 15 a 24 años según nivel de ingresos del hogar. En porcentajes.**

Condición de actividad	1998			2003			2006			2011		
	Quintiles 1 y 2	Quintiles 3 y 4	Quintil 5	Quintiles 1 y 2	Quintiles 3 y 4	Quintil 5	Quintiles 1 y 2	Quintiles 3 y 4	Quintil 5	Quintiles 1 y 2	Quintiles 3 y 4	Quintil 5
Sólo estudia	37,6%	43,8%	51,8%	37,0%	41,6%	44,8%	40,0%	44,5%	46,6%	47,4%	45,0%	43,8%
Estudia y busca trabajo	2,4%	2,5%	1,2%	5,2%	6,7%	5,0%	2,6%	3,5%	3,8%	2,5%	2,7%	4,5%
Estudia y trabaja	4,0%	10,6%	19,1%	5,5%	11,4%	19,5%	5,9%	13,1%	22,9%	5,2%	12,5%	27,2%
Sólo trabaja	24,5%	29,3%	23,3%	23,1%	26,4%	22,1%	24,2%	26,7%	20,9%	21,5%	27,5%	20,8%
Sólo busca trabajo	12,3%	5,6%	1,8%	13,4%	5,6%	3,2%	10,0%	5,5%	1,6%	6,4%	3,9%	1,5%
No estudia ni trabaja	19,3%	8,1%	2,8%	15,9%	8,3%	5,4%	17,4%	6,7%	4,2%	16,9%	8,5%	2,2%
<b>Total</b>	<b>100,0%</b>	<b>100,0%</b>	<b>100,0%</b>									

Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC. Total Aglomerados Urbanos.  
Ondas: Octubre 1998 - 2º Semestre 2003, 2006, 2011.

A modo de síntesis, en lo que atañe a las actividades centrales de los jóvenes continúa aumentando la permanencia en el sistema educativo de los jóvenes, descendiendo la participación de los jóvenes plenos en el mercado laboral. En el período 2002-2011 aumenta con respecto a los 90 la proporción de jóvenes que solamente estudian (casi 5 p. p. de diferencia), disminuyendo aquellos que solo buscan trabajo o que solo trabajan (menos 3 p. p. en ambas situaciones). El aumento de los jóvenes que solamente estudian se da en mayor medida en los adolescentes (pasando del 61,3% en 1998 al 68,6% en 2011), mientras que los jóvenes adultos que solo estudian pasan del 20,8% al 23,7%. También, la disminución de jóvenes que solo buscan trabajo o trabajan como actividad central, se da en mayor medida en los jóvenes adolescentes.

Asimismo, el incremento de los jóvenes que solo estudian continúa siendo mayor en el caso de las mujeres (pasando la diferencia p. p. de 6.2 en 1998 a 7.6 en 2011). Hoy representan el 50,1% mientras que los varones el 42,5%. Y se mantiene la tendencia que haya más jóvenes que solo estudian en hogares con jefatura masculina.

Además, es altamente positivo poder decir que en el actual período socio-institucional hay más jóvenes de hogares de ingresos más bajos (quintiles 1 y 2) que solo estudian, igualándose las oportunidades de dedicarse a ello según nivel socioeconómico. Para el año 2011 casi no hay diferencias porcentuales de los jóvenes que se abocan únicamente al estudio en función de esta variable de hogar (47,4% de jóvenes de hogares de los quintiles 1 y 2, 45,0% de jóvenes de hogares de los quintiles 3 y 4 y 43,8% de jóvenes de hogares del quintil 5).

Por su parte, los jóvenes que estudian y trabajan aumentaron levemente en el 2011 en relación a 1998 (diferencia de 1 p. p.), pasando de 8,4% a 9,3%, y el incremento se da en las mujeres (7,7% en 1998 y 9,2% en 2011). En el caso de quienes estudian y buscan trabajo si bien se duplican durante la crisis, luego merman los jóvenes que combinan estas actividades, manteniéndose una proporción similar a la de los 90 (año 2011:2,7%).

Es interesante mencionar que si bien a medida que aumenta el nivel de ingresos de los hogares aumentan las probabilidades de estos jóvenes de estudiar y trabajar (y este fenómeno se da en los dos períodos bajo análisis), a partir del 2003 se incrementa la proporción de jóvenes de hogares del quintil 5 que estudian y trabajan, pasando de un 19,1% en 1998 a un 27,2% en 2011. Mientras que los jóvenes que estudian y trabajan de hogares de los dos primeros quintiles, pasan de un 4,0% a 5,2% y los jóvenes que estudian y trabajan de hogares de los quintiles 3 y 4 pasan de 10,6% a 12,5%.

Aquellos que no estudian ni trabajan se mantienen estables en términos porcentuales (13%), perteneciendo a los hogares de los dos primeros quintiles (1 y 2) principalmente y en menor medida a los hogares de los quintiles 3 y 4 (2011: 16,9% y 8,5% respectivamente).

A su vez, hay menos jóvenes mujeres que no estudian ni trabajan en relación a los 90, si bien las mujeres son más (2011: el 17,7% son mujeres y el 8,1% son varones).

Ahondando entre punta y punta de los períodos analizados en los jóvenes inactivos, aquellos que no participan en la actividad económica, la mayoría de estos jóvenes estudian, aumentando en casi 2 p. p. los que se dedican al estudio en 2011 respecto a los 90. Este incremento se da en mayor medida en los jóvenes inactivos de 20 a 24 años con una diferencia de 3.6 p. p., mientras que los jóvenes de 15 a 19 años que estudian aumentan en 1.2 p. p.

Sin embargo, los jóvenes inactivos que no estudian constituyen un grupo importante, que ha bajado levemente de un 23,7% en 1998 a un 21,9 en 2011, siendo más los jóvenes inactivos que no estudian de 20 a 24 años, que los jóvenes inactivos de 15 a 19 años que no lo hacen. Estos jóvenes pasan de un 41,2% a un 37,6% y de un 15,7% a un 14,5% respectivamente. De este modo, la baja ha sido más significativa en los jóvenes inactivos adultos, con una diferencia de 3.6 p. p., mientras que los jóvenes adolescentes bajaron en 1.2 p. p.

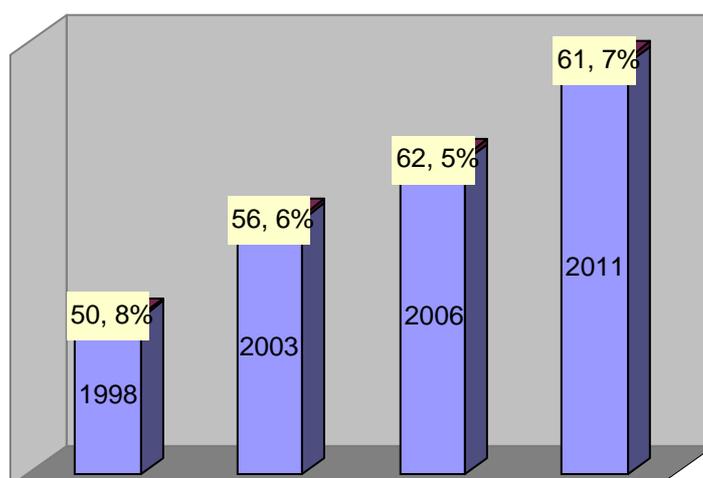
Por último, en cuanto al porcentaje de jóvenes que solo trabajan, si bien en los 90 era similar según sexo del jefe de hogar, rondando en un 26%, en 2006 y 2011 hay más jóvenes que solo trabajan en los hogares con jefatura femenina (con una diferencia de 4,4 p. p. más).

### **Acceso al diploma de nivel medio (jóvenes de 19 a 24 años) y superior (jóvenes de 25 a 29 años)**

Una mayor aproximación a la calidad educativa amerita indagar la evolución de las diferencias en el acceso al diploma por parte de jóvenes provenientes de hogares de distintos sectores. Para ello se analiza como ha evolucionado la población de 19 a 24 años que ha alcanzado el secundario completo, y se evalúa la evolución de la población de 25 a 29 años que ha finalizado el nivel superior universitario completo

El gráfico siguiente permite visualizar el aumento continuo de jóvenes de 19 a 24 años que finalizaron el secundario con el transcurso de los años, pasando del 50,8% en 1998 al 61,7% en 2011, aunque entre 2006 y 2011 la proporción de jóvenes que accedieron al diploma prácticamente se mantuvo constante (mermando en un 1.2 p. p). Asimismo, todavía existe una proporción importante de jóvenes de 19 a 24 años (38,3%) que no cuentan con el secundario.

**Gráfico 7.1. Evolución de los jóvenes de 19 a 24 años que finalizaron el secundario. En porcentajes**



Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC. Total Aglomerados Urbanos.  
Ondas: Octubre 1998 - 2º Semestre 2003, 2006, 2011. Población entre 19 y 24 años

Al indagar el acceso al diploma de esta cohorte etárea por sexo, se observa que hay más mujeres que varones que acceden a la terminalidad del secundario y esa tendencia si bien ha sido constante en los años de comparación, a partir del 2006 se acrecienta esta brecha con una diferencia en puntos porcentuales de 14.8 para las jóvenes mujeres en el año 2011 (cuando en 1998 era de 11,7 p. p. y en los años 2003 y 2006 de aproximadamente 9 p. p.).

**Cuadro 7.6. Evolución de los jóvenes de 19 a 24 años que finalizaron el secundario según sexo. En porcentajes.**

Terminalidad del secundario	1998		2003		2006		2011	
	Varón	Mujer	Varón	Mujer	Varón	Mujer	Varón	Mujer
Secundario Completo	44.9%	56.6%	51.8%	60.9%	57.5%	67.2%	54.3%	69.1%

Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC. Total Aglomerados Urbanos.  
Ondas: Octubre 1998 - 2º Semestre 2003, 2006, 2011.

A su vez, hay una leve tendencia a que terminen más el secundario los jóvenes que pertenecen a hogares donde la jefatura le compete a una mujer, que ha mermado con el correr de los años. Así, en 1998 la diferencia era de 3.9 p. p., y luego prácticamente es de 1 p. p. a favor de los jóvenes de hogares con jefatura femenina, a excepción del año 2003 (diferencia de 1.2 p. p. a favor de jóvenes de hogares con jefatura masculina).

**Cuadro 7.7. Evolución de los jóvenes de 19 a 24 años que finalizaron el secundario según sexo del jefe de hogar. En porcentajes.**

Terminalidad del Secundario	1998		2003		2006		2011	
	Varón	Mujer	Varón	Mujer	Varón	Mujer	Varón	Mujer
Secundario Completo	50,0%	53,9%	56,9%	55,7%	62,4%	63,0%	61,2	61,8

Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC. Total Aglomerados Urbanos. Ondas: Octubre 1998 - 2º Semestre 2003, 2006, 2011.

Al analizar las oportunidades que presentan estos jóvenes según nivel socioeconómico de los hogares, se visualiza que siempre quienes más logran acceder al diploma secundario son los jóvenes de familias del quintil 5, en primer lugar, y del grupo de quintiles 3 y 4, en segundo lugar.

Sin embargo, un dato sumamente positivo en términos de igualdad de oportunidades es que han mermado las desigualdades de los jóvenes según nivel de ingresos de las familias para acceder a dicho diploma. Así en 1998, la diferencia en puntos porcentuales en el acceso era de 55.5 p. p. entre jóvenes de hogares del quintil 5 y jóvenes de hogares de los dos primeros quintiles, a favor de los primeros, y de 31.5 p. p. en relación con los jóvenes de los quintiles 3 y 4, a favor a estos. Mientras que en el año 2011, esa diferencia es de 40.9 p. p. y 22.4 p. p. respectivamente.

**Cuadro 7.8. Evolución de los jóvenes de 19 a 24 años que finalizaron el secundario según nivel de ingresos del hogar. En porcentajes.**

Terminalidad del secundario	1998			2003			2006			2011		
	Quintiles 1 y 2	Quintiles 3 y 4	Quintil 5	Quintiles 1 y 2	Quintiles 3 y 4	Quintil 5	Quintiles 1 y 2	Quintiles 3 y 4	Quintil 5	Quintiles 1 y 2	Quintiles 3 y 4	Quintil 5
Secundario Completo	29.3%	60.8%	84,8%	40.9%	70.8%	91,0%	46.3%	78,0%	90.5%	49.6%	72,0%	90.5%

Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC. Total Aglomerados Urbanos. Ondas: Octubre 1998 - 2º Semestre 2003, 2006, 2011.

**Cuadro 7.9. Diferencia punto porcentual de los jóvenes de 19 a 24 años que finalizaron el secundario según el nivel de ingresos del hogar**

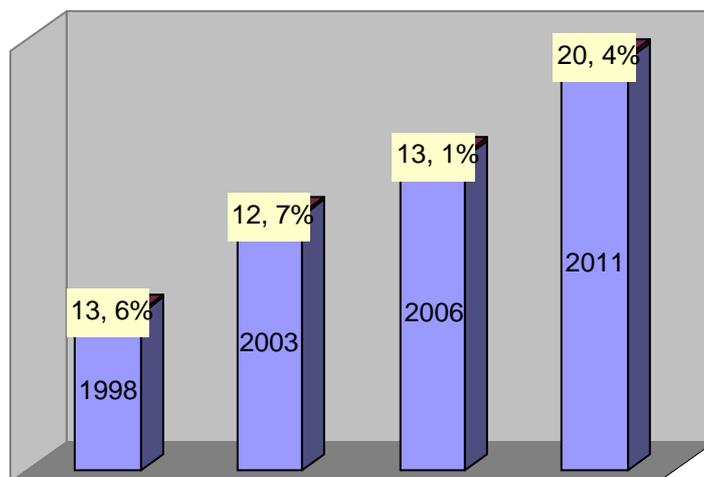
Grupo de Quintiles	1998	2011
	Diferencia punto porcentual	
Entre 1ª y 3ª grupo de quintiles	-55.5 p. p.	-40.9 p. p.
Entre 1ª y 2ª grupo de quintiles	-31.5 p. p.	-22.4 p. p.

Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC. Total Aglomerados Urbanos. Ondas: Octubre 1998 - 2º Semestre 2003, 2006, 2011.

Ahora bien, para una mayor aproximación al acceso al diploma por parte de jóvenes provenientes de hogares de distintos sectores, se analiza, como se menciona anteriormente, la evolución de la población de 25 a 29 años que ha finalizado el nivel superior /universitario completo.

Como se aprecia en el gráfico siguiente, no son tantos los jóvenes que acceden a un diploma superior, rondando en un 13% entre 1998 y 2006. Siendo destacable el incremento de 7.3 punto porcentuales entre los años 2006 y 2011, pasando a un 20,4% quienes finalizan el nivel superior.

**Gráfico 7.2. Evolución de los jóvenes de 25 a 29 años que finalizaron el nivel superior. En porcentajes.**



Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC. Total Aglomerados Urbanos. Ondas: Octubre 1998 - 2º Semestre 2003, 2006, 2011. Población entre 25 y 29 años

Al observar la terminalidad del nivel superior por sexo, hay más jóvenes mujeres que jóvenes varones que acceden a un diploma y con el transcurso de los años esta brecha se acrecienta.

Al respecto, durante la crisis esta desigualdad se acentúa, centralmente, por la baja de varones que finalizan el terciario o la universidad a 7,2% en 2003 (1998:10%), mientras que las mujeres que lo finalizan prácticamente se mantienen, pasando de 16,9% en 1998 a 17,8% en 2003. Posteriormente, con la recuperación socio-económica que vive el país, se incrementan sustancialmente los jóvenes que finalizan el terciario o la universidad pero en mayor medida terminan las mujeres este nivel. Así, el 27,3% de las mujeres de 25 a 29 años terminan el terciario o la universidad, mientras que el 15,3% de los varones de 25 a 29 años lo finalizan, siendo la brecha de 12 p. p. en 2011, cuando en 1998 era de 6.9 p. p.

**Cuadro 7.10. Evolución de los jóvenes de 25 a 29 años que finalizaron el nivel superior según sexo. En porcentajes.**

Terminalidad del superior	1998		2003		2006		2011	
	Varón	Mujer	Varón	Mujer	Varón	Mujer	Varón	Mujer
Superior/Universitario completo	10,0%	16,9%	7,2%	17,8%	8,8%	16,8%	15,3%	27,3%

Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC. Total Aglomerados Urbanos. Ondas: Octubre 1998 - 2º Semestre 2003, 2006, 2011.

En la terminalidad del nivel superior, el sexo del jefe de hogar prácticamente no tiene incidencia. A través del cuadro 7.11 se insinúa una leve tendencia a que terminen un poco más el nivel superior los jóvenes de hogares de jefatura femenina, siendo la diferencia siempre menor a 1 p. p., a excepción del

año 2006 donde la diferencia a favor de los jóvenes de 25 a 29 años de hogares de jefatura femenina es de 1.1. p. p.

**Cuadro 7.11. Evolución de los jóvenes de 25 a 29 años que finalizaron el nivel superior según sexo del jefe de hogar. En porcentajes.**

Terminalidad del Superior	1998		2003		2006		2011	
	Varón	Mujer	Varón	Mujer	Varón	Mujer	Varón	Mujer
Superior/Universitario Completo	13,4%	14,0%	12,6%	13,0%	12,8%	13,9%	20,2	20,6

Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC. Total Aglomerados Urbanos. Ondas: Octubre 1998 - 2º Semestre 2003, 2006, 2011.

Cuando se analiza el comportamiento de esos jóvenes según nivel de ingresos del hogar, si bien históricamente accedieron a un diploma de nivel superior en mayor medida los jóvenes de familias del quintil 5, principalmente, y en menor medida, los jóvenes de hogares de los quintiles 3 y 4, actualmente, aunque esta tendencia se mantiene se ha achicado esta brecha en términos generales. Ello es fruto del incremento de los jóvenes de 25 a 29 años que finalizan el terciario o la universidad residentes en hogares del segundo grupo de quintiles (3 y 4) principalmente (incremento de 6.7 p. p. en 2011 con respecto a 1998), como de los jóvenes de 25 a 29 años de hogares del primer grupo de quintiles (incremento de 4.7 p. p. en 2011 con respecto a 1998). Mientras que los jóvenes de hogares del quintil 5 que finalizan el nivel superior prácticamente se mantiene, aumentando solo 1,7 p. p. en 2011 respecto de 1998.

Ante este proceso, cabe aclarar que específicamente la brecha se achicó entre los jóvenes del primer y tercer grupo de quintiles, pasando la diferencia p. p. de -35.9 a -32.9 de 1998 a 2011, no así entre los jóvenes del primer y segundo grupo de quintiles (que pasa de -11.4 p. p. en 1998 a -13.4 p. p. en 2011), dado el aumento importante de los jóvenes de hogares de los quintiles 3 y 4 que finalizaron el nivel superior.

**Cuadro 7.12. Evolución de los jóvenes de 25 a 29 años que finalizaron el nivel superior según nivel de ingresos del hogar. En porcentajes**

Terminalidad del superior	1998			2003			2006			2011		
	Quintiles 1 y 2	Quintiles 3 y 4	Quintil 5	Quintiles 1 y 2	Quintiles 3 y 4	Quintil 5	Quintiles 1 y 2	Quintiles 3 y 4	Quintil 5	Quintiles 1 y 2	Quintiles 3 y 4	Quintil 5
Superior/Universitario Completo	2,2%	13,6%	38,1%	5,3%	13,9%	32,0%	3,4%	15,9%	33,3%	6,9%	20,3%	39,8%

Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC. Total Aglomerados Urbanos. Ondas: Octubre 1998 - 2º Semestre 2003, 2006, 2011.

**Cuadro 7.13. Diferencia punto porcentual de los jóvenes de 25 a 29 años que finalizaron el nivel superior según el nivel de ingresos del hogar**

Grupo de Quintiles	1998	2011
	Diferencia punto porcentual	
Entre 1ª y 3ª grupo de quintiles	-35.9 p. p.	-32.9 p. p.
Entre 1ª y 2ª grupo de quintiles	-11.4 p. p.	-13.4 p. p.

Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC. Total Aglomerados Urbanos. Ondas: Octubre 1998 - 2º Semestre 2003, 2006, 2011.

Resumiendo, hay un aumento continuo de jóvenes de 19 a 24 años que finalizaron el secundario con el transcurso de los años, pasando del 50,8% en 1998 al 61,7% en 2011 y se acrecienta la brecha entre mujeres y varones a partir del 2006 (69,1% y 54,3% en 2011 respectivamente), con una diferencia en puntos porcentuales de 14.8 para las jóvenes mujeres en el año 2011.

A su vez, hay una leve tendencia a que terminen más el secundario los jóvenes que pertenecen a hogares donde la jefatura le compete a una mujer, que ha mermado con el correr de los años, siendo prácticamente la diferencia de 1 p. p. a favor de los jóvenes de hogares con jefatura femenina

Además, siempre quienes más logran acceder al diploma secundario son los jóvenes de familias del quintil 5, en primer lugar, y del grupo de quintiles 3 y 4, en segundo lugar. Sin embargo, han mermado las desigualdades de los jóvenes según nivel de ingresos de las familias para acceder a dicho diploma. Así en 1998, la diferencia en puntos porcentuales en el acceso era de 55.5 p. p. entre jóvenes de hogares del quintil 5 y jóvenes de hogares de los dos primeros quintiles, a favor de los primeros, y de 31.5 p. p. en relación con los jóvenes de los quintiles 3 y 4, a favor a estos. Mientras que en el año 2011, esa diferencia es de 40.9 p. p. y 22.4 p. p. respectivamente.

Los jóvenes que acceden a un diploma superior rondan en un 13% entre 1998 y 2006. Siendo destacable el incremento de 7.3 punto porcentuales entre los años 2006 y 2011, pasando a un 20,4% quienes finalizan este nivel. Y si bien se incrementan sustancialmente los jóvenes que finalizan el terciario o la universidad en mayor medida la terminan las mujeres. Así, el 27,3% de las mujeres de 25 a 29 años terminan el terciario o la universidad, mientras que el 15,3% de los varones de 25 a 29 años finalizan ese nivel, siendo la brecha de 12 p. p. en 2011, cuando en 1998 era de 6.9 p. p.

En este grupo de jóvenes históricamente accedieron a un diploma de nivel superior en mayor medida los jóvenes de familias del quintil 5, siguiéndoles los jóvenes de hogares de los quintiles 3 y 4, y en términos generales esta brecha menguó actualmente. Ello es fruto del incremento de los jóvenes de 25 a 29 años que finalizan el terciario o la universidad residentes en hogares del segundo grupo de quintiles (3 y 4) principalmente (incremento de 6.7 p. p. en 2011 con respecto a 1998), como de los jóvenes de 25 a 29 años de hogares del primer grupo de quintiles (incremento de 4.7 p. p. en 2011 con respecto a 1998). Mientras que los jóvenes de hogares del quintil 5 que finalizan el nivel superior prácticamente se mantiene, aumentando solo 1,7 p. p. en 2011 respecto de 1998.

En la terminalidad del nivel superior, el sexo del jefe de hogar prácticamente no tiene incidencia, si bien se insinúa una leve tendencia a que terminen un poco más el nivel superior los jóvenes de hogares de jefatura femenina, siendo la diferencia siempre menor a 1 p. p

De este modo, si bien la educación continua mostrando un acceso diferenciado en términos de calidad educativa según estrato social, esta desigualdad ha mermado durante la post-convertibilidad. Aunque este proceso se da en un contexto de deficiente comportamiento de la demanda de empleo pleno en la población joven, que entre otros efectos estimuló el aumento de la retención educativa –en tanto contracara de la inactividad-, en un contexto de devaluación de las credenciales educativas. Al respecto, un conjunto de investigaciones vienen señalado que en nuestro país, durante las últimas décadas se ha confirmado un incremento en los años de educación de la población en general y de la fuerza de trabajo en particular que en combinación con el deterioro económico de los ochenta y las transformaciones de los años noventa profundizó las tendencias hacia la devaluación de las credenciales educativas (Filmus et. al, 2001; Groisman, 2003, entre otros autores).

## **Características del empleo de los jóvenes de 15 a 24 años**

El problema del empleo juvenil es de una gran magnitud no solo en Argentina sino en toda América Latina. Al mismo tiempo, se trata también de un problema de gran heterogeneidad. Debido a las diferentes trayectorias experimentadas y diferentes activos acumulados, no todos los jóvenes se encuentran en la misma situación ocupacional.

Así, en un momento de deficiente comportamiento de la demanda de empleo pleno en los jóvenes y en donde la segmentación del mercado de trabajo es más marcada en el trabajo juvenil, es relevante ver la evolución de las características del empleo de este grupo poblacional, ya que reflejan la calidad de la inserción laboral.

En este marco, un dato positivo es que luego de la crisis de 2001, donde baja la ocupación plena juvenil, reflejada en el cuadro 7.14 en el año 2003 (merma en puntos porcentuales con respecto a 1998 de 3.7), aumenta la proporción de jóvenes ocupados plenos, pasando del 44.7% en 1998 al 57.6% en 2011.

El incremento de los jóvenes ocupados plenos se da en mayor medida en los jóvenes adolescentes, quienes pasan del 42,6% en 1998 al 60,2% en 2011, mientras que los jóvenes de 20 a 24 años pasan del 45,5% al 56,9%.

A su vez, los subocupados demandantes bajaron durante la post-convertibilidad, llegando al 9.8% en 2011, cuando en 1998 representaban un 18.2%, y esta merma significativa se da entre los años 2006 y 2011. Y si bien los jóvenes adolescentes, en ambos períodos de análisis, son los que más afectados por esta situación, en la década del 2000, esta brecha con respecto a los jóvenes de 20 a 24 años ha mermado significativamente, pasando de una diferencia de 7.3 p. p. en 1998 a una diferencia de 1.9 p. p. en el año 2011.

Por su parte, la población joven sobreocupada ha mermado levemente, aunque prácticamente se mantiene (35.3% en 1998 y 31.1% en 2011), habiendo un poco más de jóvenes sobreocupados en el tramo etario de 20 a 24 años (diferencia de 4.9 p. p. para este grupo). Por último, los ocupados que no trabajaron en la semana de referencia constituyen un pequeño grupo juvenil que ronda en menos de un 2% en ambos períodos.

De este modo, muchos de los jóvenes subocupados demandantes han conseguido una ocupación plena en los años de la post-convertibilidad posteriores a la crisis.

**Cuadro 7.14. Evolución de la intensidad de la ocupación de los jóvenes trabajadores de 15 a 24 años según rango de edad. En porcentajes**

Intensidad de la tarea	1998			2003			2006			2011		
	15 y 19 años	20 y 24 años	Total	15 y 19 años	20 y 24 años	Total	15 y 19 años	20 y 24 años	Total	15 y 19 años	20 y 24 años	Total
Subocupado demandante	23,5%	16,2%	18,2%	28,5%	23,6%	24,7%	18,3%	14,4%	15,5%	11,3%	9,4%	9,8%
Ocupado pleno	42,6%	45,5%	44,7%	46,9%	39,3%	41,0%	52,2%	49,3%	50,1%	60,2%	56,9%	57,6%
Sobreocupado	32,1%	36,5%	35,3%	22,9%	34,9%	32,2%	28,0%	34,9%	33,0%	26,5%	31,4%	31,1%
Ocupado que no trabajó en la semana	1,7%	1,8%	1,8%	1,7%	2,2%	2,1%	1,5%	1,4%	1,4%	1,5%	1,4%	1,4%
<b>Total</b>	<b>100,0%</b>											

Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC. Total Aglomerados Urbanos.  
Ondas: Octubre 1998 - 2º Semestre 2003, 2006, 2011.

Al observar por sexo la intensidad ocupacional de los jóvenes trabajadores, hay más mujeres jóvenes que varones en situación de ocupación plena y esta brecha se acentuó con los años, habiendo en diferencia de 8.4 p. p. en el año 2011 cuando en 1998 era de 5.3 p. p. También hay más mujeres jóvenes que varones en situación de subocupación demandante, pero esta brecha mermó en la post-convertibilidad, siendo la diferencia de 5.3 p. p. en el año 2011 cuando en 1998 era de 10.3 p. p. Es decir, que en nuestros días hay más mujeres jóvenes subocupadas que desean trabajar más horas y lo han conseguido desde una mirada relativa con los jóvenes varones, si bien la proporción de jóvenes mujeres subocupadas (13.5%) es mayor que la proporción de jóvenes varones (8,2%) en esa situación ocupacional.

A su vez, los jóvenes varones son quienes más trabajan a una intensidad superior a las 8 horas diarias, es decir, más sobreocupados se encuentran y esta brecha prácticamente es la misma en la convertibilidad y en la post-convertibilidad (diferencia de 15.2 p. p. en 1998 y de 13.8 p. p. en 2011) si bien bajó en 1.4 p. p.

**Cuadro 7.15. Evolución de la intensidad de la ocupación de los jóvenes trabajadores de 15 a 24 años según sexo. En porcentajes**

Intensidad de la tarea	1998		2003		2006		2011	
	Varón	Mujer	Varón	Mujer	Varón	Mujer	Varón	Mujer
Subocupado demandante	14,3%	24,6%	22,8%	27,4%	13,1%	19,1%	8,2%	13,5%
Ocupado pleno	42,7%	48,0%	37,8%	45,6%	46,4%	55,8%	53,8%	62,2%
Sobreocupado	41,0%	25,8%	38,1%	23,9%	39,1%	23,6%	35,7%	21,9%
Ocupado que no trabajó en la semana	2,0%	1,5%	1,4%	3,1%	1,3%	1,5%	1,3%	1,5%
<b>Total</b>	<b>100,0%</b>							

Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC. Total Aglomerados Urbanos.  
Ondas: Octubre 1998 - 2º Semestre 2003, 2006, 2011.

Actualmente, prácticamente no hay diferencias por sexo del jefe de hogar para los jóvenes subocupados demandantes, mientras que en 1998 la subocupación demandante afectaba más a los jóvenes de hogares con jefatura femenina (17,2% jóvenes de hogares con jefatura masculina y 21,5% jóvenes de hogares con jefatura femenina).

Una tendencia inversa ocurre con los jóvenes ocupados plenos, en la década del 2000 hay más jóvenes ocupados plenos en los hogares con jefatura masculina (60,4% jóvenes de hogares con jefatura masculina y 54,7% jóvenes de hogares con jefatura femenina), mientras que en la década del 90 y durante la crisis del 2001 no hay diferencias por sexo del jefe de hogar.

En nuestros días la sobreocupación juvenil es un poco mayor en los hogares con jefatura femenina (diferencia de 4.7 p. p para estos hogares), probablemente son los jóvenes que más necesiten trabajar y en un contexto en el que más fácilmente pueden obtener un empleo (desde una mirada comparativa con los 90), aumenta la demanda juvenil de estos jóvenes y logran colocarse en el mercado laboral. En cambio, en los 90 y durante la crisis, la sobreocupación juvenil se da en mayor medida en los jóvenes de hogares con jefatura masculina. En este caso, en una época en que la desocupación y la merma monetaria de los hogares era moneda corriente en una gran mayoría de los hogares (centralmente de sectores medios y bajos), los jóvenes de hogares con jefatura masculina (caracterizados tradicionalmente por contar con mayor estructuras de oportunidades y mayores y mejores activos) son quienes más podían salir a buscar y conseguir un trabajo y no ser afectados por la desocupación o el efecto desaliento conducente a la inactividad.

**Cuadro 7.16. Evolución de la intensidad de la ocupación de los jóvenes trabajadores de 15 a 24 años según sexo del jefe de hogar. En porcentajes**

Intensidad de la tarea	1998		2003		2006		2011	
	Varón	Mujer	Varón	Mujer	Varón	Mujer	Varón	Mujer
Subocupado demandante	17,2%	21,5%	23,4%	27,7%	14,4%	17,7%	9,6%	10,5%
Ocupado pleno	44,5%	45,2%	40,7%	41,6%	50,4%	49,5%	60,4%	54,7%
Sobreocupado	36,4%	31,8%	33,6%	29,1%	33,7%	31,5%	28,4%	33,1%
Ocupado que no trabajó en la semana	1,9%	1,5%	2,3%	1,6%	1,4%	1,3%	1,5%	1,3%
<b>Total</b>	<b>100,0%</b>							

Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC. Total Aglomerados Urbanos.  
Ondas: Octubre 1998 - 2º Semestre 2003, 2006, 2011.

Si bien es conocido que la subocupación demandante juvenil se da más en los jóvenes de hogares de los quintiles más bajo (1 y 2), principalmente, y de los quintiles medios (3 y 4), en los años posteriores a la crisis esta brecha ha mermado considerablemente ya que, en parte, aumentó la ocupación plena para los jóvenes de estos hogares. En 1998 la subocupación afectaba un 15.2 p. p. más a los jóvenes de hogares del primer grupo de quintiles (1 y 2) con respecto a los jóvenes de hogares del grupo de quintiles 3 y 4 y en 2011 esa diferencia es de 6.4 p. p. A su vez, en 1998 la subocupación afectaba un 6.5 p. p más a los jóvenes de hogares de los quintiles 3 y 4 con respecto a los jóvenes de hogares del quintil más alto, y en 2011 esa diferencia punto porcentual es de 0.6.

La ocupación plena aumenta significativamente para los jóvenes de hogares de los dos primeros quintiles (1 y 2) entre punta y punta de los períodos analizados, 19.7 p. p. entre 1998 y 2011, y también para los jóvenes de hogares de los quintiles medios (3 y 4), 13.1 p. p. entre 1998 y 2011. Mientras que para los jóvenes de hogares del quintil más alto (5) la ocupación plena aumenta en una diferencia de 6.8 p. p.

Tanto en la convertibilidad como en la post-convertibilidad, la sobreocupación juvenil se da más en los jóvenes de hogares del primer grupo de quintiles (1 y 2) como del segundo grupo de quintiles (3 y 4), y actualmente ha mermado más en los jóvenes de hogares del quintil más alto (5) con una diferencia de 7.7 p. p. entre 1998 y 2011, luego en los jóvenes de hogares de los quintiles 3 y 4 con una diferencia de 6.3 p. p. entre 1998 y 2011 y en el caso de los jóvenes de hogares de los quintiles 1 y 2, la diferencia es de 4.1 p. p. entre esos años.

**Cuadro 7.17. Evolución de la intensidad de la ocupación de los jóvenes trabajadores de 15 a 24 años según nivel de ingresos del hogar. En porcentajes**

Intensidad de la tarea	1998			2003			2006			2011		
	Quintiles 1 y 2	Quintiles 3 y 4	Quintil 5	Quintiles 1 y 2	Quintiles 3 y 4	Quintil 5	Quintiles 1 y 2	Quintiles 3 y 4	Quintil 5	Quintiles 1 y 2	Quintiles 3 y 4	Quintil 5
Subocupado demandante	28,2%	13,0%	6,6%	31,5%	17,4%	16,6%	20,2%	10,9%	9,1%	13,2%	6,7%	6,1%
Ocupado pleno	34,6%	47,6%	62,6%	37,3%	41,5%	56,8%	46,1%	49,6%	68,6%	54,3%	60,7%	69,4%
Sobreocupado	35,2%	37,1%	30,7%	28,9%	39,3%	24,7%	32,4%	37,9%	21,5%	31,1%	30,8%	23,2%
Ocupado que no trabajó en la semana	2,0%	2,2%	0,1%	2,3%	1,8%	1,9%	1,4%	1,6%	0,8%	1,4%	1,6%	0,6%
<b>Total</b>	<b>100,0%</b>	<b>100,0%</b>	<b>100,0%</b>									

Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC. Total Aglomerados Urbanos.  
Ondas: Octubre 1998 - 2º Semestre 2003, 2006, 2011.

De esta manera, en cuanto a la intensidad ocupacional cabe resaltar los siguientes cambios. Ha aumentado considerablemente la proporción de jóvenes ocupados plenos, pasando del 44.7% en 1998 al 57.6% en 2011. El incremento de los jóvenes ocupados plenos se da en mayor medida en los jóvenes adolescentes, quienes pasan del 42,6% en 1998 al 60,2% en 2011, mientras que los jóvenes de 20 a 24 años pasan del 45,5% al 56,9%. También se da en mayor medida en las mujeres, aunque la proporción de jóvenes mujeres subocupadas continúa (13.5%) siendo mayor a la proporción de jóvenes varones (8,2%)

La ocupación plena aumenta significativamente para los jóvenes de hogares de los dos primeros quintiles (1 y 2) entre punta y punta de los períodos analizados, habiendo una diferencia de 19.7 p. p. entre 1998 y 2011, y también para los jóvenes de hogares de los quintiles medios (3 y 4), 13.1 p. p. entre 1998 y 2011. Mientras que para los jóvenes de hogares del quintil más alto (5) la ocupación plena aumenta en una diferencia de 6.8 p. p.

Al respecto, cabe resaltar que el incremento de la ocupación plena tiene como contracara la baja de la subocupación demandante centralmente y en menor medida la merma de la sobreocupación. Los jóvenes subocupados demandantes de los hogares de los dos primeros quintiles, pasan de un 28,2% a

un 13,2%, los jóvenes de hogares de los quintiles 3 y 4 pasan de un 13,0% a un 6,7% y los jóvenes de hogares del quintil 5 pasan de un 6,6% a un 6,1%.

Por otro lado, hay más jóvenes ocupados plenos en los hogares con jefatura masculina (año 2011: 60,4% jóvenes de hogares con jefatura masculina y 54,7% jóvenes de hogares con jefatura femenina), mientras que en la década del 90 y durante la crisis del 2001 no hay diferencias por sexo del jefe de hogar para los jóvenes ocupados plenos. Y la sobreocupación de los jóvenes era mayor en los hogares con jefatura masculina en los 90 y durante la crisis, momento en que muchos de los jefes de hogar varones estaban desocupados y salían los trabajadores secundarios (cónyuges e hijos) a trabajar, y actualmente hay más jóvenes sobreocupados en hogares con jefatura femenina (varones: 28,4% y mujeres 33,1%), aunque en términos generales la sobreocupación bajó.

Así, los jóvenes de hogares de jefatura masculina tienen más posibilidades de inserción ocupacional bajo distintas modalidades según haya menores o mayores oportunidades en el mercado laboral. En un momento en el que hay menos oportunidades laborales quienes más consiguen insertarse son los jóvenes de hogares de jefatura masculina encontrándose más sobreocupados relativamente. En cambio, cuando las oportunidades se amplían en términos cuantitativos y cualitativos son quienes más consiguen una ocupación plena, mermando la sobreocupación de los mismos. Un punto a favor para los jóvenes de hogares de jefatura femenina es la mayor baja relativa de la subocupación demandante, ya que en 1998 había 17,2% varones subocupados y 21,5% mujeres subocupadas, mientras que en 2011 hay 9,6% varones y 10,5% en esta condición.

Por su parte, la precariedad juvenil es un fenómeno generalizable a toda la juventud, y para algunos jóvenes esa precariedad resulta un tránsito hacia la estabilización y para otros puede transformarse en una condición permanente de relación con el mercado de trabajo (Jacinto, 2009). Este proceso, según las teorías existentes, podría asociarse a características personales, como el nivel educativo o el tipo de ocupación desempeñada, o también, como señalan Fernández, Maurizio y Monsalvo (2007), podría asociarse a un fenómeno de segregación ocupacional, de discriminación y desafiliación socio-institucional.

En nuestros días, la precariedad juvenil continúa siendo una problemática pendiente de resolución, si bien ha mermado en los últimos años y la proporción de jóvenes trabajadores precarios es algo menor en comparación con 1998 (que representaban el 63,3%) y bastante menor que en 2003 (77,2%), el 57,8% de los jóvenes ocupados se insertan en trabajos precarios en el año 2011.

Los más afectados por la precariedad los jóvenes de 15 a 19 años, y en ese tramo etario la proporción de jóvenes trabajadores precarios es aún levemente mayor que en los 90 (1998:80,9% y 2011:83,6). La acotada merma en la precariedad juvenil se da en los jóvenes de 20 a 24 años, que pasaron del 57,1% en 1998 al 53,8% en 2011.

**Cuadro 7.18. Evolución de la población joven ocupada de 15 a 24 años según rango de edad en función de la precariedad laboral. En porcentajes.**

Precariedad laboral	1998			2003			2006			2011		
	15 y 19 años	20 y 24 años	Total	15 y 19 años	20 y 24 años	Total	15 y 19 años	20 y 24 años	Total	15 y 19 años	20 y 24 años	Total
No precario	19,1%	42,9%	36,7%	3,8%	27,7%	22,8%	13,5%	39,0%	32,5%	16,4%	46,2%	40,2%
Precario	80,9%	57,1%	63,3%	96,2%	72,3%	77,2%	86,5%	61,0%	67,5%	83,6%	53,8%	59,8%
<b>Total</b>	<b>100,0%</b>											

Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC. Total Aglomerados Urbanos.  
Ondas: Octubre 1998 - 2º Semestre 2003, 2006, 2011.

A su vez, la precariedad juvenil ha tenido una merma más acentuada en las jóvenes trabajadoras (diferencia 6.3 p. p. entre 1998 y 2011) en relación a los jóvenes trabajadores (diferencia de 2 p. p. entre 1998 y 2011), habiendo hoy más varones (61,1%) con trabajos precarios que mujeres (57,2%)

**Cuadro 7.19. Evolución de la población joven ocupada de 15 a 24 años según sexo en función de la precariedad laboral. En porcentajes.**

Precariedad laboral	1998		2003		2006		2011	
	Varón	Mujer	Varón	Mujer	Varón	Mujer	Varón	Mujer
No precario	36,9%	36,5%	21,8%	24,5%	32,5%	32,6%	38,9%	42,8%
Precario	63,1%	63,5%	78,2%	75,5%	67,5%	67,4%	61,1%	57,2%
<b>Total</b>	<b>100,0%</b>							

Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC. Total Aglomerados Urbanos.  
Ondas: Octubre 1998 - 2º Semestre 2003, 2006, 2011.

Ahora bien, son los jóvenes que viven en hogares con jefatura femenina quienes más se ven afectados por la precariedad laboral y esta brecha se acentuó un poco ya que la diferencia entre los jóvenes de hogares de jefatura femenina y masculina era de 4.6 p. p. en 1998 y actualmente, en el año 2011, es de 6.2 p. p.

**Cuadro 7.20. Evolución de la población joven ocupada de 15 a 24 años según sexo del jefe de hogar en función de la precariedad laboral. En porcentajes.**

Precariedad laboral	1998		2003		2006		2011	
	Varón	Mujer	Varón	Mujer	Varón	Mujer	Varón	Mujer
No precario	37,8%	33,2%	24,7%	18,1%	36,3%	24,5%	42,5%	36,3%
Precario	62,2%	66,8%	75,3%	81,9%	63,7%	75,5%	57,5%	63,7%
<b>Total</b>	<b>100,0%</b>							

Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC. Total Aglomerados Urbanos.  
Ondas: Octubre 1998 - 2º Semestre 2003, 2006, 2011.

Y al observar por el nivel de ingresos de los hogares a los que pertenecen, es claro que los más afectados son los jóvenes de hogares del primer grupo de quintiles (1 y 2), principalmente, y de los quintiles 3 y 4, y esta desigualdad se ha incrementado en comparación con los 90. La baja de la precariedad entre punta y punta de los períodos analizados es mayor en los jóvenes de hogares del quintil 5, con una diferencia de 9.2 p. p. entre 1998 y 2011, le siguen los jóvenes de hogares de los quintiles 3 y 4 con una diferencia de 6.5 p. p., y en donde menos bajó la precariedad es en los jóvenes de hogares de ingresos más bajos (quintiles 1 y 2), con una diferencia de tan solo 3.1 p. p. entre 1998 y 2011.

**Cuadro 7.21. Evolución de la población joven ocupada de 15 a 24 años según nivel de ingresos del hogar en función de la precariedad laboral. En porcentajes.**

Precariedad laboral	1998			2003			2006			2011		
	Quintiles 1 y 2	Quintiles 3 y 4	Quintil 5	Quintiles 1 y 2	Quintiles 3 y 4	Quintil 5	Quintiles 1 y 2	Quintiles 3 y 4	Quintil 5	Quintiles 1 y 2	Quintiles 3 y 4	Quintil 5
No precario	21,8%	43,3%	54,1%	9,9%	31,8%	46,2%	16,1%	44,2%	56,5%	24,9%	49,8%	63,3%
Precario	78,2%	56,7%	45,9%	90,1%	68,2%	53,8%	83,9%	55,8%	43,5%	75,1%	50,2%	36,7%
<b>Total</b>	<b>100,0%</b>	<b>100,0%</b>	<b>100,0%</b>									

Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC. Total Aglomerados Urbanos.  
Ondas: Octubre 1998 - 2° Semestre 2003, 2006, 2011.

De esta forma, la precariedad juvenil continúa siendo una tema de agenda de políticas públicas, si bien ha mermado un poco en los últimos años y la proporción de jóvenes trabajadores precarios es algo menor en comparación con 1998 (representaban el 63,3%), el 57,8% de los jóvenes ocupados se insertan en trabajos precarios en el año 2011.

Los más afectados por la precariedad son los jóvenes de 15 a 19 años, quienes en ese tramo etario el porcentaje de jóvenes trabajadores precarios es aún levemente mayor que en los 90 (1998:80,9% y 2011:83,6). La acotada merma en la precariedad juvenil se da en los jóvenes de 20 a 24 años, que pasaron del 57,1% en 1998 al 53,8% en 2011

A su vez, la precariedad juvenil ha tenido una merma más acentuada en las jóvenes trabajadoras, habiendo hoy más varones (61,1%) con trabajos precarios que mujeres (57,2%). Y no solo continúan siendo los jóvenes que viven en hogares con jefatura femenina quienes más se ven afectados por la precariedad laboral, sino que esta brecha se acentuó un poco dado que la diferencia entre los jóvenes de hogares de jefatura femenina y masculina era de 4.6 p. p. en 1998 y actualmente, en el año 2011, es de 6.2 p. p. También, los más afectados son los jóvenes de hogares del primer grupo de quintiles (1 y 2), principalmente, y de hogares del segundo grupo de quintiles (3 y 4), y esta desigualdad se ha incrementado en comparación con los 90.

En lo que atañe a la informalidad laboral, entre 2004 y 2010, hubo una reducción marcada en la incidencia del empleo informal en línea con la evolución favorable de la economía, aunque un 45% de los trabajadores todavía son informales en 2010 (Beccaria. y Groisman, 2009).

Esta tendencia también se da para los jóvenes ocupados, ya que en nuestros días hay un 45,7% de trabajadores jóvenes informales. Y si bien hubo una reducción de la informalidad laboral juvenil en

los últimos años, esta merma es importante en relación al período de crisis (2003: 55.9% trabajadores jóvenes informales), ya que con respecto a 1990, la informalidad laboral juvenil es levemente mayor con una diferencia de 5 p. p. Mientras que la cantidad de jóvenes insertos en servicio doméstico entre punta y punta de los períodos analizados prácticamente se mantiene, representando el 8,1% en el año 2011 (1998:7,4%).

Ahora bien, la informalidad laboral continúa afectando más a los jóvenes de 15 a 19 años y prácticamente con igual proporción, es decir, que esta brecha no se achicó, habiendo más jóvenes informales de 15 a 19 años con una diferencia 16.3 p. p. con respecto a los jóvenes de 20 a 24 años y actualmente esa diferencia es de 15.7 p. p.

**Cuadro 7.22. Evolución de la población joven ocupada de 15 a 24 años según rango de edad en función de la informalidad laboral. En porcentajes.**

Informalidad laboral	1998			2003			2006			2011		
	15 y 19 años	20 y 24 años	Total	15 y 19 años	20 y 24 años	Total	15 y 19 años	20 y 24 años	Total	15 y 19 años	20 y 24 años	Total
Formal	38,4%	58,2%	51,9%	10,0%	24,4%	21,6%	29,7%	52,2%	45,8%	31,9%	50,6%	46,2%
Informal	51,6%	35,3%	40,7%	71,3%	50,4%	55,9%	60,2%	38,5%	44,7%	57,7%	42,0%	45,7%
Servicio doméstico	10,1%	6,4%	7,4%	18,6%	25,2%	22,4%	10,1%	9,3%	9,6%	10,4%	7,4%	8,1%
<b>Total</b>	<b>100,0%</b>											

Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC. Total Aglomerados Urbanos.  
Ondas: Octubre 1998 - 2º Semestre 2003, 2006, 2011.

Prácticamente se mantiene la proporción de jóvenes varones que trabajan en el sector formal de la economía a lo largo de los años analizados (1998:53,3% y 2011:50,1%), a excepción del período de crisis que merma considerablemente el trabajo en este sector. En el caso de las mujeres jóvenes ha bajado el porcentaje inserto en este sector en relación a los 90 (1998:52,2% y 2011:40,0%), aumentando la proporción de las mismas en el sector informal centralmente (1998:30,5% y 2011:39,8%) y en el servicio doméstico (1998: 17,4% y 2011: 20,2%).

Asimismo, en cuanto a la inserción laboral en el servicio doméstico, en los momentos estudiados, se mantiene la tendencia histórica de concentración femenina en este rubro, siendo ínfimo el porcentaje de jóvenes varones.

**Cuadro 7.23. Evolución de la población joven ocupada de 15 a 24 años según sexo en función de la informalidad laboral. En porcentajes.**

Informalidad laboral	1998		2003		2006		2011	
	Varón	Mujer	Varón	Mujer	Varón	Mujer	Varón	Mujer
Formal	53,3%	52,2%	26,3%	14,7%	50,3%	39,2%	50,1%	40,0%
Informal	45,2%	30,5%	72,4%	38,9%	49,6%	37,3%	49,3%	39,8%
Servicio doméstico	1,5%	17,4%	1,3%	46,3%	0,1%	23,5%	0,6%	20,2%
<b>Total</b>	<b>100,0%</b>							

Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC. Total Aglomerados Urbanos.  
Ondas: Octubre 1998 - 2º Semestre 2003, 2006, 2011.

En comparación con 1998, la informalidad laboral aumentó más en los jóvenes de hogares con jefatura femenina, habiendo en estos hogares en el año 2011 un 47,1% de jóvenes insertos en trabajos informales y en los hogares de jefatura masculina un 44,9% en esa condición

También en el cuadro 7.24 se refleja que el porcentaje de jóvenes ocupados en el sector formal pertenecientes a hogares con jefatura masculina es un poco mayor al porcentaje de jóvenes pertenecientes a hogares con jefatura femenina, con una diferencia de 4.5 p. p. a favor de los primeros en el año 2011. Durante la crisis esta diferencia era más acentuada con una diferencia de 10.1 p. p., no presentándose diferencias en el año 1998.

A su vez, el porcentaje de jóvenes ocupados en el servicio doméstico pertenecientes a hogares con jefatura femenina es un poco mayor al porcentaje de jóvenes ocupados en este sector, pertenecientes a hogares con jefatura masculina, con una diferencia de 3 p. p., tanto en 1998 como en el año 2011.

**Cuadro 7.24. Evolución de la población joven ocupada de 15 a 24 años según sexo del jefe de hogar en función de la informalidad laboral. En porcentajes.**

Informalidad laboral	1998		2003		2006		2011	
	Varón	Mujer	Varón	Mujer	Varón	Mujer	Varón	Mujer
Formal	53,6%	53,9%	23,9%	13,8%	47,0%	43,2%	47,8%	43,3%
Informal	39,8%	36,0%	57,8%	52,2%	44,7%	44,6%	44,9%	47,1%
Servicio doméstico	6,6%	10,1%	18,3%	34,1%	8,3%	12,2%	7,3%	9,7%
<b>Total</b>	<b>100,0%</b>							

Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC. Total Aglomerados Urbanos.  
Ondas: Octubre 1998 - 2º Semestre 2003, 2006, 2011.

Quienes más se insertan en trabajos formales son los jóvenes de hogares del quintil 5, le siguen aquellos jóvenes de hogares de los quintiles medios (3 y 4) y los más desfavorecidos para obtener un

empleo formal son los jóvenes de hogares del primer grupo de quintiles (1 y 2). Esta brecha continúa acentuándose con el correr de los años dado que los jóvenes de mejores recursos con inserción en el sector formal pasaron del 67,0% en 1998 al 71,2% en 2011, mientras que menguaron los jóvenes de hogares de los quintiles 3 y 4 con empleos en el sector formal, pasando del 57,8% en 1998 a 53% en 2011, y los jóvenes de hogares del primer grupo de quintiles (1 y 2), pasando del 38,6% en 1998 al 35,7% en 2011. En el caso de estos jóvenes ocupados de hogares del primer grupo de quintiles (1 y 2) como del segundo grupo de quintiles (3 y 4), ha aumentado el trabajo en el sector informal, pasando del 35,9% en 1998 al 42,7% en 2011, y del 43,8% en 1998 al 52,0% en 2011 respectivamente.

Asimismo, en estos dos grupos de jóvenes ha bajado considerablemente la inserción laboral en el servicio doméstico, pasando del 17,6% al 12,3% el porcentaje de jóvenes de más bajos recursos ocupados en ese sector, y en el caso de los jóvenes de hogares del segundo grupo de quintiles (3 y 4) pasan del 6,3% en 1998 al 4,3 % en 2011.

**Cuadro 7.25. Evolución de la población joven ocupada de 15 a 24 años según nivel de ingresos del hogar en función de la informalidad laboral. En porcentajes.**

Informalidad laboral	1998			2003			2006			2011		
	Quintiles 1 y 2	Quintiles 3 y 4	Quintil 5	Quintiles 1 y 2	Quintiles 3 y 4	Quintil 5	Quintiles 1 y 2	Quintiles 3 y 4	Quintil 5	Quintiles 1 y 2	Quintiles 3 y 4	Quintil 5
Formal	38,6%	57,8%	67,0%	14,4%	27,1%	41,8%	34,1%	54,4%	70,6%	35,7%	53,0%	71,2%
Informal	43,8%	35,9%	30,2%	62,3%	47,2%	42,5%	53,2%	38,2%	27,0%	52,0%	42,7%	27,5%
Servicio doméstico	17,6%	6,3,0%	2,7%	23,3%	25,7%	15,6%	12,7%	7,4%	2,4%	12,3%	4,3%	1,3%
<b>Total</b>	<b>100,0%</b>	<b>100,0%</b>	<b>100,0%</b>									

Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC. Total Aglomerados Urbanos.  
Ondas: Octubre 1998 - 2° Semestre 2003, 2006, 2011.

Resumiendo las variaciones relevantes en la evolución de la informalidad laboral juvenil, se remarcan las siguientes cuestiones en la temática.

En los últimos años hubo una reducción de la informalidad laboral juvenil (45,7%) en relación al período de crisis (2003: 55,9% trabajadores jóvenes informales), ya que con respecto a 1990, la informalidad laboral juvenil es levemente mayor con una diferencia de 5 p. p. Y continúa afectando más a los jóvenes de 15 a 19 años (2011: 57,7% jóvenes adolescentes y 42,0% jóvenes de 20 a 24 años). Mientras que la cantidad de jóvenes insertos en servicio doméstico entre punta y punta de los períodos analizados prácticamente se mantiene, representando el 8,1% en el año 2011 (1998:7,4%).

Por su parte, el porcentaje de jóvenes varones que trabajan en el sector formal de la economía a lo largo de los años analizados es casi el mismo (1998:53,3% y 2011:50,1%), a excepción del período de crisis que merma considerablemente el trabajo en este sector. En el caso de las mujeres jóvenes ha bajado el porcentaje inserto en este sector en relación a los 90 (1998:52,2% y 2011:40,0%), aumentando la proporción de las mismas en el sector informal centralmente (1998:30,5% y 2011:39,8%) y en el servicio doméstico (1998: 17,4% y 2011: 20,2%).

En comparación con 1998, la informalidad laboral aumentó más en los jóvenes de hogares con jefatura femenina, habiendo en estos hogares en el año 2011 un 47,1% de jóvenes insertos en trabajos

informales y en los hogares de jefatura masculina un 44,9% en esa condición. Mientras que el porcentaje de jóvenes ocupados en el servicio doméstico de hogares con jefatura femenina es un poco mayor al porcentaje de jóvenes ocupados en este sector, pertenecientes a hogares con jefatura masculina, con una diferencia de 3 p. p. tanto en 1998 como en el año 2011.

Por último, se ha acentuado la brecha al respecto por nivel de ingreso de los hogares a los que pertenecen dado que los jóvenes de mejores recursos (de hogares del quintil 5) con inserción en el sector formal pasaron del 67,0% en 1998 al 71,2% en 2011, mientras que menguaron los jóvenes de hogares de los quintiles medios (3 y 4) con empleos en el sector formal, pasando del 57,8% en 1998 a 53% en 2011, y los jóvenes de hogares de los quintiles más bajos (1 y 2), pasando del 38,6% en 1998 al 35,7% en 2011.

En lo que atañe a la calificación ocupacional de los jóvenes que trabajan hubo una leve tendencia positiva en relación a los 90 ya que mermaron los jóvenes no calificados (1998:43,6% y 2011:40,7%) y aumentaron los jóvenes con calificaciones técnicas u operativas, pasando de un 50,4% en 1998 a un 56,5% en 2011. Si bien bajó un poco el porcentaje de jóvenes que se insertan en trabajos con calificación profesional, pasando de un 6,0% en 1998 a un 2,8% en 2011.

A su vez, son los jóvenes de 20 a 24 años quienes se insertan en mayor medida en trabajos calificados, ya sea de calificación profesional, técnica u operativa y esta brecha con los jóvenes adolescentes menguó levemente en 3.5 p. p. (1998: diferencia de 22.3 p. p. y 2011 diferencia de 18.8 p. p.). Así, los jóvenes adolescentes que trabajan en empleos con calificación técnica u operativa pasan de un 34,1% en 1998 a un 41,8% en 2011, mientras que los jóvenes de 20 a 24 años insertos en este tipo de ocupaciones pasan de un 56,4% a un 60,6%.

**Cuadro 7.26. Evolución de la población joven ocupada de 15 a 24 años según rango de edad en función de la calificación laboral. En porcentajes.**

Calificación de la ocupación	1998			2003			2006			2011		
	15 y 19 años	20 y 24 años	Total	15 y 19 años	20 y 24 años	Total	15 y 19 años	20 y 24 años	Total	15 y 19 años	20 y 24 años	Total
Profesional	3,1%	7,0%	6,0%	0,2%	2,2%	2,0%	0,2%	2,7%	2,4%	0,5%	3,4%	2,8%
Otra calificación*	34,1%	56,4%	50,4%	51,0%	54,2%	53,9%	44,5%	58,3%	56,6%	41,8%	60,6%	56,5%
No calificado	62,8%	36,6%	43,6%	48,8%	43,6%	44,1%	55,3%	39,1%	41,1%	57,7%	36,0%	40,7%
<b>Total</b>	<b>100,0%</b>											

Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC. Total Aglomerados Urbanos.  
Ondas: Octubre 1998 - 2º Semestre 2003, 2006, 2011. \*Calificación técnica u operativa.

En cuanto a los diferenciales tradicionales de inserción laboral de varones y mujeres hay una leve tendencia positiva en lo que respecta a la calificación ocupacional de los jóvenes que trabajan. En relación a los 90, se achicó la brecha de las mujeres jóvenes ocupadas en trabajos con calificación técnica-operativa desde una mirada relativa con los varones jóvenes ocupados (Otra calificación: diferencia de 12.6 p. p. en 1998 y de 7.3 p. p. en 2011). Así, las mujeres insertas en trabajos calificados técnicos u operativos pasan de un 42,5% a un 52% entre punta y punta de los períodos analizados y los varones pasan de un 55,1% a un 59,3%. Sin embargo, ello se explica en parte por la

leve merma de la brecha por sexo de trabajos no calificados (diferencia de 8.6 p. p. en 1998 y de 7.4 en 2011) como por una baja considerable de las mujeres jóvenes ocupadas en trabajos con calificación profesional, neutralizándose así en cierta medida el cambio positivo. Al respecto, la bajo de puestos de trabajos juveniles con calificación profesional afecta centralmente a las mujeres, pasan de un 8,5% en 1998 a un 2,7% en 2011, mientras que los varones pasan de un 4,5% en 1998 a un 2,8% en 2011.

**Cuadro 7.27. Evolución de la población joven ocupada de 15 a 24 años según sexo en función de la calificación laboral. En porcentajes.**

Calificación de la ocupación	1998		2003		2006		2011	
	Varón	Mujer	Varón	Mujer	Varón	Mujer	Varón	Mujer
Profesional	4,5%	8,5%	2,1%	1,8%	2,2%	2,6%	2,8%	2,7%
Otra calificación*	55,1%	42,5%	54,0%	53,7%	60,5%	50,7%	59,3%	52,0%
No calificado	40,4%	49,0%	43,9%	44,4%	37,3%	46,6%	37,9%	45,3%
<b>Total</b>	<b>100,0%</b>							

Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC. Total Aglomerados Urbanos.  
Ondas: Octubre 1998, 2º Semestre 2003, 2006, 2011. \*Calificación técnica u operativa

A su vez, son los jóvenes de hogares con jefatura masculina quienes más se insertan en trabajos con calificación técnica u operativa, mientras que los jóvenes de hogares con jefatura femenina se insertan más en trabajos no calificados.

Esta brecha ha mermado ya que en 1998 la diferencia a favor de los jóvenes de hogares con jefatura masculina en cuanto a los puestos calificados era de 6.5 p. p. y en 2011 pasa a 1.9 p. p., mientras que en el caso de los puestos no calificados la brecha se achica en 4 p. p. (diferencia de 6.1 p. p. en 1998 y de 2.1 p. p. en 2011). Es decir, que la merma de trabajos juveniles no calificados se da centralmente en jóvenes de hogares con jefatura femenina que pasan de un 48,1% en 1998 a un 42,1% en 2011 (jóvenes de hogares con jefatura masculina pasan de un 42,0% en 1998 a un 40,0% en 2011).

**Cuadro 7.28. Evolución de la población joven ocupada de 15 a 24 años según sexo del jefe de hogar en función de la calificación laboral. En porcentajes.**

Calificación de la ocupación	1998		2003		2006		2011	
	Varón	Mujer	Varón	Mujer	Varón	Mujer	Varón	Mujer
Profesional	6,0%	6,5%	1,9%	2,2%	2,7%	1,6%	2,8%	2,6%
Otra calificación*	51,9%	45,4%	55,3%	50,1%	59,2%	50,8%	57,2%	55,3%
No calificado	42,0%	48,1%	42,7%	47,7%	38,1%	47,6%	40,0%	42,1%
<b>Total</b>	<b>100,0%</b>							

Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC. Total Aglomerados Urbanos.  
Ondas: Octubre 1998, 2º Semestre 2003, 2006, 2011. \*Calificación técnica u operativa

De acuerdo al nivel de ingresos de los hogares a los que pertenecen los jóvenes que trabajan varían las calificaciones ocupacionales de ellos. Así son los jóvenes de familias del segundo grupo de quintiles (3 y 4) como del quintil más alto (5) los que más oportunidades tienen de insertarse en trabajos calificados. Por su parte, los jóvenes de hogares de los dos primeros quintiles (1 y 2) tienen menos oportunidades laborales y se concentran en mayor medida en trabajos no calificados.

Este diferencial en las calificaciones ocupacionales juveniles por nivel de ingresos de los hogares ha mermado en relación a los 90. Ya en el 2003 los jóvenes de más bajos recursos (de hogares de los quintiles 1 y 2) con calificaciones técnicas u operativas aumentan en 7 p. p. sin crecer luego en términos porcentuales (pasando de 40,6% en 1998 al 47,3% en 2011). Los jóvenes de hogares de los quintiles 3 y 4 con este tipo de calificación se acrecientan en todos los años analizados llegando a una diferencia de 10.1 p. p. (1998:54,1% y 2011:64,2%) y los jóvenes de hogares del quintil 5 también crecen aunque en menor medida con una diferencia de 2.8 p. p., pasando de un 65,8% en 1998 a un 68,6% en 2011.

Este incremento en parte se explica, por la baja de los trabajos no calificados juveniles centralmente como por la merma de trabajos con calificación profesional en menor medida. En el primer caso, la merma entre punta y punta de los períodos analizados es de 5.4 p. p. para los jóvenes de más bajos recursos, de 6.5 p. p. para los jóvenes de hogares de los quintiles medios (3 y 4) y de 1.6 p. p. para los jóvenes de ingresos más altos (de hogares del quintil 5). Por último, en cuanto a la baja de trabajos con calificación profesional, hay una diferencia de 1.3 p. p., 3.7 p. p. y 4.2 p. p. respectivamente

**Cuadro 7.29. Evolución de la población joven ocupada de 15 a 24 años según nivel de ingresos del hogar en función de la calificación laboral. En porcentajes.**

Calificación de la ocupación	1998			2003			2006			2011		
	Quintiles 1 y 2	Quintiles 3 y 4	Quintil 5	Quintiles 1 y 2	Quintiles 3 y 4	Quintil 5	Quintiles 1 y 2	Quintiles 3 y 4	Quintil 5	Quintiles 1 y 2	Quintiles 3 y 4	Quintil 5
Profesional	2,5%	6,6%	13,4%	1,1%	1,4%	8,1%	0,7%	2,5%	7,8%	1,2%	2,9%	9,2%
Otra calificación*	40,6%	54,1%	65,8%	47,6%	58,4%	66,3%	46,3%	63,9%	71,3%	47,3%	64,2%	68,6%
No calificado	56,9%	39,4%	20,7%	51,4%	40,2%	25,6%	53,0%	33,6%	20,9%	51,5%	32,9%	22,3%
<b>Total</b>	<b>100,0%</b>	<b>100,0%</b>	<b>100,0%</b>									

Fuente: Elaboración propia, basada en datos de la EPH-INDEC. Total Aglomerados Urbanos.  
Ondas: Octubre 1998 - 2° Semestre 2003, 2006, 2011. \*Calificación técnica u operativa

Finalmente, con el propósito de resaltar aquellos aspectos relevantes en la evolución de la calificación ocupacional juvenil se sistematizan las siguientes tendencias.

Mermaron los jóvenes ocupados no calificados en relación a los 90 (1998:43,6% y 2011:40,7%), aumentaron los jóvenes con calificaciones técnicas u operativas, pasando de un 50,4% en 1998 a un 56,5% en 2011 y bajó un poco el porcentaje de jóvenes con calificación profesional, pasando de un 6,0% en 1998 a un 2,8% en 2011.

Quienes se insertan en mayor medida en trabajos calificados, ya sea de calificación profesional, técnica u operativa son los jóvenes de 20 a 24 años y esta brecha con los jóvenes adolescentes menguó levemente en 3.5 p. p. (1998: diferencia de 22.3 p. p. y 2011 diferencia de 18.8 p. p.). De esta

manera, los jóvenes adolescentes que trabajan en empleos con calificación técnica u operativa pasan de un 34,1% en 1998 a un 41,8% en 2011, mientras que los jóvenes de 20 a 24 años insertos en este tipo de ocupaciones pasan de un 56,4% a un 60,6%.

Por su parte, en relación a los 90, se achicó la brecha de las mujeres jóvenes ocupadas en trabajos con calificación técnica-operativa desde una mirada relativa con los varones jóvenes ocupados. Las mujeres insertas en trabajos calificados técnicos u operativos pasan de un 42,5% a un 52% entre punta y punta de los períodos analizados y los varones pasan de un 55,1% a un 59,3%. Sin embargo, la baja de puestos de trabajos juveniles con calificación profesional afecta centralmente a las mujeres, pasan de un 8,5% en 1998 a un 2,7% en 2011, mientras que los varones pasan de un 4,5% en 1998 a un 2,8% en 2011.

A su vez, la merma de trabajos juveniles no calificados se da centralmente en jóvenes de hogares con jefatura femenina que pasan de un 48,1% en 1998 a un 42,1% en 2011, mientras que los jóvenes de hogares con jefatura masculina pasan de un 42,0% en 1998 a un 40,0% en 2011.

El diferencial en las calificaciones ocupacionales juveniles por nivel de ingresos de los hogares ha mermado en comparación con la década del 90. Los jóvenes de más bajos recursos (de hogares de los quintiles 1 y 2) con calificaciones técnicas u operativas aumentan en 7 p. p., pasando de 40,6% en 1998 al 47,3% en 2011, los jóvenes de hogares de los quintiles medios (3 y 4) con este tipo de calificación se acrecientan llegando a una diferencia de 10.1 p. p. (1998:54,1% y 2011:64,2%) y los jóvenes de hogares del quintil 5 crecen en menor medida con una diferencia de 2.8 p. p., pasando de un 65,8% en 1998 a un 68,6% en 2011.

## **Síntesis y Conclusiones**

El contexto macroeconómico y su impacto en el mercado de trabajo así como el contexto político, institucional y cultural que caracteriza a un país, condicionan las posibilidades de inserción -económicas, socio-laborales y educativas- de los hogares y personas que lo constituyen.

Así, en los 90, momento en que el mercado consolida su protagonismo en la conformación de oportunidades, se cristalizan ciertas reconfiguraciones de las relaciones sociales y económicas dominantes como de los tradicionales caminos de integración e inclusión social de los distintos sectores y los jóvenes no han estado ajenos a ese proceso. Es más, han sido uno de los grupos sociales más perjudicados de acuerdo a la literatura en el tema, pasando a ser el grupo etario con la tasa de desempleo más alta, de menores ingresos, menor permanencia y estabilidad en el mercado laboral y condiciones de contratación más precarias.

A ello se suma la heterogeneidad social que los habita desde hace unas décadas, al menos desde la lógica de la diferencia (comúnmente de género, edad, etc.) y desde la lógica de la desigualdad (situación económico-social). Las cuales se superponen y moldean universos dispares en las distintas formas de “ser joven”, es decir, en las diferentes condiciones materiales que los conforman, en las identidades y representaciones que desarrollan, sus formas de expresarse, entre otras cuestiones.

Mientras que, en el actual período 2002-2011, donde el Estado recupera su centralidad, acompañando a las instituciones de la sociedad y el mercado, en la configuración de oportunidades, con el consecuente incremento de dichas estructuras de oportunidades como fortalecimiento de las existentes, hubo una mejora de las posibilidades de inserción -económicas, socio-laborales y educativas- de los hogares urbanos en Argentina. Y los activos familiares en que se encuentran insertos los jóvenes facilitaron, en gran medida, la apropiación o aprovechamiento de las estructuras de oportunidades que ofrece el medio para movilizar los recursos materiales y simbólicos que portan y convertirlos en activos.

### **Evolución de la situación socio-económica de los hogares con jóvenes**

Como saldo positivo en torno a las características de los hogares en que habitan los jóvenes urbanos argentinos, desde una mirada comparativa con los 90, se puede mencionar el aumento de hogares con jóvenes con máxima calificación laboral técnica u operativa (pasando del 58,1% al 66,6% entre 1998 y 2011) y la disminución de hogares no calificados (pasando del 32,7% en 1998 al 27,8% en 2011), como el incremento de hogares con secundaria completa (diferencia de 5 p. p. entre 1998 y 2011) y universitaria incompleta-universitaria completa (diferencia de 5,9 p. p. entre 1998 y 2011). Este proceso es sumamente positivo ya que, de acuerdo a las investigaciones en la temática, la educación de los padres ejerce un efecto directo tanto en la salud y educación como en otros aspectos de la vida de sus hijos. Si bien todavía un 42,9% de los hogares en que residen estos jóvenes tienen como máximo nivel educativo PC-SI y un 6,8% hasta PI.

Ahora bien, más allá de estas mejoras en los hogares, el nivel de ingresos de los mismos si bien ha evolucionado positivamente en comparación con el momento de crisis socio-institucional que vivió Argentina, pareciera ser que no ha variado sustancialmente con respecto a 1998.

En cuanto a la jefatura de hogar, si bien continúa predominando la jefatura masculina, cada vez hay más jóvenes que residen en hogares con jefatura femenina, pasando el porcentaje de estos hogares del 24,6% en 1998 al 33,6% en 2011. Y estas jefas de hogar ya no son sólo aquellas personas separadas o viudas que viven solas o con sus hijos a cargo; se ha incrementado la jefatura femenina en los hogares nucleares completos como en casos en los que la mujer tiene pareja.

### **Evolución de la situación educativa y laboral de los jóvenes de 15 a 24 años (no jefes ni cónyuges) residentes en hogares urbanos**

En el período 2002-2011, las mayores y mejores estructuras de oportunidades, dadas en parte por la combinación de políticas socio-educativas y laborales, junto con el mayor bienestar de los hogares en que residen los jóvenes, hicieron posible un proceso de acceso a derechos que aún se encuentra en evolución, permitiendo una mejora de las condiciones laborales y educativas de los jóvenes.

Cabe recordar que los jóvenes analizados en este trabajo son prácticamente los jóvenes hijos, aquellos que no son jefes, ni cónyuges, ni servicio doméstico. Son la mayoría de los jóvenes, representaban el 87,2% en 1998 y en 2011 representan el 88,3%. Si bien estos jóvenes no son solamente hijos, casi el 90% de ellos si los son, habiendo siempre más jóvenes hijos en el grupo etario de 15 a 19 años. Asimismo, aproximadamente el 50% de otros componentes son hermanos y nietos, los cuáles cumplen un rol similar a nivel de los hogares. El recorte de estudio a esta población juvenil permitió detectar con mayor precisión la influencia de los factores socioeconómicos familiares en las características laborales y educativas inherentes a los jóvenes urbanos argentinos en ambos períodos indagados

Hoy asisten el 76,8% de estos jóvenes adolescentes a la educación formal, cuando en 1998 asistían el 69,8%, mientras que los jóvenes de 20 a 24 años pasan solo del 40,3% al 41,1%. Esta tendencia es, en gran medida, el resultado de la combinación de la sanción de la Ley de Educación Nacional que estipula la obligatoriedad de la secundaria a partir del año 2006, la aplicación de controles sobre el trabajo infantil y la implementación de la Asignación Universal por Hijo sobre finales de 2009.

La tendencia tradicional de las mujeres a la mayor asistencia en la educación formal se acentuó levemente. Las jóvenes mujeres residentes en hogares tenían en 1998 un 53% más de probabilidades de asistir en comparación con los jóvenes varones y en el 2011 dicha probabilidad pasa a un 55%.

También, en comparación con los 90, se produjo una expansión del período que los jóvenes destinan a la formación. Hubo un incremento de jóvenes de 15 a 24 años con secundario completo, pasando de 9,6 % en 1998 al 14,4% en 2011. Y entre 1998 y 2011 prácticamente se duplica el porcentaje de jóvenes entre 15 y 19 años que con ese nivel, pasando del 3,9% al 6,5%. En tanto que hay un aumento importante de jóvenes de 20 a 24 años con secundario completo (1998: 17,4% y 2011:24,6%).

Y ahondando en los jóvenes que asisten a la educación formal, hubo un incremento de los jóvenes de 15 a 19 años que asisten, terminaron el secundario y se encuentran en el terciario o la universidad (S/UI S/UC: pasando de 13,8% en 1998 a 30,7% en 2011), como un incremento de los jóvenes de 20 a 24 años que asisten y están en el terciario o la universidad (1998: 82,9% S/UI- S/UC y 2011: 85,0% S/UI S/UC).

Asimismo, la mayor asistencia educativa, tuvo su impacto en los jóvenes que no continúan estudiando, aumentando en 2011 los jóvenes adolescentes que no estudian que terminaron el secundario en 14.1 p. p. y mermando los que tienen primaria completa/ secundaria incompleta en 11 p.

p. En el caso de los jóvenes de 20 a 24 años que no estudian, aumentan en 2011 los que terminaron el secundario en 15.5 p. p., merman los que tienen primaria completa o secundaria incompleta en 14.5 p. p., y hay un porcentaje que está en el terciario o la universidad, que aumentó levemente (1998:10,8% y 2011: 11,5%).

Es importante este avance de los jóvenes en estudios formales ya que el secundario es una base clave para obtener un empleo. Son los jóvenes con secundario completo los tienen mayores probabilidades de encontrar una ocupación cuando salen a buscar un trabajo, frente a aquellos que no lo poseen, y ello se da tanto en la década del 90 como en el nuevo siglo. Así alrededor de un 60% de estos jóvenes tienen una ocupación en 2011.

Sin embargo, hay que considerar en este proceso de acceso, permanencia y culminación de la secundaria, la tendencia hacia la mayor escolarización de la población en general y de la fuerza de trabajo en particular durante las últimas décadas, que en un contexto de deterioro laboral – principalmente en los 90- significaron una profundización del proceso de devaluación de las credenciales educativas, de acuerdo a la literatura en la materia.

A su vez, hay más jóvenes residentes en hogares urbanos empleados que en 2003, pasando del 29,0% al 30,6%. Y si bien a medida que aumenta el nivel de instrucción se acrecientan las posibilidades de conseguir un trabajo a la hora de buscarlo, ha mermado esta desigualdad dado que la recuperación del empleo fue extendida en los diferentes niveles de calificación, y con una mayor intensidad en los más bajos (primaria completa o menor), de acuerdo a las investigaciones en la materia. En el año 2011 todos ellos tienen prácticamente posibilidades similares de obtener un trabajo, incluso los jóvenes con SC o con S/UI-S/UC tienen solo un 10% más de probabilidades con respecto a los jóvenes de menor nivel educativo. Cuando en 1998, con respecto a los jóvenes con hasta PI, los jóvenes con PC-SI tenían un 44% más de chances de obtener un trabajo, los jóvenes con SC tenían un 49% más de chances y los jóvenes con S/UI-S/UC tenían un 69% más de posibilidades.

Por su parte, se achicó la brecha por sexo para conseguir un empleo. Las mujeres tenían un 32% menos de probabilidades de conseguir una ocupación a la hora de buscarla en 1998 y en 2011 tienen un 23% menos de posibilidades que los varones.

Ahora bien, la edad es un factor importante para conseguir una ocupación cuando se la busca y con el transcurso de los años se ha tornado más significativa aún. En 1998, los jóvenes de 20-24 años tenían un 52% de posibilidades de encontrar una ocupación con respecto a los jóvenes de 15-19 años, y en el año 2011 los jóvenes adultos tienen un 99% más de posibilidades.

De todos modos, en Argentina, después de años de sostenido crecimiento económico y mejoras en materia laboral, la desocupación entre los jóvenes continúa siendo una problemática crucial, ya que en el segundo trimestre de 2011, la tasa de desocupación de los jóvenes argentinos es del 17,9%. Lo cual, pone de manifiesto el proceso de rotación entre ocupaciones y distintas etapas de desocupación mencionado en la literatura en la temática.

También, cabe aclarar que hay menos jóvenes que buscan un trabajo (la inactividad pasa del 55,9% en 1998 a 61,3% en 2011), ante los problemas de empleo a los que se enfrentan, conjuntamente con el aumento de la asistencia educativa (alrededor del 80% de los jóvenes que asisten a establecimientos educativos no buscan trabajo). Y la menor búsqueda de trabajo es mucho más acentuada entre los jóvenes adolescentes (los inactivos representan el 73,2% en 1998 y el 80,8% en 2011) que entre los jóvenes adultos (los inactivos representan el 32,5% en 1998 y el 36,3% en 2011). Además, siguen habiendo más mujeres inactivas (69,6%) que varones (53,5%), con una diferencia a favor de las mujeres de 10 p. p. en ambos períodos analizados (1998 y 2011).

Asimismo, alrededor del 80% de los jóvenes que nunca asistieron a establecimientos educativos no buscan trabajo. Este último grupo juvenil, transita una situación lindante con la marginalidad, al no participar en ninguno de los dos carriles de la vida que les permite ir hacia una ciudadanía más plena, como son la educación y el trabajo.

Por último, si bien persiste un núcleo de jóvenes que no estudia y no trabaja, 15,3% -15 a 19 años- y 21,1% -20 a 24 años, bajó en 2011 el porcentaje de jóvenes que no estudian (asistieron o nunca asistieron) y no trabajan en relación a 1998, con una diferencia p. p. de 3.4 para los jóvenes adolescentes y de 3.1 para los jóvenes de 20 a 24 años. Sin embargo, muchos de ellos están expuestos a una mayor vulnerabilidad ante el incremento de los que no buscan un empleo (incremento de 15 p. p. en los adolescentes y de 7.4 p. p. en los jóvenes adultos, en 2011 respecto de 1998).

De los jóvenes que no estudian los que más no trabajan son los que no terminaron el primario y el secundario, ya que cuanto más avanzaron en los estudios los jóvenes que abandonaron la escolaridad tienen más probabilidades de trabajar. Y la edad también incide, siendo los jóvenes de 15 a 19 años no estudiantes quienes más no trabajan

Para estos jóvenes adolescentes no estudiantes, en el año 2011 prácticamente se equiparan las probabilidades de trabajar de acuerdo al avance en sus estudios, dado que se incrementan significativamente, con respecto a 1998, los jóvenes que no estudian, no terminaron el primario y trabajan (36,9%), ante el aumento del empleo no calificado. También, con respecto a 1998, hay más jóvenes no estudiantes de 20 a 24 años que no terminaron el secundario que trabajan.

En síntesis, en el transcurso del período 2002-2011, en comparación con el período 1991-2001, se destacan muchas mejoras en las condiciones laborales y educativas de los jóvenes, con algunas excepciones con evolución negativa en el tema.

- Aumento de la asistencia educativa de los jóvenes de 15 a 24 años residentes en hogares urbanos, principalmente de los jóvenes de 15 a 19 años.
- Continúa la mayor asistencia educativa por parte de las mujeres, aumentando un poco esta brecha
- Aumento de la expansión del período que los jóvenes destinan a la formación. Hay más jóvenes de 15 a 24 años con secundario completo.
- Aumento de jóvenes de 15 a 24 años que se encuentran en el terciario o la universidad.
- Del total de jóvenes que no estudian de 15 a 24 años, aumentó considerablemente la proporción de los que terminaron secundario.
- Bajó el desempleo juvenil, si bien la tasa de desocupación juvenil es considerable.
- La baja del desempleo juvenil es mayor en los jóvenes de 15 a 19 años, en gran medida, por el aumento de la inactividad y la inclinación a la asistencia educativa
- Hay más jóvenes de 15 a 24 años empleados con respecto al momento de la crisis institucional que vivió el país, no así con respecto a los 90. Este aumento se da para los jóvenes de 20 a 24 años.
- Ante la recuperación del empleo en los diferentes niveles de calificación, merman las desigualdades para obtener un trabajo por nivel educativo de los jóvenes
- Merma levemente las desigualdades por sexo para obtener un empleo.

- Aumentó la inactividad conjuntamente con el aumento de la asistencia educativa dado que persisten problemas de empleo, centralmente por parte de los jóvenes adolescentes y de las mujeres.
- Bajó el porcentaje de jóvenes que no estudian y no trabajan, tanto de 15 a 19 años como de 20 a 24 años, continuando la mayor proporción de jóvenes mayores en esta condición.
- Si bien bajó el núcleo de jóvenes que no estudia y no trabaja, muchos de ellos están expuestos a una mayor vulnerabilidad dado que se incrementó el porcentaje de jóvenes que no estudian, no trabajan y no buscan un empleo, en ambos tramos etarios juveniles.
- Si bien cuanto más avanzaron en los estudios los jóvenes que abandonaron la escolaridad tienen más probabilidades de trabajar, siendo los menos ocupados los que no terminaron el primario y el secundario. Hubo un incremento de los jóvenes que no estudian que trabajan de niveles educativos más bajos, que no han terminado el primario (en el caso de los jóvenes de 15 a 19 años) o el secundario (en el caso de los jóvenes de 20 a 24 años)

### **Evolución de la incidencia de las condiciones socioeconómica de los hogares en la situación laboral y educativa juvenil (jóvenes no jefes ni cónyuges de 15 a 24 años)**

Los activos familiares hacen a la estructura social en la cual se encuentran insertos estos jóvenes y moldean sus experiencias de vida, facilitando o dificultando la apropiación o aprovechamiento de las estructuras de oportunidades que ofrece el medio a través del mercado, el estado o la sociedad, para convertir sus recursos en activos. Por ello es importante nuevamente mencionar para el período 2002-2011, en comparación con el período 1991-2001, el aumento de hogares con jóvenes con máxima calificación laboral técnica u operativa y la disminución de hogares no calificados, como el incremento de hogares con secundaria completa y universitaria incompleta-universitaria completa, si bien el nivel de ingresos de los mismos ha evolucionado positivamente en comparación con el año 2003 pero no ha variado sustancialmente con respecto a 1998.

Específicamente, la incidencia del mayor bienestar de los hogares en la reapertura de algunos caminos laborales y educativos de los jóvenes que residen en ellos se ve reflejada en los siguientes fenómenos que los caracterizan.

En el período de recuperación socio-económica e institucional, ha mermado la brecha de los jóvenes por asistencia educativa en función de casi todas las variables de hogar que reflejan el nivel socio-económico de los hogares en que residen los jóvenes. En relación a los 90, aumentó la asistencia educativa de jóvenes residentes en hogares con bajo nivel de instrucción, pasando de un 33,1% con PI y 48,9% con PC-SI en 1998 a un 37% y 50,7% respectivamente en el año 2011<sup>50</sup>. También, se incrementa la asistencia educativa en los jóvenes residentes en hogares de los dos primeros quintiles y del segundo grupo de quintiles -3 y 4- (diferencia de 8.6 p. p. y 1.8 p. p. en 2011 respecto de 1998) como en los jóvenes residentes en hogares que cuentan con empleos no calificados (diferencia de 3.6 p. p. respecto de 1998) o con otra calificación no profesional (pasando del 59,6% en 1998 al 65,6% en 2011). Este proceso se refleja también, por ejemplo, en el hecho que mientras en 1998 los jóvenes residentes en hogares de los quintiles 3 y 4 tenían un 16% más de posibilidades de asistir y los jóvenes de hogares de quintil 5, un 65% más de posibilidades de asistir, con respecto a los jóvenes de hogares de los dos primeros quintiles, en el 2011 esas probabilidades rondan en un 10% y 31%

<sup>50</sup> Mientras que los jóvenes residentes en hogares con SC pasan de un 68,0% en 1998 a un 66,5% en 2011 y los jóvenes de hogares con UI-UC pasan de un 80,8% en 1998 a un 81,7% en 2011.

respectivamente. Algo similar acontece en función de la máxima calificación del hogar, en 1998 los jóvenes pertenecientes a hogares con calificaciones técnicas-operativas o no calificados tenían un 38% menos de chances de asistir con respecto a los jóvenes pertenecientes a hogares con calificación profesional. Mientras que en el año 2011, esa probabilidad pasa a un 14% menos de posibilidades de asistir para los jóvenes de hogares con calificación técnica-operativa y a un 22% para los jóvenes de hogares no calificados.

La excepción se da según sexo del jefe de hogar, ya que los jóvenes que residen en hogares con jefatura femenina, en 1998 tenían un 30% menos de probabilidades de asistir a la educación formal y para el 2011 esa probabilidad merma levemente, siendo del 27% menos. De esta manera, el aumento de la asistencia se da centralmente en el caso de los jóvenes que residen en hogares cuya jefatura del hogar es masculina (pasando del 58.7% en 1998 a 64.0% en 2011), continuando la brecha existente con respecto a los jóvenes que residen en hogares con jefatura femenina. En estos hogares, hubo un crecimiento de la asistencia en el período de crisis (pasando del 51.4% en 1998 al 55.3% en 2003) y luego prácticamente se mantiene ese porcentaje. En este proceso incide la mayor búsqueda laboral relativa de los jóvenes que residen en hogares con jefatura femenina (que se da con una intensidad un poco mayor que en 1998), muy probablemente porque presentan mayores necesidades para salir a trabajar. Siendo, también, los jóvenes de estos hogares quienes tienen más posibilidades de insertarse en una ocupación; tenían un 10% más de probabilidades de estar ocupados en 1998 y en el 2011 esas probabilidades pasan a un 19%.

En cuanto a la búsqueda laboral, dado que muchos de los jóvenes de hogares pertenecientes a sectores populares se inclinan hacia la educación en lugar de buscar un trabajo, en la actualidad, en comparación con los 90, aumentan las probabilidades de estar activos de parte de los jóvenes de sectores medios y altos principalmente. Por ejemplo, con respecto a los jóvenes residentes en hogares de los dos primeros quintiles, los jóvenes residentes en hogares del segundo grupo de quintiles (3 y 4) como del quintil 5, tenían en 54% y 78% -respectivamente- más de probabilidades de estar activos en la década de los 90, y esas probabilidades se acrecientan mucho más en el año 2011.

También, con respecto a los jóvenes residentes en hogares con calificación ocupacional profesional, los jóvenes residentes en hogares con calificaciones técnicas u operativas tenían un 30% más de probabilidades de estar activos y los jóvenes de hogares no calificados un 51% más probabilidades en 1998, y estas probabilidades bajan a un 17% y 19% respectivamente para el 2011. Estas tendencias tienen su correspondencia con el hecho que hay menos jóvenes residentes en hogares con inserciones ocupacionales no calificadas o con calificaciones técnicas-operativas, que buscan un trabajo y más jóvenes que asisten a la educación formal en comparación con los 90.

De esto modo, el aumento de la inactividad juvenil se concentra en los jóvenes que residen en hogares del primer grupo de quintiles como del segundo grupo de quintiles -3 y 4- (con una diferencia incremental de 8.1 p. p. y de 2.2 p. p. respectivamente, entre 1998 y 2011). Y este incremento de la inactividad presenta como contracara una merma de las brechas de jóvenes desocupados por nivel de ingresos de los hogares en los que residen, por calificación ocupacional del hogar y por nivel educativo del hogar. Así, por ejemplo, había muchos más jóvenes desocupados residentes en hogares de los primeros dos quintiles con respecto a los jóvenes desocupados residentes en hogares del quintil 5 en 1998, con una diferencia de 12.3 p. p., mientras que en el año 2011 esa diferencia es de 3.7 p. p.

En lo referente a las posibilidades de conseguir una ocupación, el nivel de ingresos del hogar en que residen los jóvenes determina menos que en los 90 la posibilidad de conseguir una ocupación (las razones de momio bajan en 2011, con respecto a 1998). Lo mismo ocurre con la calificación ocupacional de estos hogares. Los jóvenes de hogares con máxima calificación ocupacional técnica-operativa o no calificados duplican prácticamente las posibilidades de encontrar un empleo a la hora

de buscarlo, frente a los jóvenes que residen en hogares con máxima calificación ocupacional profesional, cuando en los 90 sucedía lo contrario.

En cuanto al máximo nivel de instrucción del hogar, los jóvenes que residen en hogares con máximo nivel de instrucción hasta PI como PC-SI son quienes siempre tienen menos chances de encontrar una ocupación a la hora de buscarla. Estos jóvenes, con respecto a los jóvenes que residen en hogares con máximo nivel de instrucción SC y UI-UC, tienen un 46% y 25% menos de posibilidades respectivamente en 1998. Mientras que en 2011 tienen un 38% menos de posibilidades y un 28% menos respectivamente. Ello implica que los jóvenes residentes en hogares con bajo nivel de instrucción (PI) tienen en la actualidad mayores probabilidades de encontrar una ocupación con respecto a los 90, mientras que en el caso de los jóvenes de hogares con solo PC-SI siguen teniendo menos posibilidades e incluso un poco menos que en los 90.

Ahora bien en el caso de los jóvenes que no estudian, a medida que tienen un mayor nivel educativo se encuentran trabajando en mayor proporción, tanto en 1998 como en 2011. Así, los que más se encuentran no trabajando son los jóvenes que no terminaron el primario y los que más se encuentran trabajando son los jóvenes que terminaron el secundario, siguiéndoles quienes no terminaron el secundario. Y esta brecha se achicó para los jóvenes del grupo de hogares de los primeros dos quintiles, dado que aumentó el porcentaje de jóvenes que no estudian y no terminaron el primario o no terminaron el secundario, que trabajan. Los mismos pasan de un 34,5% en 1998 a un 42,6% en 2011 y de un 43,8% a un 48,1% respectivamente, casi igualándose el porcentaje de jóvenes no estudiantes que terminaron el secundario y trabajan (2011:48,7%).

Asimismo, se resalta que el hecho de trabajar o no por parte de los jóvenes que no estudian, varía significativamente también de acuerdo al quintil de ingreso al que pertenezcan los hogares en que residen los jóvenes. Así, de los jóvenes no estudiantes, los más vulnerables son los jóvenes que residen en hogares del primer grupo de quintiles (1 y 2), dado que son los que tienen más probabilidades de no trabajar, y, por ende, de ser jóvenes que no estudian y no trabajan, incluso habiendo terminado el secundario. Al respecto, en ambos períodos analizados el 51% de los jóvenes no estudiantes que terminaron el secundario y pertenecen al grupo de hogares de los dos primeros quintiles, no trabajan, mientras que de los jóvenes no estudiantes que no terminaron el primario de hogares del quintil 5, trabajan el 80,8%. Otra comparación que da cuenta de la vulnerabilidad de los jóvenes no estudiantes de hogares de los dos primeros quintiles, es que de estos jóvenes no estudiantes que tienen secundario completo trabajan el 49%, mientras que los que pertenecen al grupo de hogares de los quintiles 3 y 4, trabajan el 72,0% y los que pertenecen al grupo de hogares del 5° quintil, trabajan el 86,7%.

Por último, a modo de síntesis, se destacan los cambios acontecidos en el período 2002-2011 (en comparación con el período 1991-2001) en la situación laboral y educativa de los jóvenes, en función de las condiciones socioeconómicas de los hogares en los que residen.

Antes cabe resaltar los cambios acontecidos en las condiciones socio-económicas de los hogares con jóvenes:

- Aumento de hogares con jóvenes con máxima calificación laboral técnica u operativa y disminución de hogares no calificados.
- Incremento de hogares con secundaria completa y universitaria incompleta-universitaria completa.
- El nivel de ingresos de los hogares con jóvenes ha evolucionado positivamente en comparación con el año 2003 pero no ha variado sustancialmente con respecto a 1998.

- Si bien continúa predominando la jefatura masculina, cada vez hay más jóvenes que residen en hogares con jefatura femenina.

Ahora sí la síntesis prometida a modo de cierre:

- Aumento de la asistencia educativa de jóvenes residentes en hogares con bajo nivel de instrucción (PI/PC-SI).
- Se incrementa la asistencia educativa en los jóvenes residentes en hogares de los dos primeros quintiles y del segundo grupo de quintiles como en los jóvenes residentes en hogares que cuentan con empleos no calificados o con calificaciones técnicas u operativas
- Los jóvenes de hogares con jefatura femenina siguen teniendo menos probabilidades de asistir a la educación formal que los jóvenes de hogares de jefatura masculina, y se acrecentaron un poco más que en los 90 sus probabilidades de estar activos y ocupados.

En un contexto en el que muchos de los jóvenes de hogares pertenecientes a sectores populares se inclinan hacia la formación educativa en lugar de buscar un trabajo:

- Aumentan las probabilidades de estar activos de parte de los jóvenes de sectores altos principalmente y medios. Es decir, de los jóvenes de hogares del segundo grupo de quintiles (3 y 4) como de hogares del quintil 5 y de hogares con máxima calificación ocupacional profesional
- El aumento de la inactividad juvenil se concentra en los jóvenes que residen en hogares del primer grupo de quintiles (1 y 2) como del segundo grupo de quintiles (3 y 4). Y este incremento de la inactividad presenta como contracara una merma de las brechas de jóvenes desocupados por nivel de ingresos de los hogares en los que residen, por calificación ocupacional del hogar y por nivel educativo del hogar.

El nivel de ingresos de los hogares con jóvenes, las calificaciones ocupacionales de los hogares con jóvenes como el nivel de instrucción de estos hogares determina menos que en los 90 las probabilidades de los jóvenes de encontrar un empleo a la hora de buscarlo.

- Hoy tienen más probabilidades que antes de encontrar una ocupación los jóvenes de hogares del primer (1 y 2) y segundo (3 y 4) grupo de quintiles, como de hogares con máxima calificación ocupacional técnica u operativa o no calificados y de hogares con bajo nivel de educación (PI), en comparación con los jóvenes de hogares de sectores altos (del quintil 5, máxima calificación ocupacional profesional, nivel de educación SC o UI-UC).

En el caso de los jóvenes que no estudian:

- A medida que tienen un mayor nivel educativo se encuentran trabajando en mayor proporción, tanto en 1998 como en 2011, pero esta brecha se achicó para los jóvenes del grupo de hogares de los primeros dos quintiles, dado que aumentó el porcentaje de jóvenes que no estudian y no terminaron el primario o no terminaron el secundario, que trabajan.
- El hecho de trabajar o no por parte de los jóvenes que no estudian, varía significativamente también de acuerdo al quintil de ingreso al que pertenezcan los hogares en que residen los jóvenes.
- De los jóvenes no estudiantes, los más vulnerables son los jóvenes que residen en hogares del primer grupo de quintiles (1 y 2), dado que son los que tienen más probabilidades de no trabajar, y, por ende, de ser jóvenes que no estudian y no trabajan, incluso habiendo terminado el secundario. Al respecto, en ambos períodos analizados el 51% de los jóvenes no estudiantes que terminaron el secundario y pertenecen al grupo de hogares de los dos primeros quintiles, no trabajan, mientras que de los jóvenes no estudiantes que no terminaron el primario de hogares del quintil 5, no trabajan el 19,2%.

## **Evolución de la calidad laboral y educativa de los jóvenes: una aproximación**

En lo que atañe a la evolución de la calidad de la inserción laboral y de la calidad educativa de los jóvenes<sup>51</sup> se destacan las siguientes características.

### *Actividades centrales de los jóvenes de 15 a 24 años*

En cuanto a las actividades centrales de los jóvenes, en el período 2002-2011 aumenta con respecto a los 90 la proporción de jóvenes residentes en hogares urbanos que solamente estudian (casi 5 p. p. de diferencia), disminuyendo aquellos que solo buscan trabajo o que solo trabajan (menos 3 p. p. en ambas situaciones). Y hay más jóvenes de hogares de ingresos más bajos que solo estudian, igualándose las oportunidades de dedicarse a ello según nivel socioeconómico. Para el año 2011 casi no hay diferencias porcentuales de los jóvenes que se abocan únicamente al estudio en función de esta variable de hogar (47,4% pertenecientes a los quintiles 1 y 2, 45,0% pertenecientes a los quintiles 3 y 4 y 43,8 pertenecientes al quintil 5).

Por su parte la edad, el sexo, como el sexo de la jefatura de hogar continúan siendo factores claves que moldean las actividades centrales de los jóvenes. El aumento de los jóvenes que solamente estudian se da en mayor medida en los adolescentes (pasando del 61,3% en 1998 al 68,6% en 2011), mientras que los jóvenes adultos que solo estudian pasan del 20,8% al 23,7%. También, la disminución de jóvenes que solo buscan trabajo o trabajan como actividad central, se da en mayor medida en los jóvenes adolescentes. Asimismo, el aumento de los jóvenes que solo estudian continúa siendo mayor en el caso de las mujeres (pasando la diferencia p. p. de 6.2 en 1998 a 7.6 en 2011). Hoy representan el 50,1% mientras que los varones el 42,5%. Y se acentuó la tendencia que haya más jóvenes que solo

---

<sup>51</sup> Se recuerda que, para este análisis en particular, por cuestiones de representatividad estadística para algunos de los aspectos indagados, se consideraron todos los jóvenes de 15 a 24 años, es decir, sin excluir jefes, cónyuges y servicio doméstico.

estudian en hogares con jefatura masculina (diferencia incremental de 5.5 p. p. entre 1998 y 2011), mientras que en los hogares que jefatura femenina aumentó el porcentaje de jóvenes que sola trabajan (+ 4 p. p. respecto de 1998).

Por otro lado, si bien a medida que aumenta el nivel de ingresos de los hogares aumentan las probabilidades de estos jóvenes de estudiar y trabajar, a partir del 2003 se incrementa considerablemente la proporción de jóvenes de hogares del quintil 5 que estudian y trabajan, pasando de un 19,1% en 1998 a un 27,2% en 2011. Mientras que los jóvenes que estudian y trabajan de hogares de los dos primeros quintiles, pasan de un 4,0% a 5,2% y los jóvenes que estudian y trabajan de hogares de los quintiles 3 y 4 pasan de 10,6% a 12,5%.

Ahora bien, aquellos que no estudian ni trabajan se mantienen estables en términos porcentuales (13%), no se ha logrado disminuir ese núcleo de jóvenes que están excluidos de las dos actividades centrales que moldean el pasaje a la adultez y continúan perteneciendo a los hogares de nivel de ingresos más bajos principalmente (quintiles 1 y 2) y en menor medida a los hogares del segundo grupo de quintiles (2011: 16,9% y 8,5% respectivamente). A su vez, si bien hay menos jóvenes mujeres que se encuentran en esta categoría (-2 p. p.) y más jóvenes varones (2 p. p.) en relación a los 90, en esta categoría las mujeres son más (2011: el 17,7% son mujeres y el 8,1% son varones).

Ahondando entre punta y punta de los períodos analizados en los jóvenes inactivos, aquellos que no participan en la actividad económica, la mayoría de estos jóvenes estudian, aumentando en casi 2 p. p. los que se dedican al estudio en 2011 respecto a los 90. Este incremento se da en mayor medida en los jóvenes inactivos de 20 a 24 años con una diferencia de 3.6 p. p., mientras que los jóvenes de 15 a 19 años que estudian aumentan en 1.2 p. p.

Sin embargo, los jóvenes inactivos que no estudian constituyen un grupo importante, que ha bajado levemente de un 23,7% en 1998 a un 21,9 en 2011, siendo más los jóvenes inactivos que no estudian de 20 a 24 años, que los jóvenes inactivos de 15 a 19 años que no lo hacen. Estos jóvenes pasan de un 41,2% a un 37,6% y de un 15,7% a un 14,5% respectivamente. De este modo, la baja ha sido más significativa en los jóvenes inactivos adultos, con una diferencia de 3.6 p. p., mientras que los jóvenes adolescentes bajaron en 1.2 p. p.

Por último, en cuanto al porcentaje de jóvenes que solo trabajan, si bien en los 90 era similar según sexo del jefe de hogar, rondando en un 26%, en 2006 y 2011 hay más jóvenes que solo trabajan en los hogares con jefatura femenina (con una diferencia de 4,4 p. p. más).

#### *Acceso al diploma de nivel medio de los jóvenes de 19 a 24 años*

Al profundizar en materia educativa en el acceso al diploma, se observa un aumento continuo de jóvenes de 19 a 24 años que finalizaron el secundario con el transcurso de los años, pasando del 50,8% en 1998 al 61,7% en 2011. Y sigue habiendo más mujeres que varones que lo finalizan, incluso a partir del 2006 se acrecienta esta brecha con una diferencia en puntos porcentuales de 14.8 para las jóvenes mujeres en el año 2011 (cuando en 1998 era de 11,7 p. p. y en los años 2003 y 2006 de aproximadamente 9 p. p.).

Hay una leve tendencia a que terminen más el secundario los jóvenes que pertenecen a hogares donde la jefatura le compete a una mujer, que ha mermado con el correr de los años. Así, en 1998 la diferencia era de 3.9 p. p., y luego prácticamente es de 1 p. p. a favor de los jóvenes de hogares con jefatura femenina.

Un dato sumamente positivo en términos de igualdad de oportunidades es que han mermado las desigualdades de los jóvenes según nivel de ingresos de las familias para acceder a dicho diploma. Así en 1998, la diferencia en puntos porcentuales en el acceso era de 55.5 p. p. entre jóvenes de hogares del quintil 5 y jóvenes de hogares de los dos primeros quintiles, a favor de los primeros, y de 31.5 p. p. en relación con los jóvenes de los quintiles 3 y 4, a favor a estos. Mientras que en el año 2011, esa diferencia es de 40.9 p. p. y 22.4 p. p. respectivamente.

#### *Acceso al diploma de nivel superior de los jóvenes de 25 a 29 años*

En el caso de los jóvenes que acceden a un diploma superior, los mismos rondan en un 13% entre 1998 y 2006. Siendo destacable el incremento de 7.3 p. p. entre los años 2006 y 2011, pasando a un 20,4% quienes finalizan este nivel.

Con la recuperación socio-económica que vive el país, se incrementan sustancialmente los jóvenes que finalizan el nivel superior pero en mayor medida la terminan las mujeres. Así, el 27,3% de las mujeres de 25 a 29 años terminan el terciario o la universidad, mientras que el 15,3% de los varones de 25 a 29 años lo finalizan, siendo la brecha de 12 p. p. en 2011, cuando en 1998 era de 6.9 p. p.

Asimismo, en la terminalidad del nivel superior, se insinúa una leve tendencia a que terminen un poco más el nivel superior los jóvenes de hogares de jefatura femenina, siendo generalmente la diferencia siempre menor a 1 p. p.

Además, hay un incremento de los jóvenes de 25 a 29 años que finalizan un terciario o la universidad pertenecientes a los hogares del segundo grupo de quintiles (3 y 4) principalmente (incremento de 6.7 p. p. en 2011 con respecto a 1998), como de los jóvenes de 25 a 29 años de hogares del primer grupo de quintiles (incremento de 4.7 p. p. en 2011 con respecto a 1998). Mientras que los jóvenes de hogares del quintil 5 que finalizan el nivel superior prácticamente se mantiene, aumentando solo 1,7 p. p. en 2011 respecto de 1998.

De esta forma, hay más jóvenes que acceden a los diplomas medio y superior y si bien la educación continua mostrando un acceso diferenciado en términos de calidad educativa según estrato social, esta desigualdad ha mermado considerablemente durante la post-convertibilidad. Sin embargo, sigue habiendo cada vez más mujeres que varones que terminan tanto el secundario como el terciario o la universidad. También, siempre hay un poco más de jóvenes de hogares con jefatura femenina que finalizan estudios, y en el caso de la finalización del secundario esta brecha menguó. Cabe reiterar que estos cambios se dan en un contexto de aumento de la asistencia educativa, ante el deficiente comportamiento de la demanda de empleo pleno en la población joven, y en un contexto de devaluación de las credenciales educativas.

#### *Intensidad ocupacional de los jóvenes ocupados de 15 a 24 años*

Al ahondar en la calidad de la inserción laboral, se observa en cuanto a la intensidad ocupacional que ha aumentado considerablemente la proporción de jóvenes ocupados plenos, pasando del 44.7% en 1998 al 57.6% en 2011. Y este incremento se da en mayor medida en los jóvenes adolescentes. Así muchos de los jóvenes subocupados demandantes han conseguido una ocupación plena en los años de la post-convertibilidad posteriores a la crisis y muchos de ellos son mujeres, mermando la brecha al respecto, si bien la proporción de jóvenes mujeres subocupadas continúa (13.5%) siendo mayor a la proporción de jóvenes varones (8,2%).

A su vez, la ocupación plena aumenta significativamente para los jóvenes pertenecientes a hogares de ingresos más bajos (quintiles 1 y 2) entre punta y punta de los períodos analizados (19.7 p. p.), y también para los jóvenes de hogares de los quintiles 3 y 4 (13.1 p. p.).

Por otro lado, hay más jóvenes ocupados plenos en los hogares con jefatura masculina (año 2011: 60,4% jóvenes de hogares con jefatura masculina y 54,7% jóvenes de hogares con jefatura femenina), mientras que en la década del 90 y durante la crisis del 2001 no hay diferencias por sexo del jefe de hogar para los jóvenes ocupados plenos. Y la sobreocupación de los jóvenes era mayor en los hogares con jefatura masculina en los 90 y durante la crisis, momento en que muchos de los jefes de hogar varones estaban desocupados y salían los trabajadores secundarios (cónyuges e hijos) a trabajar, y actualmente hay más jóvenes sobreocupados en hogares con jefatura femenina (varones: 28,4% y mujeres 33,1%), aunque en términos generales la sobreocupación bajó.

Así, los jóvenes de hogares de jefatura masculina tienen más posibilidades de inserción ocupacional bajo distintas modalidades, según haya menores o mayores oportunidades en el mercado laboral. En un momento en el que hay menos oportunidades laborales quienes más consiguen insertarse son los jóvenes de hogares de jefatura masculina encontrándose más sobreocupados relativamente. En cambio, cuando las oportunidades se amplían en términos cuantitativos y cualitativos son quienes más consiguen una ocupación plena, mermando la sobreocupación de los mismos.

Ahora bien, un punto a favor para los jóvenes de hogares de jefatura femenina es la mayor baja relativa de la subocupación demandante, ya que en 1998 había 17,2% varones subocupados y 21,5% mujeres subocupadas, mientras que en 2011 hay 9,6% varones y 10,5% en esta condición.

#### *Precariedad laboral de los jóvenes ocupados de 15 a 24 años*

En cambio, la precariedad juvenil no ha variado sustancialmente, si bien ha mermado un poco en los últimos años y la proporción de jóvenes trabajadores precarios es algo menor en comparación con 1998 (que representaban el 63,3%), el 57,8% de los jóvenes ocupados se insertan en trabajos precarios en el año 2011. Siendo los más afectados por la precariedad los jóvenes de 15 a 19 años, quienes en ese tramo etario el porcentaje de jóvenes trabajadores precarios es aún levemente mayor que en los 90 (1998:80,9% y 2011:83,6). La acotada merma en la precariedad juvenil se da en los jóvenes de 20 a 24 años, que pasaron del 57,1% en 1998 al 53,8% en 2011.

A su vez, la precariedad juvenil ha tenido una merma más acentuada en las jóvenes trabajadoras, habiendo hoy más varones (61,1%) con trabajos precarios que mujeres (57,2%). Y no solo continúan siendo los jóvenes que viven en hogares con jefatura femenina quienes más se ven afectados por la precariedad laboral, sino que esta brecha se acentuó un poco dado que la diferencia entre los jóvenes de hogares de jefatura femenina y masculina era de 4.6 p. p. en 1998 y actualmente, en el año 2011, es de 6.2 p. p. También, los más afectados son los jóvenes de hogares de ingresos más bajos (quintiles 1 y 2), principalmente, y medios (quintiles 3 y 4), y esta desigualdad se ha incrementado en comparación con los 90.

#### *Informalidad laboral de los jóvenes ocupados de 15 a 24 años*

Por su parte, en los últimos años hubo una reducción de la informalidad laboral juvenil (45,7%) en relación al período de crisis (2003: 55,9% trabajadores jóvenes informales), ya que con respecto a 1990, la informalidad laboral juvenil es levemente mayor con una diferencia de 5 p. p. Y continúa afectando más a los jóvenes de 15 a 19 años (2011: 57,7% jóvenes adolescentes y 42,0% jóvenes de 20 a 24 años) y a las mujeres, en las cuales aumenta la inserción en ese sector (1998:30,5% y 2011:39,8%). Mientras que la cantidad de jóvenes insertos en servicio doméstico entre punta y punta

de los períodos analizados prácticamente se mantiene, representando el 8,1% en el año 2011 (1998:7,4%).

También, la informalidad aumentó más en los jóvenes de hogares con jefatura femenina, habiendo en estos hogares en el año 2011 un 47,1% de jóvenes insertos en trabajos informales y en los hogares de jefatura masculina un 44,9% en esa condición. Y Se ha acentuado la brecha al respecto por nivel de ingreso de los hogares a los que pertenecen dado que los jóvenes de mejores recursos (quintil 5) con inserción en el sector formal pasaron del 67,0% en 1998 al 71,2% en 2011, mientras que menguaron los jóvenes de hogares de ingresos medios (quintiles (3 y 4) con empleos en el sector formal, pasando del 57,8% en 1998 a 53% en 2011, y los jóvenes de hogares de ingresos más bajos (quintiles 1 y 2), pasando del 38,6% en 1998 al 35,7% en 2011.

#### *Calificación ocupacional de los jóvenes ocupados de 15 a 24 años*

Finalmente, en lo que atañe a la calificación ocupacional juvenil, mermaron los jóvenes ocupados no calificados en relación a los 90 (1998:43,6% y 2011:40,7%), aumentaron los jóvenes con calificaciones técnicas u operativas, pasando de un 50,4% en 1998 a un 56,5% en 2011 y bajó un poco el porcentaje de jóvenes con calificación profesional, pasando de un 6,0% en 1998 a un 2,8% en 2011.

Quienes se insertan en mayor medida en trabajos calificados, ya sea de calificación profesional, técnica u operativa, son los jóvenes de 20 a 24 años, si bien merma levemente esta brecha con los jóvenes adolescentes en 3.5 p. p. Específicamente, los jóvenes adolescentes que trabajan en empleos con calificación técnica u operativa pasan de un 34,1% en 1998 a un 41,8% en 2011, mientras que los jóvenes de 20 a 24 años insertos en este tipo de ocupaciones pasan de un 56,4% a un 60,6%.

Por su parte, en relación a los 90, se achicó la brecha de las mujeres jóvenes ocupadas en trabajos con calificación técnica-operativa desde una mirada relativa con los varones jóvenes ocupados. Las mujeres insertas en trabajos calificados técnicos u operativos pasan de un 42,5% a un 52% entre punta y punta de los períodos analizados y los varones pasan de un 55,1% a un 59,3%. Sin embargo, la baja de puestos de trabajos juveniles con calificación profesional afecta centralmente a las mujeres, que pasan de un 8,5% en 1998 a un 2,7% en 2011, mientras que los varones pasan de un 4,5% en 1998 a un 2,8% en 2011.

A su vez, la merma de trabajos juveniles no calificados se da centralmente en jóvenes de hogares con jefatura femenina que pasan de un 48,1% en 1998 a un 42,1% en 2011, mientras que los jóvenes de hogares con jefatura masculina pasan de un 42,0% en 1998 a un 40,0% en 2011.

El diferencial en las calificaciones ocupacionales juveniles por nivel de ingresos de los hogares ha mermado en comparación con la década del 90. Los jóvenes de bajos recursos (quintiles 1 y 2) con calificaciones técnicas u operativas aumentan en 7 p. p., pasando de 40,6% en 1998 al 47,3% en 2011, los jóvenes de ingresos medios (quintiles 3 y 4) con este tipo de calificación se acrecientan llegando a una diferencia de 10.1 p. p. (1998:54,1% y 2011:64,2%) y los jóvenes de ingresos más altos (quintil 5) crecen en menor medida con una diferencia de 2.8 p. p., pasando de un 65,8% en 1998 a un 68,6% en 2011.

De esta manera, en el actual período post-convertibilidad hubo una mejora de muchas de las variables que dan cuenta de la calidad de la inserción laboral de los jóvenes como de la calidad educativa

Por último, a modo de síntesis, se destacan los cambios acontecidos en el período 2002-2011 (en comparación con el período 1991-2001) en la calidad laboral y educativa de los jóvenes:

- Aumentan los jóvenes de 15 a 24 años que solamente estudian disminuyendo los jóvenes que solo trabajan o buscan trabajo y ello se da centralmente en los jóvenes adolescentes.
- Se acentuó la tendencia que haya más jóvenes mujeres que solo estudian y más jóvenes que solo estudian en hogares con jefatura masculina
- En los hogares que jefatura femenina aumentó levemente el porcentaje de jóvenes de 15 a 24 años que solo trabajan
- Hay más jóvenes de 15 a 24 años de hogares de ingresos más bajos que solo estudian, igualándose las oportunidades de dedicarse a ello según nivel socioeconómico.
- La mayoría de los jóvenes inactivos de 15 a 24 años estudian y se acrecentó esta tendencia, centralmente en los jóvenes de 20 a 24 años
- Los jóvenes inactivos de 15 a 24 años que no estudian constituyen un grupo importante, que ha bajado levemente, y esta baja fue mayor en los jóvenes inactivos que no estudian de 20 a 24 años (si bien hay más jóvenes de 20 a 24 años inactivos que no estudian)
- Aumentan los jóvenes de 19 a 24 años que finalizaron el secundario y cada vez hay más mujeres que varones que lo finalizan
- Merma la leve tendencia a que terminen más el secundario los jóvenes que pertenecen a hogares donde la jefatura le compete a una mujer
- Han mermado las desigualdades de los jóvenes según nivel de ingresos de las familias para acceder a dicho diploma
- Hay más jóvenes de 25 a 29 años que finalizan el nivel superior y cada vez hay más mujeres que varones que lo finalizan
- Se mantiene la leve tendencia a que terminen un poco más el nivel superior los jóvenes de hogares de jefatura femenina
- Hay un incremento de los jóvenes de 25 a 29 años que finalizan el terciario o la universidad pertenecientes a los hogares del segundo grupo de quintiles (3 y 4) principalmente y del primer grupo de quintiles (1 y 2).
- Hay más jóvenes de 15 a 24 años que trabajan en situación de ocupación plena, menguando las brechas por edad, sexo y nivel de ingreso del hogar, no así por sexo del jefe de hogar.
- Hay más jóvenes de 15 a 24 años que trabajan en ocupaciones con calificaciones técnicas u operativas, mermando la brecha por edad, como por sexo, nivel de ingreso del hogar y sexo del jefe de hogar. Sin embargo, hubo una baja de puestos de trabajos juveniles con calificación profesional que afecta centralmente a las mujeres.

Ahora bien, aquellas variables que reflejan las calificaciones centralmente laborales juveniles que no han mejorado sustancialmente en relación a los 90, presentan en la mayoría de los casos un incremento de las brechas por edad, sexo, nivel de ingreso del hogar y sexo del jefe de hogar.

- La precariedad juvenil no ha variado sustancialmente, siendo algo menor en comparación con 1998 y se amplían brechas por edad, sexo del jefe de hogar y nivel de ingresos de los hogares, habiendo una merma más acentuada en la precariedad en las jóvenes mujeres.

- Hubo una reducción de la informalidad laboral juvenil respecto de 2003, aunque sin alcanzar los niveles de 1998, y continúa afectando más a las mujeres, a los adolescentes y se amplía la brecha por jefatura del hogar y nivel de ingreso del hogar.

### **Conclusión general y aportes para pensar lineamientos de políticas**

Los datos analizados manifiestan que el Estado, ha facilitado, en gran medida, un uso más eficiente de los recursos que poseen los hogares y los jóvenes que residen en ellos, haciendo posible la generación o regeneración de activos juveniles en materia educativa y laboral –retroalimentado otros capitales-, durante el período 2002-2011, en comparación con los 90.

Actualmente hay más y mejores oportunidades educativas, principalmente, como laborales para los jóvenes en comparación con los 90, y ello disminuye las posibilidades de caer en la vulnerabilidad y en la marginalidad social para este grupo. Para muchos jóvenes, hoy las condiciones sociolaborales como educativas que transitan, los alejan de una predisposición a una movilidad social descendente (o poco proclives a mejorar su situación), dado el contexto de patrones de movilidad e integración social que brindan las estructuras de oportunidades, si bien estos cambios positivos no abarca a todos los jóvenes.

En este sentido, más allá de las evoluciones positivas en las variables de inserción laboral de los jóvenes y la merma de varias de las diferencias en las calificaciones laborales de los jóvenes según el nivel socioeconómico de la familia de origen, persisten problemáticas juveniles en el tema, como ser la desocupación. También, la precariedad e informalidad laboral juvenil no han variado sustancialmente y si bien bajó un poco ese núcleo duro de jóvenes que no estudian ni trabajan, todavía es un grupo considerable y muchos de ellos están expuestos a una mayor vulnerabilidad al incrementarse el porcentaje de jóvenes que no estudian, no trabajan y no buscan un empleo. Además, de los jóvenes no estudiantes, los más vulnerables son los jóvenes que residen en hogares del primer grupo de quintiles (1 y 2), dado que son los que tienen más probabilidades de no trabajar, y, por ende, de ser jóvenes que no estudian y no trabajan, incluso habiendo terminado el secundario.

Estas condiciones negativas para algunos resultan un tránsito hacia la estabilización y para otros pueden transformarse en una condición permanente, por ello ameritan la continuidad de estudios al respecto que contribuyan a la definición de políticas para los jóvenes más vulnerables.

Cabe decir que estas problemáticas en torno al empleo se dan en gran medida por las condiciones de contexto a nivel global, como la segmentación de mercados, los nuevos usos tecnológicos y restricciones de calificación que presenta el mercado laboral. Pero también, caben mencionar cuestiones subjetivas inherentes a los jóvenes de acuerdo a la literatura en el tema, como por ejemplo, la alta movilidad entre condiciones de actividad y entre empleos que caracteriza los primeros años de la vida activa. Esto sugiere que, además de la situación del mercado laboral, en las trayectorias juegan las subjetividades en torno al empleo, como ser salidas voluntarias; acceder a un empleo sin “buscarlo”, etc. A su vez, las preferencias culturales de los jóvenes en contraposición a la cultura dominante -que marca las pautas exigidas por el mercado de trabajo-, resultan hoy también un punto de tensión al momento de insertarse al mercado laboral. Por desconocimiento o por la tensión con el entorno, es muy frecuente que los jóvenes no conozcan las actitudes, modalidades y formas de presentación valoradas por las empresas.

En materia educativa, no solo hay más adolescentes y jóvenes insertos en el sistema educativo, continuándose con el proceso de masificación de obligatoriedad subjetiva, sino que hay una tendencia

general de mejora de la calidad educativa, ya que hoy existen más jóvenes que acceden a los diplomas de nivel medio y superior y hay mejoras en los resultados de las pruebas de evaluación de calidad, según se mencionó<sup>52</sup>. Si bien persisten escolaridades de “distinta intensidad” en función del grupo social de origen de los estudiantes, acorde a las investigaciones en la temática. Así, mientras la experiencia escolar de los alumnos de sectores socioeconómicos altos es intensa y deja una fuerte marca subjetiva, la experiencia escolar de los jóvenes pobres es de “baja intensidad” y muchas veces no otorga una experiencia subjetiva diferencial. Pero no hay que olvidar que para los jóvenes provenientes de sectores más desfavorecidos, la educación sigue siendo el único camino de acceso a la cultura.

Además, si bien es destacable el cambio de rumbo en materia laboral y educativa de los jóvenes, no hay que descuidar que en lo que atañe a las calificaciones alcanzadas pareciera ser que las condiciones familiares tienen un peso clave, y más allá de un contexto positivo y favorable para que los jóvenes logren realizarse, las mismas, muchas veces, tornan difícil, cuando no imposible, estas realizaciones juveniles que permiten un pasaje al mundo adulto más inclusivo socialmente.

Asimismo, aunque no ha sido estudiado en este trabajo, es apropiado mencionar que en los últimos años cobra fuerza nuevamente la participación política ciudadana en general como juvenil y con una impronta de trabajo solidario en y con la comunidad local en la vida cotidiana, que hace posible fortalecer, en cierta medida, el capital social y simbólico con que cuentan los jóvenes. Ya que también ello contribuye a fortalecer la interacción entre adolescentes y jóvenes de distintos estratos sociales. Lo que permite a los jóvenes más vulnerables interactuar con otros posibles modelos de rol, ampliando sus posibilidades de acceso a los patrones normativos de la sociedad global y sus conocimientos sobre el acceso a los servicios en general. En este proceso también incide notablemente la continuidad y profundización de la política educativa de creación de nuevas universidades nacionales en espacios territoriales más propicios para el acceso de sectores populares.

Al respecto, resulta importante no solo el empoderamiento social de los sectores populares en tanto estrategia de desarrollo y resolución de sus problemáticas, sino que además no es menos importante el compartir con otras clases experiencias que alimentan el portafolio de activos de los mismos, centralmente el capital cultural en estado incorporado, viabilizando mayores y mejores oportunidades económicas y laborales.

De este modo, durante el período post-convertibilidad se observan una serie de cambios positivos en las condiciones laborales y educativas de los jóvenes de hogares urbanos de Argentina, si bien la problemática juvenil resulta de gran heterogeneidad ante las diferentes trayectorias experimentadas y los diferentes activos acumulados. Es decir que no todos los jóvenes se encuentran en la misma situación y, por tanto, no todos tienen las mismas necesidades de política pública. Por ejemplo, al realizarse un cruce entre la situación educativa y la situación de empleo de los jóvenes se encuentran diversos grupos que podrían ser considerados para fines de política: hay jóvenes que solo estudian y sus preocupaciones pasan por la calidad de la educación a la que acceden; hay jóvenes que estudian y al mismo tiempo trabajan (algunos trabajan para estudiar), hay jóvenes que no estudian ni trabajan, entre otros.

Las instituciones del Estado, con su potencial efecto distributivo, vienen jugando un papel crucial en la conformación de oportunidades, las cuales a través de su impacto directo o indirecto, inciden sobre la ampliación de la estructura de oportunidades de los hogares en Argentina, viabilizando la

---

<sup>52</sup> Hay que recordar que en los 90, la ampliación de la cobertura educativa en todos los niveles de la enseñanza se da en un contexto de recursos escasos, generando una profundización de los procesos de segmentación del sistema educativo, con su correlato en la creación de calidades educativas diferentes; incluso no significó una recuperación de los fenómenos de repitencia y abandono.

generación o regeneración de activos juveniles en materia educativa y laboral, durante el período 2002-2011.

El problema de la integración social juvenil requiere de la continuidad de un contexto general de crecimiento económico con mayor equidad distributiva aún. El crecimiento, la demanda de empleo y una mejor distribución del ingreso en favor de los grupos más postergados son indispensables para la inclusión social de una gran mayoría de jóvenes, de acuerdo a la literatura en la temática.

Ante ello, la inclusión de los jóvenes amerita reflexionar en torno a la necesidad de continuidad y profundización de las políticas activas de promoción del crecimiento y de las políticas laborales que favorecen el primer empleo y la formación profesional de los jóvenes, como de las políticas educativas nacionales, en función de garantizar una formación integral y de excelencia para todos los jóvenes, y en particular, en función de resolver los déficits que sufren los sectores más rezagados, favoreciendo su transición hacia el mundo laboral<sup>53</sup>.

En este sentido, tal como lo sostienen algunos especialistas en el tema como por las evidencias empíricas que arroja este trabajo, es indispensable la continuidad de las políticas sociales universales implantadas, que han resultado exitosas por sus coberturas tan amplias aunque no suficientes. Por ello, es indispensable también “focalizar para universalizar” al decir de los expertos en la materia. Ello implica detectar sectores específicos que han quedado rezagados, concebir nuevas herramientas de política social y reconocerlos como titulares de derechos. Siguiendo con la actual concepción de las políticas que hacen centro en la desigualdad (sin definir discrecionalmente a los grupos tutelados sino fijando pautas objetivas, cuyo cumplimiento habilita el reclamo del beneficio), a diferencia de las políticas noventistas, que hacían centro en la pobreza que diferencia y compartimenta.

---

<sup>53</sup> Al respecto, la creación del Programa de Respaldo a Estudiantes de Argentina (PROG.R.ES.AR) por el Decreto 84/2014, se delineado en ese sentido. Este programa, crea un nuevo derecho para los jóvenes vulnerables de 18 a 24 años, que no trabajan o lo hacen formal o informalmente y sus ingresos son inferiores al salario mínimo, vital y móvil y sus grupos familiares poseen iguales condiciones, con el objetivo que logren iniciar o completar sus estudios en cualquier nivel educativo.

## **Anexo Metodológico**

### **A) Aspectos Metodológicos Básicos de la Encuesta Permanente de Hogares (EPH)**

En este trabajo la información estadística que se presenta fue elaborada a partir de los datos brindados por la Encuesta Permanente de Hogares (EPH) del INDEC.

La EPH es un programa nacional e intercensal que se desarrolla en el INDEC desde 1973 y en conjunto con las Direcciones de Estadística desde 1974, y releva información socio-laboral y socio-económica.

Específicamente, la EPH es una encuesta de propósitos múltiples que releva información sobre hogares y personas en torno a las siguientes temáticas: situación laboral, características demográficas básicas (edad, sexo, situación conyugal, etc.), características migratorias, habitacionales, educacionales e ingresos.

Con un plan de incorporación progresiva, se ha llegado a cubrir 31 aglomerados urbanos con más de 200 mil habitantes y cubre aproximadamente el 70% de la población urbana y el 60% de la población total. Por tal motivo, la información que se presenta en este trabajo corresponde a la situación de la población cubierta por esta encuesta y no a la población total del país.

Se aplica en la Argentina desde 1973 mediante la medición puntual en dos ondas anuales: mayo y octubre. A partir de 2003, la EPH se transforma en un relevamiento continuo que produce resultados con frecuencia trimestral y semestral. En su modalidad continua, se basa en una muestra probabilística, estratificada, en dos etapas de selección, en la que se mantienen las mismas áreas seleccionadas para la EPH puntual.

A los fines de este estudio para el año 1998 utilizó la EPH Puntual Onda Octubre y para los años 2003, 2006 y 2011 se utilizó la EPH Continua segundo semestre. Estos datos permiten la comparación de los cambios ocurridos en las dimensiones sociales consideradas entre los períodos 1991-2001/2002-2011.

En lo que respecta a los datos correspondientes al año 1998, con el fin de contar con una base que contenga la totalidad de los aglomerados urbanos relevados se ha trabajado con un método de compatibilización de las bases informáticas brindadas por el INDEC.

La compatibilización se realizó mediante un procedimiento que se denomina sincrónico, donde el interés se centró en unir las bases dentro del año analizado para obtener una única base completa. Mientras que para los restantes años que se utilizó la EPH, no se requirió aplicar este procedimiento dado que el INDEC brinda la base única con todos los aglomerados urbanos relevados.

Por último, cabe aclarar que en el procesamiento y análisis de los datos de la EPH, se ha utilizado la ponderación que la base de datos incluye como factor de expansión de la muestra al universo. Esta variable de ponderación tiene la función de otorgar el “peso” que tiene cada caso en la estructura poblacional y “expande” al número de casos que representa en el universo. Esta ponderación es pertinente utilizarla en los análisis de tipo descriptivos, pero en el caso de modelos estadísticos complejos como las regresiones, no es adecuado aplicar dicha ponderación porque el trabajar con un número de casos muy grande, puede generar que las variables tiendan a ser todas estadísticamente significativas. Por este motivo para el desarrollo de regresiones logísticas se utilizó una ponderación escalada que nos permite ponderar los casos para que reflejen la estructura poblacional pero sin expandir la muestra al número de casos que representa

## B) El Procedimiento de Regresión Logística

Es apropiado destacar que el análisis estadístico basado en la técnica de regresión logística resulta posible cuando el modelo teórico considerado ha definido una variable dependiente (Dummy) dicotómica (Y), y se tienen N variables independientes (X) (estén estas definidas en escala métrica, ordinal o nominal) (Aldrich, Forrest, 1984).

Es importante también señalar que este procedimiento agrega un efecto o variable independiente como factor aleatorio no observable (U) llamado error estocástico. El mismo da cuenta del componente de la variable dependiente que no logran explicar las variables independientes consideradas (Cortés, Rubalcava, 1991).

Además, cabe aclarar que para los diferentes modelos obtenidos se utilizó el procedimiento estadístico basado en el proceso de eliminación regresiva de efectos “no significativos”. Este procedimiento de regresión procede en un primer momento a ajustar el modelo teórico completo, para luego, en caso que resulte pertinente, ir eliminando efectos poco significativos (con 90% de confianza) o de escaso peso numérico para la explicación de la variable dependiente, manteniendo constante (controlando) el efecto del resto de las variables.

A continuación se detallan los coeficientes y estimadores estadísticos que brinda dicho procedimiento:

1) El coeficiente Ji-cuadrado de Máxima Verosimilitud (-2LL) es el valor que asume el modelo considerando las variables explicativas incluidas en el mismo. Su disminución da cuenta de una mejora en la capacidad explicativa del modelo.

2) La “Ji-cuadrada del Modelo” se refiere a la diferencia entre el valor sin efecto explicativo (Constante) y el -2LL. La P. es su significancia tomando en cuenta sus grados de libertad. Su aumento indica una mejora en la capacidad explicativa.

3) El “Overall” muestra la probabilidad general que presenta la ecuación para poder predecir las variaciones de la variable dependiente.

4) Los coeficientes B miden el impacto de cada variable independiente sobre el logit de la variable dependiente, controlando el efecto de las restantes variables que puedan integrar el modelo (impacto neto). En modelos no lineales el efecto neto de estas variables sobre la variable explicada no es constante, sino que varía según los valores que hayan alcanzado a las otras variables. Por otra parte, el error estándar (ES) refiere a la bondad del coeficiente B.

5) El Wald sirve para medir si los coeficientes de regresión (B) son significativos. Cuanto más grande es el wald, más significativo resulta el coeficiente. Asimismo, la Sig. da cuenta también de este hecho.

Pero en este caso, un valor pequeño en la Sig. lleva a rechazar la hipótesis que un efecto sea estadísticamente igual a cero.

6) Finalmente, el término Exp (B) es el factor por el cual varía la razón de momio de la variable a explicar cuando hay un cambio unitario en el valor de una variable independiente controlando las restantes.

## Tablas Complementarias correspondientes al Capítulo VI

### Factores que intervienen en la probabilidad de estar activos por parte de los jóvenes no jefes ni cónyuges entre 15 y 24 años Total Aglomerados urbanos, 1998 y 2011.

#### Año 1998

Tabla de clasificación(a)

Observado		Pronosticado		
		Activos vs Inactivos		Porcentaje correcto
		Inactivo	Activo	
Activos vs Inactivos	Inactivo	8.164	1.817	81,8
	Activo	1.600	5.041	75,9
Porcentaje global		79,3		

a. El valor de corte es ,500

<b>Coefficiente de bondad de ajuste del modelo</b>	<b>Chi-cuadrado</b> 1.259.813,318	<b>gl</b> 15	<b>Sig.</b> 0,000
--	--------------------------------------	-----------------	----------------------

Resumen de los modelos

-2 log de la verosimilitud	R cuadrado de Cox y Snell	R cuadrado de Nagelkerke
2.300.940,194	0,384	0,515

Variables en la ecuación

Variables en la ecuación	B	E.T.	Wald	gl	Sig.	Exp(B)
Nivel educativo			50.228,402	3	0,000	
Nivel educativo (PC SI)	0,517	0,009	3.552,216	1	0,000	1,678
Nivel educativo (SC)	1,048	0,011	9.890,637	1	0,000	2,852
Nivel educativo (S/UI S/UC)	1,609	0,010	25.192,454	1	0,000	4,998
Máximo nivel de instrucción del hogar			10.254,364	3	0,000	
Máximo nivel de instrucción del hogar (PI)	-0,048	0,006	64,558	1	0,000	0,953
Máximo nivel de instrucción del hogar (PC SI)	-0,311	0,007	1.837,900	1	0,000	0,733
Máximo nivel de instrucción del hogar (UI UC)	-0,575	0,008	5.693,637	1	0,000	0,563
Nivel de ingresos del hogar			12.682,623	2	0,000	
Nivel de ingresos del hogar (quintiles 3 y 4)	0,431	0,004	10.962,864	1	0,000	1,539
Nivel de ingresos del hogar (quintil 5)	0,575	0,007	7.684,049	1	0,000	1,777
Máxima Calificación laboral del hogar			3.497,233	2	0,000	
Máxima Calificación laboral del hogar (Otra Calif. –Calificación técnica u operativa-)	0,267	0,007	1.671,973	1	0,000	1,306
Máxima Calificación laboral del hogar (No Calif.)	0,414	0,007	3.277,710	1	0,000	1,513
Asistencia Educativa (Asiste)	-2,644	0,004	390.811,945	1	0,000	0,071
Sexo (Mujer)	-0,913	0,003	71.666,196	1	0,000	0,401
Sexo del jefe de hogar (Mujer)	0,216	0,004	2.384,788	1	0,000	1,241
Tamaño del hogar	0,013	0,001	206,249	1	0,000	1,013
Rango de edad (20-24)	1,221	0,004	101.448,679	1	0,000	3,391
Constante	-0,147	0,013	122,932	1	0,000	0,863

**Año 2011**

**Tabla de clasificación(a)**

Observado		Pronosticado		
		Activos vs Inactivos		Porcentaje correcto
		Inactivo	Activo	
Activos vs Inactivos	Inactivo	8.496	1.630	83,9
	Activo	1.635	4.083	71,4
Porcentaje global		78,5		

a. El valor de corte es ,500

<b>Coefficiente de bondad de ajuste del modelo</b>	<b>Chi-cuadrado</b> 1800.003,739	<b>gl</b> 15	<b>Sig.</b> 0,000
--	-------------------------------------	-----------------	----------------------

**Resumen de los modelos**

<b>-2 log de la verosimilitud</b>	<b>R cuadrado de Cox y Snell</b>	<b>R cuadrado de Nagelkerke</b>
3.360.023,937	0,384	0,483

**Variables en la ecuación**

Variables en la ecuación	B	E.T.	Wald	gl	Sig.	Exp(B)
Nivel educativo			78.693,405	3	0,000	
Nivel educativo (PC SI)	0,574	0,006	8.070,016	1	0,000	1,776
Nivel educativo (SC)	0,846	0,007	15.070,056	1	0,000	2,330
Nivel educativo (S/UI S/UC)	1,541	0,007	45.903,116	1	0,000	4,670
Máximo nivel de instrucción del hogar			40.810,632	3	0,000	
Máximo nivel de instrucción del hogar (PI)	0,108	0,005	403,656	1	0,000	1,114
Máximo nivel de instrucción del hogar (PC SI)	-0,312	0,006	2.885,117	1	0,000	0,732
Máximo nivel de instrucción del hogar (UI UC)	-0,583	0,006	9.296,752	1	0,000	0,558
Nivel de ingresos del hogar			58.802,251	2	0,000	
Nivel de ingresos del hogar (quintiles 3 y 4)	0,590	0,003	42.830,932	1	0,000	1,804
Nivel de ingresos del hogar (quintil 5)	0,970	0,005	39.604,606	1	0,000	2,638
Máxima Calificación laboral del hogar			860,178	2	0,000	
Máxima Calificación laboral del hogar (Otra Calif. –Calificación técnica u operativa-)	0,159	0,006	805,795	1	0,000	1,173
Máxima Calificación laboral del hogar (No Calif.)	0,175	0,006	818,250	1	0,000	1,192
Asistencia Educativa (Asiste)	-2,203	0,003	447.137,638	1	0,000	0,110
Sexo (Mujer)	-0,836	0,002	113.182,736	1	0,000	0,434
Sexo del jefe de hogar (Mujer)	0,246	0,003	7.997,531	1	0,000	1,279
Tamaño del hogar	0,004	0,001	46,741	1	0,000	1,004
Rango de edad (20-24)	1,280	0,003	215.641,279	1	0,000	3,597
Constante	-0,689	0,010	4.337,506	1	0,000	0,502

**Factores que intervienen en la probabilidad de trabajar por parte de los jóvenes no jefes ni cónyuges entre 15 y 24 años  
Total Aglomerados urbanos, 1998 y 2011.**

**Año 1998**

**Tabla de clasificación(a)**

Observado		Pronosticado		
		Ocupados vs Desocupados		Porcentaje correcto
		No trabaja	Trabaja	
Ocupados vs Desocupados	No trabaja	747	721	50,9
	Trabaja	160	5.013	96,9
Porcentaje global		80,1		

a. El valor de corte es ,500

<b>Coeficiente de bondad de ajuste del modelo</b>	<b>Chi-cuadrado</b> 122.339,647	<b>gl</b> 15	<b>Sig.</b> 0,000
---	------------------------------------	-----------------	----------------------

**Resumen de los modelos**

<b>-2 log de la verosimilitud</b>	<b>R cuadrado de Cox y Snell</b>	<b>R cuadrado de Nagelkerke</b>
1.450.412,173	0,199	0,182

**Variables en la ecuación**

<b>Variables en la ecuación</b>	<b>B</b>	<b>E.T.</b>	<b>Wald</b>	<b>gl</b>	<b>Sig.</b>	<b>Exp(B)</b>
Nivel educativo			1.353,501	3	0,000	
Nivel educativo (PC SI)	0,368	0,012	976,432	1	0,000	1,444
Nivel educativo (SC)	0,402	0,013	925,364	1	0,000	1,494
Nivel educativo (S/UI S/UC)	0,527	0,014	1.348,491	1	0,000	1,694
Máximo nivel de instrucción del hogar			7.450,789	3	0,000	
Máximo nivel de instrucción del hogar (PI)	-0,741	0,011	4.890,678	1	0,000	0,547
Máximo nivel de instrucción del hogar (PC SI)	-0,285	0,010	859,939	1	0,000	0,752
Máximo nivel de instrucción del hogar (UI UC)	-0,054	0,007	52,666	1	0,000	0,977
Nivel de ingresos del hogar			68.906,172	2	0,000	
Nivel de ingresos del hogar (quintiles 3 y 4)	1,198	0,006	46.143,925	1	0,000	3,312
Nivel de ingresos del hogar (quintil 5)	2,801	0,013	45.393,937	1	0,000	16,458
Máxima Calificación laboral del hogar			2.741,787	2	0,000	
Máxima Calificación laboral del hogar (Otra Calif. -Calificación técnica u operativa-)	-0,343	0,012	779,444	1	0,000	0,710
Máxima Calificación laboral del hogar (No Calif.)	-0,101	0,013	62,887	1	0,000	0,904
Asistencia Educativa (Asiste)	0,140	0,007	463,952	1	0,000	1,151
Sexo (Mujer)	-0,392	0,005	6.430,258	1	0,000	0,676
Sexo del jefe de hogar (Mujer)	0,096	0,006	254,237	1	0,000	1,100
Tamaño del hogar	0,142	0,001	12.796,095	1	0,000	1,153
Rango de edad (20-24)	0,420	0,005	7.207,962	1	0,000	1,522
Constante	-0,494	0,019	643,312	1	0,000	0,610

**Año 2011**

**Tabla de clasificación(a)**

Observado		Pronosticado		
		Ocupados vs Desocupados		Porcentaje correcto
		No trabaja	Trabaja	
Ocupados vs Desocupados	No trabaja	454	462	49,5
	Trabaja	115	4.687	97,6
Porcentaje global		79,1		

a. El valor de corte es ,500

Coeficiente de bondad de ajuste del modelo	Chi-cuadrado	gl	Sig.
	131.284,402	15	0,000

**Resumen de los modelos**

-2 log de la verosimilitud	R cuadrado de Cox y Snell	R cuadrado de Nagelkerke
1.710.853,382	0,201	0,187

**Variables en la ecuación**

Variables en la ecuación	B	E.T.	Wald	gl	Sig.	Exp(B)
Nivel educativo			2.770,202	3	0,000	
Nivel educativo (PC SI)	-0,084	0,007	52,666	1	0,000	0,917
Nivel educativo (SC)	0,032	0,001	3.088,487	1	0,000	1,080
Nivel educativo (S/UI S/UC)	0,101	0,013	2.568,598	1	0,000	1,108
Máximo nivel de instrucción del hogar			5.413,918	3	0,000	
Máximo nivel de instrucción del hogar (PI)	-0,485	0,009	3.195,053	1	0,000	0,616
Máximo nivel de instrucción del hogar (PC SI)	-0,303	0,009	5.088,487	1	0,000	0,716
Máximo nivel de instrucción del hogar (UI UC)	-0,244	0,010	2.003,069	1	0,000	0,841
Nivel de ingresos del hogar			64.056,954	2	0,000	
Nivel de ingresos del hogar (quintiles 3 y 4)	1,076	0,005	54.445,221	1	0,000	2,932
Nivel de ingresos del hogar (quintil 5)	1,505	0,009	29.550,105	1	0,000	4,504
Máxima Calificación laboral del hogar			6.847,397	2	0,000	
Máxima Calificación laboral del hogar (Otra Calif. –Calificación técnica u operativa-)	0,758	0,009	6.832,737	1	0,000	2,134
Máxima Calificación laboral del hogar (No Calif.)	0,747	0,010	5.775,186	1	0,000	2,111
Asistencia Educativa (Asiste)	0,110	0,005	2.399,564	1	0,000	1,125
Sexo (Mujer)	-0,256	0,004	3.888,511	1	0,000	0,775
Sexo del jefe de hogar (Mujer)	0,173	0,004	1.565,592	1	0,000	1,189
Tamaño del hogar	0,180	0,001	26.868,805	1	0,000	1,197
Rango de edad (20-24)	0,689	0,004	25.947,725	1	0,000	1,992
Constante	-0,228	0,018	158,879	1	0,000	0,796

**Factores que intervienen en la probabilidad de asistir por parte de los jóvenes no jefes ni cónyuges entre 15 y 24 años  
Total Aglomerados urbanos, 1998 y 2011.**

**Año 1998**

**Tabla de clasificación(a)**

Observado		Pronosticado		
		Asiste vs No asiste		Porcentaje correcto
		No Asiste	Asiste	
Asiste vs No asiste	No Asiste	4.801	3.069	61,0
	Asiste	709	8.043	91,9
Porcentaje global		79,1		

a. El valor de corte es ,500

<b>Coeficiente de bondad de ajuste del modelo</b>	<b>Chi-cuadrado</b> 1.190.929,972	<b>gl</b> 14	<b>Sig.</b> 0,000
---	--------------------------------------	-----------------	----------------------

**Resumen de los modelos**

<b>-2 log de la verosimilitud</b>	<b>R cuadrado de Cox y Snell</b>	<b>R cuadrado de Nagelkerke</b>
2.338.518,884	0,367	0,495

**Variables en la ecuación**

<b>Variables en la ecuación</b>	<b>B</b>	<b>E.T.</b>	<b>Wald</b>	<b>gl</b>	<b>Sig.</b>	<b>Exp(B)</b>
Condición de Actividad			103.414,814	2	0,000	
Desempleado	-0,203	0,013	0,076	1	0,000	0,801
Inactivo	2,803	0,010	80.174,154	1	0,000	16,001
Máximo nivel de instrucción del hogar			77.961,283	3	0,000	
Máximo nivel de instrucción del hogar (PI)	0,498	0,006	8.122,903	1	0,000	1,645
Máximo nivel de instrucción del hogar (PC SI)	1,382	0,007	40.067,110	1	0,000	3,982
Máximo nivel de instrucción del hogar (UI UC)	1,732	0,008	52.673,401	1	0,000	5,654
Nivel de ingresos del hogar			487,814	2	0,000	
Nivel de ingresos del hogar (quintiles 3 y 4)	0,093	0,004	262,533	1	0,000	1,165
Nivel de ingresos del hogar (quintil 5)	0,601	0,008	52,735	1	0,000	1,650
Máxima Calificación laboral del hogar			4.156,103	2	0,000	
Máxima Calificación laboral del hogar (Otra Calif. -Calificación técnica u operativa-)	-0,493	0,008	4.143,952	1	0,000	0,611
Máxima Calificación laboral del hogar (No Calif.)	-0,483	0,008	3.514,627	1	0,000	0,617
Sexo (Mujer)	0,429	0,003	17.075,738	1	0,000	1,535
Sexo del jefe de hogar (Mujer)	-0,361	0,004	6.931,768	1	0,000	0,697
Tamaño del hogar	-0,108	0,001	15.168,260	1	0,000	0,898
Rango de edad (20-24)	-2,184	0,004	262.915,908	1	0,000	0,113
Constante	0,233	0,013	301,879	1	0,000	1,062

**Año 2011**

**Tabla de clasificación(a)**

Observado		Pronosticado		
		Asiste vs No asiste		Porcentaje correcto
		No Asiste	Asiste	
Asiste vs No asiste	No Asiste	4.501	1.975	69,5
	Asiste	459	8.909	95,1
Porcentaje global		85,6		

a. El valor de corte es ,500

Coeficiente de bondad de ajuste del modelo	Chi-cuadrado	gl	Sig.
	2.902.398,837	14	0,000

**Resumen de los modelos**

-2 log de la verosimilitud	R cuadrado de Cox y Snell	R cuadrado de Nagelkerke
3.423.855,859	0,454	0,620

**Variables en la ecuación**

Variables en la ecuación	B	E.T.	Wald	gl	Sig.	Exp(B)
Condición de Actividad			133.519,820	2	0,000	
Desempleado	-0,205	0,010	0,273	1	0,000	0,799
Inactivo	2,901	0,011	91.163,145	1	0,000	16,110
Máximo nivel de instrucción del hogar			112.634,345	3	0,000	
Máximo nivel de instrucción del hogar (PI)	0,421	0,006	5.527,605	1	0,000	1,524
Máximo nivel de instrucción del hogar (PC SI)	1,222	0,006	38.120,918	1	0,000	3,395
Máximo nivel de instrucción del hogar (UI UC)	1,582	0,007	56.543,253	1	0,000	4,865
Nivel de ingresos del hogar			9.986,142	2	0,000	
Nivel de ingresos del hogar (quintiles 3 y 4)	0,105	0,003	6.327,788	1	0,000	1,090
Nivel de ingresos del hogar (quintil 5)	0,271	0,007	1.330,849	1	0,000	1,311
Máxima Calificación laboral del hogar			1.532,870	2	0,000	
Máxima Calificación laboral del hogar (Otra Calif. -Calificación técnica u operativa-)	-0,147	0,008	305,470	1	0,000	0,863
Máxima Calificación laboral del hogar (No Calif.)	-0,249	0,009	809,070	1	0,000	0,779
Sexo (Mujer)	0,439	0,003	24.573,136	1	0,000	1,552
Sexo del jefe de hogar (Mujer)	-0,317	0,003	10.596,026	1	0,000	0,728
Tamaño del hogar	-0,126	0,001	33.339,291	1	0,000	0,882
Rango de edad (20-24)	-2,630	0,003	582.552,045	1	0,000	0,072
Constante	0,922	0,012	5.840,290	1	0,000	2,016

## Bibliografía

Abad M. (2002), "Las políticas de juventud desde la perspectiva de la relación entre la convivencia, ciudadanía y nueva condición juvenil." *Última Década N°: 16*. Viña del Mar.

Adamini, M, y Longo, J. (2011), "Cambios y continuidades en el marco regulatorio del mercado de trabajo en la Argentina de la postconvertibilidad", *10ª Congreso Nacional de Estudios del Trabajo*. ASET/ UBA.

Agis, E., Cañete, C. y Panigo, D. (2010), "El Impacto de la Asignación Universal por Hijo en Argentina", *Documentos AUH Argentina*. CEIL-PIETTE. Disponible en [http://www.ceil-piette.gov.ar/docpub/documentos/AUH\\_en\\_Argentina.pdf](http://www.ceil-piette.gov.ar/docpub/documentos/AUH_en_Argentina.pdf).

Alegre, S. (2001), "Baby Crash. Proyecciones demográficas y mercado de trabajo", en J. Lindenboim (comp.) *Crisis y Metamorfosis del Mercado de Trabajo, Segunda Parte, Cuadernos del CEPED No. 5*, CEPED, FCS, Bs. As.

Altimir, O. y Beccaria, L. (1999), "El Mercado de Trabajo bajo el Nuevo Régimen Económico en Argentina", en *Serie Reformas Económicas No 28*, Naciones Unidas/CEALS, Santiago de Chile.

Altimir, o., Beccaria, L. y Gozalez Rosada, M. (2002), "La distribución del ingreso en Argentina, 1974-2000". *Revista de La CEPAL número 78*, pp. 55-85.

Arceo, N., Monsalvo A. P. y Wainer, A. (2007), "Salarios y empleo en la post- convertibilidad: una visión de largo plazo", *V Congreso ALAST*, Montevideo.

Arcidiacono, P. (2011), *Estado y sociedad civil: ¿proveedores de bienestar social? Políticas sociales en Argentina (2002-2007)*. Tesis de doctorado. Mimeo. Bs. As.

Ariño, M. (2010), "Transformaciones en el mercado de trabajo (PEA, Empleo, Salarios, Ingresos) en Torrado, S. (Dir.) *El costo social del ajuste (Argentina 1976-2002)* Tomo I. edhasa. Buenos Aires.

Aronskind, R. (2012), "Modelos emergentes después de la crisis internacional. La reconfiguración del capitalismo mundial", en *Macroeconomía, empleo e ingresos: debates y políticas en Argentina frente a la crisis internacional 2008-2009 / Argentina*. MTEySS-OIT-Argentina.

Azpiazu, D. (1994), "La industria argentina ante la privatización, la desregulación y la apertura asimétricas de la Economía. La creciente polarización del poder económico", en Azpiazu, D. y Nochteff,

H. *El desarrollo ausente. Restricciones al desarrollo, neoconservadurismo y elite económica en la Argentina. Ensayos de Economía Política*. FLACSO. Bs. As.

Azpiazu, D. (1999), “La problemática (des) regulatoria en el “shock” neoliberal de los años noventa”, en Azpiazu, D. (comp.) *La desregulación de los mercados. Paradigmas e inequidades de las políticas del neoliberalismo*. FLACSO-Grupo Editorial Norma. Bs. As.

Azpiazu, D. y Schorr, M. (2010); *Hecho en Argentina. Industria y economía, 1976- 2007*. Siglo Veintiuno editores, Buenos Aires.

Banco Mundial (2001), *Informe sobre el desarrollo mundial 2000-2001. Lucha contra la pobreza*. Washington, D. C.

Banco Mundial (2013), *La movilidad económica y el crecimiento de la clase media en América Latina*. Washington, D. C.

Basualdo, E. (2000), *Concentración y centralización del capital en la Argentina durante la década del noventa*, Bs. As., UNQ-FLACSO-IDEP.

Bauman, Zygmunt (1994), *Postmodern ethics*. Oxford, Blackwell Publishers.

Beccaria, L. (1994), “Estancamiento y distribución del ingreso”, en Minujin (edit.), *Desigualdad y exclusión*, UNICEF/ Ed. Lozada, Buenos Aires.

Beccaria, L. y Carciofi, R. (1996), “Políticas públicas en la provisión y financiamiento de los servicios sociales. Aportes para una agenda de los años noventa”, en Minujin, A. (Editor) *Desigualdad y Exclusión. Desafíos para la política social en la Argentina de fin de siglo*, Buenos Aires, UNICEL/LOSADA.

Beccaria, L. Y López, N. Comps. (1997), *Sin trabajo*, UNICEF/Losada, Bs. As.

Beccaria, L. y González, M. (2006), “Impactos de la Dinámica del Mercado de Trabajo sobre la distribución del ingreso y la pobreza en Argentina, en *Revista Latinoamericana de Economía. Problemas del Desarrollo: Vol. 37, núm. 146*. UNAM.

Beccaria, L. y F. Groisman (2009), *Argentina desigual*, Ed. Prometeo.

Becker, G. (1983), *El Capital Humano*, Alianza Editorial, Madrid.

Beck, U. (2007), *Un nuevo mundo feliz. La precariedad del trabajo en la era de la globalización*. Buenos Aires. Paidós.

Bendit R. y Stokes Dermot (2004), “Jóvenes en Situación de Desventaja Social: Políticas de Transición entre la construcción social y las necesidades de una juventud vulnerable”. En *Revista de Estudios de Juventud N°: 65*. España.

Benigni, M. (2011), “Causas de la inserción laboral precaria de los jóvenes en Argentina (2003-2010)”, *10ª Congreso Nacional de Estudios del Trabajo*. ASET. Bs. As.

Blaug, M. (1983), “El status empírico de la teoría del capital humano: una panorámica ligeramente desilusionada” en Toharia, L. *El mercado de trabajo: Teorías y aplicaciones*, Editorial Alianza, Madrid.

Bonaldi, P. (2006), “Hijos de desaparecidos. Entre la construcción de la política y la construcción de la memoria”. En Jelin E. & SEMPOL D. (comps.) (2006). *El pasado en el futuro: los movimientos juveniles*, Siglo XXI, Buenos Aires.

Bonvillani et al., (2010), “Del Cordobazo al kirchnerismo. Una lectura crítica acerca de los períodos, temáticas y perspectivas en los estudios sobre juventudes y participación política en la Argentina”, en Alvarado, S. V. y Vommaro, P. A. (Comp.), *Jóvenes, Cultura y Política en América Latina: Algunos trayectos de sus relaciones, experiencias y lecturas (1960-2000)*. CLACSO HomoSapiens Ed., Bs. As.

Boudon, R. (1983), *La desigualdad de oportunidades*. Barcelona. Laia.

Bourdieu, P. (1988), *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*, España, Taurus.

Bourdieu, P. (1990), “La “juventud” no es más que una palabra”, en *Sociología y Cultura*, México, Grijalbo.

Bourdieu, P. y Passeron, J.C. (2003), *Los Herederos*. Siglo XXI Editores Argentina.

Bourdieu, P. (2005), *Capital cultural, escuela y espacio social*. Siglo XXI, México.

Bowles, S. y Gintis, H. (1983), “El problema de la teoría del capital humano: una Crítica Marxista” en Toharia, L.: *El mercado de trabajo: Teorías y aplicaciones*, Editorial Alianza, Madrid.

Bowles, S. y Gintis, H. (1985), *La instrucción escolar en la América capitalista*, Siglo XXI, Madrid.

- Braslavsky C. y Filmus D. (1987), “Último año de colegio secundario y discriminación educativa”. *Documentos e Informes de Investigación Nro. 50*, FLACSO Argentina.
- Cacciamali, M. C. (2005), “Mercado de trabajo juvenil: Argentina, Brasil y México”. *Documentos de Estrategias de Empleo*. PREJAL, OIT.
- Calvi, G. (2007) “Condiciones de vida e integración social de los jóvenes”, en Kornblit, Ana Lía (coord.) *Juventud y vida cotidiana*, Editorial Biblos. Buenos Aires.
- Calvi, G y Cimilo, E. (2010), “Cambios recientes en el rol distributivo del Estado. El impacto de la intervención pública sobre la desigualdad de ingresos personales (2001-2006). Parte II”. *Realidad Económica N°: 255*. Bs. As.
- Catalano, A. (2009), “Juventud, ciudadanía y riesgo. En *Revista de Trabajo Nueva Época* Año 4 N°:6. *Equidad en el trabajo. Género- Juventud*. Buenos Aires, MTEySS.
- Carciofi, R. (1983), “Educación y aparato productivo en la Argentina”, en *El proyecto educativo autoritario: Argentina 1976-1982*, Buenos Aires, FLACSO.
- Cardoso, F. H., (1971), “Comentarios sobre los conceptos de Sobrepoblación Relativa y marginalidad”, en *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, N° 1-2. Santiago.
- Castel, R. (1997), *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. Buenos Aires. Paidós.
- CELS (2003), *Plan Jefes y Jefas. Derecho social o beneficio sin derechos?* Bs. As.
- CEPAL/OIJ (2004), *La juventud en Iberoamérica. Tendencias y urgencias*, Santiago de Chile.
- CEPAL (2008), *Panorama Social de América Latina 2008*, Santiago de Chile.
- CEPAL; CELADE; OIJ, (2008), *Juventud y bono demográfico en Iberoamérica*. Santiago de Chile.
- CEPAL (2010), *Panorama Social de América Latina 2010, Capítulo II*. Santiago de Chile.
- Chaves, M. (2009), *Estudios sobre juventudes en Argentina 2007*. - 1a ed. - Universidad Nacional de La Plata: Red de Investigadora/es en Juventudes Argentinas.

Chávez, Molina, E. (2013), *Desigualdad y movilidad social en el mundo contemporáneo. Aportes empíricos y conceptuales: Argentina, China, España, Francia*. 1ª Ed. Bs. As. Imago Mundi.

Chiroleu, A. (2006), "Políticas de educación superior en Argentina y Brasil: de los '90 y sus continuidades". *Revista SAAP*, Buenos Aires, v. 2, n. 3, p. 563-590.

Cingolani, P. (2009), "Marginalidad(es). Esbozo de diálogo Europa-América Latina acerca de una categoría sociológica". *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo* (2.ª época), 14 (22), 157-166.

Consejo Federal de Educación (2010), *Resolución CFE N°: 116/10*, Iguazú, Misiones, Argentina.

Contartese, D. y Gómez, M. (1998), "El nuevo papel de los trabajadores jóvenes durante el Plan de Convertibilidad en la Argentina", *Revista de Ciencias Sociales*, N° 9, Ed. UNQ. Bs. As.

Corica, A. (2010), "Lo posible y lo deseable. Expectativas laborales de jóvenes de la escuela secundaria". Tesis de Maestría en Diseño y Gestión de Políticas y Programas Sociales. Buenos Aires: FLACSO.

Cortés, F. y Cuellar, O., (1991), *Crisis y Reproducción Social*, México, Porrúa-FLACSO.

Cortés, F. y Rubalcava R, M. (1993), "Consideraciones sobre el uso de la estadística en las Ciencias Sociales: estar a la moda o pensar un poco", México, trabajo mimeografiado.

Cortés, F. (2006), "Consideraciones sobre la marginación, la marginalidad, marginalidad económica y exclusión social" [Versión electrónica], *Papeles de Población*, 047, 71-84.

Cortés, R. y Marshall, A. (1999), "Estrategia Económica, Instituciones y Negociación Política en la Reforma Social de los Noventa", en *Desarrollo Económico*, No 154, Vol.39, IDES, Bs. As.

Damill, M., Frenkel, R., y Mauricio, R. (2003), "Políticas macroeconómicas y vulnerabilidad social. La Argentina en los años 9", *Serie Financiamiento del Desarrollo*, CEPAL, Santiago de Chile.

Delfino, A. (2012), "La noción de marginalidad en la teoría social latinoamericana: Surgimiento y actualidad". *Revista Universitas Humanísticas*. Vol.74, N°: 74. Bogotá, Colombia.

DESAL, *Marginalidad en América Latina*, 1969, Barcelona.

DINIECE, (2007), “La obligatoriedad de la educación secundaria en Argentina. Deuda pendiente y nuevos desafíos”. *Serie N<sup>o</sup>:4 La Educación en debate*. Ministerio de Educación, Argentina.

DINIECE, (2010), *Resultados de Finalización de Secundaria ONE 2010. Total país, región y jurisdicciones. Anexo N<sup>o</sup>: III*. Ministerio de Educación, Argentina

DINIECE, (2011), “La transformación del nivel secundario”, *Boletín N<sup>o</sup>:9: Temas de Educación*, Ministerio de Educación, Argentina.

Dubar, C. (1991), *La socialisation. Construction des identités sociales et professionnelles*, Paris, Armand Colin Editeur.

Duschatzky, S. y Redondo, P. (2000), “Las marcas del Plan Social Educativo o los indicios de ruptura de las políticas públicas”. En Duschatzky, S. (Comp.). *Tutelados y asistidos: programas sociales, políticas públicas y subjetividad*. Buenos Aires. Paidós.

Duschatzky, S. y Corea, C. (2002), *Chicos en Banda. Los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones*. UEPC/FLACSO/UNICEF, Buenos Aires.

Dussel, I., y Southwell, M. (2004), “La escuela y la igualdad: renovar la apuesta”. *El monitor de la educación*, Vol. 5. Ministerio de Educación de la Nación.

Escobar Cajamarca, M. R. y Mendoza, N. C. (2005), “Jóvenes contemporáneos: entre la heterogeneidad y las desigualdades”, *Revista Nómadas*, Vol: 1 Fasc: 23. Colombia.

Ezcurra, A. M. (2011), *Igualdad en Educación Superior: un desafío mundial*. Universidad Nacional de General Sarmiento; Bs. As. IEC – CONADU.

Federico, A (1998), “Participación económica femenina en el Gran Bs. As. 1974-1997”. *Documento de Trabajo. Instituto de Investigaciones Gino Germani*. UBA, Bs. As.

Feldfeber, M. y Gluz, N. (2011), “Las políticas educativas en Argentina: Herencia de los 90, contradicciones y tendencias de nuevo signo”. En *Educ. Soc., Campinas*, v. 32, n. 115, p. 339-356, abr.-jun. Disponible en <http://www.cedes.unicamp.br>.

Feldman, S. (1995), “El trabajo de los adolescentes. Construyendo futuro o consolidando la postergación social?”, *Foro Adolescencia, Pobreza, Educación y Trabajo: el desafío es hoy*. Bs. As. UNICEF Argentina, Red latinoamericana de Educación y Trabajo.

Félicz, M. (2008), "Argentina: los límites macroeconómicos del neo-desarrollismo." En *Revista Herramienta*, N<sup>o</sup> 39.

Fernandez, A., Maurizio, A. y Monsalvo, P. (2007), *Occupational instability of young workers. Some evidences for Argentina*. UNGS. Argentina.

Filgueira, C. H. (1998), "Welfare and Citizenship: Old and New Vulnerabilities" en Tokman V.E y O'Donnell G., (Eds), *Poverty and Inequality in Latin America: Issues and New Challenges*, Indiana, University of Notre Dame.

Filgueira, C. H. (2001), "Estructura de oportunidades y vulnerabilidad social. Aproximaciones conceptuales recientes", trabajo presentado en el *Seminario Internacional Las diferentes expresiones de la vulnerabilidad social en América Latina y el Caribe* Santiago de Chile, Naciones Unidas, CEPAL, CELADE.

Filmus, D. y Miranda, A. (2000), "El impacto de la crisis del mercado de trabajo entre los egresados de la escuela media", en *Revista de Estudios sobre Juventud*, Dirección Nacional de Juventud, Buenos Aires, EUDEBA.

Filmus, D.; Kaplan, C.; Miranda, A. y Moragues, M. (2001), *Cada vez más necesaria cada vez más insuficiente, la escuela media en épocas de globalización*. Bs. As., Editorial Santillana.

Fitoussi J. P. y Rosanvallon P. (1997), *La nueva era de las desigualdades*. Buenos Aires, Manantial.

Frenkel D. y Mauricio. (2002), *Argentina: una década de convertibilidad*. Santiago de Chile, OIT.

Freytes Frey A. y Jacinto C. (2004), *Políticas y estrategias para el mejoramiento de las oportunidades de los jóvenes: estudio en la Ciudad de Buenos Aires: Políticas y estrategias para la educación secundaria*. UNESCO. IPE.

Freytes Frey, A. C. (2011), "El trabajo juvenil en emprendimientos sociales productivos del Área Reconquista: ¿continuidades o rupturas en las experiencias laborales de jóvenes en situación de pobreza?", *10º Congreso Nacional de Estudios del Trabajo*. ASET. Bs. As.

Galasso, E. y Ravallion, M. (2004), "Protección Social en una crisis: La Argentina del Plan Jefes y Jefas". *Documento de Trabajo de Investigación de Políticas del Banco Mundial N° 3165*.

Gallart, M. A. Moreno, M. Y Cerruti, M (1993), "Educación y empleo en el Gran Buenos Aires 1980-1991. Situación y perspectivas de investigación". *Cuadernos del CENEP 49*. Bs. As.

Gasparini y Cruces (2009), “Los determinantes de los cambios en la desigualdad de ingresos en Argentina. Evidencia y temas pendientes”. *Serie de Documentos de Trabajo sobre Políticas Sociales Número 5*. Banco Mundial.

Gerchunoff, P. y Torre, J. C. (1996), “La política de liberalización económica en la administración de Menem” en *Desarrollo Económico*, N° 143, Vol.36. IDES, Bs. As.

Germani, G. (1963), “La movilidad social en Argentina”. Apéndice de Lipset y Bendix: *Movilidad social en la sociedad industrial*, Ed. EUDEBA, Bs. As.

Germani, G. (1970), *La Estratificación social y su evolución histórica en la Argentina*. Harvard University, (mimeo).

Giddens, A. (1979), *La estructura de clases en las sociedades avanzadas*. Alianza Universidad, Madrid.

Giddens, A. (1995a), *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona: Ediciones Península.

Giddens, A., (1995b), *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Gluz, N. (2009) “Las relaciones nación-provincias en las políticas educativas de los 90: Tensiones entre la equidad, el federalismo y los imperativos de la reforma”. *Revista IICE*, V. 17, N° 27, p. 99-120.

Golbert, L. (2006), “Aprendizajes del Programa de Jefes y Jefas de Argentina”. *Reunión de Expertos: Gestión y Financiamiento de las familias que afectan a las familias*. CEPAL, 16 y 17 de Octubre.

González, G., 2011, “La territorialización de las políticas públicas en Argentina. Un estudio acerca del CPRES en el área metropolitana”. En *Revista RIES* Vol II, N°:4 pp. 41-61. IISUE. UNAM.

González, M. (2010), “El mercado de trabajo en la post convertibilidad. Puntos de continuidad y ruptura con el patrón de crecimiento anterior”. En Arceo N. y Socolovsky Y. *Desarrollo económico, Clase trabajadora y luchas sociales en la Argentina contemporánea*. IEC-CONADU.

Goren, N., Saavedra, L., Fedi, J. y Ponce, F. (2013), “El mundo del trabajo en discusión. Avances y temas pendientes. Gestión de la mano de obra en PYMES”. *11ª Congreso Nacional de Estudios del Trabajo*. ASET. UBA. Buenos Aires.

Groisman, F. (2003). "Devaluación educativa y segmentación en el mercado de trabajo del área metropolitana de Buenos Aires entre 1974 y 2000". En *Estudios del Trabajo* N°: 25. Bs. As.

Groisman, F. (2011). "Argentina: los hogares y los cambios en el mercado laboral (2004-2009)", en *Revista de la CEPAL* 104, agosto 2011, Santiago de Chile.

Gutierrez, A. (1994), *Pierre Bourdieu: las prácticas sociales*, CEAL, Bs. As.

INDEC (2012), *Gacetilla de Prensa 29 de junio*. Bs. As.

INDEC (2012), "Censo nacional de población, hogares y viviendas 2010: Censo del Bicentenario: resultados definitivos", *Serie B N° 2. v. 1*, 378 p, - 1a ed. -. Buenos Aires.

Jacinto, C. (1995), "Jóvenes de sectores de pobreza y políticas públicas de formación y empleo: ante el desafío de la equidad: el caso argentino". *Seminario Sub-regional sobre Educación para el Mundo del Trabajo y Lucha contra la Pobreza*. Buenos Aires.

Jacinto, C. (1999), "Enfoques y tendencias de los programas de educación dirigidos a niños y jóvenes desfavorecidos en América Latina", *IIEP Programme de recherche et d'études: Stratégies d'éducation et de formation pour les groupes défavorisés*. Paris, UNESCO/IIEP.

Jacinto, C. (2006), "Los caminos de América Latina en la formación vocacional de jóvenes en situación de pobreza. Balance y nuevas estrategias", en Jacinto C., Girardo C., Ibarrola, M. y Mochi, P, *Estrategias educativas y formativas para la inserción social y productiva*, Montevideo, CINTERFOR/ OIT.

Jacinto, C. (2009), "Los dispositivos recientes de empleo juvenil: institucionalidades, articulaciones con la educación formal y socialización laboral", *Revista de Trabajo Nueva Época* Año 4 N°:6. *Equidad en el trabajo. Género- Juventud*. Buenos Aires, Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social de la Nación.

Jacinto, C. y Chitarroni, H., (2010), "Precariedades, rotación y movilidades en las trayectorias laborales juveniles", en *Revista Estudios del Trabajo* 39/40. ASET Bs. As.

Jacinto, C. y Millenar, V. (2011), "La formación para el trabajo como potenciadora del título secundario en las trayectorias laborales de jóvenes". En *10ª Congreso Nacional de Estudios del Trabajo*. ASET, UBA.

Jaccoud, F. et al. (2011), "La evolución del empleo en la Argentina desde la crisis del "Tequila" hasta la actualidad. Cantidad ¿vs? Calidad". En *10ª Congreso Nacional de Estudios del Trabajo*. ASET, UBA.

Kaplan, C. (2010), “Cuarta Jornada: Asignación Universal por Hijo y el impacto en la educación”, *Asignación Universal por hijo: Ciclo de conferencias* organizado por la Asociación Argentina de Políticas Sociales AAPS, la REDAIC, con el auspicio de UNICEF Argentina y la colaboración de la AMIA.- 1aed. -Buenos Aires, AAPS.

Katzman, R. et al. (1999), “Vulnerabilidad, activos y exclusión social en Argentina y Uruguay”. *Serie Exclusión Social, Mercosur, Documento de Trabajo 107*. Santiago de Chile. OIT.

Katzman, R. y Filgueira, C. H. (1999), "Introducción", en Katzman, R. (Coord.), *Activos y Estructura d de Oportunidades: estudio sobre las raíces de la vulnerabilidad social en Uruguay*, PNUD-CEPAL, Montevideo.

Katzman, R. (2000), “Notas sobre la medición de la vulnerabilidad social”. En 5° *Taller Regional BID-Banco Mundial-CEPALIDEC. La medición de -la pobreza: métodos y aplicaciones (continuación)*, Santiago de Chile, CEPAL.

Katzman, R. (2001), “Seducidos y abandonados: El aislamiento social de los pobres urbanos”, *Revista de la CEPAL Nro. 75*.

Katzman, R. (2002), “Convergencias y divergencias: exploración sobre los efectos de las nuevas modalidades de crecimiento sobre la estructura social de cuatro áreas metropolitanas en América Latina”. En Katzman, R. y Wormald, G. (coord.) *Trabajo y Ciudadanía. Los cambiantes rostros de la integración y exclusión social en cuatro áreas metropolitanas de América Latina*. Montevideo.

Kessler, G. (2004), *Sociología del delito amateur*. Buenos Aires, Paidós. Tramas Sociales.

Konterllnik, I. y Jacinto, C. (1996), *Adolescencia, pobreza, educación y trabajo*. Losada / UNICEF, Buenos Aires.

Kostzer, D., Perrot, B. y Villafañe, S. (2005), “Distribución del ingreso, pobreza y crecimiento en la Argentina”. *Serie Estudios 2, Trabajo, ocupación y empleo. Trayectorias, negociación colectiva e ingresos*, MTEySS.

Lesser, R. (1991), “El empleo y los jóvenes”. *Documento N° 5*, FUCADE, Bs. As.

Lindenboim, J. (1996 c), “Flexibilización laboral. Una discusión necesaria”, en *Realidad Económica, Núm. 143*, Buenos Aires, oct-nov.

Lindenboim, J. (1996 d), "Las condiciones del mercado de trabajo en los '90. Desocupación y precariedad", en *Actas de la XXXI Reunión Anual de la Asociación Argentina de Economía Política*, Salta, noviembre.

Macri, M. y Van Kemenade, S (1993), *Estrategias laborales de jóvenes de barrios carenciados*, CEAL, Buenos Aires.

Maurizio, R (2001), "Demanda de trabajo, sobreeducación y distribución del ingreso". En *V Congreso Nacional de Estudios del Trabajo*, ASET/UBA, Argentina.

Maurizio, R. (2009a.) "Macroeconomic Regime, Trade Openness, Unemployment and Inequality: The Argentine Experience". *The ideas working paper series. Paper 03*.

Maurizio, R., Pastrana, F. y Tubio, E. (2010), "Regímenes macroeconómicos y desempeño del mercado de trabajo: la experiencia de Argentina y Brasil desde los noventa a la actualidad." Ponencia presentada en el *Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología del Trabajo (ALAST-2010)*.

Maurizio, R. (2011), "Trayectorias laborales de los jóvenes en Argentina: ¿dificultades en el mercado de trabajo o carrera laboral ascendente?", *Serie Macroeconomía del desarrollo núm. 109*, Santiago de Chile, CEPAL.

Maurizio, R. (2011), "Movilidad ocupacional de los trabajadores independientes en Argentina. Un análisis de su intensidad, características y determinantes". En *10º Congreso Nacional de Estudios del Trabajo*. ASET/ UBA, Argentina.

Miranda, A. (2007), *La nueva condición joven: educación, desigualdad y empleo*. Buenos Aires, Fundación Octubre.

Miranda, A. (2009), "Los jóvenes, la educación secundaria y el empleo a principios del siglo XXI", *Revista de Trabajo Nueva Época Año 4 N°:6. Equidad en el trabajo. Género- Juventud*. Buenos Aires. Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social de la Nación.

Miranda, A. (2011), "La situación de los jóvenes en el mercado de trabajo en la Argentina postconvertibilidad", *10º Congreso Nacional de Estudios del Trabajo*, ASET. Bs. As.

Molina Derteano, P. y Robert, L., (2012), "Efectos secundarios. Cambios y continuidades en la conformación del trabajo secundario en hogares". *II Jornadas Nacionales sobre Estudios Regionales y Mercados de Trabajo*. Santa Fe, 4 y 5 julio de 2012

Montes Cató, J. (2004), "Disciplina y acción colectiva en tiempos de transformaciones identitarias. Estudio sobre las mutaciones en el sector de telecomunicaciones". En Battistini, O. R. (comp.); *El*

*trabajo frente al espejo. Continuidades y rupturas en los procesos de construcción identitaria de los trabajadores.* Prometeo Libros, Buenos Aires

Monza, A. (1993), “La situación ocupacional argentina. Diagnóstico y perspectivas”, en Minujín (Comp.) 1993: *Desigualdad y exclusión*, UNICEF - Lozada, Buenos Aires.

Mora Salas, M. (2008), *En el borde: el riesgo de empobrecimiento de los sectores medios en tiempos de ajuste y globalización.* Buenos Aires: CLACSO.

Moreno, M. y Goren N. (1996), “La iniciación laboral de los jóvenes. Una socialización desalentadora”. Ponencia presentada en el 3<sup>a</sup> Congreso Nacional de Estudios del Trabajo, ASET. Bs. As.

Moreno, M., Suárez, A. L., Binstock, G. (1994), “La realidad de jóvenes urbanos pobres: elementos para una política de capacitación. Argentina”. *Tercer Seminario: La educación y el trabajo frente a los desafíos del siglo XXI*, organizado por CIID-CENEP, Buenos Aires.

Moser, C. (1998), “The asset vulnerability framework: reassessing urban poverty reduction strategies”, en *World Development Vol. 26, N°1*. Washington DC: The World Bank

Neffa, J., Battistini, O., Panigo, D. y P. Pérez (1999), “Exclusión social en el mercado del trabajo. El Caso de Argentina”, en *Serie Exclusión Social, MERCOSUR, No. 109*. OIT-Fundación Ford, Santiago de Chile.

Neffa, J. C. (2005), “Las principales reformas de la relación salarial operadas durante el periodo 1989-2001 con impactos directos o indirectos sobre el empleo”. *Materiales de trabajo N°:4*. CEIL-PIETTE. CONICET. Buenos Aires.

Neffa, J. (2008), *Desempleo, pobreza y políticas sociales*, Miño y Dávila, CEIL-PIETTE/Trabajo y Sociedad, Buenos Aires, Argentina

Novick, M. y Tomada, C. (2007), “Argentina 2003-2006: Crecimiento económico con empleo decente ¿Un nuevo modelo para América Latina?”, en Novick, M., Tomada, C., Damill, M., Frenkel, R. y Maurizio, R. *Tras la Crisis: El nuevo rumbo de la política económica y laboral en Argentina y su impacto*. Serie de Investigación 114, Instituto Internacional de Estudios Laborales: Ginebra.

Nun J. (1969), “Superpoblación relativa, ejército industrial de reserva y masa marginal”, en *Revista Latinoamericana de Sociología, N° 2*.

Nun, J. (1999). “El futuro del empleo y la tesis de la masa marginal”. En *Revista Desarrollo Económico*, 38 (152), 985-1004.

OIT (2004), *Tendencias mundiales del empleo juvenil*. Ginebra, OIT.

OIT (2007), *Trabajo decente y juventud*. América Latina, Lima.

OIT (2010), *Panorama Laboral 2010*, Lima. OIT.

Ortiz, R. y Schorr, M. (2009), “A la búsqueda de la burguesía nacional. Notas sobre la invocación de un fantasma durante la posconvertibilidad”. Ponencia presentada en las *XII Jornadas Interescuelas*, Universidad Nacional del Comahue, Bariloche.

Panigo, D. y Neffa, J.C. (2009), “El mercado de trabajo argentino en el nuevo modelo de desarrollo”. *Documento de Trabajo. Dirección Nacional de Programación Macroeconómica Dirección de Modelos y Proyecciones*. Ministerio de Economía y Finanzas Públicas de La Nación Argentina.

Pérez, I. (2004): *La Juventud en Iberoamérica. Tendencias y Urgencias*. CEPAL-OIJ, Santiago de Chile.

Pérez, P. (2007), “El desempleo de los jóvenes en Argentina: seis hipótesis en busca de una explicación”. *8º Congreso Nacional de Estudios del Trabajo*, Buenos Aires.

Pérez, P. (2008), *La Inserción Ocupacional de los Jóvenes en un Contexto de Desempleo Masivo*. Miño y Dávila. Buenos Aires

Picotto, D. y Vommaro, P. (2007), “¿Una experiencia biopolítica? Reflexiones en torno a las Agrupaciones de Estudiantes Independientes de la Universidad de Buenos Aires. En REVEL, J. (comp.). *Bio-política, poderes sobre la vida y fuerza de lo viviente: Foucault a la luz de tres interpretaciones* (R. Esposito, P. Virno, G. Agamben). UBA-CFAAE, Bs. As.

Piore, M. (1975), “Notes for a Theory of Labor Market Stratification”, en Edwards, R.; M.

Reich y D. Gordon (eds.), *Labor Market Segmentation*, Lexington, Mass.

Pizarro, R. (2001), “La vulnerabilidad social y sus desafíos: una mirada desde América Latina”, *Serie 6 Estudios Estadísticos y Prospectivos*. CEPAL. Santiago de Chile.

PNUD, (2011), *Aportes para el desarrollo humano en Argentina/2011. Género en cifras: mujeres y varones en la sociedad argentina*. Bs. As. Argentina.

Portes, A. y Landolt, P. (1996), “The Downside of Social Capital”. *The American Prospect* 26: 18-21, 94.

Quijano, A., (1966), *Notas sobre el concepto de marginalidad social*, CEPAL.

Quijano, A. (1976), “Redefinición de la dependencia y proceso de marginalización en América Latina”, en Weffort F. y Quijano A., *Populismo, marginalización y dependencia*, Costa Rica.

Razeto Migliaro, L. (1986), *Economía Popular de Solidaridad: Identidad y Proyecto en una Visión Integrada*. Santiago de Chile: ICECOOP.

Rial, N., (2009), “La crisis mundial y la experiencia argentina”, en *Revista de Trabajo Nueva Época*. A.5. N°:7. Buenos Aires.

Riquelme, G. (2001), “Acceso a la educación y formación para el trabajo: quienes y qué tipo de cursos”, en *5ª Congreso Nacional de Estudios del Trabajo*. ASET. Buenos Aires.

Rosas M. y Cimillo E. (2001), “Juventud: educación y trabajo”, en *Serie Encuesta de Desarrollo Social y Condiciones de vida N°5*. Buenos Aires, SIEMPRO y Ministerio de Desarrollo Social y Medio Ambiente.

Saavedra, L. (2007), “La dinámica de la política social en la post crisis”, en Herrera, J. C (Comp.). *Argentina 2010. Pensando en el Bicentenario*. Editorial Corregidor, Bs. As.

Saavedra, L. (2013), “El lugar de los factores individuales y familiares de origen en la condición de actividad de los jóvenes con respecto al empleo y educación. Una mirada comparativa con los 90”. *11ª Congreso Nacional de Estudios del Trabajo*. ASET/ Facultad de Cs. Económicas, UBA.

Salvia, A., (1993), “La adopción del retiro voluntario por trabajadores de una empresa pública minera”. En *Estudios del Trabajo N° 6*, ASET, Bs. As.

Salvia, A., Donza, E. Y Philipp, E. (1997), “Cambio estructural y distribución del ingreso: 1980-1996”, en *Documentos de trabajo N°: 6. Instituto de Investigaciones Gino Germani*. Facultad de Cs. Ss. UBA.

Salvia, A. y Saavedra, L. (1997), “Condiciones laborales y nuevas formas de exclusión en los jóvenes de un enclave minero en crisis. Caso de la cuenca carbonera de Río Turbio”, Ponencia presentada en el *Congreso de Pobres y Pobreza*. UNQ-CEIL-CONICET, 1997, Bs. As.

Salvia, A. y Miranda, A. (2000), “Sombras Nada Más. Transformaciones en las condiciones de vida de los jóvenes en los noventa”, *Reunión Anual del Grupo de Trabajo sobre Juventud de CLACSO*, Costa Rica.

Salvia, A. y Tuñón, I. (2003a), “Los jóvenes trabajadores frente a la educación, el desempleo y el deterioro social en la Argentina”. *Serie Temas*. Friedrich Ebert Stiftung. Argentina.

Salvia, A. y Tuñón I. (2003b), “Educación, trabajo y exclusión social en los jóvenes. Una estructura de oportunidades menos discriminatoria por sexo pero más precarias para todos. Total urbano EPH 1991-2001”. Ponencia presentada en el *VII Jornadas Nacionales de Historia de las Mujeres. II Congreso Iberoamericano de Estudios de Género*. Salta

Salvia, A. (2010), *Mercado de trabajo, distribución del ingreso, y reformas liberales en la Argentina 1990-2003. Un estudio de caso sobre la tesis de la heterogeneidad estructural*. En prensa.

Salvia, A. (2010), “De marginalidades sociales en transición a marginalidades económicas”. En N. Cohen y C. Barba (Coords.), *Los desafíos de la cohesión social en América Latina* (pp. 107-135). CLACSO. Buenos Aires.

Salvia, A. y Vera, J., (2011), Heterogeneidad Estructural y Desigualdad Económica: El patrón de distribución de los ingresos y los factores subyacentes durante dos fases de distintas reglas macroeconómicas, en *10ª Congreso Nacional de Estudios del Trabajo*. ASET/ UBA, Bs. As.

Santarcángelo, J. E., (2010), *Growth, employment and income distribution: A long run analysis for the case of Argentina*, Berlin-London, Lambert Academic Publishing.

Santarcángelo, J. E., (2011), La distribución del ingreso como resultado del crecimiento y el empleo. Lecciones para el caso Argentino, ponencia presentada en *11ª Congreso Nacional de Estudios del Trabajo*. ASET/ UBA, Bs. As.

Sennett, R. (2000), *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona. Anagrama.

Sidicaro, R. y Tenti Fanfani, E. (comp.) (1998), *La Argentina de los jóvenes: entre la indiferencia y la indignación*. UNICEF-Losada. Buenos Aires.

SITEAL, (2007), *Informe sobre tendencias sociales y educativas en América Latina*, IPE-OEI, Buenos Aires.

Stiglitz, J. E. (2002), *El malestar en la globalización*, Madrid: Taurus.

Suasnabar, C. (2005), “Entre la inercia y la búsqueda de una nueva agenda política: las políticas universitarias en el gobierno de Kirchner”. *Temas y Debates*, Buenos Aires, v. 9, n. 10, p. 83-93.

Tokman, V.E. (1996), “El trabajo de los jóvenes en el post-ajuste latinoamericano”. *VIII Conferencia Iberoamericana de Ministros de Juventud*. Buenos Aires, Argentina.

Torrado, S. (1993), *Procreación en la Argentina. Hechos e Ideas*, Ediciones de la Flor y Centro de Estudios de la Mujer, Bs. As.

Trujillo, L. y Villafañe, S. (2011), “Dinámica Distributiva en la Argentina Reciente. Descomposición del Coeficiente de Gini por Fuentes de Ingreso”, ponencia presentada en *10ª Congreso Nacional de Estudios del Trabajo*. ASET/ UBA.

Vázquez, M. (2007), “Apuntes sobre la socialización política de jóvenes piqueteros”. En VILLANUEVA, E. y MASETTI, A. (comps.) *Movimientos sociales y acción colectiva hoy*, Prometeo, Buenos Aires.

Vázquez, M. y Vommaro, P. (2008) “La participación juvenil en los movimientos sociales autónomos. El caso de los Movimientos de Trabajadores Desocupados (MTDs)”, en *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, Vol. 6, N° 2 (julio-diciembre de 2008), Manizales, Colombia.

Vekemans, R., (1970), *Doctrina, ideología y política*. Desal/Troquel, Buenos Aires y Santiago de Chile.

Wacquant, L. (2001), *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*. Buenos Aires. Manantial.

Weller, J. (2003), “La problemática inserción laboral de los y las jóvenes”, *Serie macroeconomía del desarrollo, N° 28*, Santiago de Chile, CEPAL.

Weller, J. (2006), “Inserción laboral de jóvenes: expectativas, demanda laboral y trayectorias”. *Boletín Redetis N° 2*. Buenos Aires.

Weller, J. (2007), “La inserción laboral de los jóvenes: características, tensiones y desafíos”, *Revista de la CEPAL*, N° 92, agosto. Pp. 61- 81.

Weller, J. (2009), “Oportunidades y obstáculos. Las características de la inserción laboral juvenil en economías en expansión”, *Revista de Trabajo Nueva Época Año 4 N°: 6. Equidad en el trabajo. Género- Juventud*. Buenos Aires, Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social de la Nación.

Wormald, G., Cereceda, L. y Ugalde, P. (2002), “Estructura de oportunidades y vulnerabilidad social: los grupos pobres de la Región Metropolitana de Santiago de Chile en los años noventa”. En: *Trabajo y Ciudadanía*, de Katzman, R. y Wormald, G. (eds) Cebra, Montevideo.